# *GRANDES NOVELAS ECUATORIANAS*
## *Los últimos 30 años*

***LOS***



***GUANDOS***




*Los guandos*, por Joaquín Gallegos Lara y Nela Martínez
*Primera edición:* Editorial El Conejo, 1982, colección ECUADOR/ LETRAS *Segunda edición:* Editorial El Conejo, 1983, colección GRANDES NOVELAS ECUATORIANAS.
*Dibujos:* Eduardo Kingman, 1982. *Copyright:* Editorial El Conejo, 1982. *Cubierta:* Cuervo, 1983.
*Auspicio:* Muñoz Hnos. S *A.,* General Aguirre 166 y 10 de agosto y Librería Selecciones SA.., promoviendo la cultura nacional. *Impresión:* Graficart Cía. Ltda., Capitán Ramos 531 y Beethoven, 10.000 ejemplares, Quito, Ecuador, 1983.

Graficart

*Distribución en el Ecuador y en otros países:* Muñoz Hnos.
Librería Selecciones.

***LOS GUANDOS***

***Joaquín Gallegos Lara y***

***Nela Martínez***



## *PRESENTACIÓN*

*Los que se van,* aquel libro de cuentos con que tres jóvenes escritores ecuatorianos ingresaron a las letras poseyó un ámbito definido: Guayas; protagonistas particularizados: los cholos y montubios; polémica novedad: el realismo; y, precisa fecha: 1930.

Constituyó el desenlace literario de la lenta, pero tenaz, arremetida popular de tres décadas que —desde la frustrada revolución montonera (frustrada en el solio presidencial, que no en el campo de batalla)— pujaba por realizar las demandas que el conjunto de campesinos, obreros y pequeña burguesía urbana habían visto postergarse.

Eran años ásperos. Aún estaba fresca la huelga general de noviembre de 1922 que terminó, el 15 del mismo mes, en un asesinato masivo responsabilidad del presidente liberal José Luis Tamayo, y que todos los ecuatorianos conocen como el "bautizo de sangre" del movimiento obrero ecuatoriano.

Mientras la efervescencia de la revolución liberal no necesitó más que la literatura directamente política (proclamas, manifiestos, ensayos, artículos periodísticos), puesto que su empuje se había resuelto en liderazgo de personalidades, dejando un rastro tardío que sólo se deja notar en la narrativa de comienzos del siglo, el nuevo movimiento popular traía una forma tan poderosamente nueva de comprender el mundo, que no podía menos que culminar en una también nueva manera de escribir.

El realismo, que prendió en la Sierra y en la Costa, fue la avanzada literaria de un movimiento de Izquierda que —poco a poco— ganaba terreno en la existencia política, intelectual y material del E-

cuador y cuya intención, en la vida y en las letras, era convertir a nuestro pueblo en artífice de su propio destino.

Ese movimiento, vilipendiado o ardorosamente defendido en su época es, con curiosidad, el referente ineludible de todos los que vinieron después, confirmándolo como el hecho colectivo más trascendente de la historia de nuestra literatura. Y, dentro de él, la obra y la personalidad de Joaquín Gallegos Lara tienen un lugar destacado.

Apenas un joven de diecinueve años en *Los que se van*, el autodidacta Gallegos devino en centro del quehacer literario y político de la década del treinta. Militante fervoroso del naciente Partido Comunista del Ecuador, en esos años Gallegos Lara tenía ya iniciada una sólida obra y un referente popular inmediato —los cholos y los mon tubios— que más tarde ampliarían los obreros y artesanos urbanos y los indígenas de la Sierra. Sobre los tres primeros puede hallarse suficiente material escrito en los estudios y prólogos, a su pesar no del todo suficientes, que han analizado su obra. Respecto a los indígenas no. Y hay una explicación: perdidos durante cuatro décadas, los originales de *Los guandos* no fueron conocidos, aunque sí buscados. En el prólogo que hiciera Benjamín Carrión a la edición de *Los que se van** dice: "Tenía en el telar, en trabajo constante, un vasto tríptico, que él pensaba intitular *Cacao*. Una novela, *Los Huandos.* No sé si llegó a terminar esas obras; de todas maneras, es un deber nuestro, 'del Grupo de Guayaquil' en especial, buscar esos originales que, aunque como novelas estuvieron incompletos, vale la pena rescatarlos para presentar más cabal la figur? literaria de Gallegos Lara".

El tema del indio no era por aquella época un tema novedoso, ni en política, ni en literatura. Sí en la manera de abordarlo. Ya en el siglo pasado Juan Montalvo y Abelardo Moncayo, habían denunciado ante el mundo su miserable existencia. En éste, Pío Jaramillo Alvarado fue un precursor que no sólo expuso su situación degradante, sino que además apuntó caminos de solución.

Hacia mediados de la década del treinta, la discusión ideológica en la Izquierda ecuatoriana impugnaba la consigna de organizar so-

**Los que se van,* Demetrio Aguilera Malta, Joaquín Gallegos Lara, Enrique Gil Gilbert, Casa de la Cultura, 1955, Quito, p. XV.

viets de obreros, soldados y campesinos, consigna que aquí era sobre todo una entusiasta adhesión a la corriente más progresista de la humanidad, que había alcanzado un gran triunfo en la Rusia de 1917. Era preciso, se decía, recuperar nuestra realidad, pues en ella, los no-obreros, especialmente los indios, eran un punto nodal que urgía la necesidad de otros caminos y otras soluciones.

En la literatura, el indio tampoco había estado ausente. Pero tenía una presencia deformada: o era un ente sin esperanza humana, o era un ser mítico del que se idealizaban costumbres, modos y formas de vida. Pero, para 1935, cuando Joaquín Gallegos Lara ha empezado ya su novela *Los guandos*, una nueva experiencia literaria sobre la realidad indígena se había plasmado: *Huasipungo*, de Jorge I-caza, marcando una diferencia substancial con sus predecesores.

Gallegos Lara no trabajaba solo. Tal parece que siempre lanzaba adelantos de su obra al entendimiento y juicio de sus más cercanos amigos y colaboradores. Uno de ellos fue la joven poetisa Ne-la Martínez, que poco antes había llegado al puerto decidida a integrarse a la vida política y literaria que, en Guayaquil, despuntaba con aliento nuevo. Joaquín Gallegos Lara y Nela Martínez compartieron la barricada, la huelga, la amistad con los trabajadores, con los indígenas, sus luchas y, además, un objetivo: "devolver con la palabra..'. la cara prohibida de la otra cultura, que sistemáticamente se le ha negado", como dice la escritora en su prólogo.

El manuscrito de *Los guandos*, empero, se extravía y permanece en la obscuridad cuarenta años. En ese lapso el país cambia al tenor de sucesos trascendentales. Entre los que hoy más interesan: la solidaridad entusiasta a la República española que se continuó con el repudio creciente al fascismo y con un repunte del sindicalismo que fortalecía, en campos y ciudades, sus embriones organizativos. Y la siempre oportuna represión que encuentra a la decadente oligarquía liberal porteña como su más entusiasta impulsora. Arroyo del Río estableció un régimen corrupto y traicionero que permitió la mutilación de gran parte del territorio de nuestro país, a la par que la situación internacional era tan compleja como la enorme monstruosidad de la II Guerra Mundial. Por supuesto que la guerra inter-imperialista generó un marcado repudio en la Izquierda que, forzó-

sámente, era matizado por el pacto germano-soviético, primero, y por la agresión nazi al primer Estado socialista del mundo, luego. Por otro lado, la creciente "popularidad" de la tesis de la alianza po-liclasista contra el fascismo, sostenida por el norteamericano Brow-der y bien recibida por la dirigencia nacional del Partido Comunista, abrió en la Izquierda y en el campo de fuerzas populares el cisma que la dividiría hasta hoy, consolidando el reformismo. Hay secuelas que se atribuyen a esta realidad. Entre ellas, la más grave, la imposición de una línea de conducta —tras la revolución del 28 de mayo de 1944— que hizo posible la decapitación del movimiento popular y su repliegue por muchos años.

Gallegos Lara y Nela Martínez fueron de los impugnadores de esta tesis, aunque cada uno desde su orilla y frente de trabajo. Tres años después de *La Gloriosa,* que es el nombre con que el pueblo bautizó a esa revolución, Joaquín Gallegos Lara dejaba de existir. Y, treinta y cuatro años después, con el manuscrito en las manos, Nela Martínez no podía resistir la urgencia de continuar el relato.

Las luchas indígenas, en particular, y campesinas, en general, que no habían perdido fuerza en toda la década del cuarenta, encontraron en la del sesenta un pérfido "amparo" legal —la Ley de Reforma Agraria— que se convirtió en la Sierra en el último de los instrumentos del despojo. En trance de desaparecer, puesto que su base material le iba siendo taimadamente arranchada, nada pareció quedar a los indios, aparte de su milenaria cultura.

Y si Gallegos, en otro tiempo y en otra circunstancia, escribió sobre los indios desde "afuera", objetivamente, sin que ello pretenda tomarse como signo de "exterioridad" o falseamiento, a Nela Martínez le era, entonces, obligatorio continuar el relato desde "dentro".

En estas líneas no hay la pretensión de hacer un análisis literario, de valoración acerca de las dos experiencias. Quede ello para el lector. Queremos, sin embargo, reafirmar que *Los guandos* es el encuentro de dos experiencias literarias distintas, diferenciadas por la distancia y los hechos, pero hermanadas por ese intento de recuperación de la realidad indígena escamoteada por el mundo. De esta manera, la fina percepción, la maestría con que Gallegos Lara define personajes, situaciones y conflictos en el nivel literario, se anudan con un relato que incorpora la subjetividad y la conciencia colectiva

del indígena y, también, la riqueza de su cultura andina, en la narración de Nela Martínez. Así, la obra alcanza un gran poderío simbólico, porque *Los guandos,* carga centenaria que ha doblegado al indio como peón de todo servicio, animal de toda labor, ha sido sostenida con la fuerza de sus brazos, de su silencio, de su mundo impenetrable.

Pero el libro es, también, un referente histórico, de aquella historia que es la condensación del gesto que, hoy más que nunca, define a los pueblos indígenas: la resistencia, la voluntad de sobrevivir que se mide en el más mínimo gesto, que tiene como máximo valor conservarse fieles en lo profundo, porque los indígenas saben —como aquellos desdichados que han quedado encerrados en estrechísimas cámaras— que el oxígeno con que cuentan es escasísimo y cualquier desplante innecesario es un llamado a la muerte. Es historia de esa sabiduría que se disfraza de paciencia.

Las comunidades se han vuelto —hace ya mucho— sobre sí mismas. Guardan celosamente y, también celosamente transmiten sus costumbres, su lenguaje, su vida y su linaje. Una voluntad de persistir opuesta a una inmensa ofensiva social de destrucción. ¿Para qué se mantiene esa actitud?

Sólo quienes poseen fresca la esperanza de renacer, de resurgir en plenitud de vida, pueden entenderlo. Es lo que Joaquín Gallegos Lara y Nela Martínez entregan generosos en estas páginas.

***Marta Arboleda***
Marzo, 1982.



aquín Gallegos Lara, fotografía 1936.

en la mano, se retira de presenciar el paso del tren. La acompaña una criada serrana de pollera i rebozo. Sí, calcula Roberto, se parece a Enrique; debe ser la hermana: él me dijo que tenía una aquí i que me presentaría.

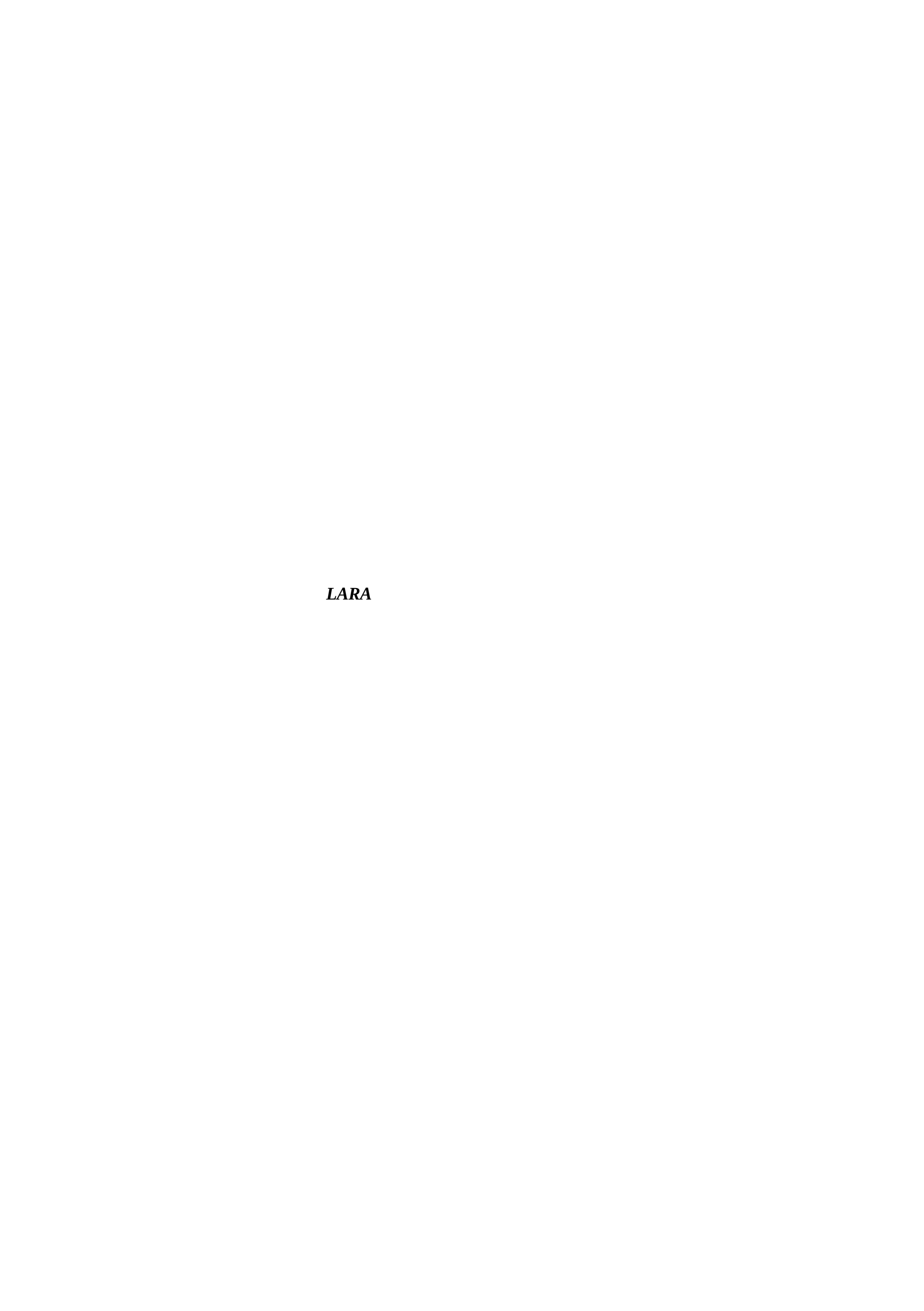
Enrique — Enrique Hidalgo — es el jefe de estación, un muchacho guayaquileño. Se ha hecho mui amigo de Roberto. Ya se sabe que guayacos i morlacos... Fue una amistad brusca, al hallarse, sin saber como, metidos, ambos, en una misma posada, a los pocos días de llegado Roberto. Se habría quedado éste, casualmente, hasta mui tarde, las seis i media o siete, sentado en el banco de espera de la estación. Vino una longa a depositar un fardo que quería expedir para la costa. La hora tardía i la soledad del momento incitaron al jefe de estación a encerrarla en la bodega. Como Roberto no se retirara, tuvo que contar con él. Con un guiño se pusieron de acuerdo. Roberto entró primero i, aunque se asombró de los forcejeos i de los llantos de la longa, en medio de la bodega oscurísima, oliendo a cebollas podridas i harinas agrias, donde se tropezaban con los filos de los cajones, sólo de noche, al hallarse sangre en la ropa, se convenció de lo grave de la aventura. Felizmente para ellos, la muchacha no hizo bulla ni los denunció. Es verdad que le habían mostrado un revólver, amenazándola con matarla si hablaba.

— Carajo! Sólo la pobreza puede hacerlo estar a uno en este desesperadero! Este Huigra es un pozo.

Enrique Hidalgo era un alegre muchacho frente a una copa. Tenía azul la cara de la barba razurada. Era blanco de ojos verdes i llevaba patillas españolas. Continuamente hablaba de Guayaquil i de lo que se aburría en el pueblo. El tren era lo único que rompía las horas. Le traía periódicos i cartas. Tenía madre i hermano i hermanas — una de ellas se estaba pasando unos meses acompañándolo —. Con ella se aburría menos. Antes de que viniera, no sabía él qué hacerse. De noche, a veces, le daban ganas de morirse. Acostumbraba jugar entonces al cuarenta con el teniente político i el telegrafista. Iban

Página 12 del manuscrito de Joaquín Gallegos Lara.

***PRIMERA***
***PARTE JOAQUÍN GALLEGOS***



*LARA*

# 1

El camino, bordeado a ambos lados de eucaliptos, daba una vuelta antes de llegar a la ciudad. Roberto Recalde habi'a hecho un buen viaje. Estaba contento. Oprimía las piernas, calzadas con botas hasta las rodillas, contra los costados del caballo; se volvió: junto a él jadeaba un indio que seguía a pie su galope.

— ¿Se te ha caído la maleta?

— Nu, amito.

El poncho rojo del indio flameaba a los rayos del sol. Su frente cobriza estaba cubierta de gotas de sudor. La respiración silbante era como el aliento de las colinas cercanas, que subían i bajaban hasta perderse de vista.

Tubaban tórtolas en los ramajes. Cloqueaban gallinas en torno a las chozas de adobes grises o a las tiendas enlucidas i con pinturas en las paredes que empezaban a verse a los lados del camino. Las casas de las haciendas se levantaban pintadas de colores claros, un poco apartadas del camino.

Volvía de Cañar, de una hacienda de su padre. Des-

pues del gran frío del cerro, el calor morlaco de esa hora lo sofocaba. Se quitó con gesto arrogante el poncho i se lo echó al vuelo al indio.

— Carajo, que lo botas, ¡indio del Diablo!—masculló al ver que, en la carrera, el indio no lo había podido coger bien.

— Las tris istán dandu in matriz, patruncitu.

— Cierto, hemos andado duro.

El indio no respondió. Sus patas anchas i agrietadas se marcaban en el polvo. Corría como si fueran de cuero insensible. Las pencas de los lados las rozaban a ratos ásperamente. Las piedras rodadas lo tropezaban. No hacía caso de nada. Sentía el sudor que le chorreaba fresco por todos lados.

Dada la vuelta del camino alcanzó a ver, más allá de los eucaliptos, el hacinamiento de tejados de la ciudad. Ante ellos se abrieron las primeras calles empedradas, con hierba entre piedra y piedra. Las herraduras del caballo resonaron. Los pies del indio siguieron deslizándose insensibles al parecer.

Los ruidos de las calles centrales se venían a la cara de Roberto con su murmurar conocido. Se oían golpes metálicos en las herrerías, rechinaban carretas. Por las aceras se cruzaban los señores de vestidos oscuros con los indios de poncho rojo que resaltaban en las blancas paredes de las calles. A través de los zaguanes Roberto veía los patios interiores de las casas, empedrados i floridos de macetas.

Necesitaba estar en su casa pronto. Se sentía cansado: había pasado la noche con una ***chola,*** una servidora de la casa de hacienda i de madrugada había montado a caballo i andado sin cesar por los riscos de la altura, hasta llegar a la ciudad. Además quería hablar con su padre. Si lo que le iba a proponer resultaba, sería un triunfo: se podría casar en diciembre, con lo que ganara. Embebido en pensar en ello, cruzó las calles centrales inundadas de luz. Al galope, como era su costumbre en cualquier sitio, campo o calle, pasó ante las puertas de las librerías i de los almacenes elegantes que mostraban el hielo ligero de sus vitrinas, exponiendo mercaderías caras. Las gentes circulaban a prisa por su lado. Se apartaban rápidas ante el caballo a rienda suelta. Las gentes saben ya. ¡Cuántas veces alguna india vieja o algún muchacho no han caído bajo los cascos de los caballos de esos jóvenes alocados! Atrás la polvareda quedaba disfumándose en el aire. Contra los: muros de manipostería saltaba el eco del campaneo de metal de los hierros golpeando contra las piedras.

Iba ya a llegar al sitio... Su barrio era el barrio de la calle larga, paralela al río. A dos cuadras de su casa, Roberto no podía evitar fijar la vista en una pared de la esquina. En el cemento, con tinta negra o pintura, alguien había escrito con letras toscas: "Largo Arévalo subirá a la silla eléctrica". Al principio se preguntaba: ¿quién diablos será ese Largo Arévalo? ¿Por qué subirá a la silla eléctrica? ¿Cómo es una silla eléctrica? ¡Al diablo con todo aquello! En los periódicos de Guayaquil tenía idea de haber visto una foto de la silla eléctrica; en Cuenca no había silla eléctrica. Sería bueno mandar a borrar eso. ¿No?. Pero leía cada vez que pasaba, involuntariamente. A caballo o a pie o en el coche, junto a su padre i sus hermanas, no podía despegar la vista. I lo molestaba.

Ante todo, una vez en su casa, quiso bañarse. Había que aprovechar el rato de sol. Sino a la tarde sería imposible con el frío. El cuarto de baño quedaba en la azotea. Era semi abierto pues estaba alto y nadie podría ver su interior. Las cañerías de hierro traían el agua hasta una pequeña ducha al pie de la cual estaba una enorme lavacara 0 paila de hierro enlozado. Era uno de los pocos baños de la ciudad el que tenían en su casa los Recaí de.

Cuando salió, completamente aterido, pues el sol se iba i él a fuer de varón se lanzaba a la ducha directamente de cabeza i el agua estaba asaz helada, se dirigió al cuarto de su padre. Después de besar la frente del anciano i de enterarse de su salud, de la de sus hermanas i de si había noticias del *ñaño* Luis, el que estaba encerrado en el seminario estudiando para cura, le habló de los asuntos que a-presuraron su viaje.

— Pensé quedarme en Cañar una semana completa, pero me vine antes para hablar con usted… mire...

El viejo lo escuchaba tranquilamente. Sobre el escritorio de caoba se veían libros con pasta de cuero español, tinteros de cristal de roca, papeles. El doctor Miguel Re-calde era un viejo blanco, con los cabellos plateados i un bigote de guías caídas, canoso también. Vestía oscuro 1 hablaba reposadamente, en un castellano que contrastaba con el ritmo de canto y los modismos morlacos de su hijo.

— Vengo de Chilcay, papá. **I** eso está mismo perdi do...

— ¿Qué ocurre?

— ¡Esos animales de *runas* que no quieren pagar los arriendos!

Había sido necesario, decía, quitarles las ovejas i los chanchos. Un mayordomo había resultado con la cabeza rota de una pedrada. Los indios dizque decían que iban a enviar delegaciones a Quito. Aseguraban que por estar en posesión de la tierra hacía quince años, pagando sin faltar los arriendos, no se les podía arrojar. Se quejaban de las malas cosechas. Claro, todo era pura sinvergüencería, flojos y ladrones es que eran, pero las dificultades que ponían eran grandes.

— Habrá que hacer algo, papá. ¡Algo que sacuda a estos indios brutos! He pensado algo que a la vez nos dejaría dinero. Yo necesito casarme a fin de año. Como usted sabe, los padres de María Luisa me han hablado. No puedo, mismo, dejar pasar más tiempo...

— ¿Qué ideas tienes, dices?

— ¿Se acuerda de que usted ha sido contratista de hartísimos *guandos}* Hace años que no hace traer ninguno. ¿Qué le parece si hiciera un contrato ahora?

— Ahora no son negocio los *guandos.* Los interesa dos los hacen traer ellos mismos o los confían a arrieros. Si pagan es cosa que no vale la pena. Como si no conocie ra yo el asunto, hijo.

— Si fuera cualquier *guando,* un piano o un molino, me parecería cierto. Este es uno especial...

— ¿Cuál?

— El de la hidroeléctrica. Hace casi dos años que es tá en Huigra. Son dos cajones enormes. El cabezote de la dínamo es una sola pieza. Los del municipio si se deci den pueden dar alguna plata. Haciéndolo traer por los in dios de las haciendas no hai qué hacer...

— Ahora es tiempo de cosecha... no se puede sacar a los indios. I no sabes lo que es Cuenca, hijo, hablarían...

— ¡I lo que va a importar eso, papá! No será difícil mover influencias...

— I ahora que no es gobernador ningún chagra norteño sino el Julio Barrera, de veras...

Con esto último, Roberto se dio cuenta de que casi estaba convencido el viejo. El resto sería cuestión de moverse i de hacer. El se iría a Huigra. El camino debía ser revisado para traer bien el *guando*, no tanto por la gente, que no importaba que se fregara un indio más o menos sino por el peligro que pudieran correr los cajones de las máquinas. El don Julio Barrera había sido condiscípulo del viejo-, estaba seguro de que se avendría a intervenir con los concejales para que se decidieran a conceder el contrato del *guando*.

Era tarde. Por la ventana abierta se metía el cielo nublado. Los tejados irregulares de las casas más bajas se extendían ante ellos. Olía a humo de eucalipto, seguramente de los fogones de las casas vecinas. Un piano dejaba oír una melodía triste que hacía sentir los páramos, la soledad, las extensiones grises. Ronco viento cortante, silbando en los pajonales, la azotaba a ratos. Era una tristeza que llovía en los sonidos como aguacero.

— ¿Quién toca?

— Tu *ñaña* Berta.

— Estaba reconociendo. Voi a verlas a las *ñañas.*

## 2

La sala de la casa era un refugio tibio. Los tapices de las paredes y las grandes vidrieras cerradas de los balcones guardaban allí el calor. En ella encontraba Roberto el recuerdo de su madre. Los retratos, los muebles antiguos, el piano aquel finísimo que los abuelos encargaron a Alemania cuando la boda de los padres y del que todavía arrancaba Berta melodías que a él, Roberto, lo encantaban, conservaban no sé qué de esa mujer inteligente i sensible que había sido la compañera de su viejo. ¡Quería la sala, hombre! **¡I** aquel piano debió ser traído también en un *guando!* ¡Qué de precauciones no debieron tomar los *longos* que se lo echaron sobre los lomos, transportándolo —en aquella época era por Naranjal— hasta la ciudad altísima, desde-el lejano puertecillo entre manglares, al que a su vez fuera traído por un vapor fluvial desde el puerto de Guayaquil!

— Elina, si es el *ñaño*...

Hablaba Berta con acento de una gran dulzura. Toda era así en su palabra i en sus gestos. Era morena con el rostro costeño de la madre. Su piel se doraba como trigo bajo el tinte sonrosado de las mujeres serranas. En tanto que Elina, la menor, era como Roberto, blanca y de ojos verdes, parecida al tipo familiar del padre, Berta era tri-

güeña, como el otro hermano, Luis, el futuro curita. Ambos tenían los ojos negros, el pelo abundoso, las cejas espesas, dándole a la cara ese aspecto que los poetas decían pasional. ,

Como eran los mayores, Roberto i Berta se habían criado más próximos. Habían podido jugar juntos cuando Elina i Luis eran *huahuitos* todavía. No disimulaban una predilección especial. Se abrazaron. Roberto enseguida besó las mejillas de Elina.

Ellas habían pasado tocando el piano desde temprano. Las acompañaba Remigio Santa Ana, el poeta. Roberto le estrechó la mano con un despego imperceptible. Le tenía iras, porque sentía instintivamente sus pretensiones de enamorar a Berta. Además lo creía un tonto i afeminado.

Elina y Berta no habían tenido idea de la llegada del *ñaño.* De saberlo, hubiesen salido a recibirlo a caballo hasta el Machángara. Habría sido un lindo paseo. Hubieran invitado a María Luisa, la novia del *ñaño.*

— ¡Qué tonto! ¿Por qué no avisó?

— Salí de madrugada mismo. Ayer de tarde aún no pensaba venir, pero anoche me decidí.

Charlaron de cosas fútiles un instante. Roberto pidió a Elina que siguiera tocando. El poeta Santa Ana se apresuró a rogar lo mismo. Era un hombre fino, pálido, con las manos eternamente heladas, ligeramente calvo ya, a pesar de que sólo tendría unos veintiséis años, endeble

queriendo aparentar robustez y con unos labios delgados que casi no se veían.

Cayeron de pronto en uno de esos silencios inexplicables. Roberto averiguó:

— ¿Qué es de Luis?

— Este domingo no le tocaba salir, saldrá mañana, seguramente, *ñaño*.

Santa Ana contó:

— Yo estuve a verle anteayer, a recibirle unos textos latinos.

— ¿I lo dejaron entrar? Ni a nosotros nos dejan... a las *ñañas* peor.

— Es que soi sobrino de su reverencia el rector.

— Ah, cierto.

La tarde tempestuosa llenaba de oscuridad la sala. En momentos así sentía más que nunca Roberto la remota presencia maternal. Ráfagas de nostalgia lo asaltaban. Estaba siempre alegre i, por lo mismo, rechazaba las circunstancias que podían entristecer. Sabía que se ponía tonto i que le daban ganas de beber. Calló i fue hacia las vidrieras. En las mullidas alfombras se ahogaban sus pasos.

— Hará encender las arañas, *ñaña*.

Elina salió. Santa Ana sabía que Roberto no era ca-

paz de espiar. Se inclinó hacia Berta, murmurando:

—Ya tengo eso.

Berta alzó la cabeza con susto. Se le encendieron las mejillas. Miró a Roberto que contemplaba la calle i el aguacero. Respondió en voz baja:

—Cuidado le oiga mi ***ñaño,*** déme.

—No llevo aún conmigo. **¡I** tengo tantas cosas que decirle, Bertita! Hablaremos en la noche por la ventana i le entregaré.

Elina entró con una criada. La chola se recogía el follón, temerosa de manchar la alfombra o los muebles. Subida sobre un alto taburete, fue encendiendo unas tras otras las finas espermas de la araña de cristal que tintineaba a cada movimiento. La luz amarilla deshizo la penumbra, doró los vestidos claros i los rostros e hizo resaltar el color oscuro de la pollera de la criada. Como una dentadura que quisiera mascarlos a todos avanzó su teclado el piano.

Berta se sentía angustiada. Le repugnaba aquella cita. Cuando él se despidió se sintió momentáneamente como libre de un gran peso. Le lanzaría sus declaraciones de siempre. Felizmente estaría abajo en la calle. **¿I** cómo haría para pasarle el paquetito? ¡Jesús! **¿I** si se quisiera trepar a la ventana? No, no se atrevería, no podría atreverse. Lo rechazaría. Pero tenía un gran temor. Temblaba. Después de comer se retiró a su cuarto. Leyó versos. El ritmo la balanceaba dulcemente. Veía otra vez las cosas del colegio: tenía un sabor a fruta, un rumor de viento en

las arboledas de capulíes, de voces de colegialas, la poesía de su tierra. De repente dieron las doce. Las campanas de las iglesias lanzaban sus ecos metálicos por encima de los tejados i de las calles de la fría ciudad. Los sones metálicos contribuían con la poesía a darle una melancolía extraña, trayéndole sin querer a la mente las horas del colegio. Se acercó a la vidriera. ¡Cuánto mejores eran esos tiempos! Ahora ya no creía casi en nada. Aunque no, no era que no creyera, era sólo que se sentía lejana. Pero siempre le causaba una gran emoción la música del órgano, la luz a través de las vidrieras de la iglesia, la devoción ingenua de las viejecillas indias, o el acento poderoso de la. voz del predicador llenando las naves del templo. Quizá se había hecho más mística, con una fe más íntima pero menos ritual, creía, desde estos últimos tiempos en que vivía la vida rara de la poesía… i de eso.

Recordaba que fue en unas vacaciones, en la quinta de Machángara donde aprendió a inyectarse. Leían poemas con su prima Blanca, se bañaban juntas desnudas en los remansos del río, las tardes de sol. Por las noches, ella la besaba i le hablaba de esas cosas. Un día le hizo probar. Siguieron .los días así. Se le volvió una necesidad. A veces pensaba que lo mejor hubiera sido no aprender. ¿Sería un vicio, como decían? Con todo, no lo pudieron tener las gordotas vulgares de sus condiscípulas: ella lo había aprendido con su prima, educada en Guayaquil i a quien se lo había enseñado un doctor, un intelectual que había vivido en Europa. Nadie imaginaba en casa que Berta se inyectara morfina. Hasta ahora se había podido procurar por medio de la prima que le enviaba paquetitos certificados desde Guayaquil. Pero Blanca no le precisó bien el motivo por el que ya no podía enviarle, desde hacía más de quince días. Entonces, viendo lo enamorado y seguro

que parecía Santa Ana, una tarde que paseaban por el camino a San Roque, se lo confió. El juró callar y conseguirle unas ampolletas. En cambio, pedía una sonrisa más dulce i acogedora frente a sus juramentos amorosos... Todavía hasta hacía dos días le había quedado. **I** podía cultivar su secreto. Ni Elina lo sabía. Escondida en su cuarto, sacaba del *chiffonnier* la jeringuilla i, en la cadera, en el muslo, por cualquier lado, hundía la aguja. Un hielo dulce que se volvía tibieza al correr por las venas la invadía. Sus labios enrojecían, brillaban sus ojos, se encendía su rostro. Las palabras acudían locuaces: sentimientos de cariño, dulzura, amor hacia su *ñaña*, hacia su viejo, hacia todos. Horas más tarde, abrumada, pálida, debía echarse color y polvos a la cara. **I** se sentía agotada, mustia, hasta que un nuevo pinchazo venía a reanimarla. ¡Ah! **I** Santa Ana le había confesado que él también se inyectaba...

¿Hasta cuándo podría ocultarlo? **I** tenía miedo de Santa Ana. ¿Cómo así se lo confió? ¿No trataría de abusar? Abrió la ventana. En el cielo claro llovían estrellas. La calle desierta extendía las dos hileras de sus casas hasta lejos. En las piedras blanqueaba la claridad difusa, verdosa, de la noche. Olía, por encima del olor a la ciudad, a campo cercano, a agua de río. El tiempo tempestuoso de la tarde se había disipado. ¡Qué soledad! Las acequias murmuraban suavecito con su voz monótona i baja. Oyó un portazo abajo i vio deslizarse, envuelto en su capa, a su hermano Roberto. ¡Dios! ¿Y sise encontraba con Santa Ana? ¿Si éste estuviera por ahí ya? El farol de la esquina derramaba su fulgor amarillento sobre los adoquines redondos que fingían, vistos en el declive de la calle, una siembra de cráneos desnudos.

Ya Roberto se había alejado, cuando vio destacarse la silueta pequeña i fina de Santa Ana desde la acera de enfrente. Su voz le sonó susurrante i confidencial, a pesar de que debía alzarla para que la oyese desde arriba. Le habló, le repitió una vez más cálidamente su amor. Ella lo oía i respondía breve, atemorizada, accediendo con el miedo, sin comprender bien. **I** no supo cómo... fue para alcanzarle el paquetito con las ampolletas que él trepó por la fachada, llegó a su ventana.

— Ambos nos pondremos...

Al sonar las tres en la catedral lo despidió llorosa en la ventana. Se había abrigado como pudo, saliendo del interior del cuarto, pues hacía un hielo terrible. El juraba que sabría cumplir, que la amaba, que se casaría con ella. Cuando estuvo en la calle se despidió echándole un beso con la mano. Berta sentía el dolor de su carne i el reanimarse vivaz de su espíritu en el calor i el impulso de la última inyección de morfina.



— *Ya tengo eso.*

*Berta alzó la cabeza con susto. Se le encendieron las mejillas. Mi- -ró a Roberto que contemplaba la calle i el aguacero. Respondió en voz baja:*

— *Cuidado le oiga mi* ñaño, *déme.*

— Nu hi de cujer, amitu... Nu pudindu ir...

— ¿Que no puedes ir? No friegues vos.

— Dará murindu *huambritu*... *\Runas* así hai!

Abría las manos indicando el número de los que i-rían. Quería convencerlo, insistía con un acento de ronca súplica en la voz. En su cara se reflejaba una resolución animal, angustiosa. El pelo se le pegaba a la frente i a las sienes, mojado de sudor. Le caía lacio el poncho sobre el cuerpo.

Era la última choza, más allá del pueblecito de In-gachaca. Después de ella sólo se extendía el camino largo, entre los campos, hacia Quingeo.

Llegaron allí cuando era ya mui tarde. El que los indios llamaban amo, era un *chazo*, servidor del contratista del *guando*, don Miguel Recalde, i su ahijado. Lo acompañaba el teniente político de la parroquia. Se hacían escoltar de dos *varayos* del sector de Huaynacápac. El mismo, el *chazo* Ramón Llerena vivía allí. Conocía a muchos de los indios de aquel lado i ellos lo conocían a él.

— ¡Alégrate ***runa*** ¡Traemos sucres!

— ¿Butandu *paraguandu?*

-Sí.

— II Quispi nu dará cugindu... no pundindu

ir...

Insistió primero el *varayo* que había hablado. Al fin intervino sin poder contenerse Ramón Llerena. La barba rala i rubia, sin rasurar, le temblaba de la ira. ¿Qué se creía el *runa* éste? El conocía lo mañosos que son; sabía tratarlos: eran mal llevados, sólo al palo entendían.

— Has de ir, *runa* desgraciado, ¡o te llevarán arras trando!

Estaba resuelto. No podía quedar mal con su padrino en las gestiones para enganchar gente. No había conseguido sino unos ochenta, dejando plata en sus casas. Siendo otros los tiempos, hubiese podido consentir: para eso ha" bía *conciertos* en las haciendas del doctor... pero ahora en todas las tierras comenzaban las cosechas. Las siegas llegaban. Las tardes se llenaban del sol i del viento de los meses de vacaciones.

— ¡Toditos ustedes, roscas gran putas, salen con que están enfermos, con que les va a parir la *huarmi* o con que tienen que cortar la alfalfa! ¡De Ingachaca 'mos de sacar siquiera noventa, para ver el resto en Quingeo o en el mis mo Tarqui! ¡I vos sois el noventa!

Al agitar el brazo sacudía el poncho alzándolo i entre-

abriéndolo dejaba ver la pistola en su cintura. Su boca sal-

picaba saliva. Así borbota el agua en los hervideros de Baños, pensaba vagamente el teniente político, de pie a su lado. El aliento, arreado con violencia, hedía a aguardiente.

— ¡Intrandu... intrandu... ***laichul*** Veris ***huahua.***

— ¡Qué voi a entrar a tu chiquero, ***runa*** sucio! ¡Aunque hai que probar lo perro que sois!

Solamente las brasas iluminaban el interior de la choza. La mujer del Quispe estaba sentada en el petate con el chico en brazos. Se partía en dos alas oscuras su pelo por la mitad; terminaba en dos largas y gruesas trenzas. Los ojos se abrían anchos, sencillos, esperando. El rebozo le envolvía los hombros. Sentía temor. Había estado oyendo la disputa de los blancos con su marido. Conocía al ***chazo*** ése, al Ramón Llerena: vivía en el pueblo i era un bruto que siempre al pasar metía las manos en el cuerpo de las mujeres. Muchas tardes en que regresaba ella, a-brumada de cansancio, bajo algún peso enorme de alfalfa o un fardo de maíz, aprovechándose que no podía defenderse, .por sus manos ocupadas, le había pellizcado los senos, lanzado grandes risotadas ante sus quejas, en el camino.

— ¡Muestra la ***huahual***

— ¿A qué?

— Insiña numás... Cun mal istá...

La longa apartó el rebozo. La cabecita morena i los ojos vivos, chispeando al resplandor rojizo del fogón, a-

vanzaron. Tendía manos i pies en arco, pues acababa de quitarle las fajas para ponerle nueva ropa. Las caras que se inclinaron sobre él lo asustaron: la montaña, lo desconocido, miedos heredados de cientos de abuelos perseguidos i apaleados, trabajando quince horas diarias casi sin comer —con tres puñados de mote o *máchica*— encorvados sobre los surcos, surgían en la mueca fina de la boquita del niño indio llorando.

Crepitaba la leña, los tizos florecían, llameaban i volvían a apagarse, dejando un acre olor a ceniza en el ambiente, mezclado al olor a borrego i a caballo de los ponchos i al vago olor a paja i piojos de la choza. El frío se metía por la puerta abierta: era un frío sin viento, pesado como si fuese calor, que oprimía las sienes y agarrotaba las mandíbulas.

Algo gritó en el pecho de la Chocha, la mujer del Quispe. Abrió la camisa: grueso, lleno, el pecho avanzó su pezón a la boca del *huahua*.

Ramón Llerena no se acordaba de los pechos de su madre. Para él, un seno era una cosa redonda como una manzana, elástica, que le producía un grosero deleite estrujar i que más que nada le gustaba oprimir para mirar la cara de la víctima i reírse del gesto que hacía. La carne morena, dura, templada, atravesada por cordones azulados de venas poderosas como las de las ubres de las vacas, del seno de la india, lo impulsó más allá. Quería saber cómo sería el vientre, sentir el calor de las piernas bajo las polleras de lana. ¡Ah! sabía que caería sumisa, ¿por qué se va a resistir una *longa* de éstas?

Se volvió de un salto, sacando la pistola.

— ¡Vos vas al *guando, runa* gran perra! ¡La *huahua* nada tiene! I si no vas a ver.

— Amitu...

— Sáquenmelo un momento aquí atrás al monte que quiero hablar a solas con ésta… ¡Quieto o te disparo…! Cójanlo...

Quispe comprendía lo que iba a hacer el blanco. Quispe era menor que su *huarmi.* No fue él quien primero se acostó con ella. Ella era viuda; era una mujer trabajadora que lo ayudaría a él a trabajar i a vivir; por eso se casó. No le importaba a él haber sido el primero o el único. Lo que prentendían ahora era bestial; era a la fuerza; eran muchos: i desde que estaba unida a él ya no consentía, no consentiría que nadie la tocase.

Con la cabeza baja se lanzó contra Llerena. Llerena no disparó. Le golpeó la frente con la cacha de la pistola: una, dos, tres veces. El indio vio azul: estrellas saltaron deslumhrándolo en sus ojos. Un dolor agudo, un velo rojo: cayó sintiendo que se hundía, como en el río, envuelto en el poncho helado i negro —poncho de *chazo-de* las aguas, tocando los vellones de borrego de las espumas, ¡manoteando! Al fin, nada. Asía, en una convulsión que lo dejó inmóvil, las pajas deshilachadas del borde de la estera.

— ¡Dale soltando a la *huahua* i acuéstate, mitaya!

— ¡Misericordia, amitu! ¡Nu furzarán a india!

— Patéenmele la cabeza al Quispe como friegue és-

ta. Si ya miso te 'mos de dejar.

El *varayo* rió, temblándole las manos i coloreándole la cara de deseo. Era guapa la longa mujer del Quispe. Nadie lo sabría: en la noche cercana se hundirían sus gritos, i en el camino perdido que extendía su cinta blanca de polvo entre la fina hierba de la virgen de los lados. Después que fueran a quejarse: ya sabría desmentir el teniente político. I bien.

También éste esperaba codiciosamente. Se agitó nervioso su cuerpo entre el raído i verdoso terno negro; asomaron sus dientes sarrosos i cariados: su mujer era una omota ya medio vieja y apestosa. Le repugnaba ya. En sus horas de pensar a solas, después de escribir en sus papelotes i decretar lo que mandaban los señores en nombre de la justicia, solía pensar en los cuerpos redondeados i cobrizos, duros, limpios, oliendo a agua de río i a heno, de las *longas.* Corroboró:

— Esto mismo es lo que había que hacer, don Ramón. *ILonga* perra! ¡Haciéndote la bruta! ¿Qué más quieres vos que te casticen los amos?

Un terror enorme, que le venía de lo más íntimo de su carne i del asco que le inspiraban los *laichus*, invadía a la Chocha. Era también un viejo miedo resignado, de muchas hembras anteriores a ella, perseguidas por los machos blancos. Desde niña temía. El viejo cura del pueblo que le babeaba los senos i le pellizcaba las piernas tuvo que amarrarle la boca con un pañuelo, la noche que la violó; estaba ella *de ponga* en su casa.

Luchaba, forcejeaba. Cayó el *huahua* a la estera. A-

rañaba, mordía, echaba espumas de ira. Tenía en la boca el sabor de la carne sudada de los blancos. Gritaba:

— ¡Virgen Santísima, mamitica... Dali sucurriendu a india! ¡Nu, perrus!

Se oían los chasquidos de la leña entre grito i grito. La luz del fogón se hacía mortecina. Las sombras se golpeaban contra el adobe de las paredes lodosas, gruesas, que ahogaban los ayes. El frío invadía las piernas, el vientre de la Chocha. Le contenían los brazos, le tiraban las trenzas, le daban puñetazos.

— Ya que no va al *guando* el Quispe, que pague tan siquiera el *raca* de la *huarmi*...

Era delante de los otros que había que hacerlo. Las caras, con una risa sombría, se extendían a verlos: el jadear les llenaba el pecho a todos. Los ponchos envolvían sus cuerpos contraídos en la espera. Los *cuyes* se agitaban asustados del ruido. Corrían por la cuyera. La paja se removía, trinaba como hojarasca seca, como páramo con viento. Estando la puerta cerrada, el río era un rumor lejano, afuera. Se diría que sólo resonaba en la tierra, a la que golpea abriéndose cauce, eternamente con el hachazo helado de las aguas.

Oprimida contra la tierra, por encima de su cara, veía las caras contraídas de los *varayos*, del teniente político, del Llerena. La claridad rojiza de la candela les corría encima; las barbas, los ojos, la frente, resaltaban: a ella le parecían un montón de diablos de los que se ven en los cuadros que están en las paredes de los lados de la iglesia.

Cerró los ojos de pronto. Ya no pensó más en su marido herido, tal vez muerto, ni en la bestialidad con que la trataban. No quiso ver más las caras de diablos de los blancos. Más fuerte que el rodar del río, crecido, desbordado, como despeñándose de un cerro, corría en el cuarto estrecho el llanto agudo del *huahua* caído a un lado. La Chocha lo sentía como un punzón metérsele en los oídos, tormentoso, interminable.

Callados se aproximaron uno al otro. La Chocha lo había alzado del suelo i lo había hecho volver en sí. Al Quispe le dolía la cabeza y la tenía ensangrentada de los golpes. Hacía rato que se habían ido. El fogón no daba ya ni un fulgor de sus tizos apagados. El hielo de la noche se metía por la puerta abierta. Antes de alzarlo al Quispe, la Chocha había tomado a su *huahua* i al calor del regazo lo había acallado dulcemente, dejándolo luego bien cobijado en la estera.

Ahora el Quispe estaba inquieto. Se volvía a mirarle el vientre como si pudiera vérsele ya algo que hubiese quedado de los otros. Le dijo sombríamente:

— ¡Miarás! ¡Qui nu quidi in vus lichi de *laichusl*

Salió la mujer fuera de la choza. Se encuclilló por ahí junto a una cerca. Sentía el cuerpo dolorido y maltrecho de los golpes. Más todavía la rabia contra los blancos. A-

divinaba que en el marido quedaba un resentimiento. ¿Cómo hacer para quitarlo? Seguramente los días i los días irían al pasar haciéndolo olvidar.

La sombra impenetrable la rodeaba. ¡Quería arrojar hasta de lo último de sus entrañas lo sucio que le dejaron los laichus! ¡Que no le fuera a quedar un hijo de alguno de ellos! Lo mataría si naciera. ¡Lo odiaría!

Entre la hierba se veían claros regueros de *ninacuros*. En el cielo eran de estrellas. El caserío dormía. Las casu-chas i las chozas se aplastaban oscuras. Sus voces i sus ruidos —juegos de *huambras*, golpes de hachas rajando leña, canciones— i sus olores acres a comidas i a chichas desaparecían. Avanzaban los aromas de la tierra en el verano. La Chocha no los notaba bien, pero el pecho se le llenaba de un nuevo dolor en el bienestar que le infundían.

— ¡Jesús, cómo huele a menta,!

Se levantó y regresó hacia la choza. Percibía entre la sombra el gloglotear tenue de la acequia. El río lejano, en el fondo, seguía eternamente con su mugido invariable. Pero la acequia sonaba como si quisiera hacerla gritar. Hacía frío pero ella sentía la candela sucia de los blancos entre sus piernas. Entró a la acequia. El agua de la noche le quitaba el ardor, le devolvía la paz. Invocaba a la corriente que fecundaba los campos:

— Llévate hasta la última gota. *Ashco.* No quiero *huahua* forzado, ajeno.

Tenía ganas de llorar. Pero no lloró. Sin pensar ya en nada, soñolienta i vencida, mojada, lavada, penetró en

la choza. El Quispe, herido, antes de dormirse, advirtió con voz ronca entre sus ayes:

— ¿I si quidara *huahua* distus pirrus?

— Nu ha de quidar. ¡Nu diosito!

## 4

Desde la ventana del cuarto del hotel se ve la estación. Más arriba se ven los cerros cascajosos, sembrados de cactos. La ventana está defendida de los mosquitos con tela metálica. Huigra es *yunga.* Al pie se tuesta la *máchica* del polvo.

Ayayay que se me han ido los días...

Está acodado a la ventana. Ocurre rara vez. No se asoma casi nunca. ¿A qué hora se, va a asomar? Se levanta de dormir a la hora del almuerzo. Después se dedica a beber *cocktails* i a bailar con las gringas hospedadas en el hotel, hasta tarde de la noche. Para variar se baña en el río, toma fotos con su *koclak* i le escribe al viejo que le mande dinero, que está haciendo arreglar el camino. En el fondo se siente culpable i está desconcertado.

Acostumbra siempre bajar a la estación a la llegada del tren. Se ha asomado ahora a verlo porque el pito lo cogió aún en la cama. Sin cambiarse la pijama, revuelto el pelo, mira el tumulto de gente en torno a los vagones. Los vagones son amarillos o color de chocolate. De las ventanillas caen cascaras de naranjas o de granadillas. Los viajeros, gentes de Quito, de Guayaquil i gringos,   sacan sus

caras curiosas i polvorientas del viaje. Compran comidas i dulces a los vendedores que giran a un lado i otro gritando:

— ¡Un vaso de leche! ¡Una *cola*

Es un grito lleno de sol i de cansancio del trabajo, a la vez que una invitación.

— ¡Un plato de gallina!

Distingue a las costeñas de las serranas, Roberto. Se entretiene contemplando a las pasajeras de primera. Las de segunda no le interesan. Son cholas haraposas; *chapu-las,* hembras de soldados rasos. Hartas se ven en Cuenca de ésas. Las mujeres de Guayaquil i de Quito son algo misterioso i atrayente para él. Qué ganas tiene de ir a pasar un tiempo por allá. Las modas, los perfumes, el modo de pintarse: ah, ése es el mundo, di'cese.

Chirrían los polines sobre los que ruedan cajones en el andén de la estación. Chirría la manteca en los sartenes colocados en los fogones al aire libre, donde las cholas fríen papas i empanadas para vender. El vaho espeso de la grasa refrita flota, unido a la humedad del vapor de la locomotora. El humo aceitoso de ésta, tizna el aire. Se escapan dos chiflones algodonosos de los costados de la trompa. Golpetea el eco el jadear de los émbolos, el tope de los tirantes de acero, entre los cerros.

Saliendo el tren, la tierra pedregosa del contrafuerte desnudo de la sierra en el cañón del Chanchán, avanza sobre el pueblo, lo envuelve. Se aplastan las casas. Aumenta el son del agua. Calla la gente. Los rieles fulgen i chorrean encendidos sobre sus durmientes, entre hierbas raquíticas i guijarros, hacia arriba.

— ¡Hola! ¿I quién será ésta? Aja, ha de ser la her mana de Enrique...

Una muchacha blanca, vestida de tela ligera, al modo costeño, con la cabeza descubierta de ondeada melena, i una sombrilla en la mano, se retira de presenciar el paso del tren. La acompaña una criada serrana, de pollera i rebozo. Sí, calcula Roberto, se parece a Enrique; debe ser la hermana; él me dijo que tenía una aquí i que me presentaría.

Enrique —Enrique Hidalgo— es el jefe de estación, un muchacho guayaquileño. Se ha hecho mui amigo de Roberto. Ya se sabe que guayacos i morlacos... Fue una amistad brusca, al hallarse, sin saber cómo, metidos ambos en una misma perrada, a los pocos días de llegado Roberto. Se había quedado éste, casualmente hasta mui tarde, las seis i media o siete, sentado en el banco de espera de la estación. Vino una *haambra* a depositar un fardo que quería expedir para la costa. La hora tardía i la soledad del momento incitaron al jefe de estación a encerrarla en la bodega. Como Roberto no se retirara, tuvo que contar con él. Con un guiño se pusieron de acuerdo. Roberto entró primero i, aunque se asombró de los forcejos i de los llantos de la *longa,* en medio de la bodega oscurísima, oliendo a cebollas podridas i harinas agrias, donde se tropezaban con los filos de los cajones, sólo de noche, al hallarse sangre en la ropa, se convenció de lo grave de la aventura. Felizmente para ellos, la muchacha no hizo bulla ni los denunció. Es verdad que le habían mostrado un revólver, a-menazándola con matarla si hablaba.

— ¡Carajo! ¡Sólo la pobreza puede hacerlo estar a uno en este desesperadero! Esta Huigra es un pozo.

Enrique Hidalgo era un alegre muchacho frente a una copa. Tenía azul la cara de la barba rasurada. Era blanco de ojos verdes i llevaba patillas españolas. Continuamente hablaba de Guayaquil i de lo que se aburría en el pueblo. El tren era lo único que rompía las horas. Le traía periódicos i cartas. Tenía madre i hermano i hermanas —una de ellas se estaba pasando unos meses acompañándolo—. Con ella se aburría menos. Antes de que viniera, no sabía él qué hacerse. De noche, a veces, le daban ganas de morir-se. Acostumbraba jugar entonces al cuarenta con el teniente político i el telegrafista. Iban a casa del político. A la chola gorda mujer de aquel tipo le daba sueño temprano. Se cansaba ella misma de decirle a Enrique que Cuenca ha de ser mayor que Guayaquil porque tiene lo menos trescientos mil habitantes.

— No tanto, hombre, no tanto —comentó Roberto.

Desde que está con él la hermana, Enrique no sale de noche. Si Huigra que todavía es un poco costa i que tiene talleres del ferrocarril i hoteles lo oprime, ¡qué no sería en Tixán o Guamote arriba! Ahora leen periódicos o juegan a las cartas con Beatriz, la hermana. Las noches son siempre vacías i heladas. En las afueras hai aullidos agudísimos que crispan. Son los perros de los *guanderos*, grandes perros negros o pardos. A veces los ha visto, en las calles del pueblo, de día. "Como gente son", dicen los indios. Dicen que se los azuzan a los cargadores. No ha de ser cierto, cree Enrique. ¡Qué van a ser tan brutos!. Aunque es una bestialidad el peso que cargan.

— I eso que no conoce los caminos —replicó Roberto.
Yo también soy *guandero.* Vengo a hacer llevar cajones
de la hidroeléctrica de Cuenca.

— Aja. Ahí están antes de que entrara yo al empleo. ¡Por fin se los llevan! Si los dejan más tiempo se friegan.

Se habían seguido viendo con frecuencia. Enrique le ofreció presentarlo a la hermana. Y era ésta, sin duda, que recogía la luz de la calle en su vestido celeste. Caminaba con una indolencia ágil que le mecía suavemente las caderas. Se alejó entre las indias i las cholas de rebozos rojos i polleras moradas, entre los indios curvados bajo enormes pesos i entre uno que otro muchacho que jugaba con los perros en el polvo. Roberto cerró la ventana.

# 5

El Simón Mayancela se detuvo después de atravesar el puente, i miró a lo largo de la única calle del barrio, que se extendía paralela al río. Era un indio joven, robusto. Se envolvía en un poncho rojo, descolorido por el tiempo i la mugre. Sus pantalones de bayeta estaban recogidos a media pierna. El sombrero echado hacia atrás descubría la frente despejada, por la que resbalaban *chamizas* de pelo sudoroso. El Simón notaba algo raro en el barrio. Las mujeres i los muchachos salían a las puertas. Todos conversaban en grupos. Algunos *chazos* detenían sus muías. Se oía el bullicio esparcirse largamente. ¿Qué pasaba? ¿Sería alguna pelea? ¿Habrían matado a alguno?

— ¿Qué mismo pasa?

— Botan plata.

— ¿Para llevar *guando ?*

— Sí, dizque.

Sólo al oír decir "botan plata" había comprendido. Era algo que había visto desde *huahua*. Del centro, los blancos i las autoridades venían a regar dinero. No era re-

galado. Un día o dos más tarde había que ir. Era a cargar, a llevar grandes pesos o a traerlos.

Simón no había ido nunca antes. Había visto ir a otros. Dizque duraba la ausencia diez, quince días, a veces un mes. Regresaban flacos, cansados, con los ponchos en andrajos. Contaban cosas increíbles de la nieve, de las cargas pesadísimas, de los cerros, de la lejura por donde pasa la fiera bestia, el tren.

¿Habrían dejado plata también en su *huasi}* Temía. Caminó más de prisa, deseoso de enterarse. Sobre la fila de casuchas caía el día gris. El camino pasaba al pie de ellas i más abajo, chasqueaba el río. En la orilla opuesta cerraban sus masas oscuras, en apretadas hileras, los eucaliptos. Las pencas apuntaban sus espinas encima de las cercas de piedras amontonadas.

La otra vez que hubo *guando* él no vivía todavía por este barrio; había venido con permiso de casa de sus patrones a visitar a un compadre. Casi lo enganchan también. Antes que se declaró a tiempo *huasicama* del amo Tamariz, i lo dejaron. Regaban plata en el barrio. Vio como todos respondían lo mismo, sin querer ir.

— Nu hi di pudir dijar, amitu, tierrita... trabajo hai... *Huarmi* nu pudiendu sulita...

El comisario respondía:

— ¡Carasgo! Aquí queda la plata! ¡Malditos*r*MM*as*/ ¡Queriendo hacerse los filáticos porque se les viene a ver! ¡Aquí queda la plata!

Las mujeres, que eran las que generalmente recibían la plata por estar los hombres en el trabajo, miraban los billetes que significaban el viaje tan largo y tan pesado de sus maridos. Habrían querido arrojarlos a la acequia o al río, no saber de ellos. Pero ¿acaso los billetes tenían la culpa? ¡No por botarlos dejarían de ir!... Mejor era cogerlos. Se podría comprar lana o maíz para sembrar...

Lo primero que, ahora, al llegar a la choza preguntó el *Shimuco,* fue:

— Ele María, ¿dejaron sucres?

— *Ari* —contestó ella, a quien no le gustaba hablar en castellano.

I siguieron hablando en quichua. Ella había querido negarse a recibir. El comisario, el otro blanco y los *varayos* que iban con ellos consiguiendo gente, no quisieron oír nada. Decían que era un *guando* enorme, un bien público, que todo el mundo tenía que ir i que sino el gobierno obligaría, metiendo a la cárcel i quitando a los *runas* siembras y animales.

Dentro de la choza chillaban los cuyes. La candela invitaba a acercarse. Afuera la humedad se pegaba a la cara. Unos chirotes huían ateridos. Subía el humo azulino al cielo nublado. Las gotas de la garúa empezaban a lagrimear en las piedras. Detrás de la choza los alisos se agrupaban, cosechando la sombra. Los sapos *chucchumamas* arrojaban, desde la cama lodosa de las hierbas, cerca de las acequias, la pedrada de su grito.

Habían terminado de comer en silencio. María casi

tenía sueño. Quedaban unos granos de mote en el plato de barro.

— Voi a hablar con el Columbe.

— No te tardes.

Crepitaban los nudos de la leña chisporroteando. La claridad de la candela bañaba con su fulgor de sangre las paredes i el techo humoso de pajas lacias. Sobre el fogón, sobre los cueros de venado, sobre los telares de caña donde tejían ellos mismos las telas de sus ropas i de sus ***cbumbis,*** se posaba una gran calma, en el interior de la choza. Simón salió.

El polvo mojado se pegaba a los pies como mazamorra. La ***calicha*** de la parcelita del maizal ya cosechado amarilleaba aún en la penumbra. El Columbe estaba sentado junto a la puerta entornada. Aún era temprano i la mujer hilaba, con el ***guanga*** entre las rodillas i haciendo pasar rápidamente los gruesos hilos de lana, dando vueltas al huso de sigse, a la luz de un candil. En unos cueros de borrego se veía el bulto de ***huambra*** dormido, tapado con unas cobijas oscuras.

— Alabado Jesucristo.

— Alabado sea, ***Shimuco,*** siéntate.

En las bocas de los indios con frío el quichua era más silbante que nunca. Comentaron lo *del* ***gnando.*** El Columbe había ido dos o tres veces. Sabía lo que eran los pesos en los hombros, los capataces, la chicha a torrentes, eso sí, i toque de ***quipa*** a rebato, para animar a los cargadores.

Las mujeres tenían que quedarse solas... No se alcanzarían con todo lo que hai que hacer en cada parcela. Cerrarían sus puertas temprano, pues abundan en los alrededores los desaforados ***shuas*** que tratarían de abusar de ellas al verlas solas.

Los ponchos quitaban forma a sus cuerpos musculosos. El candil doraba el cobre de sus caras grasosas.

— ¿Cuánto te dejaron? A mí cinco pesitos.

— A la ***huarmi*** para mí lo mismo. Poco es.

— Sí.

Decía el Columbe que ahora habría harto lodo en el cerro. La ***casashca*** caería sin interrumpirse. Cada ***cha-quiñán*** sería un pequeño torrente de agua rojiza de la tierra deshecha del cerro.

— ¿Darán más plata después?

— Mierda darán.

Ya era de noche completamente. Golpeaban los ladridos helados de los perros. El ***Shimuco*** y el Columbe callaron. Azotaba el aguacero el lodo i las piedras del camino, la paja ensopada de los techos, los follajes de los árboles i la alfalfa de los potreros. Mugían los toros en los corrales de las villas, porque a lo largo del camino, entre las casuchas, se alzaban las sombras perforadas por las luces de sus vidrieras, de algunas quintas de blancos.

— Me voi, compadre Braulio. Hasta mañana, Maño.

— Hasta mañana, hijuco —contestaron al mismo tiempo el Columbe i la mujer.

— ¿ I quién ordeñará vaquita? Maño al parir está.

— Hemos de ver.

I la india, con su gran vientre echado hacia adelante bajo la pollera colorada, sonrió mostrando el choclo de sus dientes.

Volvió a la choza. Sentía su vida, sin darse cuenta bien, como un palo al que le han dado un hachazo. Imaginaba oscuramente cómo sería el viaje. Sentía un malestar extraño.

En un costado del cielo, desgarrado de nubes, lívido de lluvia, donde se recogían las últimas aristas de la claridad del día, recortaban sus hojas de machete las pencas. Shimuco se subió el poncho hasta tapar la boca. En la orilla del frente, lejos, a través de los árboles, como un puñado de *ninacuros* tirados en la hierba, titilaban las luces de la ciudad. Una luz regada i ancha subía al cielo. I las luces desperdigadas eran amarillas, daban sueño. Le recordaban las velas de sebo de los velorios. El viento traía lejanas campanadas de iglesia, dando la hora.

Entró en la choza i se tendió en la estera, hundiendo los dedos en su pelo lacio i espeso, a rascarse. La humedad hacía agitarse i picarle hasta arder los piojos. Araba furiosamente con sus uñas. Los tizos le echaban sus vetas rojizas en la cara. María echó ceniza sobre las brasas i cerró la puerta. Al estrecharse el aire aumentó el hedor de la *cayera,* se sintió el olor a barro fresco de los adobes. La choza

era nueva. Simón i María eran jóvenes i tenían poco tiempo de amañados.

María se quitó la *Uiglla*, i el *tupu* que la sujetaba rodó a la tierra fría del piso. Se inclinó i tanteó con la mano hasta encontrarlo. No debía perderlo; traería desgracia, al menos ahora que él se iba a ir...

... Ardía quemante el mediodía sobre los cebadales rojizos, maduros entonces. Segaban. Pitaban roncos los *huagras* tras las novillas. Sudaba el cabo de la hoz entre sus dedos i la hoja hundía sus dientes de hierro-en la carne morena y fragranté de la cebada. Se agachaba i se erguía.

El Shimuco se le acercó sin ser sentido. Extendió la mano al pecho de María. No era a coger los senos como a-costumbran los amos; *runas* no hacen eso. Era a quitarle el *tupu-*. era que la quería por compañera. Mucho la había mirado: en la cocina de la villa de los amos, en el corral, en la orilla del río cuando iba a lavar. ¡Cuántas veces le arrojó *chambas* i le habló entre risas bromeando de tantas cosas! Sabía ella que vendría. Sonrió sin impedir, poniéndose colorada, colorada, al aceptar. La *Uiglla* batió las espigas como un ala, cayéndose. María sentía el peso tibio de sus senos que se estiraban duros al respirar, bajo la camisa de lienzo, sudada...

Desató la cintura, dejando caer la pollera i se tendió bajo las cobijas, junto al hombre. El pensaba en el látigo, en el revólver. Las cañas bravas en que se asientan los pesos doblegan los hombros, dicen. Se siente que las piernas se rompen. Los pies desnudos se deshacen en las piedras de los *chaquiñanes*, en las cunetas defendidas con pencas. ¡Cuántos no vuelven *del guando!*

¡Cómo cambiaban las cosas! ¡Cuántos días iguales habían pasado i ahora venir a romperse lo tranquilo! Entre las cobijas de tejido burdo i en el cuero de borrego sin curtir los piojos ardían en sus cuerpos. La inquietud de lo próximo por un momento le quitó el sueño. Después, mientras se iba hundiendo en sombras, murmuró:

— ¡Pindijada!

— Niñita ¿quieres leche?

— Sí, espérate.

Siempre le compraban. El llevaba su tarro a la espalda. Se recogía el poncho para dejar libres los movimientos. En cuclillas, servía la leche espumosa en una olla azul de hierro enlozado. Las blancas eran buenas. Simón reclamaba:

— Darás fuercita.

Sólo los domingos convenían en darle. Le servían en una taza tres dedos de aguardiente. Simón se lo bebía de un golpe; ¡así han de beber los hombres! I era, de veras, la fuerza, corriéndole caliente por el cuerpo, en la mañana helada.

Salía de la choza mui temprano. Para poder hacerlo, ordeñaban la vaquita antes de que clareara. Los *cuyes* no se movían aún. No cantaban los gallos. Se oía sólo *paramar* anchamente sobre la alfalfa. Simón se levantaba junto con María. No era como otros naturales que dejan todo el trabajo a las *huarmis.*

El ***Guaguashuma*** amanecía envuelto en una ***Vigila*** de niebla. Olía el campo como los senos de María. El aliento cálido de sus respiraciones se veía en el aire frío. Ordeñaban juntos. Se ponían a lado. Tiraban de las tetas rosadas. Los chorros caían gruesos. La vaca volvía la cabeza. También su aliento era un chorro blanco. La garúa mojaba su pelo zaino: el calor del cuerpo salía a lo mojado i una exhalación la rodeaba. Su pecho i su vientre eran hondos i tibios. Mugía, respondiendo al ternero atado cerca.

María amanecía contenta. En la risa se le conocía. Hablaba poco. Sus movimientos eran ligeros como los saltos de un chirote. Su cara trigueña enrojecía del frío.

Se quedaba desgranando maíz para los patos i las gallinas. Simón se ponía el poncho, calaba el panza de burro sobre su lacia cabeza, cruzaba las cabuyas que sujetaban el tarro de leche sobre su espalda i partía.

Tenían la vaquita, gallinas i dos chanchos. Todo eso Simón heredó del ***taita.*** La parcela no; por ella pagaban flete a un amo de la ciudad. En tiempo de siembra y de cosecha trabajaba en la parcela. El resto del año iba a ganar dos reales diarios como peón.

Aunque el viejo puente de Todos Santos quedaba más cerca, se iba a pasar por el Juana de Oro, sobre la isla: lo dejaba más próximo a la construcción donde trabajaba i por allí vendía la leche.

Al pie de la puerta, entre las piedras redondas del pavimento, crecía la hierba. Ataban caballos i burros a un poste. Entraban i salían gentes todo el tiempo. Iban a comprar aserrín, a hacer cortar tablas, a hacer moler grano

o a comprar harina. La casa, colocada en el barranco, dando de un lado a la ciudad, del otro al río, era la entrada a un molino. Antes de llegar, siguiendo su camino por la orilla de enfrente, al pasar junto al hospital, el Simón veía la gran rueda empujada por una corriente de agua que le caía encima i que era tomada del río por una presa, diez cuadras más arriba. Simón miraba. Le hubiera gustado tener un molino. ¡Era algo tan imposible! ¡Ganaría plata! Cuántas polleras podría comprarle a María... Se quedaba viendo la acequia correntosa que iba, entre la tierra, a mover el molino. No tendría que buscar el jornal en la ciudad.

En la casa en construcción donde ayudaba a jornal a los maestros albañiles, el capataz lo recibía furioso. Renegaba por costumbre.

— ¡Te has tardado maldito *runa!* ¡Carasgo! ¿Quieres ganarte en balde la plata? ¡He de descontarte el día aunque lo trabajes si vienes tarde!

Ventajosamente para *Shimuco*, a él nunca le habían tocado los golpes, puñetazos i puntapiés que el *chazo* les daba casi sin motivo a los peones. ¡Era un *shua* desgraciado! Su carota colorada i sus dientes amarillos salían por todos los rincones de la casa en construcción. No quitaba ojo de ninguno. La menor interrogación provocaba un estallido de sus iras.

— ¡Ladrón, indio maldito, te *crés* vos que no te he estado *chapando!* ¡Trabaja, pes, suda lo que paga el amo!

Lo ponían a cargar adobes. Eran masas de lodo arcilloso, apelmazado, durísimas i de enorme peso. Las sa-

caba de un patio, donde las había almacenado el dueño, al lugar de la construcción. El hombro se le rendía. Sudaba. Dejaba a un lado el poncho. El sol no parecía correr. La mañana no se iba a acabar nunca.

En el patio olía a telarañas i a aire cerrado. Los muros grises se levantaban altísimos a los lados; se abrían corredores o ventanas, porque era un patio interior más arriba. Entre dos aleros de techo, torciendo el pescuezo para mirar a lo alto, alcanzaba a ver un trozo de cielo azul. A-fuera el viento traía gritos de muchachos, aroma de capulíes, rumor de acequias. A ratos rechinaban las piedras de la calle bajo las grandes ruedas de una carreta tirada por bueyes. Las cholas disputaban de tienda a tienda. Golpeaba el mazo en las herrerías lejanas. Más cerca, se cruzaban las voces de los albañiles i de los carpinteros. Clavaban clavos o serruchaban, chillaba como *chifle* al freírse el cepillo en la piel de las tablas o bien golpeteaba más pequeño el ruido del bailejo batiendo la mezcla. Simón con el hombro vencido entraba y salía. El sudor lo coronaba de gotas claras. Casi ya no pensaba en nada, aplastado por el cansancio.

A-las doce cesaba el trabajo. Compraba mote con sal y ají en la chingana. Todos los peones hacían lo mismo. Se sentaban por ahí en una acera y empezaban a comer. Ponían el mote en un canto ahuecado del poncho. Metían la mano i cogían pequeños puñados que lanzaban desde lejos a la boca con gran tino. Entre bocado y bocado conversaban en quichua, del trabajo, del día, de los a-guaceros, de la próxima llegada de las cosechas que los haría dejar el peonaje en la ciudad o ir a coger el maíz o la cebada o a cortar la alfalfa en sus parcelitas de los alrededores.

Un soplo cálido de sol azotaba las calles a esa hora de mediodía. Los *chapas* en las esquinas conversaban perezosamente con las criadas que habían bajado a coger agua en los grifos. Las acequias rumorosas se deslizaban entre los ladrillos polvorientos de las aceras.

El capataz los hacía volver a entrar al trabajo. De nuevo el hombro se le desvencijaba al peso de los grandes adobes. El cansancio le invadía poco a poco todo el cuerpo. No tenía ya nada que pensar. El sudor le bañaba tibio primero i luego helado la cara, el cuello, el pecho.

Gritaban ahora como *huahuas* las poleas, elevando, con cuerdas de cáñamo, barrotes de palo o tarros de mezcla, hacia los andamios entrecruzados, donde se arracimaban hombres trabajando. La tarde iba avanzando vacía por lo llena de trabajo.

Viento, viento fuerte y frío que venía de las pampas de Tarqui, pasando por encima de la colina de Turi i por el camino de La Virgen de Bronce, le salía al encuentro, ya de tarde, cuando regresaba. Silbaba en las bocacalles. La polvareda \o hacía estornudar a Simón. Elevaban cometas los hijos de los blancos. Las nubes avanzaban sobre las densas masas de eucaliptos, hacían gris la tarde, parecían querer venir a colgar sus andrajos en las puntas de las pencas que erizaban las bardas de las parcelas.

Simón hablaba un poco con María de las cosas de la parcelita. Era sobre la *calcha* recogida, sobre la *cuya* que había parido, sobre los *huahuas* patos que se habían alejado, nadando, de acequia en acequia casi hasta Yanun-cay. Rajaba leña el Simón. ¡Shimuco!

Afuera, más allá del camino, el río arreaba su rebaño de borregos de espuma contra las piedras.

Antes de que fuese oscuro le hacía poner la cabeza en su falda i le buscaba los piojos.

Algunas comadres i otros vecinos venían de paso a conversar. Bebían algún vaso de chicha. La candela hacía refulgir los ponchos. Se animaban las caras. La María pasaba las manos por la frente caliente del Shimuco mientras lo espulgaba. Era como si quisiera tocarle los pensamientos.

## 7

Unas semanas antes, una mañana que bajó a lavar al río, le dijeron algo del ***guando.*** María no recordaba casi, no atendió en aquella ocasión. Más tarde volvió a pensar en esa mañana. En la ciudad sabían que se preparaban a traer una carga nunca vista. Regarían mucha plata para llevar cientos de naturales a ***guandear.*** Cogerían gente en San Roque, en Huaynacápac, hasta en Paccha i en Quin-geo, decían. Es que iban a poner luces en las calles, en las esquinas, en las casas. Las noches iban a ser como días de claras. Lo que iban a traer en el ***guando*** eran máquinas de hacer luz.

— Ojo pues bonitas… ¡Linditico nomás ha de que dar!

— Al centro, solamente han de poner, verás.

— Así pongan sólo allá, bonito ha de quedar... Ni ***morlaca*** pareces.

— No seré, pes.

— ¿Que has de ser entonces? ***¿Mona'?*** ¿Lojana?

— Lavandera soi.

— Ele con lo que sale.

María no se metía. No las escuchaba sino por momentos. Conversaba solamente con las que eran amigas. Lo mismo que el Simón —su *longo*— con los *cholos* era María con ellas; con los indios era distinto: se podía hablar en quichua i de cosas que a todos les eran iguales.

Al amanecer, cuando el Shimuco bajó al trabajo, María se había venido con él hasta el puente. Traía alguna ropa de los dos para lavar. Se proponía lavar ese día porque creía que iba a ser un día de sol. Desde que clareó, el *Guaguashuma* estuvo dorado. No había una nube. Graznaban los gansos en las acequias. La tierra estaba alegre. Piaban los *chugos* en los árboles. Un gallo *guipaba* ronco llamando a las gallinas, escarbando en el polvo. Los eucaliptos, por la mucha claridad, ennegrecían. Enfrente del río, las torres de las iglesias de la ciudad se creerían de azúcar. La cal de las paredes de las casas de los amos hacía daño a los ojos al mirarla.

María descendió hasta el borde del agua por entre las grandes piedras redondas. Al arrimarse a ellas i tocarlas con los dedos se sentían ya tibias. Más tarde se calentarían hasta hacer imposible tocarlas. La hierba crecía grande entre ellas, la tierra era húmeda por la proximidad del río.

A lo largo de las orillas lavaban cientos de mujeres. Cada vez iban llegando más. No hacía frío. Se quitaban el rebozo i la pollera de más encima, la roja. Quedaban con una de las polleras de dentro i con la camisa de lienzo.

Desanudaban sus atados de ropa sucia. Tiraban de prenda en prenda a su lado. Era ropa de blancos.

El cauce está cubierto de piedras. Cada crecida las arrastra a montones desde las alturas vecinas. Se oye en la noche como un crujir de huesos de la tierra al entrechocarse, al descender en la crecida, de aquellas piedras pulidas por el agua, en medio de correntadas lodosas, amarillentas, en invierno. Las hai de todos los tamaños. Hai tantas que, saltando de una a otra, se cruza el río.

— No dizque quieren las blancas que lave con cabuya: que les doi pudriendo, dicen. I no dan jabón.

— Agarradas son, pichicates...

— Como dizque va a sacar uno lo sucio con las uñas.

— Blancas bandidas, brutas también.

— Que paguen más. Jesús, si ya miso quieren hacerla a una lavar de balde. •

— Vea, comadre, los enfermos de la fiebre.

— Morenica linda del Rosario... ¡Cómo les llevan al hospital a los pobres!

— ¿Todos los días les traen?

— Hai harta fiebre i hartísima gente en el hospital. No dizque queda un mezquino catre tan siquiera. Tienen que *amurcarles* desde las casas a la hora de la visita del doctor, cada mañana.

La comadre, chola gruesa, con los ojos negros i duros i grandes senos de porrongo indio, se volvió.

Unos tras otros, pasaban arriba, en el barranco, hombres cargando a la espalda, como fardos, a los enfermos. Adelante iba un ***chazo*** ya anciano. La mujer le rogaba:

— Jashu, Jashusitu... Te hará daño hacer fuerza. Caeráste. Más mejor ha de ser que me des sentando aquí a la verita del ***chaquiñán.*** Si ya mismo te tiemblan las piernas. Pondrásme en una piedrita. Lueguito 'mos de seguir...

Las piernas de la mujer descubiertas, leñosas como yucas de Yunguilla, cerosas, sin sangre, colgaban, cruzando por las caderas del marido, adelante. La pollera se plegaba a la rodilla. Las manos morenas, secas, temblaban clavando sus uñas de filos negros en el pecho del hombre. Allí se juntaban con las de él que sostenían el nudo de la cobija que, abierta hacia atrás, envolvía el cuerpo de ella, sosteniéndola. La enferma se angustiaba más con el esfuerzo del marido. Iba lívida, con los labios secos, color de bagazo de babaco; el pelo lacio i desgreñado se le adhería a la frente con la goma del sudor helado que la brisa al besar escalofriaba.

— Pondrásme aquí en la piedra, Jashusito...

— Cállate... ¿Soltaste vos cuando metieron bala en huelga?

Seguían en larga hilera muchos más. Eran viejos, hombres, muchachos, todos ***cintarcados*** en distintas posi-

dones. Los que los cargaban procuraban caminar velozmente. Si no fuera porque eran compañeras, hijos, madres, padres, no los ***amarcarian.*** Basta un momento de estar así cerca, abrazado, con un enfermo, para coger la fiebre. Da miedo hasta nombrarla. ¡Es tan fácil cogerla! Puede venir en una manzana más sabrosa que el pecho de una ***loriga*** sin marido; en el vaso más agrio y espumoso del ***huallu*** de chicha de jora con más tiempo; en el mote más lavado; en el cui...

María temblaba no le diera a su Shimuco la fiebre. ¿Quién lo cargaría? ¡Tal vez uno de los compadres i a-migos, pero se moriría! Sólo la que todo lo puede podría salvarlo. Pero ella no quisiera aquel peligro. **I,** bajándola vista, torcía los pesados pantalones de ***chillo*** del Simón, entre sus manos gordas y poderosas. Lavaba sobre una piedra gruesa. De rodillas, sentada sobré sus piernas, inclinada hacia adelante, coloradas las mejillas, empuñaba con ambas manos el pantalón y lo golpeaba contra la piedra. El tableteo repiqueteaba en el eco de las orillas. Tomaba a cada golpe impulso en el suelo con todo el cuerpo i toda la tierra parecía trabajar con ella.

Las demás lavanderas golpeaban lo mismo. Jabonaban o restregaban con cabuya. Oprimían y torcían, exprimiendo la ropa, i la tendían sobre las piedras que, vestidas, adquirían contornos de gente. También la colgaban en los zarzales verdes, templándola, o la desplegaban sobre el césped. Las dos orillas daban luz al aumentar la mañana, con los colorines de la ropa tendida. Las telas parecían tostarse i deshilacharse bajo la lluvia de agujas calientes del sol.

Les dolía la espalda. Les corría el sudor por el cuer-

po. Colgaban las dos gruesas trenzas por los hombros, sobre el pecho. El sombrero de paja toquilla ceñía un a-ro doloroso a la frente. El agua helada quemaba las manos. Se mordían el labio inferior con el gesto del que sabe a-guantar. La hilera de cuerpos tensos, encuclillados, agachados los rostros curvos y cobrizos, fijos los ojos en el lavado, se estremecía en un solo palpitar que era también el del río i el de las piedras i la tierra.

A cada instante se volvían preocupadas. Es que, mientras lavaban, boca arriba, boca abajo, los *huahuas* pataleaban allí cerca, echados en la hierba de la virgen. Miraban sin ver el agua o las nubes. Unos callaban, chupándose los dedos. Otros lloraban. Los pañales haraposos los envolvían mal. El viento agitaba la hierba a su lado. Cada brizna era tan grande como ellos. El olor del suelo los llenaba. Se erizaba de frío su piel oscura. La sombra del interior de las chozas al quedarse solos; la dureza recta de la tierra que no acuna; en la boca la sensación de extrañar el pezón grueso, suave, los hacía llorar, clamar, tender los brazos… El mundo era un inmenso seno de mujer, terso, duro, suave, pesado, veteado por ríos de venas azuladas, i que quisieran apretar entre sus dedos i acercar la mejilla i meter la punta er. la boca. El mundo era el calor fluido, el vaho oloroso a vida que surge del regazo i se riega por la falda i corre por todo el cuerpo que se afirma, confiando, arrullando, durmiendo. Leche tibia en la boca, boca húmeda en los ojos, río de pelo suave que baña la cara, carne que tiembla al mismo son que la otra carne, voz que chirotea cosas i cosas, trinos i golpes de aire asoleado. Los *huahuas* llamaban a las *lorigas*, sus madres. María los cogía, los levantaba en brazos, los acercaba a su pecho levantado que no había amamantado. Les susurraba palabras que no querían decir nada. ¡Ah! Cómo

/

querría tener uno, con el Shimuco. Aunque tuviesen que romperse más sobre la parcela para tener como vestirlo i cuidarlo, ¡querían uno!

Las otras mujeres se la quedaban viendo, sonrientes. No sabía lo que era de fatigoso tener *huahua*. Por eso se ilusionaba tanto. I en el fondo tenían gusto de sus *huahuas*, a pesar de lo pesado que era trabajar más por ellos...

Un día así, de lavado, de sol i de *huahuas,* fue que oyó, sin atender, hablar por primera vez del *guando* de la luz eléctrica.

8

El adobe terroso de las chozas se doraba con el sol poniente. El viento fuerte sacudía la paja de los techos. Gritaba en los cebadales un *quillillico.* El humo.de las chozas se abría en haces al viento. Los *buiracochas* penetraban al galope en el caserío esparcido en el declive del cerro.

La gente estaba toda recogida en las chozas, donde alumbraban apenas las brasas de los fogones. Descansaban después del duro día de siega. Desde hacía varios años la cosecha no había sido tan buena. Se habían encontrado en el aire, repeliéndose, *el jahuay* que cantaban, al segar, abajo en el valle, los conciertos de la hacienda San Antonio,-con el de los comuneros que labraban para ellos mismos Jas ásperas laderas del cerro a donde los había empujado el hacendado y los estrechaba cada vez más. En *el jahuay* llamaban al gamonal: *laichu,* verdugo y ladrón.

La Trini recordaba más tarde que ella comía *máchica* cerca del fogón i que su Pablo estaba sentado a la puerta. La choza semi oscura estaba llena del olor de la cebada fresca, del olor de la lana que hilaban. Un cuarto de chancho sanguinolento colgaba de un gancho en una esquina.

Bordoneaban el violín de su zumbido las moscas, alrededor. Al oír el galope salvaje, la Trini salió a la puerta jun-to a su marido.

— A ver ¿quién es aquí el gobernador?

— Yu sui ¿qué quieres, amitu?

De las distintas chozas salían apresuradamente los indios. A los blancos se les volvían una algarabía sus voces en quichua. Contemplaban, desde lo alto de sus caballos de gran alzada, a los hombres de torva cara, a las doñas bajas y redonditas como *shilas,* a los *huahuas* prendidos a las tetas morenas, o a los que, envueltos como los mayores en sus pequeños ponchos i calzando sus *oshotitas* breves, avanzaban entre el polvo del *chaquiñán.*

No esperaron mucho los indios. Uno de los blancos, vestido de un poncho de *runa* llano, sin teñir, que llevaba negra barba corrida i cuya nariz era un tomate por el frío i el aguardiente, según lo mostraba su olor, habló al Pablo Faicán:

— Oyte, *runa.* Soi el comisario de Pucto y el señor es el Juez Letrado. Venimos a notificarte que se ha dicta do sentencia en el pleito que seguía el señor Cueva contra ustedes por la posesión de este lado del cerro. El señor Cueva ha ganado. Al ser de él el valle, esta altura con sus vertientes ha de serlo. Tenéis que dejar esto, sólo el otro lado les queda.

El Pablo y todos se asombraron. No podían creer. Ellos estaban seguros ahí. Cierto que habían ido perdiendo tierra desde el tiempo en que el abuelo de Cueva se

estableció, a base de unos papeles del obispo de Cuenca, en la entrada del valle desde donde poco a poco los fue empujando hasta donde ahora estaban, con la ayuda de las autoridades. Pero era imposible que se les echase del todo. ¿A dónde irían? Más allá del cerro había otra hacienda. De allá también los empujaban. Cada año tenían menos campo que sembrar. Cuando sembraban todo el valle y las laderas, nunca pasó hambre la comunidad. Las chozas que servían de graneros estaban repletas. Blancas polvaredas se alzaban las tardes al regreso de los rebaños. Los *huambras* no se alcanzaban para el pastoreo. Al llegar los veranos, los vientos de julio arrojaban a las distancias los niveos copos que arrancaban a los *runas* que trasquilaban las ovejas. Daba gusto ver los carneros poderosos, trabando las cornamentas en peleas enconadas por las hembras de ojos mansos y sedosos vellones. La comunidad había estado ligada al carnero desde los abuelos lejanísimos, desde la época en que los blancos los habían traído por primera vez. Se veía el carnero dibujado en los bordados de los *chumbis* que ceñían las cinturas musculosas, en las ollas de rojo barro que parecían fresca y porosa carne joven, en la vara del gobernador i en los vestidos de las *huar-mis*...

Cuando ya no hubo tierra suficiente donde sembrar y donde pastasen los rebaños, las malas cosechas traían tiempos de hambre. ¿I ahora?^

No preguntaron eso. El Pablo Faicán contestó:

— Istandu di naturalis cirru, derrita... tinindu papil viejísimu, ricunucidu...

— Te comunico la sentencia del juzgado. No hai

que hacer. Tienen que dejar estas tierras en veinticuatro horas de plazo. Ya saben.

Los caballos soplaban i su aliento era un polvo blanco en la tarde helada. Se oía sonar el hierro de sus frenos que mascaban. Los indios oían silenciosos. Las nubes bajaban sobre los cerros. La noche subía lentamente desde el valle.

— Vamonos.

El galope sordo golpeó la tierra polvosa. Los jinetes como una tromba pasaban. La Trini junto al Pablo permanecía quieta. Aullaron los perros al extremo del caserío. Los balidos de las ovejas eran una queja. Los indios se dirigieron a la choza de Pablo.

— Léelos —le dijeron.

Había sacado de bajo sus cueros de borrego donde dormía, un rollo de papeles amarillentos. Los leyó, cerca, mui cerca del fogón, chapurreando el castellano con su voz clara y recia. Un rey de las Españas i de las Sici-lias i de las Indias, enumeraba sus títulos i autoridades, antes de hacer la concesión. Tomaba en cuenta el derecho de los indios por haber poseído i habitado aquella tierra. No bastaba el claror rojizo del fogón. Encendieron un candil. Todos arrugaban las cejas como queriendo enten-

der mejor, de la masa de sus ponchos de lana roja salía un vaho de sudor i de polvo de cebada. Resonaba la voz de Pablo. Se figuraban a aquel rey antiguo como uno de los gamonales ricos de las haciendas vecinas, a los que habían visto en sus casas, entre vidrios, entre telas ricas, sobre sillones i camas de colores, muebles todos extraños, de los blancos. Pero este hacendado no era malo. No quería arrancarles la tierra. Harta tendría, como lo decía el papel. Tampoco les pegaría ni les mandaría a azotar.

***... Desde el río, por el valle tantas leguas de tierra i de pan sembrar i de pastoreo...***

Quedaba claro que poseían un título, un papel que los hacía dueños de esa tierra. Los derechos que se les atribuía no eran mui claros, se especificaban en una terminología de la legislación de aquel tiempo prestándose a confusiones. Lo que quedaba claro era que poseían un título de propiedad, un papel que los hacía dueños de esa tierra. El gran gamonal que sería el rey, sin duda sería viejo, un viejo bueno que cumpliría los mandatos de su dios i no querría robar a los indios…

***— ¡Ñucanchic Allpa!***

Resonaron unánimamente estas palabras en todas las bocas. Sí, no cabían dudas. Pudieron arrancarles pedazo a pedazo mucha tierra. Pero ahora, el resto, el último bocado del hacendado vecino que los dejaría sin tierra, no podría ser. Reducirla sí. Pero quitarla del todo no. El papel decía claramente que era de ellos. No decía cuántas cuadras i ni cuales. Pero decía: tierra. Sí, aquel suelo fecundado con su sudor de muchos años no les podría ser arrancado del todo.

— *¡Allpa!* *¡Allpa!*

Después invocaron el valor i la prudencia del gobernador. La *huarmi* recordaba los ojos brillantes de su Pablo. Había alzado el puño como cabeza de cóndor cuyas alas fueran las del poncho levantado. No había dicho un término. Pero los otros se retiraron contentos ante lo que decían las miradas de su cabecilla...

— ¡Ni los piojos habrán quedado en la candelada!

— ¡Bien hecho! Que se metan otra vez estos mitayos bestias...

Ella oyó los pasos pesados alejarse con las voces, tropezándose en lo oscuro con las piedras del *chaquiñán.* Aún entonces no se atrevió a alzar la cabeza. Acurrucada entre las espigas y briznas de la cebada, había temblado al oírlos acercarse, conociendo que no eran indios por las sonoras botas en las piedras. Rechinaron como lechuzas los cerrojos de los fusiles. Ya no se oyeron las voces. La Trini, en el filo de un quejido, susurró:

— *¡Allcus!* *¡Shuas!*

Estaba escondida en la sementera que murmuraba, mecida por el viento de la noche. El olor del humo llega-

ba hasta ella. Veía pasar, rojas, hacia arriba, en el viento, las chispas. Pero no alcanzaba a ver las chozas incendiadas. Todas ellas, esparcidas por la tierra de labor de la comunidad, quedaban al otro lado del cerro. Hubiera tenido que pararse y caminar. Se destacaría su silueta en el cielo encendido por las candeladas y la verían los rondas.

Ya casi no llegaban gritos. Había callado también la corneta. Una ***quipa*** lejana bramó entre los cerros. En el silencio, que sólo el crepitar de las chispas turbaba, se volvía a oír el mugido del río, abajo, en el valle que era la hacienda de los blancos.

La Trini lloraba bajito, temerosa de ser oída, como había visto llorar a los borregos cuando se les clava el cuchillo para matarlos. Se encogía, recelando de todos lados. Los rondas recorrían el campo en todas direcciones. Era necesario callar, contener la respiración hecha gemidos.

Se estremecía. ¿Dónde estaría el Pablo? En su vientre golpeaba el dolor, anunciándole la llegada del hijo. ¿Podría huir, alejarse de allí antes del amanecer? A esa hora saldrían otra vez los rondas a recorrer, destrozando todas las sementeras. Si la cogían la matarían a patadas y a culatazos. Peor si llegaban a saber que era la mujer del Pablo Faicán, el gobernador de la comunidad. Le matarían al hijo que ya habría nacido para esa hora...

Los dolores apuraban. Tenía que ser. Había visto cosas horrorosas la Trini, en pocos días: había recibido golpes, había corrido sin fijarse dónde ponía los pies, había hundido sus manos morenas y gordas de campesina en el pecho apuñalado del verdugo del patrón, ¡mirándose luego las uñas rojas! Ni un momento había dejado de

patalearle el corazón, desde esta tarde.

Subía el dolor como si le hundieran una aguda y espinosa hoja de penca en el bajo vientre. Era una contracción que rajaba sus caderas, su carne toda. Un sudor frío cubría su frente. Se aplastaba como una raposa asustada, invocando a Dios y, confusamente, a cualquier *pacarina,* como queriendo fundirse a la tierra para comunicarle parte de su angustia.

La noche empezaba a hacerse menos densa. Las estrellas palidecían sobre el cerro. Quedaba el olor a humo mezclado con el gran olor húmedo de la tierra. No se veían chispas. El fulgor de la candelada se había disipado. Las pencas se recortaban a su lado contra el cielo. Cada una era un susto. ¿A qué hora surgía un soldado, allí, detrás…?

El dolor se había vuelto intolerable. Cesaba un instante, como dejándola respirar y de nuevo crecía y la desgarraba. El peso de su vientre parecía ya querer caer. La Trini quería apresurarlo. Pujaba. Era necesario que a-pareciera pronto la cabecita de negro pelo, que estallara enseguida el primer grito… y debía ahogar aquel grito primero. ¿Cómo hacer para que fuera escaso y débil ese grito?

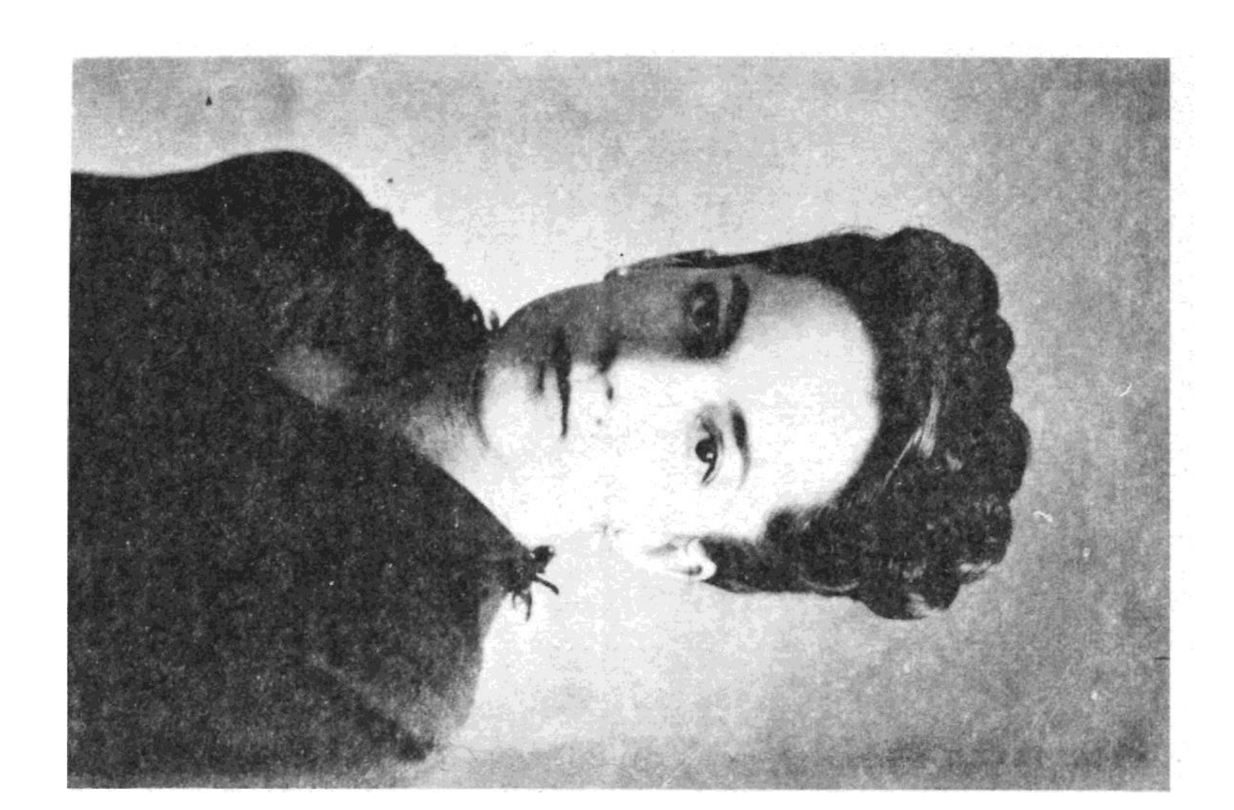
— Virgen mía, Niño Jesús, ¡ampárenme!

Apoyadas las caderas contra la tierra, hundía las manos en el suelo, ya tenía entre los dedos un puñado de polvo, ya una piedra, ya un poco de briznas. Oprimía como queriendo morder con las manos. Había levantado sus polleras y el frío la penetraba como un hachazo. Esperaba,

curvándose a mirarse a sí misma, entre las piernas, espiando el momento en que apareciera el ***huahua.*** Al fin sus movimientos empezaron a vencer...

Así nació el Lázaro Faicán.

Nela Martínez, fotografía 1938.



Nela: Allí va todo lo que hay escrito de "Los Guandos". Está en un caótico desorden. Será preciso que lo arregles, además de que lo corrijas. Ignoro hasta que punto tenga algún valor todo esto. Te pido una cosa, si no te molesta. Regálame tu cuaderno manuscrito de poemas. Te devolveré tres copias mecanográficas de todo lo que contiene. Dime con franqueza si quieres. Te iré a buscar al mediodía -3 o 3½- para irnos a conversar a algún sitio, la estación por ejemplo. Quiero oír lo que tienes que decirme y decirte algo. Tuyo

Joaco

Lleva las cintas que yo llevaré las trenzas. También el cuaderno si decides dármelo.

## *SEGUNDA PARTE*
## *NELA MARTÍNEZ*

# PROLOGO

Cuando trato de contestar la carta que Joaquín Gallegos Lara me escribiera, hace una eternidad, al entregarme las páginas de Los Guandos, cuyos episodios más trascendentes, conocidos en el área, le había contado, me enfrento a un conflicto. Para ayudarme, recuerdo, la "Carta larga sin final" que Lupe Rumazo escribiera, transida del descubrimiento de la muerte verdadera, que cada uno de nosotros hace a su turno.

La muerte es vida en ella, la que clama. A la vez es su confirmación por el silencio. La ternura se vuelve desolada, impar. No encuentra eco ni respuesta. La presencia deja de ser. Tramonta sólo en ausencia. Pero aún le quedan recursos al que ama. Despliega el recuerdo, su vela tras el naufragio. La vuelve activa, para que flote a golpe de la sangre que la trae y la lleva, en imparable testimonio que da fe de la existencia ya finita. Con el movimiento de la propia vida impide la quietud, el final de todo. Los rebeldes todavía pueden desafiar a la ola que hundió el navio. La barca, legado antiguo, viaja dentro del pensamiento, mar inmenso.

No por lejano el hecho de la muerte de Joaquín deja de perturbarme. Mucho más después de encontrar los

originales de su novela inédita, cuando intento establecer el diálogo que nos lo debíamos desde antes de su muerte. Supe de ella, en viaje de regreso, después de larga ausencia. Antes nos asedió el silencio. ¿De dónde vino? ¿Mudez de lengua, sordera de oído? Hace rato el tiempo invalidó las preguntas. No así las sorpresas del reencuentro, que todavía se dan.

Ahora mismo, una de esas enfermedades raras que de repente le golpean al caminante desprevenido, seguro de su resistencia, me asemeja a él, que nació con la incapacidad de moverse sobre sus pies. Pura coincidencia, es cierto, que me lleva a comprender mejor su invencible voluntad, la que le permitió incorporarse a las convulsiones sociales de su pueblo. Se produce pues, por las circunstancias, una especie de transubstanciación en dos tiempos. Aquel del comienzo de esta novela, cuando Joaquín la escribe y me la entrega. Y este otro tiempo, con tempestuoso lapso de por medio, cuando intento continuarla, darle su salida en lógico desenlace final.

Algo así como de magia de alma necesitaría para que el milagro se dé y florezca, igual que lo que acontecía sobre las huellas de las invocaciones translúcidas de San Juan de la Cruz que, en seguimiento de su cacería de a-mor, se volvían eternidad. O como las más cercanas y evocadoras de Rilke, para conversar cara el cielo, en reclamo. Pero ño. Es cara a la tierra como debo hablar de quien poseía su fuerza, y la amaba en su profunda dimensión humana. Sólo cara a la tierra puedo recordar a quien me llenó de tesoros tiernos, y me dio acerada armadura para el combate. Por todo esto yo no puedo decir que el muerto vive en quien con su muerte muere. Digo que, por acto de vida, lo pongo a hablar de regreso en el

aire del hombre. Mas, sin poderes de evasión espiritual ni llama religiosa que me hubiese permitido la simbiosis, lejos del destino angélico de los que encendían su aureola celeste para borrar la frontera de su propio ser hasta sumergirse en el pasado, convencida de que la muerte es el acto final de la vida, y de que Joaquín ha debido asumirla en plenitud, no puedo evitar la pregunta, que me obsede desde que releí su carta. ¿A quién, a dónde la respuesta? Joaquín ni existe ni está.

Pero he aquí que permanece y está. Las coordenadas dinámicas de su pensamiento y de su acción política persisten y se afirman. Esos materiales invisibles que hacen la historia a través de su labor de acumulamiento y preparación, tienen un eje fijo: el hombre. Se requiere de la voluntad de los avanzados, de los verdaderos, para que se transformen en auténtico proceso. La coronación del mayor hecho humano, el único capaz de resolver las contradicciones bajo las que mora el retraso y el sufrimiento innecesario y cruel, llega también por el andarivel del esfuerzo orgánico, por el anónimo persistir e insistir. Lo épico de las revoluciones estalla sobre el trabajo de hormigas de los encadenados a conciencia. La crisis de hoy y de aquí, en ese sentido, no impedirá que las simientes se hinchen y revienten. La memoria colectiva tiene prodigiosos mecanismos, siempre inéditos. Cosecha, a la hora precisa, antiguas siembras.

Dotado de una naturaleza cálida, generosa, Joaquín Gallegos fue sólo un jornalero, a día completo, en aquel tiempo inicial de nuestra militancia en el Partido Comunista. Codo a codo, de igual a igual con los trabajadores, su camarada. Más que eso, su amigo, su hermano. Ninguna valla pudo detenerlo. Ni la pobreza y las necesidades

inmediatas, hasta las de la subsistencia. Tampoco su invalidez y los múltiples problemas inherentes. No retrocedió nunca, aunque adentro su ser hipersensible protestara, en la misma medida en que sufría las lastimaduras brutales, que por otra parte no han cesado. No asumió la representación. Simplemente se incorporó. Los sin voz hablaron a través de él, en él, desde el cuerpo único. La fraternidad revolucionaria, unificadora y fecunda, dio sus frutos de oro. No fue, en aquellos días de ardiente identificación, una consigna eclesiástica. No pretendíamos edificar una iglesia sobre la clase que llevaba, que lleva en sí el futuro. Queríamos una organización de iguales, solidarios y justos, antes que la estructura estratiforme que anulara la creadora capacidad de la masa. Sin hipérbole, puedo decir que Joaquín inauguró entre nosotros el estilo de las relaciones humanas del mañana, su meta.

No, no es un decir. Recuerdo Ambato y mi desconcierto ante las violentas expresiones de los matarifes en huelga. Apenas en botón de aleluyas los tímpanos, debieron acostumbrarse a las malas palabras. Joaquín me ayudó a comprender la semántica del ofendido, su ira. Universo candeal el de los panaderos de Guayaquil. Peleaban contra la harina ajena, por el trigo propio. Nosotros lo poníamos a girar en la órbita del sindicato. Qué estampa de gladiador victorioso la del compañero Luque, su Baldeen de *Cruces sobre el agua*, cuando regresaban, ya libres, de la cárcel a donde los mandara juntos el presiden-, te letrado, porque sonó a campana de fiesta la risa de Joaquín ante la orden de enseñarle las manos. —¿Trabajo usted, señor? Demuéstremelo.— Recuerdo a los campesinos de Milagro y Naranjal. Su antigua rebelión dormida renacía al filo del machete, al que las circunstancias lo ascendían a primera arma de combate, en las zafras y las cose-

chas con plomo y sangre. Recuerdo a los indios de mi Cañar nativo, a los de Chimborazo y Cotopaxi, a los de Ca-yambe y Tungurahua, que conocieron de su solidaridad y el calor de su mano, antes de que escribiera su ***Biografía del Pueblo Indio.*** Recuerdo las casas de caña de Guayaquil, sus escaleras movedizas, el pueblo acondicionado en mínimos espacios y su accionar en trajín constante. Los cacaoteros del Tomás Briones aura guardaban, en sus ojeras de sepia, el recuerdo del 15 de noviembre. Huelo la tinta de las imprentas pequeñitas desde donde la palabra escrita se alzaba en agitado vuelo. Todo en un solo acto. De la asamblea a la calle, la denuncia a quemarropa. Su máquina no era la reposada del escritor detrás de la técnica, que le facilitaría el éxito, por el que hay quienes venden el alma al diablo. Más bien sonaba a graneado fuego de barricada. Con el conflicto en la mano, su pedernal, el escritor neto le sacaba chispas. Después ya atizaría sus fuegos. La rigidez de la sociedad discriminatoria, que se refleja en las míseras dificultades del trabajador para expresar sus demandas, lo exasperaba hasta la angustia. La respuesta del autodidacta Gallegos Lara fue la de devolverle con la palabra la letra, la cara prohibida de la otra cultura, que sistemáticamente se le ha negado. En este aspecto constituye una excepción no superada, un ejemplo clásico del revolucionario que no reconoce fronteras, que de hecho las borra para introducirse natural y sencillamente en la masa hasta latir en el centro de su accionar de clase, y hacer propia su esperanza. Honestidad ejemplar también la suya cuando combate en su campo, el de las ideas, aún dentro de su propio partido. Su identidad con la revolución le impide, dialécticamente, toda concesión. Ningún compromiso a costa de los principios. Es de los irreductibles, aunque no de los sectarios. Estratega alerta, comprende bien la necesidad de levantar las fuerzas y a-

celerarlas en función de la unidad que genera nuevos saltos cualitativos. Pero el rechazo al reformismo le costó la crítica y el castigo en sus horas de enfrentamiento, la distorsión de su personalidad y el escarnio después de muerto. El escamoteo de que ha sido víctima tiene que ver, fundamentalmente, con la ideología. Con razón dice José Carlos Mariátegui, al recoger el juicio que formulara Emmanuel Berl, a propósito de su crítica al Shelley de An-dré Maurois y las consecuencias del "burguesismo" en la literatura francesa: "Para que la desconfianza hacia el hombre sea completa, es menester denigrar al héroe." Es cierto. Los héroes no siempre ganan las batallas. Pero siempre serán héroes los que han ganado el derecho a representar las causas por las que se dan las batallas, las legítimas batallas en la historia de los hombres. Son éstas las que cuentan. Estos hombres los que importan.

Estos Guandos —carga inmensa— van sobre la espalda de dos vidas. Impaciente como era, Joaquín traza parte de la historia, inmediatamente después de que yo le contara lo que conocía acerca de esta epopeya de muchedumbre anónima. Con su característico estilo vibrante insufla su soplo creador en los personajes con los que inicia esta novela, dentro de la conceptual visión del ***indigenismo.*** Solidaria en cuanto a los esfuerzos para terminar con el retraso y la explotación, cuya primera víctima era el indio, la intelectualidad de izquierda denunció la injusticia. Sus escritores dejaron, en páginas de antología, la impronta del drama social. Pero el verdadero indio estaba como ausente en los relatos donde era el protagonista. Contradicción comprensible en un país dividido, al que la Colonia, supérstite, le arrancó la entraña, su pasado o al que se lo deformaba, para que asomara el rostro negro, medioeval.

Por otra parte, el *demos* de Joaquín, el que acompaña a cada escritor, se agita en la cálida floresta de su *Cacao*-, circula entre el brillo de los aceros montubios y el relente de los esteros de *Los que se van;* respira en la ciudad, con su garganta salobre y vegetal, tendida hacia el puerto, donde las *Cruces sobre el agua* transportan todavía sus inquisidoras preguntas. Pero es indudable que, como antes lo hiciera José de la Cuadra, entre fina captación y asombro, recrea el paisaje; establece también la presencia de los elementos humanos y circunstanciales de esta historia, y traza las líneas de sus más agudas contradicciones. Hay una distancia histórica, en las formas de producción y en las relaciones de trabajo, aunque en el dolor que causan se parezcan, de la Costa burguesa a la Sierra feudal. Esta realidad está presente, entre relámpagos y sombra, entre rebeldía y sumisión, en estas páginas. Y aunque él no conociera íntimamente al indio, su capacidad de bucea-dor en el mar de los conflictos de su sociedad, y su sensibilidad alerta, hacen de éstas un testimonio, y aumentan el caudal de nuestra mejor literatura indigenista.

Pero yo, al atreverme a la aventura de quebrar su silencio, me encuentro con otro universo del indio en mi pensamiento. Mi palabra sube de la tierra donde su presencia fuera mi primer entorno. Tierna y denunciadora esa presencia, que remonta hacia el origen de las percepciones que se quedaron para siempre en el ser, determina un entendimiento diferente, mas de alma adentro. Además, lo confieso, traigo una raíz afectiva que regresa a las vivencias con una carga emocional que me sitúa absolutamente dentro del parámetro. El subterráneo manantial por donde fluye su ser físico y espiritual está bajo mi piel. Allí, sin esfuerzo, he vuelto a aprehender antiguas experiencias y las puras, directas, imágenes conocidas han subido a

flor de pulso. Mi inquietud viene por los dos tonos, distintos, con los que se relatan *Los Guandos.* Se trata no solamente de la manera diferente de decirlo, lo que es de lógica comprensión, sino del otro espacio en donde están situados, los mismos personajes. Regresados, se han puesto a hablar conmigo, me han obligado a seguirlos. No sé si hemos ido al antes o al después del primer tiempo. Lo que trato de esclarecer es que ese otro universo, que me ha sido devuelto, dicta sus propias leyes. Así, se encontrará una forma y un ritmo que no corresponde al tratamiento de los capítulos iniciales. Por otra parte, hay el consciente abandono del ritmo del diálogo, que no es común al indio. No hay tampoco la utilización del castellano fragmentado o deformado, con el que se solía acondicionar la autenticidad del indio, lo que servía también para la festiva inculpación y la no siempre inteligente identificación del indio con lo primitivo, con el cerril bozal colonizador.

Esta voz que dejo aquí viene pues de una presencia en donde lo indígena —su accionar y reaccionar, su cosmo-visión y su conciencia— deja su impronta. Además le dicta al pensamiento sus modos dé expresión y sus pausas. Desde adentro de su destierro el indio trata de asomar, de ser él mismo. Seguramente de manera imperfecta aquí, por la limitación de quien hace la transcripción. Un día su propia mano le abrirá las puertas, jubilosa.

• Pero, además de estas personales circunstancias, las investigaciones históricas; los estudios antropológicos en nuestro propio país; los análisis a partir de Lipschutz, con mayor rigor científico, nos permiten acercarnos a su verdadero ser. Hasta ahora nos hemos detenido en sus guerras perdidas, no en su resistencia; en la opresión, no

en su insurgencia ni en sus mecanismos de defensa; en la lucha por la tierra, pero no en lo que su tierra, matriz protectora, significa para su supervivencia. Olvidamos que, presente la lucha de clases en sus reclamos, hay lavas de siglos inflamándole el ánimo. Además, llena de espíritu creador, la cultura del oprimido nos identifica a todos, más allá de su propia comunidad, de su propia nación discriminada. El país entero encuentra su expresión diferente en el quehacer artesanal y artístico del indio, en la magia con la que nos confiere ***alma.*** Sobre todo su continuidad, no importa si subterránea, en busca de las opciones para su renacimiento, le dan el derecho al respeto, cuando menos, si no hay capacidad para comprender que su reivindicación es la nuestra y nuestro su libre futuro. Son pues, y fundamentalmente, los hechos generados por los propios, pueblos indígenas de América, en su proceso de liberación, los que los hacen emerger vivos y despejar incógnitas, ya que, con la mejor intención quizás, hemos mantenido la vigencia del gran legado colonial que lo condenara a la ***minusvalencia.*** La protección en la República, como ayer en las Leyes de Indias, trata de demostrar también la bondad del opresor. Y, ¿por qué no? el inmanente derecho del inferior. Pero nunca el reconocimiento de igual condición humana en la persona del indio. Nunca su legitimidad de hombre, ni su plena autonomía. Es honesto decir que, en este marco, también la izquierda ha trazado —per se— la estrategia ***para la política de liberación del indio.*** En este sentido el ***indigenismo***, en esta hora de Mo-nimbó y Guatemala, y del regreso de Aquino al Salvador, flecha con pie desnudo, es moralmente inadmisible.

En momentos en que el cataclismo de la aculturación cae sobre nosotros, he recogido las palabras de ese extraordinario defensor de los pueblos indígenas del continente,

que hace poco muriera en confinio y soledad, dentro de su propia casa, en Santiago de Chile. Dice Alejandro Lips-chutz: "Contra una semejante desculturización no hay otra defensa más que trabajar incansablemente en favor de una *revalorización de los elementos culturales autóctonos indianos.* No cabe duda que tal revalorización es uno de los más notables momentos culturales de nuestra época."

Nela Martínez E.

Enero 1982

*A la memoria de:*
*Jesús Gualavist,*
*Dolores Cacuango,*
*Ambrosio Laso,*
*Agusttn Vega,*
*y el andariego cañarejo*
*Esteban Aguaisa.*

*homenaje a los que continúan su lucha.*

I

## SE JUNTAN LAS VOCES LOS MUERTOS ABREN LOS OJOS

La Nariz del Diablo va a ser agrandada, o disminuida, todo depende cómo se la mire. Para eso los habían conminado los enganchadores, los habían traído y juntado. Han llegado de distintos lugares y aunque presienten lo que les espera se dan coraje, bromean acerca de sus propias narices y de la gran nariz del *supay* blanco, igualita a la de los *místeres*, que a ellos les toca tallar. La vía debe ser corregida. Las grandes máquinas, recién llegadas, hart tropezado con las peñas, en el subir y bajar imparable. Ahora de nuevo los tendrán colgados en vuelo sin alas y sin aire sobre el vacío.

Con este motivo vuelve la historia del ferrocarril a la boca que repite el estallido de la pólvora, la actividad del enjambre sobre el lomo de la cordillera, el paso de los fantasmas que luchaban en los fangales contra miríadas de mosquitos y mínimos desconocidos enemigos mortales. Ejércitos de hombres marchaban entre ríos crecidos y arenales, entre calor agotador y frío de *soroche.* Sudor y risa hasta el fin. Regresan sin voz, a la voz que cuenta. El ardor de estos guerreros por su inalcanzable victoria

incendiaba entonces la comarca. Al contar las hazañas los veteranos se vuelven afónicos para que no los escuchen los nuevos, esos *longos* inocentes de pupilas de venado a-sustado, que sin saberlo ya han sido designados cargadores del *guando* que transportará el hierro, las maderas, el acero, los instrumentos de trabajo —grúas incluidas—, las vituallas, todos los menesteres necesarios, a los improvisados campamentos en las oquedades de la roca desde donde los sobrestantes y capataces harán cumplir las órdenes y marcarán los trazos de los ingenieros. Un momento apenas se detendrá la máquina y el pie casi sin piso será soporte y ala, todo al mismo tiempo. Pero nadie podrá impedir que en la oreja del Diablo se filtre la voz chiquita. Y que se agrande en la noche gélida. Oyéndola, las gentes, desconocidas entre sí un minuto antes, se dejarán llevar por la tentación de ese dulce arrebujamiento, que se insinúa ante la proximidad cálida del otro, hasta terminar codo con codo, espalda contra espalda, reposadamente tibios, mientras el viento ruge afuera. Y más rugen, adentro, las ausencias.

Así vuelve la historia del ferrocarril *The Guayaquil And Quito Railway Company* a los pueblitos, hasta a los caseríos pequeños, en donde los músicos del lugar repiten las dulces canciones extrañas, oídas cuando los tres mil jamaicanos importados para su construcción, se quemaban entre celliscas y resolanas tórridas. Las cantaban en aquel entonces con tanta alegría, que al oírlas, se creía ver los corales de su mar transparente, oler sus cafetales y saborear su azúcar, ah, y también se sentía la nostalgia propia de los desterrados. Y peor en *la puna* del indio. No podían olvidarlos los que, en los comunes combates, padecieran parecidos dolores. Los bajos profundos, inimitables para la garganta andina, terminaban, casi siempre, en vómito

de bubónica, en calofríos de malaria, en ahogo pestilente por la viruela que los carcomía. La historia camina también sin palabras. Se fija en la memoria, en el destino. Nunca más el que se desprendió de mi cuerpo dividido sin remedio en esa madrugada. Nunca más el que me consoló mientras yo paría el hijo al que juntos íbamos a criarle en la vieja casa distante, con playa y madre que nos esperaban. Nunca más el hijo, al que le velé en todos los instantes de la eternidad en que juntos moríamos, hasta no ser más madre, ni nada. Nunca más esos montones de laxos miembros descoyuntados, de cabezas sin puntal, de numerados sin nombre, arrojados en el kilómetro 106 a orillas del río Angas, verán su país, su bohío, su choza. Yo, testigo de cargo, que aún no sé hablar, recuerdo. Nunca más esos muertos pedaceados se levantarán, recobrarán su humanidad, su derecho a la otra muerte. Nunca más Alfaro, al que vi entre nieblas dentro del vagón expreso, número 8, con el rostro triste en la jaula, su anticipado patíbulo, en el que lo trajeron para se le cieguen los ojos, que ya iban difuntos, con los cuchillos acerados del paisaje que forjó en sus empeños de andariego libre, roedor de imposibles. Paso por los cien puentes que Benett y Morley tendieron, sin otro motivo que el de su ganancia. Y me encuentro con el Chanchán embravecido. Los ahogados preguntan. Recorro la línea férrea y encuentro al trabajador, durmiente de rieles, más que el madero. Vuelvo a los que recomienzan la tarea. Dejo apenas el eco, el roce, la sombra. El testimonio aún no se da. La historia une los tiempos de la vida, la proyecta. Ella es la que registra. Con su lección en el buche, la clueca trabaja.

## II

## HEREDEROS DEL SOL EN DESPOJOS CARGAN LA MONTAÑA SON MINA

Han pasado años desde que se construía el ferrocarril en la subida de Sibambe. Un hormiguero humano cavaba, descuajaba piedras, se colgaba de sogas sostenidas por los brazos anchos y musculados de los negros, que llenaban el día con su risa de coco pelado, mientras los livianos ***longos*** serranos se balanceaban en el aire, dándole, en cada arremetida con el zapapico que refulgía, a la roca dura. Desde abajo se veía el peñón inmenso que protegía la sierra impidiendo la colocación de las rieles. Los ingenieros habían trazado las coordenadas en los planos, en los que los capataces más cercanos a los gringos alcanzaban a ver las líneas que subían y regresaban, casi paralelas, abriéndose de a poco para ensanchar el espacio que ascendía sobre el vértice imaginario. Los cálculos eran exactos, basados en las mediciones, no había nada que temer en ese aspecto. Lo único que dificultaba el trabajo era la dureza de la roca berroqueña, en la que las puntas de las herramientas se rompían, en la que las palas inmensas se mellaban. De repente la risa de los negros se volvía un rictus, al tiempo que todos se echaban hacia atrás, y ya volaba el que estaba colgado, reventándose luego con

sordo sonido que retumbaba en la montaña de abajo arriba. Otras veces, indio y montubio juntos, o negro que no alcanzó a sostenerse, rodaban en el abismo mientras paraban los motores y un temblor de fin del mundo, ya anunciado, desde que el tren de Alfaro llegó a la Sierra, se entraba hueso adentro.

Tiritaban los trabajadores como si tuvieran las tercianas sacudiéndolos. Luego un gran silencio, entre respiraciones que quieren desahogar el grito, el carajo, el alauú quichua dolorosísimo, o la brutal maldición costeña, con madre de gringo y todo. Más tarde una trenza de cañarejo caía, ala negra, sobre la piel pálida del costeño, o sobre la cobriza de los zambos, en la pala mecánica que los recogía. Eso si no se habían convertido ya en una masa sanguinolenta, irreconocibles, mezclados. Allí quedaban pues los sueños de la platita para comprar la tierra que se llenaría de maizales, o los huertos de café y cacao, o la canoa que iría remando por el Guayas entre orilla y orilla frutecida, quizás avanzando hacia el mar, con pescador que alzaría su casa, mujer y niño cerca, y su taza de tinto con bolón de verde allí mismo, entre olas dulces o saladas, no importaba, siempre sobre ese cuerpo que se mueve y cambia, y al hombre lo vuelve libre, liviano y poderoso.

Tantos habían caído que los peones huían esquivando a los capataces, a los guardias apostados en las estribaciones de la cordillera, o en las estaciones del tren que ya circulaba entre Quito y Guayaquil.

Volvieron pues los hombres a refugiarse —años, siglos quizás— en la *pacchamama*, en la tierra reducida o ajena, después de saborear los vientos cálidos de los *yungas*, o los vórtices abismales de los páramos rugientes

como mar embravecido. La choza de barro y paja, los viejos ponchos en las espaldas encorvadas de los *rucus,* los rebozos de las madres que parecen recoger todo el amor del mundo, eran su identidad. Cómo llevadas por un eco lejanísimo las noticias llegaban, deshilachadas, o mejor anudadas a los huesos, de la muerte de los comuneros en la obra del ferrocarril, de la impiedad de los gringos que no se conmovían ante esas estampidas humanas, de la existencia de esos covachones de madera donde dizque unas mujeres cambiaban de marido en pocos minutos, después de haber cobrado uno o dos sucres. Las mujeres indias, cuando las oían, se sonrojaban, agachaban la cabeza, sonreían casi por dentro. Allí en la comunidad, no, no se fletaban las mujeres. Alguna *huarmi* se hacía *arishca* antes de casarse. Podía ser que alguna viuda se arrejuntara con *huambra* soltero, o buscara marido de veras. - Pero nunca, diosito, nunca, esa fea costumbre de feriarse como animal - abriéndose a los hombres rijosos - garañones mismo. Y levantaban los ojos para mirar al hombre recién llegado, sea marido, hijo o hermano, inquiriéndoles, juzgándoles, pero en el fondo de su vientre seguras de que ellos no harían eso, no comprarían esa intimidad tierna que se cumple entre ellos con un rito de siembra, a veces con dureza de arado, pero siempre con una comunicación vital que enciende su candela en medio del hambre, de la fatiga, de los *huahuas y* del frío. Y sobre todo del no saber qué sera, que harán al día siguiente, en esa precaria vida de despojo permanente, cuya historia, aprendida desde que nacían, les era parte palpitante, cogollo de sol antiguo ardiendo todavía, a pesar de todo. Por eso dormían en alerta. Trabajaban pensando en el que aprovecharía su esfuerzo, el surco conservado, o la sementera entera. Comían masticando muy despacio, con lentitud, para que el acto de calmar el hambre se prolonga-

ra, dándoles a las mandíbulas, a su lengua y dientes, la sensación de un ejercicio continuado. Se decía en broma, lo decían los Recalde, que el intestino del indio es más grande que el de los demás cristianos, y que por eso éste muere siempre de cólico miserere. La verdad es que cada mano india prolonga el hecho de alimentarse. El maíz tostado, o el mote, se lanza a la boca de granito en granito. El puñadito de *máchica,* de a poco, permite una deglución de pasito corto. Y si se les ha crecido el intestino se debe a que fue su despensa cuando se lo podía llenar. El problema estaba en que todo pasara a las tripas y que nada pudiera regresar, como en el caso de los *huagras,* que rumian plácidamente. Claro, si al indio le daba con frecuencia el cólico miserere, no por hartura, más bien porque el aire entra en sus galerías vacías hasta anudarlas y causar la muerte espantosa, es porque se les castigaba en el lugar más afligido de toda la vida. La tripa duele y se vuelve nudo, cierto. Pero quién sabe lo que es pelear contra el viento en el páramo altísimo con el vientre vacío, casi desnudo, cuando las heladas queman de raíz todo brote, y la escarcha clava agujas en los pies que parten de madrugada a buscar el *cucabi* para toda la jornada, o un poco de a-gua terrosa para calentar la barriguita de los *huahuas,* poniéndola sobre la ceniza del fogón hecho con las cuatro piedras que ayudan a aglutinar la paja o la tusa, o la mísera leña arañada en las quebradas. ¿Quién sabe?

A eso regresaron los de Chilcay, ateridos del miedo a la muerte violenta que zumbaba afuera. Volvieron los que pudieron hacerlo. A veces subían con los pulmones desgarrados. Otras, con el paludismo que se les había trepado al cogote, tigrillo rabioso, hasta volverlos hoja seca, gris, casi ceniza ardiente y temblorosa. Anudaban

en el pañuelo de amarrarse la cabeza, cuando duele, unos poquitos centavos ahorrados a fuerza de decir no a toda tentación.

III

## JOAQUÍN ENTRE ELLOS CAMINA DERECHOS SUS PIES RESUCITADOS

Así había llegado el Simón Mayancela, al que Joaquín Gallegos conoció en Cañar, pues de allí salieron los Mayancela comuneros, unos para Tixán, otros para Turi, desde donde bajaron a Cuenca cuando las tierras comunales se achicaron a punta de cercas de patrones, que las iban mermando. Talados los bosquecitos cercanos al río y a las quebradas, para sacar leña y pilares y tablas, la tierra se envejeció como la gente, se fue secando y endureciendo. A tiempo el Pedro Mayancela fue llevado a Cuenca por el doctorcito patrón diputado, cuando éste regresó de Quito, y el Mayancela se ganaba la vida como arriero. Y allí en Cuenca se quedó. Tenían fama los Mayancela de ser bravos y fuertes. Se contaba de uno que se metió con una *guayaquita,* en Tixán, a la que hizo su mujer. Ella, una vez pasada la sed, y el hambre, sintiendo que el hombre la mimaba, la quería, se dio al abandono. No le gustaba acostarse con el Mayancela recio, vestido de bayetas, con olor a *máchica* y a fogón. Se reía de la trenza gruesa, brillante, que el hombre desanudaba de tarde en tarde. Le parecía cosa de maricones eso del pelo largo en los machos. Ella estaba acostumbrada a los mon-

tubios livianos, a los costeños apenas vestidos con su camiseta de algodón y su pantalón de dril, labiosos, galanteadores, cálidos como níspero maduro, cuando besaban. Los indios no besan. Este indio Mayancela no besaba. Le pasaba el brazo por la cintura aprisionándola hasta dejarla casi sin resuello. Se llenaba de una pasión de ***chahuar-mishque*** maduro y la colmaba de su fuerza animal, elemental, todo él río desbordado. Un día, cuando regresó vencedor del peñón donde se iba formando la Nariz del Diablo, con las rieles que brillaban ya sobre los durmientes recién afirmados, corrió al cuarto que alquilaba junto al cobertizo de las putas. Y no la encontró. Se le metió en la ***totuma*** un coraje de toro en celo y corrió a buscarla. Allí encontró a la costeñita, desnuda sobre la tarima del prostíbulo. El beso largo, que ella había añorado desde que se metió con el Mayancela, fue roto por una tromba de poncho y ***huango*** que la alzó en vilo, a la carrera, sin darle tiempo ni a gritar. Se hizo humo el toro-mayan-cela decían las putitas, felices de que la ***guayaca*** no fuera más su rival. En el socabón, donde se guardaban los materiales de la vía, apareció el cadáver aligerado de sus senos y partido en dos, del sexo al vientre, de la muchacha.

El tío Mayancela no volvió nunca a la comunidad, ni a Turi, ni a Cañar. El Shimuco se le parecía en la fuerza, pero no en la violencia. Su María se le había trenzado al cuerpo y al alma, enredadera dulce que a veces se le subía al pecho asfixiándole. Entonces bastaba un manotazo en el aire para que ella se quedara quieta, sin reproche ni requerimiento, empequeñecida hasta cuando él volvía a tener necesidad de su cuerpo, de su palabra, de su simple callada presencia. Por esa fuerza, ya de leyenda, de los Mayancela, le buscaron los pagadores de los Recalde, sin importarles las protestas del amo Tamariz que reclamó jurí-

dicamente su derecho de primacía, pues el Simón era su concierto por deuda, sí señor, cuando el ***longo*** hizo la fiesta de Todos los Santos y de María Santísima juntos, por el nombre de su ***longa*** recién amañada, recién casada también. Claro, el gobernador le había dado vara alta al doc-torcito Recalde venido a menos, que necesitaba plata de urgencia y por eso se proponía traer las maquinarias para la luz eléctrica. Quién podía oponerse si ya era asunto de los sermones en las iglesias la proximidad de los haces de luz blanca que saldría de los bombillos de cristal, como en Roma y en Quito, hasta volver más hermosa la ceremonia del Jubileo, que se preparaba en la Catedral de Cuenca, para festejar la llegada de la luz bendita.

Los poetas marianos ya rimaban luz y capuz, y se dedicaban a hacer versos a la divina diamantina claridad que daría a la piedad cristiana una fontana frente a la oscuridad del liberalismo que hizo el sismo en medio de la paz bucólica de la católica ciudad. Le llamaban elek-trón —en griego— a que llenara el corazón de armonía, ya que hasta el ciego caminaría.

No se podía dar marcha atrás y el Simón Mayancela fue negociado. El doctor Recalde pagó, con los respectivos intereses, la deuda al señor Tamariz, y con él brindó cuando el joven héroe, su hijo Roberto, fue despedido por la "flor y nata" de la sociedad, en vísperas de su partida —como el nuevo cruzado, que regresará trayéndonos la antorcha incandescente de la civilización en su mano victoriosa, tan osada como la de Alejandro Magno—. En verdad, este Alejandro que quería una boda con cien invitados, en la Catedral brillante, para consagrar sus nupcias con su novia virginal, hija de María, cambió, de un golpe de puño sobre los anteojos del poeta Santa Ana,

el destino de su hermana Berta, la que quedó secuestrada en el Buen Pastor, hasta que se realizaran no una, sino dos bodas, ya no con cien, sino con doscientos y acaso más invitados. Enfurecido husmeó en toda la casa tras sorprender la fuga de gato del poeta que descendía por el muro de la fachada, en el amanecer ventoso. Lo esperó, sintiendo que se volvía todo él un puño, mientras el pobre Remigio Santa Ana caía como enclenque carángano enloquecido en ciego precipitarse a la oscuridad, desde la ventana ya cerrada por quien allí dentro también temblaba. Crujió la osamenta y volaron los lentes que se hicieron trizas sobre las piedras de la calle. Una pateadura del carajo —y lárgate cholo e mierda—. —No quiero que mi padre se entere de esta desgracia, pero mañana vienes a pedirle la mano de la puta de mi hermana que así nos humilla—. —Y qué vio maldita sea, en esta pobre pendejada, que ni hombre es—. Trastabillando, tanteando las paredes con las manos el poeta ciego —sí, perdóneme, yo quiero a Bertita y será un honor casarme, pero que no se haga escándalo, que mi tío el Prior no lo sepa. Ni su papá el doctor—. —No lo nombres a mi padre, cacalica. Y toma ésto para que aprendas quiénes somos los Recalde, varones carajo, hijo de perra—.

Asido por la melena, arrancado de la pared, el poeta sintió que se llenaba de sangre la boca y cayó desvanecido. Las vecinas madrugadoras, que iban a la misa de las cuatro de la mañana, lo encontraron. —Pobrecito, qué barbaridad. Véanle pues al sobrinito del santo Sacerdote. Obra de los masones, qué más puede ser—. Claro, ahí está la razón de la sangre, en los herejes de los Peralta que quieren que la luz no llegue a Cuenca —para que no se celebre el jubileo del Santísimo—. —Y maltratan a este correcto joven católico, tan bueno, que no hace mal a nadie—.

IV

## EL INFIERNO DE LOS PERALTA
## CIELO DE LOS HUMILLADOS

Se reviven las historias que al circular llenan de abalorios la calle, de piedras preciosas las castellanas mansiones selladas, que tienen patio, huertos, caballerizas y bibliotecas, en las que los tomos del año cristiano ocupan su parte, junto a las novelas de Pérez Escrich.

Las cocinas grandes son el tibio refugio de los niños. Allá van en busca de caricias. Los dedos de las sirvientes gustan de enredarse entre los rizados cabellos rubios. Corren a escuchar los relatos recogidos en la calle, en las ferias, en las puertas donde se encuentran los que traen y llevan noticias de las nobles familias, sin que éstas se enteren. Se recrean antiguas consejas a las que se les sazona con todas las especerías del gracejo y la imaginación popular. Siempre habrá una dimensión mayor, un supuesto que se convierte en verdadero, una extensión de los sentidos metidos a actores en el cuento. Se traspasa la vivencia al hecho que se narra, se le agregan mitos sacramentales que se confunden con lo sufrido. Ya no existe lo antagónico en la relación con los patrones sino la yuxtaposi-

ción solidaria. No hay injusticia. Ejercen su derecho al martirio a través de la extraña solidaridad con las antípodas. Viene del origen la memoria de la crueldad que se asume como útil y cada una le da a su experiencia la flor de un privilegio sagrado. Los azotes de ortigas y luego el baño de agua helada antes de que amanezca sirvió para purificarle. Lo sufrido en el largo espacio que viene desde los primeros atrapados por la Colonia obedece a un designio providencial en beneficio propio. Garrote y plomo sobre los abuelos, látigo sobre los padres, correa sobre ellas mismas, quemaduras de las manos que trataron de cumplir el antojo de la ***china*** golosa, no pueden ser obra de los patrones con los que se va a misa, se reza el rosario y se cumple con los mandamientos cristianos. Los amos para educarles y hacerles gentes se ven obligados a castigarles. El culpable es el anticristo, el demonio, los herejes. Y por último los liberales, enemigos de los conservadores, que son los buenos, enemigos de la religión, y de que la pobre-cita mujer, que ya no es sino un puñadito de obediencia, salve su alma.

Desde que el poeta Santa Ana ha sido rescatado de la horda pagada, como se dice, en las cocinas se atiza otro fuego. El cuento del niño Remigio tiene mil versiones diferentes que son —la purita verdad—.

Asimismo fueron muertos los ***huahuas-niños*** a la llegada de los liberales. Igualito les sorprendían y les mataban. No se podía dejar abierta la puerta de la calle, ni las ventanas. Fierro detrás de los portones, rejas, trampas, nada mismo respetaban los herejes. De repente, cuando menos se pensaba se sentía que allí estaba el dragón de las siete cabezas que atormentó a la Virgen de los Dolores con las siete espadas. El frío hacía que todos se acurrucaran

más en sus camas. Alguien al que no se veía, ni se le oía, ya paseaba como gato, sin ruido. Un grito ahogado, el llanto de un niño que casi no se alcanza a escuchar, y ya, el crimen se cometió. Los niños amanecían muertos, sin el corazoncito en el pecho que le dejaban abierto. Los herejes se han sabido alimentar con el corazón de los hijos de los católicos.

Los niños se abrazan al cuello de la Miche, o la Juana, o la Lastenia. Se adormilan sobre los senos cálidos, sobre las faldas donde la bayeta de castilla enciende su brasa. Todavía la vieja criada les recuerda que al menor crujido sospechoso se debe gritar ¡Vade Retro Satanás!, te abjuramos hacedor de la sombra, rebelde sacrilego.

Mientras les llevan a sus camas los herederos marchan junto a los abuelos. Generaciones de abuelos, espada en mano, desafían al ogro masón-liberal que intentaba comerlos. No dejarán los valientes que el mal entre y los hechice hasta la muerte. Caballeros altos, de dorada barba, velan el sueño de los nietos, los protegen.

En la ciudad entera el terror crecía y el poeta Remigio recibió los regalos de las casas más ilustres, la visita de los médicos más famosos, los remedios sin costo de las boticas, la simpatía de todos, grandes y chicos, hasta del tío cura, que bien conocía lo de la morfina y lo amariconado que resultó el pobre sobrino, por sietemesino quizás, o por la sífilis del abuelo, del otro lado de la familia, tal vez.

Roberto Recalde, herido en su dignidad de varón, subió al dormitorio de Berta. La encontró vestida con sombrero y abrigo, lista para salir. —¿A dónde? — De

verdad no lo sabía, pero tampoco podía quedarse en la casa, con su hermano enfurecido y el escándalo a la puerta. Reproches sin alzar la voz —para que papá no se despierte y la *ñaña* inocente todavía, no se entere. ¿Y por qué? ¿Por qué con ese espantapájaros cualquiera, cuando ella podía escoger entre lo mejorcito de la sociedad, vaya, ca-rajo, siquiera un varón verdadero? Berta desarmada, una niñita débil ante la fuerza que sacudía a Roberto, todavía agitado, desorientado por lo que ella había hecho —*ñaña*, ¿que te faltaba aquí? Lo del *guando* nos va a dejar harta plata. Pensaba mandarte a Guayaquil donde la prima Blanca con la que te llevas tan bien, pero dime, que te pasó, deshonrarte así, con ese simplón de mierda—. La muchacha no puede soportar más. Estalla en tempestad de lágrimas que se desbordan sin querer, aliviándola, disminuyendo la tensión. Se había visto obligada a aceptarlo —comprende *ñaño*, sin mi voluntad, por algo que no puedo decirte. Que no puedo...— La mano que había derrumbado al poeta se extiende ahora sobre su cabeza. —Pobre-cita mi *ñaña*. Si hubiese vivido mamá no sería así tu vida, nuestra vida, medio vacía. Puedes confiar en mí, *nanita*. ¿Qué pasó? Yo haré lo mejor para vos, para todos, para el viejo que no debe saber de tu deshonra. A mi novia le beso la punta de los dedos y este puerco miserable hacerte eso, fregarte como a una cualquiera sin nombre, sin hogar decente, habráse visto semejante filatería. ¿Por qué? ¿Porqué? ¿Por qué mismo, dime Bertita, si quieres tener mi perdón, mi ayuda, para que todo se tape?— Y ella rendida, caída bajo el peso de la deshonra, de la jeringuilla que se rompió con la última inyección ya cargada al momento en que lo oyó en la acera, entre sollozos, —*ñañito*, tengo un vicio que me ha perdido, no puedo vivir sin la morfina, que aprendí con la prima a ponerme—. El Remigio me traía. Por eso pasó. Me olvidé de todo

y sin quererle de veras acepté. Me entregué en cambio de lo que él conseguía en las boticas, pagando o robando, no sé mismo cómo—.

Se oían los repiques de las campanas cada vez más a-prisa, llamando. Las acequias comenzaban a volverse pesadas de excrementos y orinas, de desperdicios, de basuras, y levantaban un olor áspero que subía por la ventana abierta por Berta, que de tanto llorar ya ni siquiera respiraba. Una, dos horas apenas y ella había recorrido un trecho de vida larguísimo que la tenía fatigada, deseosa de paz, de olvidarlo todo, como si sólo hubiese sido una pesadilla. Roberto no. Lúcido, despierto, lleno de pena pero también de orgullo, pasa a ocupar el lugar del padre y resuelve. —Se irá ella al Buen Pastor de pensionista. Se dará de silicios, se castigará hasta librarse de esa obsesión de la morfina. Debía jurarlo. Todos debían creer que se había ido a Guayaquil, hasta sus hermanos y su padre, hasta el desgraciado del poeta. Había el pretexto de la ropa para la propia boda y para la del *ñaño.* Se daba por descontado que Santa Ana vendría, én cuanto pudiera caminar, con su tío cura de padrino, a pedir la mano de Berta. El se encargaría de ablandar al padre, de convencerlo de que Santa Ana era un buen partido, con gran porvenir en las letras y en las artes, y que Bertita sería feliz con él. Inquieta ella —yo acepto todo *ñaño,* talvez me muera encerrada entre las monjas sin tener el alivio de eso, que me da calor y me hace sentir que vivo, pero prométeme que no me obligarás a casarme con Santa Ana, que me ayudarás a separarnos. Más todavía. Yo quiero ir a Quito. Allá podré escoger, talvez, olvidarme de todo, buscar algo que siempre sueño encontrar, sin tanto prejuicio y tanta beata, algo nuevo, estudiar por ejemplo, encontrarme a mí misma, saber que valgo, aunque me haya drogado,

aunque me haya entregado sin amor y esté asqueada de él, de mí, de todo—. Roberto sonríe. Qué locuras las de su hermana. ¿Estudiar? Vaya, ni él que es hombre. Pero no la contradice, comprende lo duro que para ella va a ser ese período de encierro y de renuncia a la droga. Confía, tiene necesidad de confiar. Con la plata de los *guandos* quizás pueda costearle un viaje. ¿Por qué no hasta París? Allí está el tío Lucho, de Cónsul, ahora que lo recuerda. Ya se verá.

Hay que salir a prisa antes de que la gente de la casa despierte. Corre al cuarto de aplanchar donde están las alforjas y la maleta vieja con la que viajó su padre y luego él, y le ayuda a poner unas ropas, lo más necesario. Lo demás se llevará de a poco. Cuando bajan las escaleras oyen la tos de fumador del padre. —Ya venimos papá, después de la misa, hasta luego—. Berta se mete el pañuelo en la boca, para no gritar. La voz cascada, lejana, dice —hasta luego hijitos, vendrán pronto. Hay que preparar tu viaje, Robertito. No te olvides, el Mayancela está preso hasta que salga para Huigra—.

Ella se apoya en el brazo del hermano mientras trasponen el umbral de la puerta de calle y avanzan sobre las huellas de la sangre todavía fresca. La angustia le muerde por dentro, estrujándola a bagazo, como si todos sus huesos y su entraña hubiesen pasado por el trapiche. Pero de pronto se echa a reir. Una risa amarga, jadeante, erizada de cascabeles rotos, que se prolonga más allá de la calle larga por donde, en hileras de mantos negros y *macanas* de colores, pasa la procesión de la Virgen del Socorro. El hermano se queda perplejo, perdido en una conjetura que no alcanza a rechazar. Ya pasará, piensa. La risa verdadera volverá a iluminar la carita pálida, mate, de su her-

mana ahora un poco trastornada y confusa. Nunca sospechó siquiera en qué abismos iba a penetrar esa mariposa que siempre voló entre nubes de sueños y que ahora se encerraba riendo, como si hubiese encontrado la flor verdadera para posarse.

La losa gris del convento se cierra en cuanto convienen el precio, que se aumenta, naturalmente, por el silencio exigido. Todavía afuera, en la calle, Roberto oye la risa que traspasa los muros. Ya no más ala de mariposa. Ahora oscuras alas de pájaros agoreros se quiebran bajo las campanas sonoras del Buen Pastor.

El silencio lo envuelve por un instante, íntegro, absoluto, sin nada que interfiera su volumen total, completo, redondo como el mundo. Roberto cierra los ojos. Se hace para sí una noche materna, como si fuese todavía un ni-ñito protegido. Más aún. Como si estuviese en la placenta, no nacido, no hombre duro, áspero, violador, golpeador de indios y de poetas bobos. Se sumerge en su pasado, como en lo hondo del río, cuando alguien, nada menos que el señor gobernador, le toca el hombro. —¿Cansado, joven Recalde? Lo comprendo, tantos deberes como ha asumido usted con la ciudad. Pero si no se tiene la fuerza y el coraje de la juventud nos quedamos a oscuras. ¿Me permite un café? Aquí mismo, cerquita, como usted sabe, queda mi casa. Será un placer presentarle a mi familia. Conocer a un joven con coraje, a estas alturas, cuando todos quieren ser liberales, es un honor. Sí, un honor. ¿Y la familia? ¿Cómo está? Mis respetos a su señor padre, mi amigo, y, también, claro está, a sus bellas hermanas—. (¿Vería éste algo cuando llegamos, sabrá algo?) —Gracias doctor, honrado con su invitación. Pero la molestia, es tan temprano—.

En el gran comedor con cuadros de cacería y la Santa Cena, junto al pan caliente, recién sacado del horno, en la misma mansión inmensa, de hacienda más que de ciudad, encuentra las sonrisas de la señora, con su pelo crespo y rubio al aire, recién lavado, que se mueve con todo su cuerpo blanco, masa ya leudada, amasada, pero todavía no horneada, y a las niñas que lo miran de reojo, ruborizadas. Roberto se siente vaporoso. Flota en la atmósfera de admiración que le va dando una aureola luminosa. —Claro que luminosa —piensa— pues se trata de la luz. Dios del Olimpo, le decían, poseedor del secreto sagrado—. Necesitaba creerlo, lo creía, le hacía falta, sobre todo cuando pensaba en la risa loca de su hermana. ¿Loca? ¿Cómo le vino la idea? ¿Su mamá no murió —quién, por Dios, le contó— no murió en el manicomio junto con el hermanito al que no conocieron? ¿Será de llevarla al médico? ¿Qué médico entenderá de eso? Pero no, se sabría en la ciudad. Y no, no podía ser cuando estaba por casarse y los ojos de todos se posaban sobre él.

Se ultiman los detalles con el gobernador, en su despacho. El primer contrato del *guando* a la vista, en billetes limpios, recién sacados del banco. En cuanto a la protección, se le daría un contingente de soldados y tendría la ayuda de los Jefes y de los Tenientes Políticos en todo el trayecto, para someter a los cargadores, por si alguna dificultad se presentase. Y una buena noticia. Junto con el Mayancela, en la cárcel, estaban otros cinco cañarejos reclutados, arrieros que habían venido a la feria. *Longazos* duros y resistidores, que bien tratados por el caballero contratista iban a cargar, casi sólo ellos, la maquinaria. Ambos se ríen. —Es una broma, claro está, pues tenemos conciencia de la pesada misión que lleva sobre sus hombros, mi querido Roberto, pero dése por satisfecho.

La patria le agredecerá.

Acompañado de sus recuerdos, de sus ayudantes y los indios cañarejos emprendió el gran viaje. Molido, después de cabalgar dos días, no sabe si el viento está húmedo, o si la garúa sacude el pajonal del Buerán esa tarde. Qué largo se le vuelve ese camino a Huigra. Los camellones, altos como lomas verdaderas que van creciendo a la vista, dificultan el trote de los caballos, que inclinan sus belfos hasta el suelo, para volver a saltar desde el profundo ceraturo que les agarra los cascos, en succión violenta. Fatigados los animales suben su resuello hasta la cara de los jinetes. Roberto lleva, bien fajados en la cintura, los billetes, sobre los que dos armas de fuego atemorizan a los indios, en no sé qué ancestral reminiscencia doloro-sa. Su poncho de aguas, de puro caucho bien espeso, lo protege dándole el aspecto de encapuchado gigante, fantasmal, sobre el caballo ***chugo,*** alto, de largos remos firmes, en el que va seguro a pesar del mal camino. A su lado, en trotecito, Simón Mayancela, como guía. En él puede confiar. En Cuenca las autoridades le habían advertido que cualquier problema que diera sería arreglado con la india, su mujer, en Turi. Con su poncho y su sombrero de lana ya gastados, el Mayancela podía resistir la humedad y el frío, pero no lo que le habían hecho, la venta para el ***guando,*** la separación de su ***huartni,*** que estaría ahora mismo sola, llorando, lejos de él. Quién sabe qué más podría pasarle allá, entre tanto demonio blanco que la espiaba.

Los otros cañarejos, los de San Pedro, no tienen trenza como el Mayancela. Se amarran la cabeza con sus pañuelos colorados y encima se ponen el sombrero de lana apisonada, con pequeña ala alzada. Pequeño también el

poncho, de franjas de vivos colores, les deja libres los brazos que manejan la beta y el lazo, en su trabajo de pastoreo y doma. Como son peones conciertos de la hacienda también trabajan de arrieros, sacan a vender en Cuenca el grano o las papas, los frutos para la feria. Fornidos y anchos tienen sin embargo una cabeza pequeña que gira ligerísima a todo lado. Otean el peligro desde lejos, como ahora cuando se plantan con sus blancos zamarros de piel de oveja delante del patrón, para decirle - Es tarde - debemos buscar refugio - en este *tambo* del Buerán - - Haremos guardia de a dos - Toda la noche -.

Cerca un riachuelo se despeña incitando a los caballos a plantarse mientras tascan sus frenos calientes por la larga jornada y piafan rabiosamente. Patroncito Roberto siente un extraño nudo en su garganta. Aquí está a merced de los indios. Pueden matarle, robarle, dejarle desnudo para que le dé el *soroche* y se quede riendo hasta el fin del mundo. dCómo su hermana? Piensa en ella. De nuevo el recuerdo de la madre lo tortura. No le queda más salida que acceder y decir sí a los indios, pero antes busca la manera de demorar la decisión, para que resulte como de boca y voluntad de él. Ninguna debilidad ante los indios, le habían advertido desde chiquito. Nunca deben saber que un blanco vacila o tiene miedo. Así es que consulta el reloj, ordena que les den de beber a las bestias y les dejen descansar un rato en el pasto. Toca las alforjas para saber en cuál viene el *shumir*. Saca la cantimplora, toma un buen trago, y otro más. Cuando ve que no queda sino una ración por cabeza alarga la botella a que tomen los cabecillas. Del Simón al Mariano Quishpe, todos tienen el mismo gesto solemne al lanzar el bocado largo en la garganta, al limpiar el cuello del frasco y al hacerlo girar hacia el vecino, sin prisa, sin ansiedad, sin ningún

intento de perjudicar a los otros, ni perjudicarse mutuamente. Si hubiese estado entre sus iguales, Roberto habría sentido vergüenza. Pero en fin está solamente con indios, sus inferiores.

Mientras tanto, como ocurre en el altiplano andino, la masa gélida de la noche desciende entre nieblas que cierran el horizonte.
— Ay, se vino encima la noche. Caramba, vamos pues al *tambo* a desensillar los caballos. Vos Simón, serás mi paje de silla, sacarás la comida. *Máchica* y mote hay para los *runas,* panela también. Apúrense, apúrense que hace frío.

En el *tambo,* un cobertizo largo, encuentra comerciantes que suben con su recua de muías cargadas de mercaderías, hasta Cuenca. Se tranquiliza. Podrá dormir a pierna suelta ya que ha sido saludado y cumplimentado respetuosamente. Antes de dormir intercambian atenciones entre trago extranjero que viene desde Guayaquil y su trago de *shumir,* espeso y sacudidor como ninguno. Acostado sobre las gualdrapas y los ponchos, con su cabeza que descansa sobre la montura, se siente tranquilo. La tierra cargada de aromas vegetales, húmeda hasta la raíz del Buerán brumoso, con su tierno vellón de musgo y de heléchos que la cobijan, le parece bella, le devuelve la fuerza que ya iba perdiendo. Es como si al respirar ese aire se volviese invencible, sin fatiga, lleno de una frescura que le limpia los pulmones, el pecho, el vientre que hasta acepta sin náusea la proximidad de los indios, que también son gente, pobres mitayos que aguantan todo. Juntos yo, el *guando,* ellos. Duerme sin sobresaltos, sin novia, ni hermanos, ni padre en el pensamiento, envuelto en el rumor mágico de la montaña que respira por sus ranas bulliciosas, y sus tórtolas tiernas llamadoras del amor.

La lluvia lo mece cantarína. Nodriza del agua, húmeda luciérnaga en la noche, su paz.

En la mañana el hombre de los *guandos* con su odio a la pobreza renace, se levanta bejuco enhiesto y altanero. El miedo y la semejanza humana pasaron, se quedan entre los sueños de la noche. Ahora con el sol cercano, directo, que despeja el cielo y hace de la humedad nocturna un vaho leve que asciende entre el verdor y la luz, asegura su lugar en la tierra y vuelve a ser el amo altanero, mandón, exigente en la obediencia.

— Tenemos que estar esta noche en Huigra, a rompe-cinchas si hace falta. Mariano Quishpe, uno de los indios de San Pedro ha escapado, le avisan - Por el *huachito* enfermo - que andaba jalando el *shunguito* - según le contestan los vaqueros. Siente el latigazo en pleno rostro. De ahora en adelante será duro, inflexible, con los indios. Nada de piedad, que a uno le jode y le achica por dentro, ya verán. ¿Y por qué no permitió que las patrullas le acompañaran? Reflexión tardía. ¡Vaya uno a saber! Talvez por asomar muy macho le había dicho al gobernador que no hacía falta, que en Huigra se le reunieran. En cuanto llegue a Cañar pondrá en alerta a los guardias. El fugitivo será capturado o tendrá que huir. Algo oyó en la noche sobre los Quiroz, perseguidos por el contratista del *guando* de los muebles y pianos. Parece ser que estos *runas* han establecido un verdadero cuartel en las cuevas del otro lado del Buerán. Caen sobre los pasajeros, decíase, se santiguan y quitan la plata, a veces hasta con las bestias y los aperos. Grandotes, temibles, intrépidos, los Quiroz —cuatro hermanos y tres sobrinos— tenían armas, bodegas llenas de comestibles en las cuevas y cuando hacía falta ganado para la carne fresca. Vaqueros ex-

pertos, echan el lazo casi en presencia de los dueños o sus peones, mientras hacen sonar las ***bocinas,*** aviso que se conoce bien en la comarca de San Pedro, El Colegio y todo el páramo de Buerán. Sus mujeres y sus ***huahuas*** tienen casa-grande en las tierras de la comunidad de Inga-pirca. Allí viven todas sus familias, las de maridos y mujeres juntos. Se necesitaría un batallón, decían, para acabar con ellos. Nadie los denuncia. Indios —***huasicamas*** y conciertos— les comunicaban más bien las novedades del viaje de los amos, de las recuas cargadas de productos, de los viajeros cuando asomaban por la punta del Huaira-pungo. —Este Mariano Quishpe a lo mejor se junta con los Quiroz, con semejante espaldota, propia para carga, que tiene. Pensándolo bien, sería más útil cobrarle la plata anticipada, con intereses y la multa. Ya se resolverá el asunto, con los políticos y los guardias, en Cañar. Claro está, hay que añadir, la cárcel y los azotes en castigo. No fueran los demás a seguir el mal ejemplo. Llevarlo de regreso al ***guando*** no. Aunque es una lástima por la fuerza de animal del ***runa*** pendejo.

La bajada hacia Huigra fue fácil. El suelo se volvió suave, como acolchonado. Los caballos largaban sus remos al aire tibio y corrían. Guadúas verdesmeralda de hojas que protegían del sol, bijaos, palmares, platanales, exhalaban su miel que llegaba hasta la cansada tropa a-creciendo su deseo de parar allí mismo y disfrutar del cálido regazo de ***huarmi,*** pensaban los indios, de caderas de mulatita amorosa pensaba Roberto, en el acto de arrojar el poncho y suéteres de lana en manos del Simón. Abre por fin su camisa, hincha el pecho con un placer primitivo y vital que lo hace transpirar de ese júbilo que no se socava, ni siquiera con la proximidad de las tareas a las que pronto se verá atado. La advertencia por telégra-

fo sirvió para que los esperaran. A su lado Llerena, esperpento tallado en piedra pómez, chorrea por cada cráter de su cara ese sudor sin jabón, de piel y ropa sucia, que se vuelve insoportable en los pies desnudos, calzados sin medias, peor aun si los zapatos son baratos. Algo así como su propia conciencia negra va con ese Llerena ***suco,*** encabuyado, maldito. A su lado se ve obligado a ser más bestial y tirano. Su rival incógnito el mugriento capataz elegido por su padre.

En Huigra confluyen los policías, los capataces, los cabecillas y el ejército de indios que han bajado por todas las laderas, las abras y los pasos de las cordilleras hacia la gran ***minga*** del ***guando*** mayor.

Un mar de ponchos se agita en la esplanada del ferrocarril. Las bestias atadas a los pilares de las tiendas y de las posadas saltan nerviosas tratando de salir en estampida. Son animales temerosos que enfrentan por primera vez el pito potente, el jadear de hierros y fuego de la máquina que avanza entre chispas y vapor, hasta llenar, con su presencia de culebra gigante, la tarde. También los que han bajado por primera vez, indios jóvenes que se inician en el trabajo de los ***guandos,*** sienten que el corazón les salta ante el monstruo, pero permanecen quietos, hie-ráticos. Que nadie sepa de su temor y su miedo. Como si ya hubiesen tenido antiguas experiencias no mueven ni un músculo de la cara. Sin pestañear esperan los comentarios y las bromas de los veteranos, en estas faenas de la carga y la descarga para la que se arraciman en el andén, al llamado de los maquinistas y brequeros. Los pasajeros, dichosos de bajar a tierra, se ponen a reir de esa masa humana de colores encendidos, de trenzas largas, de ***oshotas*** de cabuya, desconocida para ellos que vienen de la Costa

de dril blanco y el sombrero ligero de paja o esterilla.

Los centavos circulan, los ***longos*** sudan, las bodegas se llenan. Las manos que dominan arados y hoces, que deshacen los terrones, maternizándolos para la siembra, gemelas del barro y la piedra andina, se ahuecan para recibir los centavos, como si se llenaran de frutos milagrosos. Antes nunca sintieron esa alegría. Fortuna grande para un pobre infeliz. Platudos —piensan— son los costeños y generosos dan propina grande-. Roñosos los cholos comerciantes serranos discuten por el calé-. Más tarde, antes de dormirse, la indiada apretujada en un galpón de máquinas hace el inventario de la jornada. Los pies sangran debajo de las costras reventadas. La cintura ya estaría quebrada si no fuese por los ***chumbis*** anchos que la sostienen. Les atormenta la sed pues si apenas han encontrado una llave de agua recalentada sobre la que han puesto quemantes los labios resecos. Cejijuntos, serios, concentrados en el mundo nuevo que parece haberles nacido, miran el anverso y reverso de cada moneda sopesándola, midiéndola en dimensión de su necesidad más apremiante. La pla-tita del adelanto del ***guando*** ya se consumió entre lo dejado y lo traído para el viaje. Ahora anudan las monedas en los arrugados y viejos grandes pañuelos colorados con figuras de tigres y serpientes, que les sirven para casi todos los menesteres del viajero de a pie. Guardan la fortuna bajo la ***cushma*** como empollándola, igual que las cluecas cacareadoras. Exhaustos piensan en la frescura refrescante de un gran ***pilche*** de chicha de jora que descendiera por los gaznates resecos, como esos hilillos de agua del cerro que gorjean saltando entre los pedruzcos, al mediodía del verano, hijos próximos de la nieve o el granizo. Algunos hasta quisieran acompañarla con fritada - cómo olía en la plaza de Huigra junto con las empanadas hinchadas

de manteca caliente - allí donde las ***cholas —huarmis*** de Riobamba— plantaron la pailamama de bronce.

La angustia se vuelve candela. Les falta el aire. Son muchos encerrados en el cobertizo bajo el cuidado de los guardias con fusiles y cachiporras al brazo. Roberto Recal-de ordenó la búsqueda y concentración de la indiada, porque se estaban cansando de anticipado, y mañana los necesitará a todos para los preparativos del viaje. —Que no salgan ni para mear, ya saben lo que pasó con el Quish-pe, ***runa*** bandido—. Las palabras y los carajos del patrón azotan debajo de la piel, en el propio ***shungo*** que tac-tac-tac-tac golpea la cecina del pecho magro. Cuando los guardias se cuadran delante de la pesada puerta de madera, todavía entreabierta, las sombras se plantan también, a-chicándolos. Mas, como siempre pasa con ellos, los calma la más mínima seña de que la ***paccha-mama*** está presente. Desde el tragaluz al occidente los amarillos de venado del cerro y los ocres pálidos del bajío, que avanza hacia el mar, caen bañándoles del resplandor rojizo que en ***los yun-gas*** se vuelve brasa de nubes arremolinadas que levantan sus batallones de danzantes, que se separan de sí mismo, para darse en un solo espectro de alegría en masa o aliento de sol que no se rinde y se queda en los ojos de los hombres, más allá de la noche, entre estrellas y nuevo día. Cada uno regresa al cielo de su ***Hacía,*** en donde, más que sea en penas alguien pensará en el ***cuentayo-huasicama-chagracama*** -pastor-arriero-vaquero-ovejero-indio-pobre a-rranchado de la madre ***allpa*** -para que padezca - más si es posible - más si todavía se puede más.

Afuera guitarras rasguean sanjuanitos y yaravíes empujándoles a los encerrados hasta dentro de las ***chacras.*** El maizal se columpia ante ellos que tienen abiertos los ojos,

fijos en sus lejanías queridas, hasta que notas extrañas jamás oídas, les recuerdan sitio exacto y circunstancia diferente. No sienten esa música y hay un vacío, como de más hambre que aumenta, oyéndola. Pero la misma comienza a quemar la quietud de los guardianes que por esa noche reemplazan a los soldados venidos desde Cuenca y el Cañar. —Ah, si no fuera por esta friega de indios ya estaría con la zamba arrecha que me gusta. —Y yo con la negrita Rita milagreña que baila como trompo. — ¿En la cama será? —En la cama también, pero qué caray uno es malsuertudo. —Y noche linda que está, y la paga poca que le dan, cuidando *longos* piojosos. —Habráse visto la puta vida del raso, zarandeado de la ceca a la meca. —Las mecas, compadre, en el barrio caliente levantan vahos de vergas. Uno aquí ni hacerse la paja puede, ni fornicar siquiera con estos *longos* cuerudos moñosos, que sólo con sus bestias hembras se aparean. Yo fui de la marina primero. Y no se deja de ser macho si la necesidad le apura. Los oficiales primero y nosotros después. Y qué divertido con los boquidulces de los grumetes. Ayuntarse con hembra-hembra claro que es mejor. Pero malaya que en no habiendo...

Los *guanderos* no entienden esas conversaciones salpimentadas de todas las palabrotas del puerto. Pero algo adentro inquieta. Se mantienen en vigilia en tanto las ropas de bayetas raspan su lejía caliente sobre el apiñamiento sórdido. De madrugada la lengua quichua - *runa* - *shi-mi* - bisbisea su rumor de aguacero que aumenta hasta ser grueso golpeteo de olas entrechocándose contra el bronco ronquido de los rasos que duermen arrimados a la puerta, con sus fusiles y cachiporras entre las piernas forradas de burdas botainas verdosas.

Los peones sufren. Encrespadas crestas de bichos desconocidos succionan la piel enronchada ya por la picazón de los mosquitos bravos, encima de las viejas llagas que desde el nacimiento los piojos les dejan. - Más que reunión de cristianos - parece ser corral de ovejas - aquí metidos podridos -. En verdad el sudor, al humedecer ponchos y ***cushmas,*** pantalones de bayetas, camisas de lienzo, monta en el aire enrarecido su trompo de olor a lana mojada, trasquiladora de hombres sin baño, en continuado esfuerzo de retención de sus propios deshechos. Ahora toda la vida se les concentra en esa puerta por la que quieren escapar hacia el campo circundante donde cada animal puede vaciarse de lo que le sobra y lo envenena. Sólo ellos indios, a los que se les hace el honor de desollarlos para que produzcan plata, no tienen ni ese elemental derecho nunca legislado, siempre practicado. - Más peor que bestias tratando - yacito vamos a joder galpón de máquinas - Máquinas también comen leña - carbón - Defecan cenizas - botan humo - escupen - Garraspean duro -.

V

## LUCIÉRNAGA DE A L M A
## FUNERAL DE PLATA

Ñ*año,* qué caballero buen mozo es tu amigo —me gusta— ¿sabes? —Eh, no hermanita que está de novio. —Con alguna serrana desabrida seguro. —Qué sé yo. A mí me gustan algunas—.

Enrique Hidalgo lo recibió feliz. En este desierto, al fin un amigo. Venía pues por la maquinaria eléctrica para Cuenca. Con razón Huigra se llenó de ponchos. —Todo lo que yo pueda hacer hermano, ya sabes estoy para servirte. Salir de la pobreza. Salir como sea.

Roberto lo invitó a cenar en el Hotel Estación. No podrían beber muchos tragos, por el trabajo que le esperaba al día siguiente. —Pero un buen vino nos vendrá bien. Lo mejor quizás una cerveza helada, después de este viaje de demonios, con indios por toda compañía. Y los riesgos inmensos. Te conté, creo, que un mitayo se largó. Fue entonces que planearon mandarles a dormir a los guardias serranos, dejar a los costeños el cuidado por la noche, encerrar a la indiada en la bodega para evitar la dispersión y

el que se cansen cargando fardos. Ya tendrán que jalar duro y largo. Los dínamos pesados hasta Cuenca. Luego, como por casualidad preguntó por su hermana. —La que debía llegar, ¿llegó? —Sí. —Pues no faltaba más, permíteme que la invite. Yo iré a buscarles para la merienda. Luego ultimaremos los preparativos. Y anda pensando cuánto cuesta toda tu ayuda. Sé que necesitas. Si no cobras te vas a quedar la vida entera en esta olla. —Algo tendrás que hacer como yo, si no…

Llegó puntual al atardecer, fresco de agua y de sonrisas. Meche Hidalgo le recordó a su hermana. —Esa Berta, Dios, cada vez que se me viene a la memoria me duele. Atento, cuando está en sociedad, hace gala de su refinamiento. Es como en Cuenca se dice, un joven muy bien e-ducado. Escoge el menú más caro, pide vino, pues cerveza se toma entre hombres, pero no es correcto cuando hay damas. Pregunta por la salud de la familia Hidalgo, de la madre, de las otras hermanas, ¿tan lindas como usted? Después de la comida pasean por las calles de los ingleses. Las villas blancas iluminadas por grandes lámparas, protegidas por alambradas detrás de las que crecen flores anchas, llenas del perfume del trópico, dan la sensación de ***confort*** y alegría. Limpias y resguardadas de los mosquitos por las telas metálicas, y de los extraños por los porteros en uniforme y con arma a la cintura, no pueden albergar sino gente bella y feliz. Enrique Hidalgo que oye la conversación de su amigo y su hermana hace esfuerzos para no reírse. Regresa a sus experiencias. Lo ve, trastabillando, a ***mister*** Davis, el gerente, cuando recorre las dependencias del ferrocarril todos los días, sin ningún aire de ***gentleman*** dichoso. El clima no le sienta, su reuma aumenta a ojos vista con la humedad de los ***yungas*** y los juanetes crecen, y le duelen. ***Missíress*** Davis en cambio no. Eclosionó

bajo la luz y el calor del ***yunga*** que no quema pero sí anima en la justa medida meridiana del sentirse bella y con tremendos ánimos para gozar. Y ella quiere gozar de su nueva situación de esposa del principal. Gozar del privilegio del ocio, que en las largas tardes cálidas se le mete en la sangre levantando turgencias increíbles en sus senos, que en el norte ya se veían marchitos. Cree verla cuando ella alza sus visillos, baja las persianas de malla, abre los brazos y respira profundamente, con los ojos cerrados. Y sonríe. Se comunica con la sonrisa ya que las palabras son inentendibles, piensa Enrique. Y cómo lo miró en a-quella reunión breve con los ejecutivos nacionales, cuyo personero él, Enrique, le había sido presentado junto a un vaso de whisky. Pronto se comentó entre los empleados que la gringa peleaba a muerte con el marido, sólo que no se sabía por qué, ni lo que decían ya que ninguno de los sirvientes de la villa entendía el inglés. —Que pelean, cualquiera entiende, seguro. —Pobre gringa, reflexiona Enrique, junto a ese esperpento. Cuando le toqué la mano, una vez apenas en todo el tiempo que está aquí, me dio la sensación de tocar un reptil. Debe tener la sangre helada, mientras a ella se la ve andar sola, entre ardorosas oleadas de un pensamiento secreto, que le imprime al rostro el* matiz de la felicidad, o de un oscuro aburrimiento que de golpe lo apaga. —Y yo metido con la zamba, cuando la gringa me necesita, claro. Pero qué bruto he sido, qué bruto. Recalde tiene razón. Hay que aprovechar cuando se puede. Más pronto, mejor.

Roberto siente en su flanco el cuerpo ágil, firme de la muchacha. Oye su palabra alzándose en el camino —luciérnaga a mi lado, agua alta, cascada fina de los ríos que atravesé en el camino. Luciérnaga a mi lado. ¿Y qué a mi lado, después de Berta encerrada? Se trenzan

sus voces en el aire de la región que aún es Sierra y ya también Costa, entre montañas que se vuelven colinas al caer suavemente en bajíos de extendido regazo donde se albergan los primeros platanales, las chontas verdinegras, los bandudales tiernos que maduran en su cogollo los suspiros tiernos de cada serrano recién llegado, de *cada**yungue-ro*** desposeído de los suyos, de cada montubio que trepa a las obras del ferrocarril y los ingenios azucareros y deja para siempre su piel y su alma en esta esperanza hecha de humus y lluvias frecuentes. Los dos mientras hablan se reconocen —vaso comunicante— como aquellos que se encuentran bajo la búsqueda ***huaquera*** en Narrío. Ya sin la jora y su espuma para la sed del cañari, es cierto. Pero todavía mar transido de pasión, todavía morada de sueños y música con presencia humana preservada, cálida aún en el pequeño puñado de arcilla que transformó la antigua mano alfarera en lecho del aire y con la respiración aún intacta de los que se amaron en el verano del maíz abierto al sol y de las danzas de las ***curiquingas*** sagradas. No importa cuántos siglos hace, cuántos milenios quizás. Importa lo que queda, flor viva, huella de amor que regresa. Roberto Recalde siente que todas las vacaciones entre cosechas y madre cuidándolo, entre sudor y broma de indio - el ***huambra*** amito - pichoncito de patrón nomás -entre doradas frágiles cimas de trigo y viento guerrero agitándolas en las trillas, desnudándolas, se le suben de golpe al pecho y lo conducen de vuelta a la edad de la esperanza. La adolescencia limpia y cordial regresa a su sangre, lo conturba en pleamar dichosa dándole levedad, ala para siempre, se diría. El brazo de ella, que él sostiene para ayudarle a subir las cuestas de la estación, se le vuelve quilla cálida llevándolo al destino, toda ella barca de amor salvadora en el único momento lúcido en que comprende su naufragio. Siempre la esperó y sin embargo

ya no es posible. La lucha mortal se establece entre el náufrago y el patrón verdadero, qué carajo, que se para firme para rehacer la fortuna, el nombre dícese, de la familia, el apellido, hasta el honor, que es la plata. Y la novia —a la que no besé sino la punta de los dedos— que le espera con todo el señorío en la casa de los patios hasta la otra calle, huerto cerrado, blanca de raza pura, reconocida estirpe de patricios y matronas que son el santo orgullo de la ciudad santa. Matrona sí. Ya se redondea aún antes de que el beso avance más allá de la punta de los dedos, que se santiguan cada vez que él entra a la sala donde los retratos de los abuelos le espían la intención. Apellido ilustre, de proceres conservadores que vencieron a los liberales y que gobiernan todavía. La ganancia del ***guando*** servirá para el matrimonio, amoblar la casa que ya le han señalado —al ladito de la de mamá, que sólo a mí me tiene— mejorar la situación de las hermanas y ¿qué más? —No dará para más. Se ve en perspectiva de futuro. Será el varón nuevo de la mansión de los Vega y subirá. Claro que subirá. Ya le han dicho que para diputado no se necesitan títulos ni conocimientos especiales, que el sentido común y su inteligencia innata servirán. Porque, en siendo patriota y perteneciendo al partido del orden, todo lo demás vendrá por añadidura. Cuando hay padrinos, como en su caso, una vez casado. Una vez casado, claro está. Las haciendas que aún restan darán para vivir, pero si se trata de hacer fortuna, como naturalmente Roberto tiene que hacerla dada la alcurnia de la novia, lo mejor y más prudente será entrar en la vida política. Sin mucho cavilar, con viveza oler a qué lado hay que dar el voto, o contra quien plantear la amenaza de censura. En el Congreso peleando contra los liberales que están en el poder, los conservadores manejan el país, aumentan la fortuna. Se resarcen de lo sufrido. Detienen el laicismo,

lo tuercen. Defienden el derecho al culto externo. Las procesiones de antes, abolidas por el masón de Alfaro, deben volver a la calle, hacer temblar a los impíos. Y volverán. No hay duda. El es el elegido. Será de los primeros.

Pero se entabla el duelo en su propio origen. La omnipotencia del recuerdo de la madre, qué olor a huerta de cacao cuando la nombra, qué piel de trigo maduro asomándose tras la piel de esta Meche Hidalgo, en cuyos ojos revienta la escondida cocuya que él alimentó en el cañizo de azúcar, en los días de visita a la Costa, a donde iba la familia entera empujada por el triste frío de la Sierra que la acoquinaba y la volvía más pequeñita y frágil, lo que a todos dolía. Pero sólo en su mirada extraviada se sentía lo terrible, el pozo. El miró sus pupilas en esas horas. Todos esos deseos de él de afincarse en Guayaquil a donde huyera cuando ella murió después de esa crisis que le hizo perder la cabeza y el hijo, al que ya frío le seguía cantando, como oyó entonces, eran pues por este encuentro. Premonición o sangre, que le regaló, para que vuelva a su mundo cañadulzal, a la suave cadencia con palmares, mujeres, barcas deslizándose en el río Guayas. Y música en la voz que oía, que uve. Su ser entero se extiende entre montaña y mar adormecido, desprendido de la espuela acuciante de la patria potestad que aún se ejerce. La madre vuelve al combate en la muerte, como en la vida, sobre la frente del hijo, para abolir el derecho secular para siempre. Y esta vez. Que no siga siendo la continuidad de una tradición de generaciones. Que no atrase el camino del padre hacia el fin, si es necesario. Guerra antigua, de posiciones estratégicas, que se libra, ya no sobre su frente, sí adentro, en su red de nervios descarnados, expuestos encima de su piel, sobre el árbol de su cuerpo que debie-

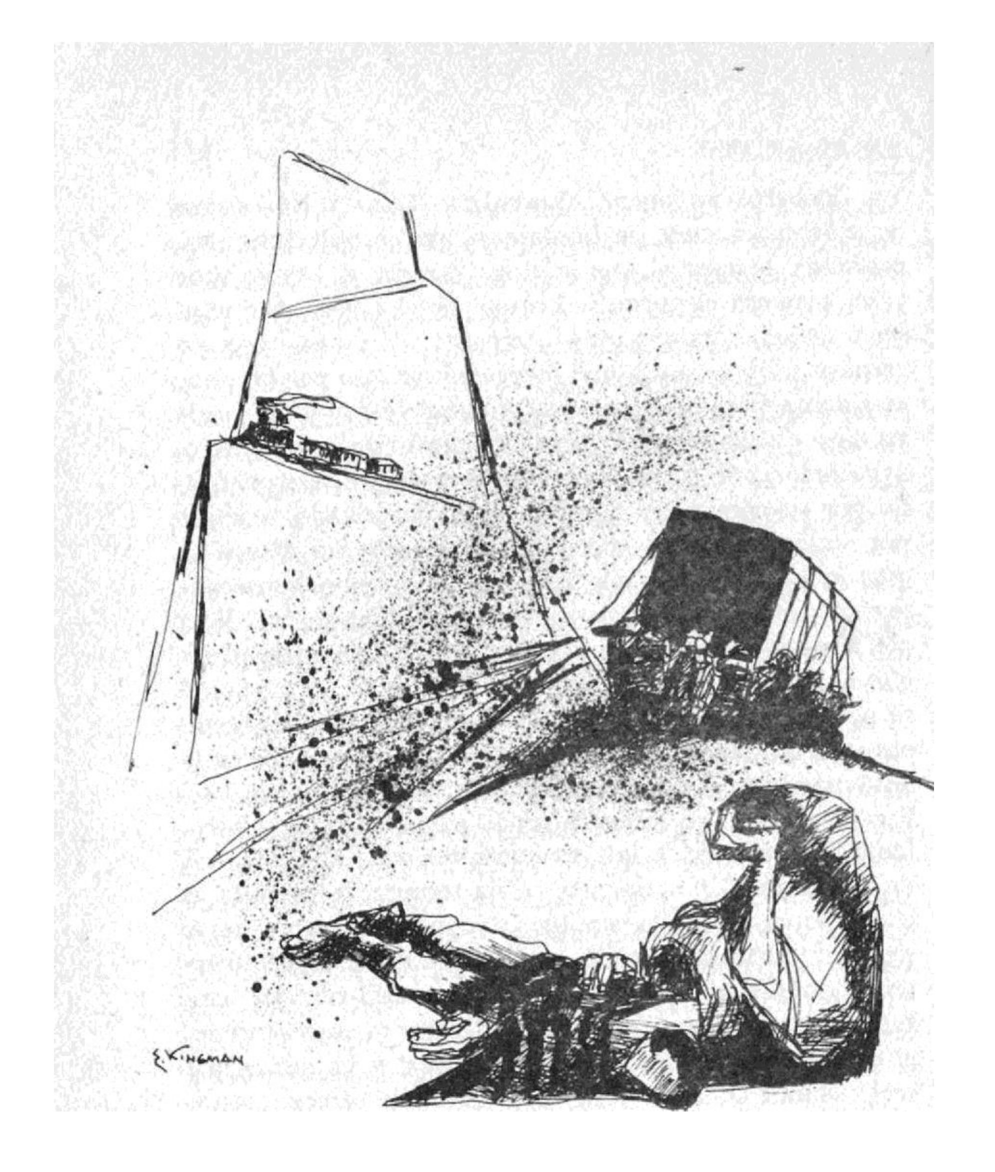
ra quedarse, que quiere quedarse laxo y vibrante, descansado e inquieto por ir de este brazo y no poder retenerla. ¡Oh, retenerla entera esta noche! La primera noche de la tierra inédita, inmensa y profunda. Echaron a caminar largo por las trochas del ferrocarril, en una intimidad de confidencia jamás conocida por los dos. Enrique los esperaba fumando cigarrillo tras cigarrillo, asqueado de sí mismo por haber caído en ese pozo de gringos y de analfabetos, donde sin quererlo, claro está, pero igual, ha violado ***tongas,*** se ha amancebado con las sarnas y la mierda, no se ha asqueado sino ahora mismo, cuando ha vuelto a ser gente, a tratar con Roberto, que de puro macho se carga con la indiada y los cajones inmensos hacia Cuenca. Y que ya no es más el compinche, como cuando lo conoció. Estampa de conquistador el morlaco, llegará lejos. ¿Y su hermana Meche? Pero allí llegan, en una de las plataformas que ruedan sobre los rieles provisionales, puestas para transportar materiales. El brequero saluda sonriente y rechaza la propina. No, él no cobra. Venía y sirvió, nada más. Y en su gesto expresa su simpatía, como si hubiese sido el confidente de un secreto de amor que entiende. Dentro del galpón de madera donde duermen en ese cuartel con capataces, recostado en su catre duro, recordará palabras dichas como si recién se inventaran. De tan nuevas pichoncitos parecían, escapando al vuelo, de su cascara de soledad.

Apenas unas horas y ya para siempre, porque hay muy pocas horas así. Lo saben, lo sabrán más todavía en el futuro, tan cargadas de miel, tan descubridoras de esos espacios infinitos guardados en la cápsula de cada cuerpo que recién genera su ojo y su claridad para mirarlos. Mineros invisibles, con su lámpara han penetrado en

la roca crecida desde la infancia, dura del miedo a lo prohibido y que luego se vuelve una galería para el trajín del niño bueno, hasta la muerte. Sin salirse del camino trazado, ya que el destino se da, no se hace. Pero he aquí que no, que los dos sin declararlo saben que todo lo que se ha dicho y experimentado en este encuentro puede volverse vida, así de simple, vida, si la voluntad actúa y quiebra el esquema. —Tú, que no has sido ni doctor serás el político de la familia. El menor será cura. A tí te toca labrar el porvenir de todos. Serás padre ejemplar, espejo de virtudes. Identifícate ya que no tienes profesión. Enseña tu garra. El matrimonio con una Vega es lo más alto que puede esperar un joven sin título, ni recursos. Recalde despierta, comprende. Hasta no importa si las hermanas se te quedan solteras. Serás su sostén moral y económico. De enderezarte tienes que enderezarte, nada de frivolidades románticas. Al hombre le está permitido tener amantes cuando la carne necesita, pero la moral de la sociedad impide traicionar a su esposa espiritualmen-te, que es la peor traición al hogar sagrado. Comprende pues Roberto Recalde, sal de tí mismo, abandónate, cumple tus deberes, déjala. Dentro de ella igual clamor anti,guo. Señorita pobre pero honrada. Si encuentra esposo será porque Dios lo quiere. La vida es sacrificio. La virtud, don divino. No lo pierdas. Resiste las tentaciones. Sálvate. Huye de su presencia, huye.

Llegaron hasta la modesta casa alquilada, donde vivían. Tenemos que hablar de negocios, *ñaña*. —Sí ya sé. Me habría gustado seguir conversando, ¿verdad Roberto? Como amigo de toda la vida, aunque yo creo que una hora así vivida, plena, vale más que lo que se llama toda una vida.

Roberto no puede responder. Teme. No es cosa de macho, es cosa de hombre la que le pide respuesta, profunda tempestad que le exige mandar al Diablo todo y ser primero él mismo. Lo que en el colegio fue tesis, ser o no ser, otra vez aquí lo acogota. Y no en frases, en carne y hueso, en esa que no puede ser sólo palabra, que es palabra por el hecho, que se llama verdad y no puede ser sino verdad, mundo completo, profundo y alto, cierto. Triunfador por fuera, fracasado por dentro, estigmatizado por su conciencia que esta mujer ha ganado, repelido por su intimidad de varón que le florece sin deseos en este momento, pero que quedará para siempre marcada por la presencia de este encuentro —selva, que va de la piel al tuétano, pasando por todas las latitudes de su ser que acaba de surgir descubriéndose. Estalla el hecho de su naturaleza condicionada y se desmorona ante las disculpas que intenta darse. Las lianas de la selva como en la selva trepan y descienden ahogando hasta el árbol mayor. Para despedirse su mano busca la palma tibia, la recorre lenta, suavemente, a que su contorno suba a la memoria de la sangre y lo acompañe. Esta ternura de varón lo va a traicionar, y no es posible. Se resiste porque desde siempre lo han conminado a que no se rinda, a que no enseñe desnuda su'alma, su entraña, ese nudo vibrante, cruzado de sensaciones y pensamientos que es su yo íntimo, el otro que hubiese sido y se le escapa, y ya nunca más será. Hunde su boca en la mano que se le ofrece, cuenco eterno de madre, de la mujer que ha nacido recién para él y antes de que el nudo se le desate se marcha. Ella siente descender la noche del pueblo, noche completa, sobre su cabeza.




*- Aquí te dejamos Juan Tacuri - aquí te lloramos - irás prontito a la* chacra *- subirás en el hormiguero que camina - en la panela -en las naranjitas que quitan la sed - en el gusanito - mariposa que vuela - que nace del cristiano -.*

## VI

## SIMIENTE EN CALMA VOLCAN QUE SALTA

Son los cabecillas, los más fuertes, en cada comunidad o caserío, avezados a las duras faenas de los ***guandos*** desde los abuelos que amarrados y a chicotazo limpio fueron domados para el transporte de —a lomo de indio— por toda la Sierra ecuatoriana. Han aprendido pues a colaborar con los amos ya que prefieren el ***guando*** a la cárcel, a la multa y al palo, y a tanto sufrimiento, como de guerra, con requisa tal que si fuesen desertores. Atrás ya se ha formado el pelotón que cuidará el orden y disparará si es necesario, de eso pueden estar seguros los ***runas,*** sí señor, órdenes son órdenes. Tascan de nuevo los frenos los caballos y golpean impacientes los cascos recién herrados. Simón Mayancela los ha traído esa mañana de los potreros en los que vivió y durmió con ellos, de miedo a que los roben, ya que abigeos, se decía, asomaban también por allí, pues las haciendas grandes comienzan a asentarse con el ferrocarril y el ganado muge anunciándose. Cada mayoral recibe un porrón de aguardiente y una escudilla para el reparto. Descansan las plataformas en el andén y en los corredores de la estación. Hay una pausa como si el aire no circulara y todo se quedase quieto, inmóvil, parado, en espera.

En la explanada se forman las cuadrillas. Los hombres de a caballo llaman a la gente: Mayancelas de Cañar, Quishpes, Quinatuñas de Quingeo, Suscales, Duchicelas, Tacuris, Sisalemas de Alausí, Duchicelas de Tamboviejo, Paltas de Gonzanamá, Burgayes, Guanujos, Mochas, Morochos de Chunchi, Zamoras de Charcay, Tenelemas de Co-yoctor, Sangurimas, Atacuris, Collahuasos, Paucares... - Hombres-cará todos - con *chumbis* bien amarrados -ponchos en cogotes - palo lástima castiga - poniendo -fuerza - *oshotas* amarradas - *cushüla* - *cushilla taiticos* -.

Los separan por tamaño, por anchura de espaldas -por edades. Los sopesan con los ojos. También los tantean. Tocan las piernas, los brazos. Golpean los ijares, el espinazo, los hombros. Pellizcan las nalgas que deben ser duras si el hombre es sano. Cortan a la altura de los riñones, con la mano en cuchilla. Ninguno quedará sin participar en *el guando.* Pero se sabrá en qué sitio justo ubicarle, al lado de quiénes, en qué carga, más pesada, menos pesada. Cada capataz sabe bien que los fuertes se joden. Van al centro, resisten como toros, pero igual se friegan.

Ya. Sienten una corriente magnética - ojos de brujos expandidos en ríos eléctricos - cercándolos - compulsándolos - fundiéndolos en un solo ardoroso líquido metálico. No son más el nombre que sonó congregándolos. Cada uno depende del otro y la masa entera leudada se hincha y sube, de una en una, las plataformas donde, a-marrados con sogas y cables las piezas firmes no se mueven, encajonadas como están, protegidas por sunchos y agarraderas. Adelante va Roberto Recalde por ser el principal de todos. Abraza a Enrique y le pone en la mano el fajo de billetes —Por la ayuda prestada, hermano, có-

mo me duele dejarlos. En cuanto pueda te pido el cambio. Resiste un poco más, pero te ruego, a Meche mándale a Guayaquil. No ha venido. Me pide el corazón verla, pero mejor quizás, así sufro menos, ¿entiendes?—. Con su gesto de espléndido caballero, ya jinete caracoleando su caballo, se quita el sombrero y saluda a todo Huigra. Gringos con cascos blancos sobre la cabeza, mujeres de ingenieros con finos sombreros extranjeros cayéndoles sobre la frente, y brazos desnudos, contestan su saludo. Los obreros y los brequeros de azul y gorra, los cargadores grises, las vivanderas de anchos rostros coloreados por visible candela de fogón y brasero, se despiden en silencio. Las zambas de faldas vaporosas que flotan sobre sus ancas ocres de sol y razas confundidas, alzan a sus niños vestidos o desnudos, que lloran y ríen y dicen adiós a su manera, entre mocos y berridos. Los más grandecitos extienden serpentinas en sus silbos que se enredan en los oídos de la indiada, la que no puede ver sino el mínimo lugar donde su pie se asienta. El adiós de los pájaros quizás, piensan.

Simón Mayancela tiene el privilegio de ser ahora el estribero del amo. El caballo en el que vino hasta Huigra lo monta otro Mayancela, del Cañar, que hace de cabecilla. Debe pues acomodar su trotecito al ritmo de la marcha del braceador bien prosudo que es este caballo moro, gris-plata, de oscuras patas macizas que hacen juego con su crin negrísima, que ahora mismo brilla, espejo nocturno, bajo la luz cenital que vuelve más nítidos los contornos ágiles de los jinetes, del estribero saltamontes, de la masa que más que caminar avanza lenta, torrente de cabezas inclinadas a las que los sombreros blancos vuelven olas albas flotando, ascendiendo, descendiendo, cayendo alguna vez, reptando de uno a otro costado del camino flan-

queado por los capataces con ***chicote*** terciado al hombro, que ajustan los talones desnudos sobre las panzas sudadas, no cubiertas por las gualdrapas espesas de las cabalgaduras de los amos. A la distancia todos son nubes arremolinadas cruzando las cañadas, mientras la tropilla de soldados atrás bastardea la unidad del conjunto y le da a la gente el escalofrío del posible tiro a la espalda, lo que hace que los de la retaguardia sientan que les nacen ojos nuevos, y oídos, en todo el espinazo, que aunque inclinado hacia adelante desarrolla su haz de nervios custodios atrás. Se les duplica el camino, en ida y regreso por cada paso que dan. Encima del ***guando*** el miedo aumenta el peso.

Lentamente se balancea la mole de la carga llevada por cogote de los ***runas,*** que vienen de los antiguos ***chasquis*** ligeros, cuando ya en Pistishí brilla la riel y la máquina trae desde Guayaquil bultos más grandes aún, que no maltratan los riñones como las de estas procesiones de escogidos, obligados, acogotados campesinos, a los que se les avienta y se los recoge como puro grano cosechado, trillado, molido. - Hemos de seguir sin parar - sin poder parar para lo más elemental - ay - mama que me pariste -quién pudiera ser solamente hierro - máquina sobre riel -gigante vacío - ¿Tarda un segundo, un minuto, una hora cada paso? ¿Cuántos pasos han dado desde que salieron? ¿Cuántas jornadas faltan, de girar sobre el eje invisible -talón contra cansancio - despacito?

Esta vez la voz salta hasta el sollozo - ya no pudien-do más - por diosito ayúdame ***íaiíico -*** voy caer - voy morir - estoy dañado de ***guando*** -. El grito se repite en el eco
de los contrafuertes andinos, a los que llegan. Ya el más infeliz se ha largado, lo que la multitud calla aún como si todos, cuerpo uno y múltiple, se hubiesen expresado por

el ronco grito de barro roto. Los cargadores no aciertan si parar o seguir. El estribero corre a mirar los ojos del capataz mayor y regresa donde el amo, a la cabeza del gu sano milpiés que se retuerce en las cuevas de los *chaqui-ñanes* sobre los abismos. - No miente el *runa* - espuma e-cha - sangre echa - tembladera sacude - enfermo mismo pa rece Sólo entonces, cuando el hombre se tambalea, árbol de montaña hundido hasta el cogollo, se da la orden de cambiarlo. Rápido, según el grupo al que corresponde, otro *longo* de reemplazo se agacha, empuja al moribundo con su cuerpo y se introduce en la cadena humana, eslabón de carne y hueso, acoplándose. Rueda el cuerpo, todavía aire que palpita, carcomida la entraña, a la que sacuden fiebres ocultas que ya saltan incendiándole, y lo encenizan luego por dentro. Uno a uno irán cayendo. - ¿Cuándo me toca el turno? - Si su estado permite esperar mejoría es subido a un mular, acomodado sobre los aperos, amarra do. Si el cristiano ya boquea, sangrando como está con las ingles partidas, o ya con la violeta presencia de la muer te inesperada en sus ojos, ahí no más queda, al bordecito del camino, envuelto en el poncho que es abrigo y morta ja, ovillado en su dolor de reventazón de algo dentro de su pecho, o de la nuca descuajada, o de su vientre que ya no clama, que simplemente ha desprendido sus amarras y naufraga en ese todavía tibio mar de su vejiga sin deten te.

- Pobre Juancho Tacurí ni una semana caminó - de meter en el hueco será - de hacer entierro de cristiano -no se podrá botar así - es pecado contra vida - no vale. Se oyen los comentarios. Se arremolinan los peones de la carga, los sueltos. Vuelve grupas Roberto Recalde y ordena a los de Alausí que si está muerto hagan un hoyo más abajo y planten una cruz de madera, sin demora.

Los soldados se ponen firmes y saludan al patrón. —Ustedes, señores, a cumplir con su deber. Sin encabritarse, sin violencias, que aquí todos somos cristianos. Sólo que ya es de noche y hay que darse prisa. El cabecilla noticiará a su gente cuando lleguemos. Les ayudaremos. No es culpa de nadie. Dios quiso que sea así. Pobre ***runa,*** mortales somos.

Hinca espuelas rabioso y seguido por el Simón regresa a atalayar, desde el repecho más próximo, la elevación de tierra en donde descansarán los ***guandos.*** Es su guerra, tiene que ganarla: Examina el terreno, indica el terraplén donde deben concentrarse las plataformas. Doblándose, quebrándose, los cargadores depositarán las quinientas toneladas, las ochocientas toneladas, las mil toneladas, las gigantescas turbinas que si se mueven pueden precipitar su cataclismo de hierro aplastándolos, añicándolos, moliéndolos. El inmenso anillo humano se cierra en torno al sitio señalado. Tensos brazos reemplazan el hombro carcomido, sostienen en el aire, por un momento, la carga, la descienden lentamente y la plantan en el suelo con precisión igual de ritmo, igual de aliento, igual de movimiento hasta el postrero, hasta ya no sentirla o seguir sintiéndola todavía más en magulladuras y en presión de peso mayor, que aumenta hasta lo insoportable. Bajazos vacíos, ruedan en el suelo los hombres. Cierran los ojos, se encogen, vuelven a la posición que tuvieron en el seno materno, único lugar seguro donde habitaron. Hace millones de jornadas, hace millones de pasos, bordean abismos y millones de soles los costriñen, cegándolos. Imparable sierra circular ardiente les trepana el cráneo.

El humus que desciende en los aluviones y la carne vegetal que se le incorpora han vuelto mullida a esta tierra

donde ahora queda reducido, hundido en sí mismo, el Juancho que no conoció a su hijo, que antes bajó a la Costa a cortar caña y subió con su atado pesadito de plata para comprar la cuadrita que vendían cerca de la choza de su María, con la que se casó, sobre la que tosió sangre y semen triste, y al que se le reclutó por la fama de antiguo caminador resistente, *longazo* machetero, ganador de pesetas. La Fuerza Pública, recibida que fue la orden, procedió a despejar el campo. Los caballos y las bayonetas cargaron sobre los curiosos. El cabecilla mayor de los A-lausí se arrodilló delante del bultito que ya quedó del hombre, al que alguien había ladeado el sombrero. Se santiguó, y después de poner el *chicote* en el suelo, arremangándose la camisa de rojos puños bordados, tocó la frente del Juancho, escarchada de sal sudada. -Muerto parece - yelito está - ni respiración se siente -. Ayauú -alalaú Juancho - pobre *runa* - *taitacu* sin *huarmi* que llore - que cante - que dé bendiciendo el almita - sólito quedas -. Cantan las cigarras a la noche que llega. Los sapos hundidos en el sopor de la tarde llaman a la lluvia. Vuelan los cocuyos entre la espesura del monte, y más arriba las últimas parejas de mirlos y diostedé aletean contra las primeras sombras. Relinchan los caballos ya libres en los pastizales y el murmullo de las voces sube con los últimos ruidos de las faenas que cesan. El silencio humano, profunda piedra en el pecho de los hombres, apaga todos los sueños, aún aquellos por los que fuga el seso dormido. La quietud del campamento es la quietud del Juancho. Solamente respiran.

—Tenemos un día de atraso, por lo tarde que salimos de Huigra, gritó en el camino patrón Roberto Recalde.

-Mañana, a las cuatro de la madrugada, todo el mundo de pie. Pongan voces y que se obedezcan las órdenes. - *Ari*

patrón - ***ari - ari*** -. Hasta el infinito. Hasta el callarse de todos. Llegan a ese silencio con tanto dolor por dentro, después del cual ninguna palabra sirve, ninguna voz vuelve a sonar como antes. Ni siquiera la del patrón.

La noche aún no desprende su capullo. Está adentro de sí misma, quieta en la sombra. Los refucilos que brillaron del lado de las Tres Cruces, iluminando la montaña henchida de vida, se apagaron. No se oye ni la pisada de los zorros amarillos que se dan la vuelta en la hojarasca buscando nidos, pajaritos, bichitos blandos y tiernos a los que sorberán. Con el aire que se enfría llega el susurro, entra en las filas largas de los indios tendidos a campo raso, les toca en la llagadura del hombro. Viene de una boca Faicán, que se oculta en el grupo de los Achupallas. Ha aprendido a hablar bajito, sin carajos, sin inútil rabia, que le quema al hombre y le imposibilita meditar. ¿Y qué sino meditar hacen ellos, los indios, en sus soledades de páramos, de cerros, de valles, de *chaquiñanes* de a pie, infinitos? Las mujeres giran el huso, le dan forma al ovillo de lana que las acompaña siempre y que será, caminando entre sus dedos nunca quietos, hebra, *cushma,* calzón, abrigo en las desoladas breñas, en las chozas de paja, donde quiera que sus gentes, moren. Pero el hombre, con su beta terciada al hombro mira la distancia a la que va venciendo en horas largas, en días y noches, en soles y tempestades, y sólo siente sus pies que marchan y esa voz en la cabeza le dice la historia de la tierra ennumerándole los accidentes del tiempo que la han afectado. Lluvia o sequía, granizada y ventisca, cada circunstancia por la que mejoró la cosecha, o la semilla se disolvió vacía, está en ese registro. Crónica que es su historia, la de su tierra, la de su *taita y* su mama, la de sus *huahuas,* la de su *huarmi*, la de todas las gentes que la habitan. Así fue tragando mon-

tes el Faicán, con pensamiento nuevo. Llorando sin lágrimas por lo que sufrieron cuando la pelea contra la hacienda poderosa que les empujó a los cerros, a la muerte. Por una vez, recuerda, la tierra de pan sembrar, la tierra buena fue nuestra. Por una vez - la comunidad se paró fuerte -. Así como lo pensaron actuaron -. Derrumbaron mojones y cercas, desobedecieron al político y a los ***va-rayos y*** mayorales, que llegaron en oleadas de perros y balas. - Dicen que hemos matado al patrón mayor - No sé mismo si será - sólo me acuerdo de la espuela - que rasgó la cara del compadre Lino -. - Las mujeres gritando -saltando como potrancas en celo - aullando - mismo -encima del señor -. Bajado del caballo - por las ***huarmis*** -lastimado con las hoces - reclamando -. - Por qué vosté teniendo hacienda grande - no pudiendo ni ver sus sementeras - sus ganados - sus peones - sus graneros - por qué perjudicas a comunidad - al indio ***runa*** sin doctores - por qué - por qué -.

En ese recorrido de la muerte a la vida el gobernador Pablo Faicán, que leyó la real orden en el viejo papel amarillo a la luz del fogón, en su choza, reafirmando los derechos de la comunidad, pasito a pasito sobre desfiladeros vuelve a ver los incendios de las parvas, oye el grano partirse quejándose en la quemazón, siente las balas pegando sobre las ***lligllas*** de las mujeres, las que se amortiguan sobre sus pechos tibios. Mueren los indios como conejos -piensa— y no ha pasado nada. Muere el patrón que fue a dar látigo y bala y espuela, y se arma esa bulla de gentío, de candela, de destrozo de ***huahuas y*** viejos ***rucus taitas y*** mamas, sin misericordia. Ulula el viento con su nombre -Pablo Faicán, Gobernador, ¿dónde estás?—; Te llama la autoridad. Te mataremos. Te cogeremos vivo o muerto, indio ladrón asesino.

Ve a la Trini desprendiéndose de la mazorca de mujeres enfurecidas que claman y lloran, la vé buscándolo, corriendo hasta la choza en llamas. Se encuentran, se miran, no se dan ni la mano siquiera. Los dos saben que están condenados. El le ordena huir, buscar a los ***taitas*** que viven al otro lado de la quebrada - Hay que callar no más - no dar el nombre - no decir nada - hay que salvar al ***huahuito*** - dejarle que nazca - hay que parir tranquila -no importa nada la choza - la sementera - los animalítos -importa el hijo - Lázaro bautizarás - nombre del ***taita*** grande - corre ***huarmisita*** - Trinisitica - ligero - corre - ligerito.

La vio saltar las cercas, perderse en los sembrados, moverse como volando, como si no estuviese impedida por esa barriga grande donde su hijo ya patalea y quiere salir. - ¿Para qué nace el indio? - ¿Para qué? - No tiene tiempo para responder. Los soldados se agigantan en las sombras de sus cuerpos que bailan a la luz de los incendios. Diablos, él ha visto esos diablos, en la iglesia, en los cuadros de la iglesia. Los ha visto atizando las candelas grandes del infierno para quemar a los malos. Ellos, ¿los indios? Se refugia en los escondites que conoce. Ni un ay, ni una lágrima, ni un carajo. Comprende que no es la manera de salvarse la queja. ¿Qué con llorar e insultar? Trata de entender, de responderse mientras asiste a la depredación. - ***Chucuri*** soy - zorro aquí arriba - que asiste al espectáculo reciente de lo ya sabido, de lo conocido, de lo antiguo, remolino de ponchos y de polleras que vuelan, degradados, terminados hasta la hilacha a punta de bayoneta, de sable, de patada de mestizos, de patas de caballo, de bala que corre buscando a los alcaides del cabildo, a las mujeres, esas ***lorigas*** malditas que mataron al buenito del patrón, a los ***huahuas*** de los cabecillas en los mismos brazos de las abuelas. Los gritos se vuelven ahogado lian-

to, la resistencia una carrera sin fin y sin salida, la imprecación un - misericordia patroncito -. Sabe que igual si las mujeres no le hubiesen jalado la punta del poncho al patrón, para hacerlo caer y desarmarlo, igual los hubiesen matado para limpiar la tierra de indios, extender los linderos de la hacienda, ser dueños de más y más. Pero habría sido de a poco, de uno en uno. Les dejarían un resquicio, un espacio pequeñito para reargüir, buscar abogados, ir hasta Quito a reclamar justicia. Por algo será que se oye en las tardes de los domingos, o de las fiestas grandes, cuando se toma trago para festejar una alegría que no les llega, que no saben por qué ha sido decretada, pero que igual les gusta, ya que les permite sacar afuera sus pañuelos rojos con los que bailan sus sanjuanitos - que sí y que no -que la alegría es cierta - el pesar también - que le quiero y me quiere - y no me quiere y no la quiero - así con un pie en el suelo - otro en el aire - como el indio propiamente - igualitos que somos - se oye más arriba de todo - con música - sin música - ¡viva ***taita*** Alfaro carajo! - Y si sale la pena nombrándolo y está arriba en la silla del gobierno que es más alta que la del político que ordena disparar a los ***comuneros*** y quitarles la tierra, entonces hay que ir donde el que se sienta en ella y pedirle que ayude a conservar esa paz de penquitas quietas, de piedras con musgo hace tiempo largo puestas en los límites de las cha-critas y los pastos. Anudó sus penas en un solo haz apretado y lo cargó dentro de sí mismo. Que nadie se entere de lo mucho que dolían. Junto todo, la impaciencia que se desbordó, de los que siempre callan y obedecen, las cenizas de lo que fue trabajo y tiempo lleno de padres a hijos - los que antecito eran ***taitico mashando*** en la puerta de la choza - mama preparando la mazamorra - o metiendo en el corral los animalitos - ***huahuas longuitos*** chicos gateando - jugando con tuzas - o leños - que hacen de muñe-

eos - o con trompos - labrados con los cuchillos de pelar papas - el compadre de al lado que canta mientras remienda los aperos - y al que le veo el pelo con liendres - ya chamuscadas también - ya frías usas - huyendo del muerto que quedó parado - arrimado a la pared - y va resbalando de a poquito - las piernas inmóviles de las mujeres - abajo oscuras y lastimadas de pencos y rastrojos - y arriba claras, amorosas todavía - ahora arrumadas leñas que quemarán lueguito - para que no se cuenten los muertos - para no tener que andar enterrándoles -.

Se escondió pero antes ha silbado más que ***chugo*** en sementera de maíz. Algunos llegan a rastras y lloran ca-lladitos - ¡ay Faicán Gobernador! - qué desgracia - morimos - perdimos -. Y cuentan cuáles son sus muertos, los huérfanos sobrevivientes, el valor de las cosechas perdidas. Pablo Faicán viejo de siglos les habla. - Hay que dispersarse - recoger los ***huahuas*** - llevarlos a las comunidades de Ingapirca - de Sigsihuaico - de más lejos - no asomar más por aquí - hasta que salgan los ***shuas*** armados - hasta que se olviden de ellos - hombres somos - no llores - no te gastes de rabia vacía. Y les cuenta que llegará a Quito, que buscará a los del bando de Alfaro, a Alfaro mismo, de quien los mayores le contaron que había prometido la libertad al indio. Les da instrucciones para que traten de salvar - alguito - que no se haya perdido - quemado -robado. Y sobre todo les aconseja que - a cada movimiento de los linderos de la hacienda - ellos - de noche - calladi-tos - vuelvan todo al lugar de ley -. - No llores - no insultes - no ruegues ***taitico*** - compadrito - no te quemes de las • iras -. - Eso es, les explica, lo que quiere conseguir el blanco para acabarnos -. - No hay que darles gusto pues -. Hay que saber pelear para ganar - para volver a nuestra tierra - para levantar el caserío - como hombres -. - El buey

que ara muge - asusta nomás -. - El toro padre embiste apuntando al cuerpo - calladito agacha el testuz y cuando levanta se lleva por los aires el bulto que le friega -. - Pararse ternejo importa - no descubrirse - pero pararse ter-nejo -. Y se fue del otro lado que su Trini, por los increíbles senderos de las cuchillas y los abismos, que hacen del Ande desconocido laberinto. Desaparecía de día, caminaba de noche, se escondía en las comunidades indígenas, no se acercaba jamás a las haciendas ni a los pueblos. Acostumbrado a su vara de Gobernador, por medio de la que comunicaba a todos su autoridad, buscó una rama de inolle blanca y recia, con la que anduvo sombras y sombras, o lunas que le daban el aspecto de un fantasma que cruzara ríos, de piedra en piedra iluminada, o que se perdiera en las olas amasadas con esa claridad que ayuda a la fuga, sin descubrirle la presa al cazador multiplicado en cada policía y soldado que lo busca, en cada mestizo que puede identificar al fugitivo, en cada jauría de joven-citos patrones que se juntaron para perseguirle. —Qué venado en Culebrillas, ahora mejor le cazamos al Faicán, ya verán qué gusto tendremos—. Y claro que sí, que les gustaba. Armados de escopetas, con las alforjas llenas ile fiambre y de ***puntas*** de ***shumir,*** con perros y guías y c-striberos, emprendieron la gran aventura, recibieron la bendición de los padres —Pobrecita mi mamá lloraba asustada de verme ya hombre persiguiendo al indio—. Sacaron pecho ante las novias colegiales que rezaban de anticipado, entre suspiro y suspiro, por el que se ausentaba. Eos niños guerreros llegaron a las haciendas, durmieron en los ***tambos,*** hicieron resonar las cabalgaduras. Encogían el freno de las riendas y picaban con la espuela fina al animal en los pueblitos empedrados, en los que los saludaban como a héroes —iguales a los cruzados que iban al rescate de Jerusalén— dijo el párroco en el sermón del

domingo. Al Faicán los suyos le dejaban aviso en las cuevas secretas que los indios conocen. Le ponían señales en los caminos grandes a los que alguna vez llegaba. Le pasaban un ***cucavi*** entre carrera y carrera, o de día mientras descansaba en las eras, escondido entre las pirámides de espigas, o en alguna choza donde la familia, sin conocerlo, entendía quien era y lo dejaban descansar simplemente. Hasta que resolvió arriesgarse enganchándose en los ***guandos*** con los Achupallas, bien lejos. Necesitaba dinero para avanzar a Quito. Cambió de nombre, se cortó la trenza, compró ropas de los Chimborazos y así para dejar de huir y puro pellejo sobre hueso, pero nervudo y fuerte aún, fue colocado en el centro del ***guando*** mayor. Tranquilo se desplomó en cuanto pudo para dormir. Soldados y capataces hicieron la ronda vigilándolos. Luego se agruparon cerca del sitio donde el Simón cuidaba el sueño del amo que dormía intranquilo. - Con el Juancho adentro parece estar —se decía— mientras oteaba la noche el estribero, al que María Sisa le llamaba en cada descanso, para hundirle los pies llagados en el agua de sus ojos, talvez.

Y así fue como aún no desprendida la noche de su capullo, todavía dentro de su sombra quieta, a la que ya ni los refucilos agitan, cuando el aire de hielo del Azuay reemplaza al tibio y dulzón que viene de la Costa frugívora, se levanta y desliza en el hormiguero su cuerpo imperceptible, en partículas de la misma masa de la sombra espesa, que se cierne luego y se vuelve compacta figura al pie de las cañas guadúas y las chontas donde no hay cruz, pero sí Juan Tacuri enterrado. El Simón percibe apenas el movimiento y oye enseguida el eco del susurro que conduce a los cargadores del ***guando*** más grande que jamás se haya visto, a través de la tiniebla. Con sus ponchos en la espalda quebrada, dolida, se sientan en círculo aire-

dedor de la tierra apenas removida, montículo impreciso 'leude el hombre que fue el Juancho está inmóvil - ya sin hablar - ya sin ver - ya sin sentir pena - calladito nomás -lucio de tierra y sudor - bañadito de la sangre que le salió i **11** lorrentada. Costado con costado se identifican al tacto de la arpillera común, del olfato común, ya que ningún ex-ii año olor ha penetrado en el suyo de lana virgen y ***máchica,*** en la actitud común de piernas casi en cuclillas, listas u moverse, y brazos cruzados, como los del mismo muerto ID el reposo que se ha estado esperando desde la primera ios, desde el calambre que envaró la mano incapaz de sol-i.ir la vardasca ni al fin de este viaje sin vuelta a la ***llacta*** de soles enterrados también, que se queda inconcluso como todo en ellos, cuando arriba las nieblas, con la flor del maíz alumbrándolas, le esperan. Y asimismo paradita tras la cerca lo espera la María mujer y mama que lo cuidará, que no le dejará morir.

En murmullo de hoja que cae, de a uno van contando la parte de vida que adivinan y toda la que conocen que les <s propia, igual, verdadera. No sólo al Juan Tacuri despiden, también a sí mismos, porque es común, de todos,, también la misma muerte. La garganta trina en *el* ***pingullo,*** en el ***rondador*** del llanto que se canta durante los cinco días **—*pichica*—** del duelo del caído, allá arriba en lo suyo, sin que suene ahora, ya que el dolor es sigilo y la palabra pensada un ejercicio de fuga para ocultarla, hasta que el ilía para gritar amanezca. La boca Faicán sin rostro va regresando a las balas y las candelas de ahora y de antes, .il hueco de las simas donde ni los lobos pueden cainar, a los despeñaderos en los que uno se descuelga como cascada de agua, chorro de ***shungo*** y tripas con todo el ser desparramado. Cuando la piedra donde se puso la ***oshota*** i csbala hay estampido de lajas y huesos en la oquedad in-

finita. - Así pasa cuando el natural - que somos - está perseguido - peor que animal dañino - para robarnos la tierra -tierra nuestra propia - ya que en tiempos antiguos fuimos señores - todos los indios dueños de estos mundos - sin ***huasicamas*** - ni ***cuentayos*** - ni ***chagracamas*** - ni conciertos -. - Ahora mismo venimos reclutados - obligados muchos - pocos con voluntad por ganar un medio centavito -que nos niegan -. - Iguales todos - milicos y policías -santos sacerdotes o políticos - escribanos - patrones de las haciendas - o ***chagras*** mestizos ambiciosos - porque el ***runa*** está debajo de todos los pobres - al servicio de los sirvientes de la casa grande y de la casa chica - más mísero que mendigo ciego y tullido - que también ofende al indio cuando puede -. - Pensando estamos - si este natural ha muerto - toditos con su mortandad estamos muriendo -más que nunca estamos muriendo aquí - cargando máquinas que clarearán la noche de los blancos - que volverán más oscura la noche del campo - la negra noche nuestra -. Sufrimos callados - con callado espanto - pero aquí está guardado frío el Tacuri - cualquier natural de nosotros sería igual de muerto - asimismo botado a la vera del camino - sin nadie propio que llore - que le diga - fuiste bueno Juan Tacuri - marido - hijo - hermano - compadre - Juan Tacuri - amigo -. - Desecho de cristiano - alforja vacía -zurrón sin aguardiente - ya trabajaste - ya no cargas - ya te quedas -. - No sabemos si boqueó sobre el suelo - si tragó tierra aquí debajo -. - Ese rato que cayó - quise gritar duro - No acaben de matar al Tacuri - Pero se me vinieron a la ***totuma*** - los armados - que tienen plomo - bala de autoridad - contra el indio -. - Gritando - por dentro del pellejo que tenemos - llorando sin lágrimas - juramos -compadritos - hermanos - ponerle a madurar bien la pelea -como maíz propiamente - hasta la cosecha -. - Antiguamente han sonado las bocinas - por la sal - hasta Chimbora-

zo - Cañar - Azogues - Cullca - Cuenca - todos los campesinos indios se han alzado - han hecho temblar los pueblos -cerrar las puertas -. - Ratones asustados - se han escondido, las autoridades también - mientras los ***taitas*** nuestros - valientes - enzamarrados - con hoces a la mano han dicho -No - ¡carajo! - No - otro impuesto a la sal - corazón del a-limento del pobre - ¡No! -. - Tanto gentío hemos sido -que no han podido matar - disparar - detener la arremetida de los infelices indios - parados como hombres - por fin crecidos - huracán furioso - por fin-:. - Comenzando el día lloraremos al Juancho - abriremos su hoyo profundo - lo dejaremos como a gente - Raza nuestra es - alma nuestra es - su cuerpito - sin baño al polvo regresa - sin mortaja va - Pero será saludado - bendecido quedará -bendecido será - honrado será - gente es -.

Los capataces llegan más tarde. Se introducen en el grupo que está al centro del otro gran círculo común. Escuchan, igual que en sus ***llactas,*** el anuncio de la cre ciente que viene de la montaña, o el suspiro del viento dis tante que arreciará en huracán. No es el oído solamente el que se afina. Oye todo el cuerpo, de piel a tuétano, saliéndole al paso de las palabras apenas pronunciadas, que casi no han sido dichas. En sigilo el Mayancela, cabe cilla de Cañar, tantea la oscuridad y se para frente al que habla. - Toma traguito - yo te conozco - yo sé quien sois - yo Mayancela mayor te saludo - te digo que somos dedos de la misma Voy a caballo - que es del blanco -. Vigilo a mi gente - soy el dedo largo - en este rato - ¿pero qué hago - dime - qué hacemos con el ***chulla*** dedo -¿por largo que sea? - Para que la mano trabaje - hacen fuerza todos los dedos - grandes y chicos -. - Cerrado el puño - se acabaron los desiguales -. - Puño entero - uno solo - para castigar - golpear al que ofende -. - Nosotros in-

dios - ***guanderos*** o ***conciertos*** - y a los que nos dicen indios
libres - los de las comunidades perseguidas - como la tuya -indio ***cari*** - varón que hablas bien - como la mía - igual perseguida - de la que me sacaron - con políticos - contra mi voluntad - para nombrarme cabecilla - capataz - que debe cuidar el provecho del contratista - de este ***guando*** grande que alumbrará la ciudad - donde al natural no le permiten estar -. - Nosotros - vos al que no te nombro -que me oyes - todos los que me están oyendo - les digo que no olvidamos - lo que sufren los pobres ***mitayos conciertos -.*** - Antes patrones Recaldes - Miguel doctor también - rajaduras abrían - con látigo en carne viva -, - No sólo así nos castigaron -. - Encima de las llagaduras -sal -. - Sal entera refregaban -. - No soy mayoral traidor -no soy vendido - soy lo mismito que vos - lo mismito que el difunto - que - por Diosito te digo - no sabía yo lo mucho enfermo que venía -. - Iguales indios somos -. - Venimos pues a saludar a Juan Tacuri - pobrecito - arrojado como ***allcu*** **-** en tierra extranjera - Todos nosotros cabecillas juntos venimos -. - Aura salud - todos salud -. - Un bocado para sí y luego circula la tosca botella de vidrio, cuyos tejos, en el páramo, son un tesoro en las manos de los ***longuitos*** pastores que gozan mirándole verde también al sol. Desaparece el trago en relámpagos breves, que i-luminan por dentro el pecho, a la hora más fría de la madrugada. Cada uno, con el mismo gesto solemne toma su bocado y pasa el resto al vecino. Esa masa en sombra, tiniebla compacta, emana su fuerza cálida y viva hasta hacerle retroceder a la soledad en la inmóvil noche del velorio sin velas, de la despedida sin voz de mujer que cuente la historia del muerto, que lo llore y lo cante. El susurro, otro silencio, se hunde, sin testigos, en la quietud.

***- Pacarina - pacarina*** -. V i n o la madrugada. Hora de

hablar, de gritar, de llorar. Sube el alaú indio ululante, humano alarido que rasga la callada agonía de las horas paradas, inmóviles, de los siglos de estar agachados esperando. Se prolonga en los valles dormidos. Resuena en los contrafuertes de la Sierra ya presente. Alauuuú... No es palabra, es desgarradura, lava ardiente, turbión en el que asciende la resaca de ese mar de olas rojas, sangre que no para, que nunca coagula porque en cada hora, en cada instante, nuevo torrente fresco cae en su seno ilímite, sin orillas. Despacio las palas levantan la suave tierra de humus donde está ovillado el cuerpo ya frío del Tacuri que sufrió y que amó, y ya más nada. Brazos calientes de la ira han desgajado ramas, han tejido un cesto fresco con olor a resina, acolchonado de anchas hojas de bijao -para que duermas - descanses - acabes de morir - hasta el último huesito que resista - hasta el diente - la uña -que dure - lo que quedes -.

Del río suben cántaros llenos, todavía con olor al guarapo recién vaciado. Los mayores han formado su muralla de ponchos alrededor del cadáver ya desnudo, que lavarán y amortajarán luego con la misma raída ropa, la que sacuden y extienden sobre sus propias espaldas, para que sean dignas de cobijar al humano que ya no puede obrar sino por la acción de sus hermanos. - Agüita del río -lávale - los dolores - la sangre seca - que ha caído máscara de danzante sobre la cara del pobre Juancho - que no sabía bailar - que para trabajar vivía - sólo queriendo subir a la choza con billetes - que le den terrenito - ropita de ***huarmi*** - aunque él se quedara desnudo - como el ***huahua*** que no conocerá al ***taita*** - al que le contaremos cuál muerte tienen los pobres ***runas*** - en los caminos ajenos. El ***crescendo*** retumba en la tenue claridad que se inicia, en los luceros que vuelven de la niebla crecidos y brillantes sobre

la piel durazno del amanecer de los ***yungas,*** en el aroma de la tierra recién removida a la que todavía la gran simien te no ha puesto a trabajar generando miríadas de mínimas aventuras gloriosas, por las que él volverá de nuevo al aire de los hombres. Ahora el coro flamea sus banderas a pleno pulmón. - ¿Hasta cuándo el indio debe morir - aplastado gusano - al que le ponen el mundo en la nuca - para mercar lo - para venderlo? Inicia la partida la voz sin rostro que llenó de ***ninacuros*** la noche. - Este es el Juan Tacuri - como ***allcu*** ha sido tirado - despreciado - fruta chupada - cascara arrojada -. Este es el Juan Tacuri - Fue traído a la fuerza - reventaron sus pulmones - le hicieron cargar estas casas con máquinas - de puro fierro - que nos quiebran el espinazo - que nos tuercen el cogote - que nos matan -. - Aquí te dejamos Juan Tacuri - aquí te lloramos - irás prontito a la ***chacra*** - subirás en el hormiguero que camina - en la panela - en las naranjitas que quitan la sed - en el gusanito - mariposa que vuela - que nace del cristiano -. - Apurad los del hoyo - cavar recio - mozos - hondo cavar - no es el alimento de lobos el hombre - no es carne para ***chucuris -.*** - Nosotros indios sabemos respetar la muerte -. - No nos burlamos como el patrón ***guande-ro*** Recalde llamado -. -Nosotros indios sabemos respetar tripas vacías - frías - duelen - sólo con ***máchica*** seca alimentadas -. - Las piernas calambrean -. - Los lomos se parten -Los huevos se revientan -. - Oirás patrón - el Juancho muerto te seguirá - se montará en el anca de tu caballo -se meterá en tu cama - te pateará el corazón - te pateará -. - Alma bendita es - no te olvides - patrón -. - No te olvides -. La cruz de madera se planta no se sabe cómo sobre el trapecio achaflanado en el que queda ya limpio el Juan Tacuri, acogollado, bendecido por los que nacieron antes que él, por los que con él caminaron, por los mozos que llevaron sus barretones debajo de las raíces, a lo hondo de

la tierra y eon ella misma levantaron el túmulo que verán los caminantes, saludarán los niños, ante el cual suspirarán las mujeres al pasar.

Se bajan los luceros hasta la copa de los árboles, mordisquean las puntas de los cerros. El sol comienza a brillar. En el aire serpentea el primer trino y ese aire roza las cabezas inclinadas, oscuras cabezas donde la noche se asegura, que ahora saben que el día que comienza no es el mismo de ayer, que algo en ellos ha cambiado, que este acto del entierro ha sido un regresar de prisa remontando la corriente, llegando a la cabecera donde nace el agua de su propia vida y de su muerte de indios que al fin desobedecieron las reglas de los amos y respetaron las propias suyas, de sus ***taitas rucus,*** más sabios que los extranjeros que los oprimen. Sienten vital la unidad que los lleva a desafiar las balas que ya llegan, a la carrera de ¡soldado mar! y con corneta en toque de fajina, presurosas por partirles en pedazos que no se puedan recoger, que ya no les permita identificar como hombre a los infelices ***runas*** alzados. —Que ya verás cómo te meto un pepo, en la cerdosa cabeza bruta—. Y lo hacían ya, rastrillaban las armas, soltaban los perros amarrados junto a los potreros donde pacían los caballos y los mulares, mejor cuidados que los ***runas*** roñosos, desgraciados hijos de puta. Crece el tumulto entre gritos y ladridos junto a las graves voces que continúan hablándole al que no puede ya contestar. - Cecina para el perro nos harán - No importa Tacuri - tu María tiene hinchadas las tetitas - leche con calostro de pesares -cortadita del agrio de la pena - mamará tu ***huahua*** que nacerá - al que le recogerá mama Dolores de los cerros -lula tiene hierbas propias para curar - para dar fuerza al humano - ***Chahuarquero*** recto - salido de pencas con espinas - cargadito de flores - crecerá el otro Tacuri - que es-

tá durmiendo en la María - esperándote - distante forastero - que no veremos - que caminarás en almita no más -en hormiguita y mariposa blanca - ayudando - ***ricuna Tucucho -*** a los más tiernitos ***huahuas -*** del otro Juancho tuyo - del que parirán también las ***lorigas - huallcas sisas*** -que no abren sus ojos todavía - pero saldrán ligeritas -bajando de las sierras- a saludarte - ***Rinimi - rinimi -*** hasta eternidad - Tacuri - Ya van a matarnos - a tu lado quedaremos - juntitos haciendo de semillas - germinando apurados - en tierra caliente -. - Alaú - ayayaú - perros - soldados - verdugos - malditos -.

Pablo Faicán con rostro a la primera luz del amanecer alza sus brazos al sol, el ***Iníi*** sagrado. Sonríe alumbrándose por dentro con la aurora. Saluda a los alzados, y les pide no moverse, no asustarse, resistir. Han vuelto los sombreros a blanquear, pequeños nevados caminantes, sobre la ronda humana y funeral que se concentra y se agita alrededor de la tumba envuelta en la neblina que sube desde la humedad de la tierra removida. Para los mozos que sudaron cavándola, reconociéndola, madre por dentro, no es sino el alma del difunto que sube, que se remonta presurosa al pedacito de cerro donde alzó su choza, su ***huasi*** propia para vivir. Ahora regresa en el aire para descansar, para vivir de verdad.

El trajín y los perros que ladran inquietos, más que furiosos, despiertan a Roberto Recalde, enervado por las pesadillas que lo acogotaron durante la noche. Pensó que por su orden de madrugar habían comenzado las faenas laboriosas de recargar las andas, cada vez más resbaladizas y pesadas. Pero no. Oye el clamor de los indios, los insultos de la guardia —más pólvora para estos roscas pendejos— pidan al señor que nos ayude pues, que traiga

más parque —más refuerzos también—. Al comprender todo de golpe siente vértigo. —No es posible. No por Dios—. Llega jadeante al momento en que una salva al aire —para asustarles— a que corran —y poder cazarles, produce la fuga violenta de las aves, el graznido de los gavilanes que esperan, el sombrío alauú que vuelve, entraña rota, en medio del valle partiéndolo, también dividiéndolo en dos mitades enemigas, en dos mundos contrapuestos, enfrentados ya, ardiendo ya. —Malhaya, y yo solo aquí, en la mitad. Solo en la mitad, sin nadie mío, sin nadie. -Paren, ¿qué pasó? —Dígame, sargento. —No se mueva. —No dispare —También yo tengo arma —No es razón el matarse —Hable. —Retire los soldados antes. —Ni un paso adelante. —¿Me oyó?

—No es cuestión de ellos pues, es levantamiento de los indios, que amenazan, que hablan de la muerte del Tacuri, como si el señor lo hubiese matado, degollado. -Sargento entiéndame, comprenda que no es el caso disparar, matar indios, dígame ¿quiénes cargarán el ***guando*** pues? ¿ustedes? Azorado el sargento mira su pobre pelotón remendado, descosido, sucio de pezuñas malolientes, parado frente a la multitud que está allá abajo quieta, pero no inmóvil, pronta a dar el salto, a morir también, sí, pero peleando. Los rasos bajan los fusiles. Ya no tienen a quien obedecer. Orfandad de mando. Un minuto, que es una eternidad, los señala con hierro al rojo vivo, como a esos peones a los que se marca después de la doma, junto con el ganado, con las mismas señales y letras que a las bestias de la hacienda. Solamente que esta chamusquina se les produce en las visceras que pierden su airada capacidad de secretar odio contra el indio y se vuelven laxas de miedo, apuradas de nausear y defecar —Porque es el único calzón que tengo —Y qué hago si el sargento no



da la orden, de nada, de nada mismo. — ¡Qué brutos hemos sido, qué montón de indios que quieren morir. Virgen Santísima!

Recalde avanza hacia la hondonada. Se detiene. Guarda el revólver. Claro, él conoce a los ***runas.*** Cuando están alzados no hay que azuzarlos. Después se ajustan las cuentas. Oye dentro de sí la voz del padre guiándolo. —Vengan los cabecillas, dice, ***entendinguichu*** pues, no sé mismo lo que pasa aquí, si hay quejas hablen—. Avanzan hacia el patrón los principales con sus chicotes terciados al hombro y su noche larga en los ojos. Explican cuál es la ofensa de enterrar al cristiano como animal, de no curar a los enfermos - los que están llagándose - por la fuerza del ***guando*** - no llenar las tripitas de los ***runas*** - aunque sea con agua de panela caliente - pues con el cólico que les suena - se retuercen - y deben caminar - cargar - amarrándole al dolor grande que los persigue - que los mata - como al difunto Tacuri - que Dios reciba -.

- El común de los ***runas*** se ha quejado también de la paga - poquita paga miserable - que después de darle algo a la mujer - de comprar el ***cucayo*** - se acabó -. - No queda nada pues - hasta las propinas de Huigra - se han comido - se han bebido en tragos de aguardiente - para seguir - para resistir.

Mientras hablan Roberto Recalde retrocede. Sin tocarle, la multitud lo conmina. Protege a sus cabecillas a los cuales flanquea escuchándolos. Avanza ennegrecido el horizonte sobre la cabeza del patrón. Aterrado encuentra por fin su defensa. Le fluye el quichua aprendido en la infancia y encuentra las expresiones dulces del afecto,

que es tangible regalo siempre, respetuoso homenaje de amistad, y se disculpa por no haber advertido antes estos errores - pero ustedes saben que no es por malo - es por la costumbre antigua de no llevar víveres - de no cocinar en no habiendo mujeres-. - Pero patrón come - trae alforjas llenas de fiambre - los ***manavalis*** soldados ociosos comen -los perros tienen carga de huesos y pan mestizo guardado -los indios no - peor que perros - nada tienen - nada se les da - aunque sufren - cargando semejante grande ***guando*** inmenso

En el fondo de sí mismo reconoce que así es, que ellos tienen la razón, pero, ¿desde cuándo los indios sufren, así como dicen, como gente racional? — ¿Será verdad pues que sienten como uno, que necesitan comida caliente? Indio que come con manteca se vuelve filático—, Oye a la abuela , presente de nuevo en la cocina antigua, donde grandes tarros de manteca se enrrancian y las verdosas, gruesas moscas de carne zumban alrededor de los per-niles colgados en los ganchos para que se los ahume. Y él, niño, mira y oye. Despierta. Parado ante ellos sabe que está desnudo, dado la vuelta, puesto al revés, que no hay justificación que valga y, lo peor, que no le creen. Qué, maldita sea,' no me creen ni una palabra—. Trata ile dominar la situación pero la masa ha leudado, se ha hinchado, revienta. No le queda pues sino ofrecer. Les pagaremos de nuevo en Cuenca, otra cantidad igual, y más si yo puedo. Les daremos comida caliente cuando consigamos, en los ***tambos.*** Le pagaremos alguito a la familia del Tacuri. Se quita el sombrero, respetuoso. Y avisen nomás, digan al capataz, cada pueblo, que me pida, cuando necesiten su bocadito de trago, su chicha, su tabaco amarillo progreso. En el Tambo, pueblo del Cañar, con cura párroco —mandaremos a celebrar la misa del difunto.

—Tengo remedios, pomaditas tengo, para los lastimados. —Confianza pues. —Yo soy amigo del indio. —Yo le quiero al indio desde que era chiquito, desde que jugaba con los ***longuitos*** de los ***huasicamas*** en Sidcay. No hay que ponerse bravos, así nomás, mejor decir la verdad. —Conmigo todos pueden hablar. ¿No es así Simón Mayancela, estribero? Lo nombra porque le ha visto parado junto a los demás y sabe que hay que desgranarles, aunque sea de a uno. Sin esperar respuesta le ordena ver en sus alforjas si es que hay trago, traer unas botellas, un zurrón chico lleno, que cree, queda todavía. —Sargento usted sabe, es la costumbre traer fuerza pública, hay ladrones, asaltantes en los caminos, pero no para mis ***runas*** amigos. Y le da la mano. —Gracias por su preocupación. —Gracias ***huambras.*** Mejor arreglamos los problemas de a buenas, ¿no les parece?

Desconcertados, cabizbajos, el sargento y sus hombres recogen sus bártulos para retirarse. Intentan formular una acusación contra ese ***runa*** de allá, el cabecilla mayor de todos. Pero Roberto Recalde que ya recuperó su seguridad y con ella su dignidad de primer jefe y el respeto de todos, entrega una botella a los guardias, entre bromas. Serio, de nuevo orgulloso de sus ***runas*** buenos, con alma de cristianos, que han cumplido con la santa religión, y la cruz, les brinda en su propio vaso, las mejores puntas del Palmar, pueblo de machos contrabandistas, que sólo a mis primos, los Morales, dejan visitar una vez al año, en la fiesta mayor de Corpus Christi.

No alcanza el aguardiente para todos, pero igual camina, directo al sitio donde las andas descansan. - ***Apari-nta - Aparima*** - Suena como el agua fresca la palabra de su idioma dicha por el patrón que ahora se apresura -

pues tenemos que llegar a Guabalcón - donde descansaremos mejor. Flores silvestres, ramas, plumas de pajaritos encontradas al paso, hojas de heléchos, le visten de colores a la tumba del Tacuri - al que ya - ahora sí - te dejamos con iliosito - y ***rinimi - rinimi*** amén -. Vuelven sus ojos húmedos hacia ella y respiran hondo con el adiós, preparándose al jadear que les espera dentro del monte donde las mariposas azules se metamorfosean, vuelan y mueren, casi todo al mismo tiempo, y las orquídeas salvajes cuelgan de las ramas balanceando su perfumada pequeña cabeza de toro, o su cruz de sangre fresca, o su ala de colibrí bajo los frondosos árboles que dan sombra a los caminantes, los que le saludan, al pasar, a la cascarilla airosa en el límite donde terminan o comienzan las fiebres palúdicas. - Si no le saludas con respeto ***shimihuambra*** - el árbol te castiga - te manda la terciana - que te hace temblar entero -que te sacude con remezón y calenturas. Encuentran un bravucón río que viene de la cordillera, saltarín entre piedras que le revientan espumas, frío de hielos altos, maravilla para la sed que no se calma con la chicha, lo que apesadumbra sobre todo a los ***longos*** jóvenes cuyo cuerpo mozo no resiste tanto sudor, tanto zumo cayendo de uno mismo, secándolo.

Se detienen las cabalgaduras que al fin desensilladas, aliviadas de los frenos, meten sus belfos en la corriente que los deja chorreantes de espuma y alegría, que los hace piafar sacudiéndose. Todos los hombres libres de la carga, a los lados, protegen el paso de cada andamio, sostienen los brazos de los cargadores, están atentos al vado por donde cruzan con el agua por encima de la cintura, secas las máquinas, sin mojadura las turbinas.

En la otra orilla consiguen acomodar las andas sobre

sus ponchos viejos, para que no se humedezcan. Se trozan árboles, se huellan los plantíos de caña de azúcar, tan tier-nitos que no se pueden chupar siquiera. Llevan su vendaval de piernas y brazos, de maderas y bultos gigantes, de muchedumbre que debe pasar, como sea, abriéndose trocha con los pies, acampar en las vegas, tomar respiro, así destruyan el trabajo de los otros. No pueden más. Exigen descanso. Lo obtienen. Roberto río arriba encuentra una cascada a cuyo pie se ahonda el lecho del arroyo detenido, espejea al sol y vuelve a caer entre piedras pulidas que brillan bajo el agua vibrante. Se desnuda, trepa hasta el chorro que ya le golpea la espalda, los ríñones, el cuello, tenso de tanto estirarse vigilando todo incidente y detalle para acuciarlo o detenerlo, pues en lo mínimo se juega el destino de esta aventura que lo ha traído hasta aquí, a este lugar perdido. Paraíso podría ser. Eva y la serpiente. Adán y la manzana. Paraíso que encuentra todo hombre, cuando se busca a sí mismo, penetra en su mudez, donde las palabras no cuentan, las frases aprendidas, repetidas, pierden sentido, dimensión, valor. —Estos indios, cuando hablan están llenos más que de la palabra, de la razón salida con parte de su ser, de sus sesos, de sus entrañas. —Recién esta mañana aprendí lo que es la palabra del indio—. Sonríe. Ha ganado una batalla peligrosa. Debe extender sus antenas. El diputado en ciernes, que soy —piensa— supo parlamentar antes de que la sangre se les subiera a la cabeza. —Ah, ese ***runa*** muerto, su vómito pardusco, su palidez, amarillo de ***calcha*** o de rastrojo, amarillo de muerto tuberculoso talvez, se van a la Costa a ganar —no comen —se contagian. He visto las ojeras carbón del ***runa,*** su piltrafa caída, reducida a gusano encogido. Tan cerca ha estado la muerte, que podía haberla tocado saliendo del cuerpo. Casi visible me ha llenado de miedo con su fardo de huesos míos, de mis antepasados crugién-

dome en las coyunturas, en los nudillos de mis manos vivas por lo que circula en ellas, posadas en esqueleto, que es muerte caminando con uno. Aterido se lanza al remanso, bucea, ve limo, arenilla, piedras diminutas, grandes piedras asentadas, traídas por no se sabe qué cataclismo, destino, quietas aquí, para siempre. Su cuerpo le alegra. Tanta fuerza de amor guardada, piensa, y su piel tiene sed de ella, en la que se hundiría abriéndose, refrescándose, calmándose. Si le hubiese pedido venir con él seguro que lo habría hecho como algo natural. Hijos naturales. Sabe que su padre tiene uno que no lleva su apellido. Habría sido un escándalo, decían. Y los otros ¿qué son? ¿Los de matrimonio, artificiales, fecundados en santidad? El conoce esa santidad. Le huele a moho, a ropa sucia guardada, a cuerpo sin baño. El hermanito cristiano Hilario que le llevó a su celda, que lo encerró a pretexto de enseñarle religión. Cierto, no sabía la historia sagrada, pero no fue por eso. Lo recuerda con su mirada encendida de diablos que le atizaban sus deseos. La sotana sudada se abre. El chico que era él percibe ese olor mugroso, pátina verdosa oxidada, que no ve porque cierra los ojos, pero huele, y ese olor lo empuja a dar cabezadas, a patear, a gritar, a escaparse de las manos sarmentosas que lo aprisionan. No vuelve nunca más a la escuela. No puede contar a nadie su secreto. Le dicen el vago de la familia. El calla. Al fin consigue que le cambien de colegio.

El sol está alto. —Pero que bueno estar aquí, agua de amor que me despierta con Meche desnuda, pura, sin iglesia, ni velo, ni sonrojos hipócritas, acercándose a mí-libremente, sencillamente, para el acto más puro de la especie. ¿Y la ***longuita a.*** la que violamos con Enrique? —Y Santa Ana, con olor a moho, poeta anémico, siempre serio, soso, desteñido, bajando por la ventana del cuarto de mi

hermana Berta, mi llaga que supura. ¿Cuando la conocí? ¿Esa nohe en Huigra? ¿Antes? ¿No la vi desde la ventana del hotel? Enrique me dijo que estuvo la otra hermana Beatriz. Ella fue mi anunciación. Cerré la ventana. No corrí a detenerla. Detrás de Meche, por alcanzarla, caminaría como el judío errante, sin parar hasta el fin de los siglos. ¿Es cierto? Soy el otro que habla así, que se quema de sólo saber que existe, que quiere cerrarle el paso al Roberto Recalde que no sabe arqueología, pero que encontró a María Luisa, pieza de museo que lo llevará, por un mecanismo social matemático, hasta el altar, hasta la diputación, hasta engendrar los hijos sagrados para la patria, aburridamente, brutalmente, maquinalmente, como conviene hacer y ser cuando se está conminado a subir, héroe del progreso, que de hecho ganará acciones en el banco y será igual a los más altos políticos —gentes de raza— de la ciudad que es la tercera de la República, siempre la primera por su fe.

— ¿Qué digo yo, que pienso? ¿Por qué soy dos y no uno entero, definido? —¿Algo del mestizaje —que aunque no queramos reconocer existe— como leí alguna vez? O sólo el hecho de estar atrapado, cabeza de familia venido a menos, sin rentas, con haciendas sí, pero a las que hay que trabajar exprimiéndoles el jugo a los indios que también ya se alzan, como esta mañana. Que si no es por mi sangre fría, ¿en dónde estaríamos?

Los indios se limpian del muerto. Algo que podía quedar del difunto es enviado en el agua para que todo él esté entero cuando encuentre su alma. Se espulgan, se lavan entre sí las trenzas, su símbolo de varonía entera. Refriegan en las piedras la única camisa que tienen. Bañan, pedacito a pedacito su cuerpo, restregándolo a fondo.

Saben que este disfrute se debe al compromiso del que lueguito olvidará que los indios son gente.

Pasan por Guabalcón donde el trapiche en plena molienda llena de zumos dulces el aire. Las piezas de la maquinaria son tapadas con ponchos de agua, pues están rn zona donde llueve todos los días entre la noche y el a-manecer. El guarapo fresco reemplaza a la chicha. Tiene más espuela. No arde ni entorpece como cuando ya maduro es ***punta,*** trago, aguardiente que despeja, que levanta Como los vientos huracanados todo lo que está quieto, oculto, en la mente del hombre y lo pone a bailar, a subir, eortando las amarras que desde chiquito, ya antes, desde los abuelos lo atan, disminuyéndolo, moldeando su conducta. Saludar, respetar, obedecer, dejarse oprimir, i astigar, ofender. ***-Ari-*** sí - patroncito -««/»'//«-trabajar siempre - sin parar hasta cuándo - ya mismo no se puede -y se es un montoncito de res beneficiada a la lumbre del sol de venados, casi frío, en las tardes con soledad acompañándose ante la noche que llega. El jugo de la caña seguido de ***una. punta*** —Y no más ***huambritos,*** nada de borracheras ahora, cuando lleguemos a Cuenca yo les ofrezco fiesta grande. —Así .les devuelve la seguridad al paso que ya venía vacilante, reptante, en ese entretejido de pies que sostienen el peso de cuerpos y máquinas anudados, que no aceptan ser machihembrados, de piezas que no se amalgaman a voluntad, por su propia necesidad de movimiento, sino que van acopladas a la fuerza. Monstruosa, antinatural compulsión que los vuelve, sin embargo, pieza exacta Bel transporte, sin una falla que derrumbaría sobre todos la fuerza de toneladas enteras, estrellándolos. A solas cada cargador gime y se alerta para no trastabillar, para no morir, para resistir todavía.

La mañana de Guabalcón, con olor de azahares en los huertos a cuya vera durmieron, les sigue dando la extraña sensación de las iglesias perfumadas en los días de fiesta, donde ellos, de rodillas sobre el piso desnudo, forman parte de las ceras prendidas y las imágenes brillantes, rosa y blanco,de los caballeros señores y las niñas arrodilladas en reclinatorios acojinados, con sus sirvientes al lado, en bancas de madera, que se santiguan y rezan con más unción, con más devoción que las amas patronas de manta ceñida y rosario de nácar. No les fue permitido entrar a las huertas pero recogieron las naranjas caídas en sus contornos, las limas y los limones llenitos de jugo para aliviar su sequedad de ***máchica,*** que al gaznate le achica hasta la asfixia. Muchos ven por primera vez un cafetal y chupan la tierna pulpa dulzona que se les pega en los labios cuando prueban al fin otros frutos de la tierra que desconocían. Se han metido en el agua, han hablado con el río, le han preguntado por sus mujeres y sus ***huahuas,*** por sus ***taitas*** que saben lo que ellos están penando por sus ***chacritas*** que maduran, por su viejo asno peludo que ya no sirve, hasta por los ***cuyes*** que habitan la choza junto a la familia entera. Es como si hubiesen volado a la ***huasi*** lejana en ala de cóndor resistente. En alita de ***quinde*** nacido del arcoiris prxa que tiemblen sus colores ante cada escondida gota de miel de la flor que alegra su huertita, cuando es posible. Comienza la subida de la cordillera inmensa. No pueden ver lo que queda todavía entre copas de árboles frondosos y penachos de pambiles Ese mundo de caña y fruta, con sus perfumes y jugos queda oculto. Y ese verde esmeralda, ese verde tierno con matiz de agua iluminada, arriba, les cosquillea en el corazón que ya comienza a saltar golpeándoles el pecho Ahora soportan el mayor peso aquellos que llevan las an das posteriores y los que están en las últimas filas del cen

tro. Los gritos, las órdenes de los capataces, que se han bajado de los caballos para ayudar de cerca, resuenan en la garganta de la cordillera mayor, que trepan fatigosamente. Para compensar el desequilibrio del terreno los últimos tienen que alzar los brazos que se extienden en musculosas nervaduras sostenidas por la levedad del pulso que les trepida la osamenta entera hasta el tronco sin intersticio para que el aire enrarecido de la montaña pueda entrar.

Azota el viento frío las caras curtidas que lo reciben sin gestos, sin protestas inútiles porque saben que están uncidos entre todos hasta el final. Los soldados se cubren con el capote hasta las cejas, mascullando palabrotas mientras aflojan los frenos para que el animal pueda, con más libertad, conducirlos sobre la cresta de los precipicios (|ue permiten apenas el paso de los ***guandos.*** Los hombres estrechan sus filas ante el peligro. Cuando ya no es posible caminar sosteniendo las vigas se contraen en el centro, se agachan y soportan en sus cabezas y hombros el peso que aumenta mientras suben lentamente los tres mil metros de altura hasta Romerillo, donde el ganado muge entre la niebla y las ***shulalas*** negrean invitándoles, con su dulzor, a descansar. El patrón tiene hospedaje en la casa ile hacienda, los soldados dormirán en los corralones con lecho y los ***runas*** a la intemperie. Tienden sus ponchos en los ***paparcares*** rojos, de ancha hoja redonda, que extienden como paraguas sobre sus sombreros ya reblandecidos por la lluvia. Los ***huicundos*** repletos de agua son bajados para calmar la sed y cada uno recuerda que en sus hojas las mujeres envuelven los ***chihuiles,*** el pan de los campos, (liando no pueden arrancar las hojas verdes del maíz, porgue está en señorita, o porque ya se convirtió en seca leña **para** el fuego, o en alimento del buey al que se lo turnan uncido también— a los viejos arados de madera en los

días de las más pesadas faenas agrícolas, allá en las comunidades donde la ayuda común es ley. Más tarde oyen el balido del borrego sacrificado al tiempo en que los cabecillas anuncian que el patrón regala oveja grande - que habrá papas - para asarlas en el mismo fuego y que la chicha en el ***tambo* -** está reventando - de madura. Se buscan los horcones a pesar del cansancio, la leña en las quebradas cercanas, las piedras redondas para el fogón y alguien llega con zambos maduros para meterlos más tarde en la ceniza caliente. Chisporrotea el fuego bajo la llovizna que cae a ratos traída por el viento, juega con las sombras agitándolas, prolongándolas, disminuyéndolas, partiendo las figuras acurrucadas en fragmentos de ***carnaval-sisa,*** la flor que levanta sus lunas rojas en los farallones más abruptos de la cordillera. Se congregan para agilitar el desposte y salar la carne del animal, el que, a horcajadas en un redondo madero al que manos ansiosas le hacen girar, preside, por fin, la fiesta del regreso a la Sierra. Los jóvenes ríen mientras lanzan al fuego ramas de ***lamay*** traído para que revienten como —en las vísperas de San Pedro y San Pablo— cuando los cerros se llenan de fogatas. Silenciosos los cabecillas se han aproximado al Faicán que no se alegra y le han puesto la piel a los pies - para que te abrigues -hasta cuando encuentres la ***huarmi y*** no estés triste de frío - y sólito. Conversan en voz baja y los mozos callan respetuosos. El Pablo Faicán —cuyo nombre nadie pronuncia— sabe que hay un secreto común hermanándoles, un peligro antiguo al que, una vez más, han vencido. La tierra sobre la que están, negra y fecunda tierra de la que otros comuneros fueron despojados, los llama a protegerla - nunca nosotros derribamos madera sin necesidad - para vender - nunca sembramos toda la extensión -la repartimos para pastos - y para sembríos - dejándola descansar - ***mamallpa*** vejada - partida - saqueada hasta el

***shungo*** - los antiguos bosques de motilones se mueren -los ganados cerriles se multiplican para mercarles en la Costa - las gentes ***comuneras*** dueñas son mandadas a las cárceles - regadas - ***huacchas -*** a los cuatro vientos que se pelean para hacer del indio cometa sin hilo - sin mano que la sostenga - sin destino -. - ¿Y qué fue de Alfaro, pues canijo? - pregunta el Shao - cañarejo que sabe que se tomaron las tierras de los conventos, para el patrón Estado, después tle la revolución liberal, que la comenzaron los peones de la Costa a los que los patrones les decían: —si peleas, eres libre. Y les daban fusil y puesto para combatir. - Alfaro es patrón - buen patrón - pero patrón. De las peonadas de sus haciendas sacaron las montoneras los liberales. Las fueron llevando hasta la Sierra, por estos mismos caminos que ahora ellos transitan con la máquina-montaña a cuestas. Saben que los indios de Galte, de Pul, se presentaron voluntarios para unirse a la revolución que ya quemaba con sus candelas los cepos del castigo, las tarjas con las cuentas de la deuda que el campesino no saldara nunca. Faicán aprendió a leer. Los demás, allí reunidos, no. ¿Pero quién conoce lo que se esconde detrás de esos ojos que vienen mirando por siglos su derrota? ¿Quién sabe cuánta energía se acumula en ellos, padres del maíz, herederos de los secretos de las estaciones, pacientes sembradores de la semilla que le restan como alimento al hijo, pero que la hunden en la tierra con el mismo sentimiento de alma y cuerpo con el que procrean? Su conciencia les hace vivir el mañana aunque se los niega. La historia es su piedra. Y los muele. Pero tan cerca están de la vida, tanto trabajan sus manos que el pensamiento gira en la rosa de los vientos de su mundo labriego, vegetal, amasado con polvo de estrellas entre sol y agua, sin más lección que la de la fatiga, que los vuelve poderosos, los únicos en un país donde nadie más que ellos trabaja.

En la alta noche de hielo un poco de fuego y unos bocados de comida caliente, les da la alegría de recuperarse, y los vuelve otra vez los mejores. Alfaro pues les ofreció la libertad dicen los del Chimborazo. Y todavía, aquí mismo, están los conciertos visitándolos. Son éstos que han traído su regalito, quesillo como luna, redondo y tierno, y ***lulos*** recién puestos por sus aves que se alimentan hasta de piedras chiquitas cuando no hay maíz. - Aquí hemos venido a saludar a - los pobres mortales sufridos de tanto peso -y tantas distancias -. - Nos ofrecieron libertad - los patrones liberales - y no -. - Todavía no -. Los de Huayrapungo saben que la hacienda llamada de El Colegio, que fue de los frailes, ahora tiene arrendatario que no enseña religión con azote, es cierto, pero que igual da látigo sin misa, ni oración, ni bendición divina, y peor todavía - en pocos años del arriendo quiere sacar la fortuna - que no ha tenido - para toda la vida - por ser del Gobierno nomás - falso hacendado - que no sabe nada de la tierra - peor de los peones conciertos - de los que son vendidos junto a las bestias de labranza - cuando ya el Peralta habló de ese crimen y - yo Pablo Faicán sé - he leído - me contaron los ***rucus*** antiguos - que el indio ha luchado - desde que llegaron los blancos ***sitúas -*** a robarle todo - desde la ***huarmi*** hasta su razón de ser gente. Daquilema del Chimborazo se hizo rey —cuenta— lo largaron entre cuatro caballos por las calles de Quito, los cristianos de García Moreno. Puma Vivar alzó a los indios. ¿Preso con grilletas está, estuvo? Qué le falta al indio en la pelea, se preguntan. Qué les falta, ya que él sólito lo hace todo. Pero vienen y van los blancos del gobierno, ponen fusiles en las manos de los reclutas, más ***cholos*** que indios, pero indios también, y nos matan - nos vuelven gusanera - nos acaban -. - Como si una mujer pariera entre dolores y resuellos, él, Pablo Faicán, explica, trata de explicar, no encuentra los términos,

pero igual les hace comprender que el indio anda suelto con sus sufrimientos - que no se unen todos - en una sola gavilla - para responder a la guerra del patrón gobierno -patrón hacendado - patrón que compra indios con tierra y animales - todo junto -. - Nuevo patrón de congresos -de juntas de beneficiencia - de asaltadores de las comunidades y los ***ayllus* -.** - Falta la organización de toditos - como en los cabildos - también en las haciendas - entre los sueltos indios arrieros - cargadores - alfareros - tejedores -. El asado a punto llama con sus jugos, que le huelen a dicha, al hambre que saltonea como liebre entre el pajonal. Pero los mozos que dan la vuelta a los horcones y los hombres que hablan en la noche, al comprender, se sienten perplejos, deslumhrados, como si hubiese salido el sol a esa misma hora, en la alta noche de luceros recién lavados. Todos callan tratando de comprender, hasta que uno, el que lo ha cuidado desde que comprendió quién es, lo proclama: - Serás Gobernador - de todos los indios - de toda la tierra. Se levantan todos juntos. Hay voces muy profundas que suenan sólo cuando el hombre está de pie. I líos lo saben de siempre. Pablo Faicán no habla. Hace rato que se levantó, pero continúa meditando - yesca que no hace luz - cabeza sin fuego. Al fin habla. Su voz, a-gua profunda, corre. - Todos seremos gobernadores -yo solo no - Y les conmina a no olvidar esta noche -a alzar la cruz del juramento - a organizar ***chasquis*** secretos que les comunicarán a los presentes - más tarde a otros ***runas* -** de todos los lados - para parar duro cuando la hora llegue - para aprender a pelear juntos - respondiendo todos - aún cuando a uno solo le ofendan - cuando requisen -cuando nos desalojen - cuando nos maten cada vez - como siempre -. - Unidos para proteger a las mujeres y los ***huahuas* -** que quedan solos - abandonados - cuando el indio **es** perseguido - encarcelado - arrojado a los perros -. La

oveja dorada espera. Se quitan los sombreros después de oír a los de Shocar-Romerillo, conciertos comprados y vendidos, que piden permiso para estar presentes - ser a-ceptados - honrados - reconocerlos iguales. Así, aunque la oveja dorada, con perfumes de especies y ají espera y la noche avanza y ellos están rendidos, cada uno da su nombre y rodea al Faicán - Gobernador de hoy en adelante - y juran cumplir su palabra empeñada. Alzan sus brazos y entre pulgar e índice reproducen la cruz que besan. ***- Apu*** Faicán - ***cuscangui nina*** - Las brasas aún arden mientras se reparten la oveja crujiente y tierna. Entre risa y broma Pablo Faicán les hace saber que hasta allí llega -que parte esa noche misma - de regreso al Quito - capital -para reclamar sus derechos de comunidad - para encontrar otros ***runas*** semejantes y juntarlos - como aquí - ***ayllus*** propios - sangre propia repartida -. En su pañuelo envuelve el ligero peso de las propinas ganadas en Huigra. Las entrega a los Ingapirca para que le busquen a su Trini -que ya habrá parido - que no llore - hay que decirle - que vuelvo ganando el pleito con Alfaro - que espere criando al ***huahua*** - hablándole del ***taita*** peregrino -. Toma a su turno el bocado de aguardiente que han traído de los ***yungas,*** da la mano de uno en uno a los cabecillas y hombres mayores, saluda a los mozos que han - asado bien la ovejita -y han cantado la venada saltando por los cerros viene y por detrás de la hoguera camina, llevándose el calor del fuego. Y como nadie puede acompañarlo hasta más lejos, le custodian ese nudo en la garganta, o la humedad que secó en los ojos la mano callosa, o ese ***pingullo*** que suena en las sienes nombrándolo, recordándolo. El silencio vuelve a posarse sobre el improvisado campamento, pero ya con cocuyo caminando en la frente, luz que crece, con esperanza que le hace ver al ojo ciego. Ya puede alzarse y mirar de frente al día que comienza a despuntar en las cumbres.

Roberto Recalde se despierta pesado del banquete (|ue le han dado. —No tiene usted por qué agradecer —dijo don Cesáreo Fernández —para las niñas es un placer rolar con un caballero, ya ve usted aquí mis tortolitas huérfa ñas me cuidan, tan solas. —Sólo indios señor, sólo indios en estos páramos, qué va a ser vida. Las niñas mueven la manivela del fonógrafo con su perrito víctor y su gran irompeta caoba y —usted estará cansado —perdone —pero ¿qué tal un valsecito para alegrarnos? —Cuéntenos de su vida, ¿qué hace? —¿Está casado? —Ah, soltero, y ¿quién es la feliz dama de sus sueños? Cada una más empalagosa que la otra, a toda máquina buscan marido, piensa el galanteador buenmozo. —Si pudiéramos vivir como civilizadas en la ciudad, pero aquí solas con papá, y los ***longos*** estúpidos. Tuvo pues que bailar, que pagar el hospedaje con qué bella es usted— y aproximar la pierna, por debajo de la mesa, a la ardiente pierna de la derecha, de la izquierda, como quien no hace nada y con el papá atizándose los bigotes rojizos, mientras calcula cuánto dinero saca este morlaquito con la desolladura de los indios. Toda la sabiduría se ha puesto en las salsas y las harinas mezcladas con la grasa del pavo gordo. Las niñas beben vino dulce, de consagrar, y los caballeros verdadero ***cognac,*** de la cara Lutecia. Napoleón verdadero, con la mano sobre el vientre y el aire de meditabundo romano que le dan las cartulinas francesas para decorar las salas españolas y que no sé por qué, esta vez, en ésta, no está montado en su blanco corcel legendario, preside la reunión hasta altas horas de la noche. Entre trago y trago, don Cesáreo Fernández que ganó el pleito de este páramo a los ***comuneros*** de Juncal, le hace confidente de sus métodos. —Yo soy civilizado, cristiano si es que usted quiere, pero desde la llegada de los liberales los indios están más alzados que nunca. He tratado de hacerles comprender la razón,

no entienden. Entonces me he dicho, —como existe el concertaje, la prisión por deudas, aunque el malnacido de Peralta me haya dicho que hay indios y obreros buenos, ¡a la carga con ellos! Este año he tenido una cargazón de papas, se ríe, montañas de papas cholas hermosas, que no puede ni calcular los quintales. —Ya ve pues, en manos de los indios piojosos esta tierra no rendía. El ganado aumenta en este cerro como conejo. Sólo para la doma y el hierro nos tardamos mes entero. Regresar al cepo es una necesidad, le aseguro. Una paliza bien dada vale más que todo el código liberal. Además están las ***lorigas*** que sirven para todo. —¿Para todo papá? —Y bueno pues, ustedes ya son señoritas. Ante el amigo Recalde confieso que mi viudez es sagrada. Pero el hombre es hombre y tiene sus necesidades. Estas indias son sanas y yo las tumbo cuando mis cojones no aguantan más. De repente veo un ***longuiío*** medio gracioso ***—puca*** pelo le digo— y me pongo serio. Los brutos indios del carajo agradecen —dioso-lopai amito—. —Y si no te agradecen, ¿ah? —Una patada en el trasero los manda a rodar, —y doble tarea en cada raya de la tarja. Las copas menudean. Las niñas rollizas y coloradas suspiran profundamente mirándolo —qué bueno sería tenerlo en la cama, total si papá se diera cuenta lo obligaría al matrimonio. O, ¿no le dará ganas de tenernos a las dos para unas caricias ricas, en esta noche fría, como cuando pasó el agente viajero turco? ¿Libanes?, de dónde también será, que se vino a nuestro cuarto de madrugada, diciendo —no se asusten pichoncitos, todo aquello de la virginidad hay que respetar, yo el primero, pero ni Dios, ni mi religión, prohiben entrar al paraíso cuando una bella hurí, dos, abren sus brazos y su túnica a Cupido. Kstos nombres que no sabíamos que decían, de quienes eran, los aprendimos en un diccionario del cu-rita que hace de escribano y lleva las cuentas de papá.

Gracioso curita que para orinar, sacaba el órgano con panudo. —Por no pecar, porque la intención viene del roce, que el demonio disfraza, el señor me perdone, de presencia tentadora. —Mi angel-de-la-guarda-lo sabe-. La tentación es más fuerte que mi débil carne pecadora—. Las intenciones están, claras para todos, pero entre caballeros y damas hay cosas que no se dicen, que se hacen, con disimulo, sin que la moral se afecte. —Ay— pero yo —piensa Recal-de - estoy harto, casi borracho, sólo quiero dormir. Con esfuerzo supremo se levanta, besa la mano a cada niña, mientras se dice —ni pienses, estoy que me caigo, no me esperes—. Saluda agradecido y afectuoso a don Cesáreo que —vela en mano— le conduce al cuarto de huéspedes, donde queda dormido sin sacarse ni las botas, de nuevo con pesadillas y sobresaltos. Ese cadáver de indio sobre su pecho. Berta que se ríe desnudándose. Las monjas que levantan los incensarios —ora-ora pro nobis y lejos— en la punta del Azuay, con ventisca y nieve, Meche que alza la mano y se cae, y sigue cayendo, una eternidad, y sigue cayendo, y todavía cae en el hueco de Espantóla y más abajo, en la laguna de Culebrillas helada. El venado solitario, cara de brujo, alza su cabeza con enredadera de luna en la cornamenta y la queda mirando en tanto su cerviz de algas crece infinita.

Los ***guanderos,*** ya pasan de mil. También los recién llegados se han acollarado de paja, pero igual sienten los palos en la carne. Nada puede ya separar el peso de su llaga que al principio fue cinta roja ajustándoles el hombro, más tarde herida fresca - vivita - ahora hueco que aguadija. Chapotean fatigosamente el ceraturo que los planta en el mismo sitio, que se les pega a las piernas engrosándolas, que los jala engulléndolos. El cerro Azuay está bravo —patrón— dicen los jefes de cuadrilla pidiéndole un poco de

aguardiente para el mozo Tenelema que ha caído desmayado mientras hacían el cambio de ***guanderos*** - que ya no puede más - castigados de este páramo frío - bailando como locos - dale y dale - en el mismo puesto - con fatigosa máquina mojada - ya que al fin nada pudo impedir que la lluvia y la humedad penetraran en la madera de pino y la hincharan. Son pájaros desplumados, desalados pájaros, piensa Roberto Recalde al verlos con sus ponchos caídos mojados, propiamente con alas quebradas, sus sombreros deshormados, chorreantes, sus pantalones de bayeta pesados, arrastrando los ***chumbis*** desprendidos de la cintura por el movimiento del cuerpo que intenta librarse. Ha pasado ya el mediodía, llegan recién al caserío de Ti-pococha que yace vacío de toda vida, amortajado de niebla espesa que se toca, que impide distinguir la ruta, que detiene aún ese mismo paso de trampa, de la cual quieren salir pronto porque es tan succionadora que da miedo de que los espíritus malos le jalen al cristiano. Se asusta Recalde, que conocía las dificultades de ese paso, pero que no esperó fuese así de terrible. — ¡Y los cargadores de la dínamo que no llegan! Teme que se hayan extraviado y envía mensajeros a guiarlos y advertirles de los peligros. El caballo resbala, se detiene, bracea, no sirve. Se desespera. Camina a pie. Llama en las puertas de tablones entreabiertos, inútilmente. Cuando alguna vez una voz responde desde el pozo de la oscuridad está tan lejana y débil que le obliga a alejarse. ¿Qué puede hacer si le contestan fantasmas? ¿Son fantasmas? ¿El es un fantasma? El ú-nico que no está metido en esta danza macabra soy yo, que no carga—. —Mi tía —ah mi tía llega. Tía Asunción larguísima en su falda negra, su pañolón más negro todavía, su moño apretado, su boca fruncida le cuenta —Cuando la caja ronca llega, trae los tesoros del Diablo, que corrompen a los mortales, para que la luz del cielo se apague,

mientras cae la ceniza, y no queda otro color que el gris-humo de infierno, y los ambiciosos se deshacen apolilla-dos, o se vuelven fantasmas que por los siglos de los siglos penan, van penando, hacen penar hasta a las vigas de las casas, hasta a las yerbas que pisan, hasta el aire que no respiran. —Tía Ashuca, soy yo, le oigo, ¿en dónde estamos? Ya patroncito, ¿qué te pasa? - despierta - no llores -vamos a salvar gente. El Simón Mayancela a su lado ha recogido el freno del caballo, ha buscado en las alforjas, ha encontrado trago fino que le da, que le obliga a beber. Luego lo tranquiliza. El común de los cabecillas ya está trayendo tablas de la casa del Teniente Político que no asoma en la plaza, que está alejadita del pueblo, en la quinta-propiedad de la autoridad, para tenderlas delante de los pozos de ceraturo, encima de ellos, por todo el sendero que no se ve pero existe, hasta sacar el ***guando*** a lugar más firme, menos gredoso. Con lámparas de kerosene, amarillas, que apenas alumbran, arruman las tablas y las vigas que las sostendrán. Los reemplazantes obedecen las órdenes concisas de los mayorales que con las ***osho***-*tas* colgadas al cuello, los ponchos sostenidos en sus puntas y los sombreros ajustados con sus pañuelos, están listos a meter el hombro para salvar el paso. El sargento y sus soldados cuidan de las cabalgaduras y los perros. Transidos e inútiles, obedecen igualmente las instrucciones. Pasan las barretas, las lampas, los fierros para alzar los puentes en donde afirman la ensambladura que permite izar a los hombres por los dos lados al mismo tiempo, mientras sostienen, a la vez, con nuevas varas, la carga que a ratos tambalea amenazando caerse. Son horas de paciencia tenaz en las que la voluntad del indio, de sobrevivir a pesar de todo, logra vencer con las uñas y su piel entregada. ¿Oveja asándose? No, hombre entero, metido en el hermano, sabedor desde siglos de lo que hay que

hacer ante la muralla de niebla y agua que el-ande-azuay-buerán-tarqui —y todos los cerros de la puna— la trabajan en material de silicio, de cárcel tangible, de murciélago de arriba abajo, y ventosa sanguijuela de hombres y bestias tragadas hasta la invalidez del bastón podrido que ya no sirve ni con abuelo resucitado. La relación cambia mientras dura el peligro. Buscan un declive entre farallones y penosamente encorvados —no quiere pararse el espinazo— continúan resistiendo hasta asegurar las cargas al cuidado de los soldados, mientras ellos, indios que ignoran lo que es ser héroes, encuentran un antiguo ***tambo*** abandonado en donde por fin estiran sus huesos doloridos. Roberto Recalde atribuye a su víspera de incitaciones con licor francés, calientes niñas angélicas y pesadillas, el quebranto de sus nervios que le disparan alucinaciones. —Me derrumbé, carajo. ¿Y qué habría pasado si los indios no me ayudan? A pesar de lo que ha oído sobre el indio él se siente deudor momentáneo —ya que en este lodazal y este pueblo fantasma realmente sentí, ¿se llama locura? sentí que hay una línea muy fina, invisible pero cierta, que separa al cuerdo del loco. ¿Y eso? ¿Mamá no vendrá de los espantos que te heredé? No me castigues, seguro que estabas de paseo de alma en el pueblo. ¿Berta no basta? Inútil yo, ¡qué terrible! Los indios más gente que y o, salvándome. Los encuentra lanzando sus bocaditos de ***máchica*** a la boca, recostados sobre la desnuda tierra del galpón, conversando sobre el tremendo fangal, poniéndose hojas calentadas en el fuego de paja sobre sus mataduras, como de asno enfermo comido por gusanos. Bueno, un trago para calentarse, es justo en este frío. Toma su copa y le dice al responsable de Achupallas — ¡Salud! Me avisan que falta un peón de tu grupo, ¿quién es?, ¿qué pasó? El cabecilla sabedor de lo que vendría ya ha preparado la respuesta - ¿Contamos - patrón - contamos? - Aquí

toditos estamos - nadie falta - casi morimos juntos - y patrón recelando - recelando -. Nadie se mueve. Faicán ausente llega, sin cuerpo, hasta todos. Encuclillado, un Chocar de pelo corto llamado Manuel Tipán, lo mira con recelo. Sabe a quien reemplaza. Asistió al recogimiento de la paga para que él pasara algo a su mujer y sus ***huahuas.*** De a calé juntaron los pocos pesos que le dieron. Por dentro le reza al Faicán Gobernador - puma de corazón valiente - no me dejes tener miedo -. Luego, ya tranquilo, extiende la mano para alcanzar la ración de aguardiente, que en esta alta noche inicial ha merecido. Sale Roberto anunciando que se va a descansar en casa del Teniente Político, que lo ha invitado. —Porque ya tengo noticias de su llegada y un aviso del gobernador. Todos respiran aliviados y se duermen con los pies desnudos del Faicán caminándoles despacito en la sangre. —De aquí hasta el Buerán tendremos buen tiempo y el camino es de bajada, musita, mientras que el Simón a su lado recoge el freno del caballo y corre a dejarlo al cuidado de los guardias que ya roncan como almas benditas sobre los aperos de las bestias, que echan su vaho caliente abrigándolos también a ellos. El sueño les tumba, con alguna perdida alegría que regresa.

Con la arcilla pegada a los pies vuelven a caminar en largas jornadas, por los pajonales donde galopa el viento empujándolos hacia el verdor de los potreros y la dislocada geometría de los valles y las quebradas profundas que les aseguran el agua, en este verano de polvo y sed. Descienden la cuchilla del Bolarrumi, y los que pueden ver descubren todo el movimiento de los valles y los ríos, de las colinas de seno y luna. Y más acá, con Pacchabamba y Ayanti, saliendo de Hoyaxi, los ***lamayes*** y ***paparcares,*** como un anuncio de los bosquecitos escondidos en los

flancos que van perdiéndose hacia el río Cañar profundo que sube sus nieblas de colores hasta el Guaranuin para volver a extender sus ***quindes*** en Charcay, el que ya grita en tambor con ***pingullo,*** que sus peones pasan amarrados al yugo, pero pasan, y aún son. ***Hatun*** Cañar está bañado en oro de trigales. Brillan las sementeras que se mecen pesadas de su carga de tantos días de haber sido cuidadas, niñas bonitas que son.

Luego de quitarles el estorbo de las hierbas malas que crecen entre las amapolas traviesas que - de repente -ya están - ***Uiglla*** de soltera - llevándose la vista tras de ellas -con pálido oro también - aún más oro en los rastrojos y las eras llenas de color del verano, porque acá el viento macho no le deja entrar a la lluvia. Los que pueden alzar la cabeza miran, los otros sienten que les cubre algo dorado como las orlas del Señor de la Cruz. Dorado ***chugo narrío*** amarillo ***chugo*** de las cosechas, goloso salteador que le disputa el grano a la chaladora que mete sus ojos entre los dedos para salvar la espiga caída, que dejan caer los mozos, mientras cargan las gavillas hacia las parvas del patrón. Ya es suya la espiga, nacida entre dos con la sangre que los tallos quebrados, filosos, hacen chorrear de las manos con luz de las espigadoras. Sudan el corte y la alzadura de las parvas en los valles del bien estar, del pan sembrar, arrebatados del sol que en los surcos vaciados rebota, cuando alzan a ver la muchedumbre prendida en las cuchillas de los cerros descendiendo de a pasito de blanco, porque el indio camina tejiéndole rápida y menudamente su ***chumbi*** de pasos a cualquier montaña, a toda lejanía. Pasito de blanco patrón que lo caminan los ***guan-deros*** a los que las piedras les quitaron las ***oshotas.*** Los han visto. Extienden su canto desde abajo para que llegue en balanceo hasta ellos, hasta su corazón. Guían la frase

que el coro responde madurándola - ***jahuay - jahuay*** - nosotros conciertos nos quejamos - mirad hacia arriba - a la roca vacía - ¿Nació recién este dolor? El ***guando*** grande que gimen estos que hombres son - no ***urcos curiquingas*** voladores - ***Jahuay - Jahuay*** - encima de nuestro sufrimiento - otro se arrastra - jalándonos - de la chacra madura -ajena - del señor patrón - a esta lástima despeñada - cargadora de la cruz mayor - ***jahuay - jahuay*** - felices acá somos -el hambre - la sed aguantándose - ellos allá alaú - ***no jaguay*** del indio - alaú - cargan la muerte - comen la muerte -beben la muerte - muertos van - alaú - ***jahuay*** - alaú -.

Los capulíes sobre el río Coyoctor y su vino escondido, que podría endulzarlos, son otra espina aumentada, de penco negro que les llega al calcañar que se quiebra ya, que no aguanta, que se quiere quedar, palabrita de Dios, quedarse aquí mismo, donde el oído ha escuchado la canción quichua de la cosecha - rota vasija de Narrío -hollada - por nosotros que pasamos - sin alma ya - sin resuello de hombres - con mugido de bestia que se queja -mientras en los ***pucarsoles*** - se canta ***jahuay cañaribamba -jahuay*** antiguo todavía - con forasteros dolores engavillados - al anca - de su pena propia - montados -. - Sigsihuay-co y la Trini cargada - Ingapirca y la Trini con ***huahua*** que llora - Huairapungo y la Trini con ***huahua*** cargada a la espalda y los rojos pañuelos de los ***comuneros*** saludándola - brindándole un chiquito puesto en el gran pajonal, en los pastizales dimites, y ajenos, en el abrigo de la choza ofrecida, hasta que Yuracpungo de la leche recién exprimida y los quesos para la travesía de los cargadores, entre los cuales ya no está el Faicán - ausencia que enluta y alegra a las mujeres y les da a los hombres otro destino que el de bueyes cargadores - que tampoco pueden arrastrar ***guandos*** - porque se necesita del nervio del humano - de

su pensamiento - para transportar así enteras, sin una golpeadura, esas máquinas-dínamos-turbinas-dioses que darán luz. El miedo se enrosca en los ijares de todos, patrón-soldados-cabecillas-cargadores-animales. Están llegando ya al Buerán, cerro negro, el único que no se hundió en el diluvio cañari, que conservó en movimiento las abras geológicas que expelen sus humores y dañan los caminos, partiéndolos, acumulando barro hasta ser un mar en el que las bestias se ahogan. Como en el mar salado acá también han crecido los prácticos que consiguen domarlo, que conocen el secreto del paso en el misterio de las vueltas y los regresos entre los camellones, esos gigantes monstruos dormidos, que cuando despiertan se hinchan de ese espeso lodo que aprisiona hasta el aire convirtiéndolo en densa nube reptante. En pleno desafío los Quiroz, en el Buerán, asoman. - Aquí estamos patrón Recalde - si quieres hacemos trato - ayudamos - Si no quieres nos vamos -. - Antes de hablar - retira los soldados - detrás del Bueste -. - ***Mana-valis shuas*** con escopeta - ¿Para qué te sirven? - Los cabecillas rodean al patrón protegiéndolo. Hablan en quichua con los Quiroz sin ley, que han impuesto la suya propia en esas tierras. Capaces de todo, de ser destripados por salvar una ovejita caída, de matar con rabia si les engañan, de ser fieles hasta toda consecuencia a su palabra empeñada, palabra de hombres. Piden quinientos pesos legítimos para guiar el ***guando,*** con ayuda de brazo y descanso -porque la noche comienza pasado el mediodía en estos gañíales neblinosos - y las cuevas desde donde vigilan los caminos - sus ***huasis*** de la montaña - son imensas iglesias altas - en donde todos caben - hasta las máquinas - menos los soldados - que buscarán no más su acomodo - en cualquier ***tambo*** de ***chazos*** afuereños - con sus escopetas -***huacchas*** de brazo - de hombres verdaderos -. Otra vez patrón Recalde no tiene voz ni mando. Deciden los ***apus***

indios jefes por él. Le piden la plata y van a negociar. El ***guando*** se detiene y los cargadores patalean en la greda que, con el sol, comienza a endurecerse encima, mientras abajo conserva toda su líquida estructura aprisionante. Sellan con las manos que se dan el contrato. Más legal que con escribanos, firmas y timbres en el código de los letrados doctores, que luego olvidan todo. - Acá se puede caer el mundo, pero lo acordado se cumplirá. Por increíbles senderos, que ya han afirmado con piedras, los Quiroz van conduciendo, de uno en uno, los andamios. Un centenar de ***longos*** jóvenes vienen por el lado oriente donde las comunidades moran, y meten el hombro en cada puesto donde ven el cansancio subido al cogote de los ***runas*** que se caen ya. Acomodan las cargas en las cuevas gigantes de las que quitan cajones con mercancías de abarrotes, fardos con telas de seda brillantes, con bramante blanco nieve, con casimires príncipe de gales, con todo lo que los señores de la ciudad consumen y acostumbran, desde champaña hasta agua de colonia y cosméticos, cristales y lozas que ya se oyen bailar en pedazos, al tiempo que son transportados a las bodegas menores donde harán la selección de lo que se puede vender a los otros comerciantes, bandadas enteras, que caen detrás de cada cargamento de Guayaquil, que aquí nomás se quedó. Se queda. El sargento extiende la mano y seguido de sus guardias y sus perros busca la quebrada más próxima para refugiarse de los ladrones bandidos, que el señor Recalde ha protegido. —Ya verán cómo lo matan esta noche, y le desvalijan la plata que trae en la cartera de cuero, que hemos cuidado en todo él camino. Malaya el pago que nos dan cara-jo, a los jefes 'mos de avisar llegando. Ya verán indios roñosos lo que les espera.

La tarima del Quiroz mayor se la arregla para Rober-

to que ha tomado, por fin, caldo caliente, de carne fresca de torete, y que entre confuso y temeroso recorre, los o-jos ya acostumbrados a la luz del candil, los contornos de la cueva donde escopetas y machetes están arrimados, como esperando a los que vendrán por ellos cuando el torrente bravio Quiroz aprisione en sus lavas ardientes a los contratistas y arrieros, que en grandes caravanas armadas llevan las mercaderías importadas, a los ricos comerciantes de Cuenca.

Noche en candil, desvelada, pero igual en blanco de vigilia, mientras oye las voces de los indios conversando, masticando y bebiendo con los ***runas*** Quiroz, detrás de la pared de esteras en donde lo han dejado. —Acorralado, piensa, estoy acorralado, prisionero. ¿De qué me vale el revólver, si es que mato uno, dos, cinco, el ***tambor*** completo, cuántas uñas me harán añicos, me sacarán los ojos, me dejarán en nada, sin señal de que haya existido siquiera, todavía no cadáver y ya repartido? En el pueblo de Cañar he oído que los Quiroz comen gente. Trogloditas, se dice. Pero los ***chazos*** no sabían decir sino -come gentes-bandidos ***shuas-come*** gentes. ¿Será verdad, con tanto ganado que hay por aquí? Ni abigeos son. Sólo en-lazadores de reses, despostadores. Cómo huele esa presa que deben estar asando al fuego de la leña de estos montes, leña que hace brasa, mientras a mí me han dado un caldo y nada más. Ni un trago he probado, y mis alforjas que tiene el Simón, llenas, pero no lo llamo, no, mejor me hago el dormido. Y se durmió sin pesadillas, abrigado por las cobijas de lana de castilla, livianas aunque espesas, que volvía a sentir sobre su cuerpo también maltratado, sobre todo las nalgas, a las que daba rociaduras con alcohol, no sea que se me formen llagas, como tienen los indios, ya hediondas del pus, aunque las costras inflamadas

las tapen. Cuando despertó, le llegaron otras voces al oí
do. Los peones habían despejado ya las bodegas. Aho
ra levantaban los andamios de *los* ***guandos,*** sacaban los car
gamentos en las andas menores y las acomodaban con cui
dado, ayudados por tanta gente extraña que no-sabía él-
para qué-ni por qué- ni de dónde habían llegado -. Ni su
po jamás cómo Mayancela mayor pidió que - le llevaran
esa platita a la Trini -. Y le contó el padecimiento del Fai-
cán - errante por su comunidad invadida - y sus tierras a-
soladas - y ese camino a Quito - sin medio al bolsillo -
para reclamar justicia -. No conocerá por qué amanecieron
los Quiroz con esa ala de cuervo sobre los ojos, cuando
alguno les dijo - Y ustedes solos con este poderío de cosas -
con esta fuerza de mente - de brazos - protegiendo a las
familias propias cierto - pero no ven a los ***huahuas hua-
cchos -*** infelices ***huahuas*** sin ***taita*** - a la propia sangre in
dia que son - que somos - Hasta cuándo van a ayudar
pues - van a proteger pues - con escopetas y machetes que
tienen - con riqueza que tienen - ganada por bravos - por
machos varones que son - pero ya basta para ustedes solos -
mejor juntarnos todos - ayudarse todos - organizarse co
mo comunidad - con cabeza de comuna dirigiendo - sa
biendo para qué mismo sirve cada movimiento - cada pa
so - cada portillo que abres -. Convinieron, ya a la madru
gada, toda la noche palabreada, mandar un ***chasqui*** detrás
del Faicán, amarrar un pañuelo grande con plata, para
que el Faicán pueda vivir - resistirle al Quito capital tan le
jos - y volver -. - Ya saben pues que aquí cada ***runa*** jefe
perseguido será recibido - Ayude - no ayude - en nuestro
trabajo - está asegurado - respetado - como en casa propia -
como en familia propia -. Sopla el viento del Buerán recio
y Roberto Recalde se sorprende al ver las cabezas mojadas,
sin sombreros, secándose al aire frío. Cuando le invitan a
la cocina para brindarle café con queso, que el menor de

los Quiroz preparaba, vio los grandes baldes de aluminio con agua caliente, que humeaban todavía - por si acaso quieres asearte vos también - señor -. - Los ***guanderos*** se lavaron ya - comieron ya - listos están para seguir -- Mejor que antes están - ya verás como llegan - ***cushilla -cushilla*** - al Biblián -.

El río Molobog es cerril, ***chucaro,*** potrillo bayo cuando llueve, potranca clara al sol que se parte en entrechocado viento del Caspicorral en los días de verano. Los molinos se avienen con su caudal de saltos y caídas, y en algún lado se le ve al agua en partículas de vellón radiante volando de regreso por las arquerías de las esclusas hacia el original caudal que se llena de copos de luna y espumas. Como falda de mujer nacida de su propio cuerpo, se ven sus orillas extendidas, tiernas de trébol cuando consigue retener al limo que baja de los suelos de altura, sobre la precaria quietud de sus cantos cambiantes. Si llega a la playa, a-batido por la fatiga de las travesías que se acumulan en una sola grande presión de —basta y a parar— el viajero puede recuperar su habitual capacidad de resistencia. Puede descansar entre sus ***huieundos*** con amorosas orquídeas trenzadas a las lajas verdeazuladas, como que fueran cascadas de arcoiris a su lado jugueteando, dándole razón al colibrí casi aire, casi sueño de colores palpitantes. —Subimos a Salpamba y ya cerquita tenemos el Biblián, dice Roberto Recalde, que se siente nervioso, detenido por ese caminar que no acaba. - Todavía falta largo - patrón : replican los guías - que ya sin los soldados que tomaron los atajos, se sienten más seguros. - Descansemos nomás un ratito - Pobres peones están sufriendo de mal de altura -Tienen mismo que ir detrás de las ***chucas*** **-** Para - patrón -un poco más - No es caridad - Necesidad tenemos -.

I la aprendido que sin acuciarlos, dejándoles ir a su propia voluntad, se consigue que rindan más, pues ¿a qiiii n le será grato molerse en harina de carne y hueso debajo de esos pesos que aumentan y ya están girando sobre l" lomos quebrados? De allí en adelante los deja avanzar | (i trote, que el Simón Mayancela determina y que de verdad comienza a ser, desde las capulicedas de Biblián hiRta Mangang de los motilones, una marcha regular que j i (ulmina en Deleg, donde se han alzado arcos de flores ***ton*** letreros dorados de BIENVENIDO SEÑOR RECAL-D E , ya que solamente él puede pasar por medio de esos **H** mi nales floridos donde se ha congregado lo mejorcito del pueblo en traje de parada y en donde temblorosas ninas, las más lindas, con ojos húmedos de emoción miran la imagen resplandeciente del apóstol Santiago sobre su caballo braceador, en carne y hueso y así, tan cerquita, que le ven la barba brotada sobre la piel de señor, castigada de soles, lo que las sobrecoge hasta ya no dejarla ir, asida para siempre al amor en el que tratarán de reencontrarlo, hasta en el hijo no engendrado al que quieren verlo **igual** al vencedor de los moros, ahora también de los indios, Apóstol Santiago en milagro de carne que las estremece, en gesto de amable complacencia repartidora de sonrisas como palomas, en inolvidable regocijo de todos que lo aclaman y lo aplauden y lo bendicen. Cuenca es el honor y no importan los candiles de su pueblo si en la ciudad mayor de la provincia refulge el misterio que ahora cargan los indios, los que todavía oyen las campanas que suenan a rebato mientras arremangan los debilitados pantalones para cruzar el río que menos correntoso y frío que los que han vencido les refresca los pies, a los que el viaje les ha engrosado entre trapos con los que tratan de protegerlos. Y otra vez al camino real de menuda piedra redonda que les aplasta al revés las llagaduras - vivitas -

como el meollo - de los ***huahuas* -** recién nacidos, como las sienten en medio de la curiosidad de las gentes que ni un buenos días les pueden brindar, ya que van atados enteros a los andamios, ahora más pesados por el maderamen que se aumentó, ante el crujir que anunciaba la caída de las máquinas sobre los pobres mortales que son ellos. El paso de los Absules los recibe con llovizna del Oriente, que tiene su propio régimen de invierno de selva, que acá, en la meseta, empujada por la bodoquera del viento recio de los cerros vecinos, les sopla escarcha al atardecer - ***cashas-ca*** pura - dicen los cargadores cegados por la ventisca que deja de ser aire, que golpea su masa glacial en las coyunturas tiernas, que le regresan al hombre hacia atrás, al esfuerzo inicial del primer paso lejano. Y más espinas de hielo caen sobre la nariz chorreante que alzan para respirar, las que los persiguen hasta llegarles a la niña de los ojos —último ***quicuyo*** propio— el último lugarcito todavía intacto que les quedaba. Con su cincel acerado sobre la piedra que es él, al ***guandero*** caminante que ya no resiste, la borrasca lo abre en dos, lo divide entre vida y muerte asentada en su seso que se le sale del cráneo, en su ***ñuta*** blandura de tripa remolida, en sus pobres ijares de buey de sacrificio. Cecina extendida sus tristes lomos —piensa Mayancela— que corre junto al caballo de Santiago Apóstol Recalde que se crece más conforme se aproximan a Cuenca. - Sólo les falta la saladura - que llegará - porque no habrá sino mano de ***ruca*** curandera salándoles - al final - para calmarles la gusanera - que hiede mismo ya -como matadura de bestia abandonada -.

Suena como látigo el grito de los niños de Sidcay, vigías en las altas lomas, —que ya viene el ***guando,*** que viene el ***guando,*** por diosito que ya llega— y ellos se apresuran, acuciados por la ansiedad que advierten en esa pre-

scncia alelada, apenas percibida pero determinante, en el murmullo como de preces —Encerrada va la luz, pobreci-tos ***runas*** parecen muertos, muertos que caminan, ya mismo no pueden más—, de los ***chazos*** y sus mujeres cultivadores de capulí y maíz, mestizas con alegría vegetal circundándoles por las azuladas venas que se hinchan después de la carrera para encontrarse con esta procesión de fantasmas descabezados, grises de lodo y cansancio, que van hundidos dentro de las cargas inmensas soportándolas sobre sus cogotes tronchados, desgajados de su raíz madre, de su tronco de hombres enteros. Los curiosos suspiran, se santiguan para que —Dios nos preserve— y miran alejarse las cuadrillas arracimadas, que se buscan de atrás al trote del que les precede, mirándose en los pies que dan la noticia de la ruta o la encrucijada que llega con blandura terrosa o enguijado tropezón ante el que se interrumpe el mecanismo armonioso de la marcha, la que recompensa su paciencia después del tenso trastabillar colectivo.

Simón se halla con otro patrón a la salida de la hacienda, donde entró él, Recalde que también venía sucio de polvo y de vigilias que lo encenizaron. Ahora en cabalgadura de raza, recién bañado y afeitado, con poncho fino de. Paute que bate sus alas tras la corpulenta estatua que jinetea airosa, Roberto Recalde recobra sus atributos de conquistador que culminó su hazaña. Su cabeza se alza en gesto de águila condal por encima de la indiada y otea más allá de las líneas difusas del horizonte hasta encontrar la manera precisa con la que pondrá pie en tierra cuando llegue a la plaza mayor de la ciudad, entre tañir de campanas que ya se advierten y vítores que le han salido al encuentro. —Qué bien hice en descansar donde los parientes de María Luisa. Ahora sí tengo traza de gente, de señor—. Y se crece más todavía cuando ve en el Des-

canso la larga fila de cabalgaduras que hacen de friso móvil a las graves figuras de los señores con levita y alto sombrero alón, que han salido a darle el encuentro. Abrazos, con golpetear de cariño íntimo en la espalda y todas las preguntas que se contestan a medias, o con una sonrisa. — ¿Las máquinas llegan en buen estado? —¿Demasiado cansancio mi caro amigo? —¿Cuántos largos días de fatigoso sacrificio? —¿Le han dado muchos dolores de cabeza los ***mitayos'?*** Hay quien le conversa de su padre y hermanos, a los que vio, con quienes saludó —pero usted sabe, el señor su papá no podía exponerse al trajín que requiere este encuentro, que claro nosotros lo hacemos con alegría, por el honor de saludarlo lo antes posible. Y el novicio está en plenos ejercicios espirituales, porque se consagrará sacerdote en la catedral en el mismo día en que ésta se ilumine por su mano, don Roberto. —En cuanto a las niñas… El no quiere oír más. Ha luchado con sus recuerdos que tratan de acogotarlo insertándole en pleno pecho esos nombres que amó, que ama todavía. —Ya no más Berta, ni siquiera su madre, y peor, ¡ay! la que se le sube en flor a todos los sentidos de su ser de varón. La cabalgata del encuentro, presidida por el gobernador, larga los frenos y pica espuelas porque es preciso llegar antes de que anochezca. —Ya que el gentío que lo espera es inmenso— y las damas y patricios de la ciudad aguardan desde temprano —y usted, claro está, deseará vivamente contemplar a su hermosa novia. El populacho también se hace presente y lanza su ***chagrillo*** de flores al paso del cortejo mientras en lo hondo del Vado los indios cruzan el último río, azuzados por los cabecillas que aguardan en la orilla sobre sus bestias cansadas. - Ya llegamos ***íaiíícos*** -¡fuerza carajo! - Los flojos ***longos manavalis*** no han de beber - no han de bailar -. - Apurando - apurando - ¡apurando carajo! - ¿Con qué alita 'mos de volar ps? - dice el

|**n micro** que puede hablar después de la torrentada que los VUelvc más pesados, pedernal de río, náufragos de la co-**11 |i me** que quiere llevarlos, con la que pelean en ese mismo **ni.i.inte** para no caer con su montaña de fierros a cuestas. **Descansar,** solamente descansar, caer en la tierra, dormir **mi** importa dónde, no importa cómo. Ya no es un pensa**miento** , es un relámpago que cruza de cuerpo en cuerpo tembleque, mojado de todo el orín ardiente de la sed no **sacada,** del salado sudor que les sale del pozo de su sole**dad** porque cada uno está, como todo ser viviente, sin pa-**ieja** posible en el instante mínimo de su ruptura **finaL** Y éste es un acto definitivo, final, que siendo de todos **los** que allí van uncidos es también único, de cada uno a-**parte,** que se hunde junto a los otros, multiplicándolos, **peiD** que a cada quien le da su ración de —ya no puedo más—. —Si ya llegamos pues, ***runas*** ociosos que son uste-**des—.** La voz aguardentosa del capataz Llerena le acalambra **al** más silencioso y humilde de los cargadores que lo oyó, en la mitad **dd** río, mientras daba sus traspiés al fi**nal** de **las** andas mayores. El Quishpe sintió el tumulto **por** dentro de sus piernas que se apelotonaron y cayó con **los OJOS** desorbitados, que clamaban socorro, en tanto sus brazos vacíos se prendían a **las** piedras que amurallaban el vado. Un **ITIOZO** joven que va a su lado, siente el peso impar aumentado y llena de aire sus pulmones **para** resistirlo. Así, entre la risa de Llerena borracho y el espanto de la gente aprisionada en el último andamio, el accidentado recurre a su ***huarmi*** violada pidiéndole ayuda, clamándole compasión, hasta que **por** fin, asido a un peñón, ruega a su ***paccha-mama*** **para** que le aumente la fuerza al **bra**zo débil, a la mano que quiere abrirse hundiéndolo en la parte en que él está íntegro, vivo todavía, aunque no siente el resto de su cuerpo zarandeado **por las** olas que se han vuelto amarillas, cargadas de limo y del furor de la tempes-

tad, la que en la cabecera altísima le llenó al río de su bor-bolleante poder de destrucción." Los cabecillas indios se han detenido y se les seca la garganta que grita - auxilio -a la gente que vino a saludar el ***guando*** de la luz eléctrica, que se aleja y ahora desde la cuesta de regreso a sus casas mira perderse a lo lejos la cabalgata de los señores que alza su cresta de polvo entre el cálido verdor de los cultivos. Algunos descienden al oírlos y el carpintero Morales corre con sus hijos, más arriba todavía, para regresar trayendo sogas y cables, ***pingos*** largos y tablas, con los que tienden un puente y enlazan al Quishpe que se deja izar, jalar, lastimar entero en la acometida del rescate, ya sin su alma adentro, laxo y desgajado de su última a-gonía. - Lavadito sale ya - listo para la siembra - dice el cabecilla de los Sidcay al tiempo que hace la cruz sobre el cuerpo que comienza a enrojecer de la sangre que mana por sus aberturas y heridas. Llerena pica espuelas y se pierde entre las cercas. Ante la novedad desciende curiosa la gente y se para a mirar, lejos de la orilla, pues el agua revienta en bramido y testuz de toro bravio, amenazándola. Enlazado sube el despojo chorreante y el hombre de Sidcay saca, de algún lugar de su cuerpo, unas monedas y se las entrega al carpintero recomendándole un cajón para quien es también cristiano y una oracioncita ya que aquí no tiene a nadie que lo llore. Súbitamente la muerte se hace presente en el caserío y el Quishpe es velado - po-brecito forastero - entre los comentarios de las mujeres que luego se santiguan. El coro en el que los hombres ponen su miedo al misterio y los niños su alegría de estar juntos en la improvisada vigilia, se quiebra cuando alguien le pregunta al carpintero —¿y quién es el difunto? ¿Cómo hay que rezarlo pues? - Difunto como todos los muertos es, almita tiene, ya estará en el cielo - responde su mujer mientras aprieta contra sus pechos, que se llenan de leche

cálida, al recién nacido. La luz de las velas tiembla sobre el suelo donde se asienta el cajón recién clavado. La noche avanza y se incorporan a las tinieblas los acompañantes del velorio. Todos llevan el peso, aunque liviano, de este muerto. —Cierto es, los despide Morales, que habrá luz en Cuenca, a costa de los indios, de su vida. —Y nosotros lanzando flores a las patas de los caballos mientras dejan un cristiano en mitad del río. —Dios les pague por venir, por rezarle, vecinitos, pobres somos, hermanos somos, igual que conciertos sufrimos, acá no llegará la luz tampoco. Hasta mañana pues, acompáñenme tempranito al entierro. Ya mis hijos cavaron la sepultura—. Una voz entre las sombras se alza. —Sí. Ni sabemos cómo se llama, pero criatura de Dios es, como ellos, los señores, como nosotros los pobres, iguales en la muerte.

La ciudad se descuelga por los balcones adornados con cortinas de colores y guirnaldas. Rebulle en calles y plazas el alborozo. Los cohetes revientan sus candelas que atruenan por sus cuatro costados en el parque mayor, en donde se ha dispuesto el recibimiento. El atrio de la catedral es un mar de olas de colores, de flores y serpentinas, de cabezas descubiertas de los señores principales. Autoridades, poetas, comerciantes y, sobre todo, la flor y nata de las mejores familias ***morlacas*** está presente . Las señoras, tocadas de espesas mantas de seda y las niñas de mantillas de encajes, también agitan impacientes sus abanicos, pues la decencia les impide circular entre los caballeros que sí avanzan hasta la esquina para tener el privilegio de anunciar la llegada. El obispo y sus asistentes esperan detrás de la puerta principal, para salir solemnemente a la hora precisa, en tanto el campanero, cuerda en mano, está atento a la señal que le dará el sacristán. Las campanas menores suenan en las parroquias del contorno,

intermitentemente, alternándose con las bandas que tocan música solemne en las cercanías de la catedral, como corresponde al acto. Y cuando la distancia les devuelve la libertad, aires populares, alegres, insuflan su movimiento en las canillas sin botaina, ni pantalón de fantasía. Los futuros oradores carraspean de vez en cuando oteando el lado más propicio del viento para que la alta voz del discurso no se pierda y la estremecida novia eleva el busto, con irreprimible orgullo, a la diestra de su ilustre madre, mientras ensaya, al disimulo, la manera más segura y elegante de sacar sus dedos, pesados de anillos, de la gasa encrespada de los mitones franceses, demasiado angostos para sus manos, en el instante supremo. Las niñas de la buena sociedad, no elegidas, murmuran entre sí: —Recal-de... um... ¿no te parece que no suena muy bien? —Dicen que sus abuelos fueron afuereños. -^Verdaderamente no es un apellido de lustre. —Por la madre guayaquileña parece de mejor categoría. —Eh, ¿no sabes que dizque murió loca? —¿Y las hermanas? —No las veo. —Sólo el padre y el novicio están con el gobernador. —¿Te das cuenta de los aires de la novia? —Mejor un Recalde que vestir santos, ¿no?— De pronto, como siempre ocurre en las esperas, cuando menos se piensa se oye el galope de los caballos sobre los adoquines de piedra a los que les sacan chispas las herraduras. Sube a los cielos el griterío de los vítores, el tañir de las campanas inmensas de la catedral, el himno que se toca en instrumentos de viento, con acompasado de platillos rechinantes. La algarabía se inflama más todavía con los globos que ascienden y los castillos de luces que derraman sus flores luminosas en la noche que comienza. Roberto Recalde desnuda su cabeza sudorosa y la inclina en cruz cardinal hacia todos los costados. Su brazo vencedor contesta elevándose por encima de la multitud. Los caballeros le abren calle de honor y por

fin en el centro, entre gobernador y obispo, escucha los discursos interrumpidos por estruendosos aplausos, que confirman la dimensión de su estatura de procer bienvenido. "Honor a quien ha arriesgado todo, ha ofrendado todos sus excelsos atributos a la patria chica, nuestra amada ciudad, que pronto brillará también con la otra luz, ya que la luz de la poesía y la ciencia es nuestra, inmarcesible herencia nuestra. Gracias a quien, como lo quisiera Bolívar, desafió la naturaleza y la venció, héroe epónimo al que le debemos pleitesía por su valor, abnegación y sacrificio... En nombre de la muy ilustre municipalidad y del gobierno central, le declaramos hijo ilustre, ciudadano benemérito de la Atenas ecuatoriana. Y ahora, en este momento supremo, las impolutas manos de la señorita doña María Luisa Vega y Cortázar ceñirán su cabeza, vencedora de mil peligros en esta acción heroica que acaba de cumplir, ceñirán su cabeza, digo, con la corona del legendario laurel de los héroes. La ciudad entera lo aclama".

Al día siguiente "La Crónica" registra el acontecimiento: "... luego el señor Gobernador entrega, en almohadón de terciopelo carmesí, la corona de laureles en manos de la distinguida y noble señorita María Luisa Vega y Cortázar, para que ésta, en representación de lo más florido del bello sexo, la coloque en las sienes de quien ya es émulo de los Grandes Conquistadores de nuestra Historia...". Y más adelante: "Luego del solemne Te Deum, oficiado por su Ilustrísima el señor Obispo, subió a la cátedra sagrada nuestro orador extraordinario, el señor doctor Tomás Cordero, considerado el "Pico de Oro" de nuestra Iglesia, quien comparó al esforzado caballero transportador con Moisés, ya que si en la antigüedad el uno sacó agua del monte de Horeb, nuestro compatriota ha arrancado la luz de las duras lejanías donde ella yacía, esperando

la voluntad del elegido del Señor...". Y más adelante todavía: "Después del clásico brindis con Champaña, de mantel largo se sirvió el banquete dado en la Sala Municipal, en homenaje al vencedor de las sombras, de los caminos intransitables, sembrados de peligros, y de la primitiva y rústica transportación de la maquinaria hidro-eléctri-ca, a la manera tradicional, como en la época de la Colonia. ¡Loor merecido al gran caballero señor don Roberto Recalde! ¡Gratitud eterna por su épica hazaña!... También el Ilustre Cabildo acordó preparar un álbum en el que constará el nombre del señor don Roberto Recalde, el de sus ayudantes, el de los que hicieron posible traer, hasta esta ciudad, las maquinarias para la Luz Eléctrica. Generosamente se resolvió incluir, en el mismo álbum, los nombres de los mil indios, o más, que sirvieron en esta noble tarea."

Por el sur entró el ***guando,*** sus flancos protegidos por columnas de soldados. Se ha dispuesto que los dínamos, jalados por bueyes y debidamente protegidos, crucen por las calles centrales. Peones de la hacienda del gobernador, frescos y limpios, los conducirán. La caballería empuja con sus bastones a la masa curiosa para que los ***runas*** avancen. El puente, del mismo río que ya vadearon resiste, aunque los cargadores sienten su temblor y su crujir como una queja cercanísima, que aumenta esa angustia larvada que no los suelta, y que ahora vuela en presagios, en sollozos que se rompen en las gargantas secas, ya sin saliva, de los que meten, por fin, las cargas inmensas en los cobertizos nuevos, recién terminados e inmóviles asisten a su propia división. Ese peso traído, cuidado, que les ha consumido sorbiéndoles sus fuerzas, se volvió parte de sí mismos doblándolos, multiplicándolos, haciéndolos crecer. El peso ya no está más. Lo extrañan. Los

dolores que venían sufriendo aumentan, son sentidos de otra manera solitaria, dentro de la piel abierta, en el cogollo más tierno de su humanidad que ahora vacila, parada en el vano todavía claro de la salida, sin saber hacia donde ir. Poco a poco se arraciman, se amazorcan entre poncho y poncho rescatado de las andas. Sienten que no los necesitan y se buscan no siendo ya nada, para ser algo, algunos, muchos. - ¿Y qué hacemos ***taiticu?*** - le preguntan al cabecilla mayor desorientado también, que los aguarda en la plazoleta en donde desembocan capataces municipales, curiosos que no tienen cabida en el centro de la ciudad, y sobre todo soldados y policías. Piafan los caballos impacientes en tanto los gendarmes apresuran el desalojo. Asustados los peones buscan a patrón Recalde. De lejos, en medio del alborozo de la ciudad, lo vieron grande, cada vez más grande, entre caballeros blancos, gobernadores y obispos. El estribero casi llega al altar de la plaza grande, al pie de los caballos de paso, a los que ya igualaba en la carrera final, pero ahí mismo, en la entrada, lo detienen guardias armados. —No ***longo,*** vos no pasas. Esta es reunión de señores—. Ahora el Simón que ha buscado a los suyos, preguntado y corrido, les cuenta que algo invisible, pero que existe, un muro recién levantado, les separa del que a caballo, es cierto, bien comido y mandando, es cierto, compartió los días y las noches, los precipicios y las heladas, el barro ceraturo y el'sol candela, rajándose como hombre también. No cargó que esa es cosa de indios, pero allí estuvo al lado, sufriendo menos, como sufren los amos, por encima, sin quemar su alma, pero igual padeciendo el viaje, a veces bebiendo juntos, conversando como semejantes que son, que eran, que ya no serán más. Apenas llegados a la ciudad reciben el desprecio, escuchan los carajos, sufren los golpes y la presión que los arroja a la calle —Caminando, caminando, afuera—.

¿Dónde patrón Recalde? Ya no hay patrón que vea -que dé el traguito para levantar fuerzas - la paga doble o-frecida - los remedios para las calenturas - las pomadas para las llagas - la fiesta prometida -. - Solitos que estamos -botados - empujados.

Tratan de pasar desapercibidos, pero no pueden, son muchos. Sus mujeres se les han juntado entre llanto y alegría, les tocan al oír a las ***cholas*** de las casas grandes gritar: —Estos ***longos,*** fantasmas más parecen, patibularios parecen, ***illashacos*** no serán? —Ensucian las calles, dañan la linda alegría nuestra, no dejan bailar. Asco dan. Salgan de aquí. Salgan—. Por media calle desembocan en torrente oscuro. A la cabeza los cabecillas, ya sin bestias que les fueron quitadas, se preguntan - ¿Qué hacemos - diosito señor - qué hacemos -? Al fin dirigen el cortejo a la calle larga, vacía y silenciosa, en donde todos se sientan a esperar. Las mujeres que los han seguido se empequeñecen junto a sus hombres, a los que llaman para localizarlos, o los reconocen a pesar de - lo flaquito que estás - lo cansado - lo enfermo que te veo - lo triste -. Los pies gigantones, sin alpargatas, descansan y sienten la frescura del pavimento. El cierzo del Tarqui les recuerda al cerro Buerán enojado. Alguien, adentro del zaguán cerrado, trata de recordar viejas músicas, muy lentamente, muy tristemente. La María sentada junto al Simón escucha. El tiempo se descuaja en cerrada noche fría. Se conversa en quichua y su siseo de lluvia sube a los balcones que se entreabren fugazmente. Algunos ***guanderos*** se adormecen y doblan el brazo bajo la cabeza. A otros el cansancio los tiene en vigilia. Todos, con su infinita paciencia de siglos de espera, aguardan al que debe llegar fiel a su compromiso y a la necesidad de ellos, como de vida que se levantará y se marchará en cuanto el patrón llegue, esté aquí, se les junte de

nuevo. De repente - ¿es el río que crece? - pregunta la María que ya no oye la música triste. Vendaval de cascos sobre los adoquines de piedra, el batallón entero se precipita. —A despejar inmediatamente, afuera todos, moviéndose bestias, corriendo, ya mismo fuera de aquí—. Los sables sobre las cabezas, en las espaldas, encima de lo que se mueve y de lo quieto, sin parar. —Muchos son, ¡disparen! ordena el capitán, que a distancia observa el movimiento entre las sombras. El sargento del ***guando*** se para sobre los estribos, atisba, se ríe mientras prepara su fusil y ya cómodamente sentado comienza a disparar. Los animales se asustan, se desbocan, se arremolinan furiosos, buscan la salida a lo largo de la calle estrecha, encima de cuerpos que corren, que tropiezan, que caen. Los más nerviosos se paran en sus patas delanteras y martillean por atrás todo obstáculo. Atrapada la masa densa, serpenteante, busca también la salida. Las puertas de las casas son atrancadas. El piano no suena más. Los muros ciegos parecen no haber tenido ventanas jamás. Las balas zigzaguean, caracoleando como los caballos, hasta que encuentran su destino. Perdidas rebotan y caen, o se quedan blandamente quietas, en mullido o duro lugar del hombre que junta sus manos pidiendo piedad, o del que alza su puño con grito de voz sin vocablo, como acaso gritó el primero que tuvo la conciencia y aún no la palabra. A lo lejos las bandas tocan, de retirada, *los* ***yaravíes.*** Ay, ***pingullo*** ciego impar, en expresión de incontenibles ancestros que les brincan sobre su oficio de músicos ***cholos,*** cuando sus montes y sus valles, y la vieja mama india aposentada en su cogote, les ordenan. Algunas sombras huidizas alcanzan a descolgarse por las quebradas dentro de la noche. Rebozo, bayeta negra, pozo profundo de la fuga. Abrazada al Simón, sosteniéndolo, la María siente mojado su pecho. - Tibia sangre - callado río - arena mía - mi recobrado cuer-

po ausente debajo de la inmensidad sin lunas - que no te vea - que siempre sea oscura mi noche - siempre noche -. La voz de otro Mayancela, que llega buscándoles en la madrugada, la mano áspera y tierna sobre la astillada cabeza y la doliente cabeza entera de la que respira, a pesar de la muerte que va con ella, le devuelve al Simón muerto para que viva la vida del indio. Madero caído, resucitada ceniza incorporándose a la tierra, en regreso redondo y continuo, en batalla sin respuesta hasta que estalle la respuesta un día. Simón labrador desposeído, salta en volcán agitado, en candela hacia arriba, en pólvora dirigida. Regresa con el mundo a cuestas, sal de lágrimas petrificadas, inmemorial vencido que otra vez a golpe de corazón ya quieto, entre amapolas recientes y antiguos vientos huracanados, levanta los rebaños ardientes. - Detenida tormenta - desprendida de mi ala - piensa la María eterna con su hombre caído en la falda, - ahora le miro en los ojos las nubes bajo el sol que regresa - caracola del mar del llanto del indio - abeja antigua hoy hormiga presente - persiste todavía en no ser ayer - y sí ahora - sangre común repartida -. Ay, Faicán iluminado, vieja rama que retoña, tierna espiga endurándose para semilla, rebelión que camina, boca del hambre que no termina, que suene tu bocina, que resuene, que le despierte al Simón y a los muertos que están vivos todavía, insepultos entre el dolor y el a-mor todavía.

## VII

## CAZADOR CON QUERELLA
## RASTRO PRENDIDO

Pablo Faicán anduvo por ***chaquiñanes,*** de choza de ***huasipunguero*** a corral de ovejero, o enramada de ***cuentayo*** que vigila las sementeras maduras de la hacienda en la noche con lluvia helada, a veces con estrellas ardiendo sobre la cabeza del que sale a ver si con el viento no ha entrado el ladrón al filo de la madrugada. Llega, saluda en su quichua del sur, más suave que el del norte, diferenciado por su pronunciación que recuerda al granizo cuando cae sobre los plantíos del maíz aún tierno rompiéndoles las hojas con chasquidos de largos dedos vegetales. Así pues, hombre solo, caminante llega, desconocido llega. Saluda y se sienta, le contesten o no, en el poyo, debajo de cada alero que cobija la casa de barro y paja del peón ***concierto,*** o de los ***comuneros*** empujados a la cumbre de los cerros. Alguien al fin le responde. Puede ser que después de horas, cuando el sol baja y la mujer y los niños vienen de los pastos arreando los animalitos. Puede ser cuando los hombres asoman como fantasmas envueltos en tierra sudada, que ha tomado consistencia de arcilla dura sobre sus caras, sobre sus manos. Puede ser que algún viejo haya quedado trajinando por la ***chacra,*** o adentro

entre el bullicio de los ***cuyes*** que piden yerba o del ***huahua*** chiquito que llora.

Sólo cuando le contestan el saludo, Faicán del sur habla, construye el puente de la palabra, humano puente que los une. Se queda entre ellos por días y días. No es huésped. El indio no tiene huéspedes. Un rincón del suelo para dormir, el mismo plato de barro, la misma cuchara de madera para comer, la misma pala de cabo gastado por tanto uso para hacer lo que los demás hacen, en esa comunión de labriegos para quienes la tierra es igual de madre donde quiera que estén. Las mismas faenas por las que se reconocen mientras se espían de reojo hasta cuando alzan la vista y se miran bajo el sol, olvidados los recelos. Ha aprendido y ha enseñado siempre, frotando su seso como piedritas blancas "de río, que sacan chispas. - Sí - yo tengo papeles del señor rey de españoles - que van sudando conmigo - bajo la ***cushma*** van - pero me botan de la tierra - nos roban las comunidades - los mandados del rey quedan vacíos -. - Ya hemos peleado contra ***chapetones -*** con generales sucre - bolívar - abdón niño calderón -. - ¿Y ahora qué? - Tenemos que desenterrar viejos títulos - viejos papeles de rey - ***manavalishco -*** que nada mismo asegura -. - Voy hacia el Quito capital - voy buscarle a patrón alfaro presidente - para decirle - para contarle -para preguntarle qué mismo hace con el indio - comunero perseguido - aventado -.

Recoge puñados, cargas, montañas de quejas, de sufrimientos que le cuentan. En las noches cerca a la ceniza caliente del fogón, de alguna choza más grande en ***hua-sipungos,*** en las comunidades, conversan juntos, pasan revista al dolor del indio - cuando éramos señores dueños de la tierra - con sol y luna - ***taita*** y mama - libres - sin

***chapetones*** - ni patrones - ni santa religión católica - que nos metieron a azote y agua helada - cuando nos quitaron nuestras propias fiestas naturales -. Los danzantes que aún asoman en las procesiones religiosas son guerreros ejercitándose para una escaramuza que no se sabe cuándo llegará. Los espejos que brillan en las máscaras y los vestidos luminosos junto a los cascabeles tintineantes son el mundo antiguo que debe ver y oír la gente india, mientras se alegra. El ***taita*** Andrés con cabeza blanca de cien años, madrugador todavía, todavía manejador del arado, cuenta que estuvo por Riobamba, de peón, cuando le cazaron a un indio de los ***guañangas*** que se puso a gritar - somos reyes del chimborazo -. - Daquilema - de más arriba - se puso la capa colorada - del san josé de la iglesia - se puso la corona - bajó con guerreros indios - peleó fuerte y duro - peleó como macho - venció - le vencieron otra vez - le mataron - pero fue rey - somos reyes de patrones que no sirven - ociosos patrones que viven del indio -. - ¡Ay! -, dice el Andrés viejo de cien años, - pobrecito cristiano - allí mismo le metieron bala - palo - pateadura hasta ya difunto -.

Antes de irse recibe de la mano de alguna ***huarnti*** un atadito - para ***cucabi*** llevarás ***taitico*** - cuidarás - regresarás a la ***llactita*** - prontito regresarás -. Y él, Pablo Faicán ***comunero,*** marcha con su tranquilo paso regular que no cambia ni cuando ve la muerte aproximándosele. Ha dejado los páramos del Azuay, los pajonales de Chunchi, de Achupallas, de Alausí, los valles tibios de los Ambatos, los cerros con nieve. Llega hasta las viviendas cónicas a orillas de las lagunas de los Coltas, a los lacrustres hogares frágiles, de ***totoras*** que se mecen al viento, como los nidos de los gorriones en los árboles y que parecen vencidas, cercanas al agua, pero no, resisten y vuelven a enderezarse,

albergue de tejedores de esteras, de canastos, de sopladores que avivarán el fuego en los fogones con humo. Conoció el color de moras maduras de los pies en el agua y lo que les pasa a las manos, por curtidas que estén, por más que sean las de él, cuando la aguja del hielo continuo penetra y ya no es sólo dolor en la carne sino pinchazo en algún lugar donde el alma del hombre se ha escondido, más adentro de los dedos, del brazo entero amortiguado, inútil, moribundo.

La cordillera, azul de lejos, circular y ondulante de cerca, ahora se quiebra en distancias que no acaban nunca. Faicán ***comunero*** y solo, sólito, está resuelto a cruzarlas hasta conocerlas de cara en cara de indio, hasta llegar a Alfaro con sus papeles bajo el ala. Un día vio por fin el Chimborazo mayor de los montes, del que venían hablándole por esos lados. Se le enfrentó - Grande monte -díme - cuando las ***huarmis*** recibieron las heridas - ¿qué ***cari*** varón ***runa*** cogió el mando? - Y es que una tarde oyó historias antiguas, de boca de un joven Tacunga estudiado, leído, que habló de las peleas de los indios contra los españoles, de los alzamientos contra la autoridad real, de la Lorenza Avemañay, capitana, a la que le cantaban en las cosechas de los indios pidiéndole volver junto con sus compañeros de combate. - No son los blancos los que se han parado duro contra los ***chapetones*** - son los indios, somos los indios los que hemos muerto matándoles - empujándoles de nuestras heredades, aunque siempre vencidos -. Y cuenta durante horas lo que él sabe sobre los antiguos indios alzados, bravos, que lucharon contra esas leyes del obraje, de las aduanas, de la ***mita*** - donde caían igual que moscas los mineros en las oquedades ardientes mientras les gritaban los capataces, dándoles látigo, con largos ***chicotes,*** desde lejos, - fuerte a la roca - pártela ***mitayo*** - el

hierro es duro no se rompe - a la roca hay que partirle -. Y la roca se partía con el hombre. A veces antes el hombre. Del ***concertaje*** hablan, que aún subsiste y hace del ***runa*** peón de hacienda y de su familia, una propiedad más de los amos, igual que los arados, igual que los árboles -igualito que los animales - por eso los compran y los venden con las haciendas. Y los hierran y los capan también.

Conoce que no solamente trabaja sobre la tierra, debajo de ella el indio ***concierto.*** Entre los peones se comenta lo que pasó con el mayoral de La Concordia, hacienda manejada por la patrona Regina Falconí, de los Cordoveces altos, dueños de la provincia entera. Bien parado, bien presentado el peón Mayhuashca pasó prontito a mayoral. Le dieron lugar en la cocina para que comiera los platos con carne, con frituras, con manteca y queso, que se servía en la mesa la señora. Poquito después el Esteban Mayhuashca era requerido para las cuentas. Aprendió a tarjear, es decir a rayar con cuchillo las jornadas de los ***conciertos,*** en la tarjas hechas de caña brava, a las que se las hendía de acuerdo con los días de trabajo del peón. Descifraba las letras al comienzo, más tarde leía los nombres,' rústicamente escritos, también, a punta de cuchillo en la madera. Ya la patrona Regina entrada en años, que no se casó, fuerte y robusta domadora de toritos cerriles en el páramo a donde por días largos le acompañaba el mayoral ya calzado botas, quitado el zamarro, puesto camisas compradas en la ciudad, no podía manejar La Concordia sino con él. Era su brazo derecho, el medio mandón, el que pegaba a los ***huasicamas*** y ***cuentayos,*** el que insultaba a las ordeñadoras que llegaban al amanecer y con los dedos entumidos, porque no llenaban de leche los baldes grandes que se mandaban a vender a los pueblos

vecinos. La patrona le daba más prerrogativas cada vez, pero cada vez lo retenía más en las largas noches oscuras para que - la distraiga - la cuide - la monte. Cuando no estaba de humor lo despedía terca, le volteaba las espaldas, le echaba los perros bravos encima. Así se le fue llenando de espinas el pobre ***pishcu*** del Esteban ya ojeroso, malgeniado, con el demonio bailándole adentro, hasta que un buen día dijo no. —No quiero más ser garañón sin cría—. En castigo regresó a ser gañán, simple peón de labranza. Pero parece ser que a la patrona le gustó el cuerpo que la aquietaba de esos humores de enlazadora de toretes, de rejoneadora forzuda, de descargadora de azotes sobre los ***runas,*** que no sabían el por qué de tanta rabia desatada, y lo llamó de nuevo, lo invitó al recorrido de los corrales donde mugía el ganado recién encerrado, y más arriba, al cerro donde los grandes padrones llamaban a la vacada olorosa a yerbabuena y a montes con aromas de pastos puros, sin huella de hombre. Se dice que allá arriba más virago que abajo la patrona lo rendía, lo forzaba una y otra vez a seguir en esos ***enchangamientos*** ardorosos, con insultos y exigencias mayores, que al fin no aguantó el Esteban más ojeroso todavía. Y se huyó, se fue. Gran cacería preparó la dueña de La Concordia. Los mejores chalanes en potros experimentados en la doma y el rejo salieron con ella a la cacería detrás del fugitivo. Lo encontraron escondido entre las pencas gigantes que señalaban los linderos de la hacienda, a muchas horas del correr de los caballos. En la más alta cabalgadura iba ella. Todo fue verlo y lacearlo. Los mozos de la doma la siguieron. Así fue llevado el Esteban al sitio donde ardían los fierros para marcar el ganado. Amarrado, con los pantalones a-bajo, fue echado al suelo. En la nalga derecha, indicó la patrona, desde arriba de su yegua negra. El Esteban gritó cuando el fierro al rojo vivo dejó las iniciales R F en la

carne, con una chamusquina que subió a las narices acostumbradas al olor del cuero quemado. - Más peor ha sido la quemazón del cristiano -, parece ser que comentó el mayordomo viejo que la conocía desde jovencita. Ella, dicen que replicó —Así el ***longo*** alzado no se olvidará que tiene dueña. ¡Qué se ha creído!

Más tarde resurge esa otra historia de las mujeres peleadoras, que se le quedó en la cabeza y que no puede menos que contarle al Chimborazo - los indios de todos estos lados se unieron - se armaron - cayeron sobre el pueblo de españoles - hasta hacerles gritar misericordia - entonces -cuando hombres cabecillas murieron y desde antes mismo -una mujer mayor, amarradas las polleras anchas por la mitad - Manuela llamada - capitana - ordenaba -. - Les dirigía a los mozos -. - Con armas robadas - conseguidas -con palos y con piedras también - llevaba las batallas -hasta llegar al pueblo - hasta decirle al sacerdote con la hostia en la' mano - eso es trigo - vea señor - que nosotros mismos sembramos y molemos - el dios no está allí - no mientan ***laichus*** pendejos -.

Cuando la ***huarmi*** valiente murió - díme monte chimborazo nevado - ¿qué ***cari*** varón ***runa*** cogió el mando? -
pregúntale al sol que está cerquita de vos - pregúntale -si los indios cuando luchamos contra los blancos - es sólo para morir - ¿para no vencer jamás? - Pregúntale si algún día nos devolverán la tierra - los ***ayllus*** nuestros - de nuestro gobierno - el alma que nos han quitado -.

Llora el Faicán viudo de la Trini que vive lejos, detrás de todos esos cerros nevados, porque el corazón se le ha puesto a saltar ante las nieves, en tanto el viento resuena como mugiente manada de toros bravos golpeándole el

pecho. Despacito baja, regresa a las pampas, al desierto, a los ***chaquiñanes*** de los hombres. Pero vuelve a subir por Pulí y por Galte, por los cerros pelados donde ni la yerba crece y donde su pie deja el eco" de la pisada solitaria en días y noches de no encontrar a nadie, de no encontrar nada más que roca desnuda, seca, sin pajonal siquiera.

Por los caseríos de San Andrés oye hablar de nuevas batallas que no son antiguas, pero ya lejanas, pasadas a cuentos que se dicen bisbeseando, cuando se descansa a la tardecita, y no se sabe bien si se habla o se espera. Así conoce que allí estuvieron los liberales, cuando las ***montoneras*** de Alfaro vivaquearon entre ponchos y chozas, y las ***huarichas - papay*** mujeres - de los ***chápalos*** peleadores - acampaban cerca a las tropas y se ponían allí mismo a buscar comida para los maridos, a lavarles las ropas, a parirles los ***huahuas*** que luego iban cargando junto con todos los enseres, cuando no se les morían.

Los peones de un jefe de las ***montoneras,*** llamado Infante, contaban, un día los reunió en Manabí y les dijo — ¿quieren ser libres?— y cuando todos contestaron que sí, él volvió a replicarles —bueno pues, peleen, todos tienen machete, cojan caballos, vamos con Alfaro —A la guerra pues, a matar godos y serranos ***curuchupas.*** Compren su libertad peleando, sean libres.

Así comenzaron, con peones costeños de ***cotona*** y machete, la gran caminata sobre la Sierra, hasta llegar a Quito, entre bala y vivaque, entre muertos y voluntarios que llenaron las filas vacías, entre hambres y ríos y selvas, entre alzamientos de poblaciones que les recibían con júbilo de bocinas y flores, y otras negras de odio en las que el veneno subía hasta el aire sin júbilo para bajar en la flor

de la candela escondida, del fusil godo, con el que los recibían y los mataban mientras subían la cordillera.

Muchos indios ***conciertos*** huyeron de las haciendas y se metieron de voluntarios. Soldados rasos o sirvientes de soldados y oficiales eran los indios. Llegaban callados, pacientes esperaban hasta encontrar un portillo en la guerrilla para entrar como sea. Alguna vez, antes de una gran batalla, dos ***runas*** de a caballo llegaron hasta donde Alfaro - que por allí estaba subido a su potro alto - arengando a su tropa - y le preguntaron - ¿qué será de nosotros los ***runas*** - señor? - ya fuimos vasallos - ya somos ***conciertos*** - ¿qué otra cosa seremos? -.

Y Alfaro, dicen, se bajó de su caballo y les dio la mano. —Ustedes serán libres, igual que nosotros—. Y los ***runas comuneros*** gritaron delante de todos - ¡viva Alfaro libre! - ¡liberal liberado! - y le pidieron permiso para ir con sus tropas, para pelear a su lado. Así fue como uno murió al lado del hombrecito-prieto, con mirada de cóndor, que pasaba tranquilamente entre sus enemigos asustándolos, según contaban, pero que en ese día preciso, en los arenales que mueven sus mareas de sed y tierra muerta, —porque el Chimborazo se llevó todos sus jugos—, en ese desierto de arena, con el gran monte por delante revestido de agua escarchada que le llenó de blancura y de frío, de pura nieve de luna y de luceros que el sol aumenta en sus cumbres, en ese preciso mediodía y hora la cabalgadura de Alfaro trastabilló desmoronándose entre balas. Pedro Pillajo que llevaba en su mano la vara de alcaide de su comunidad, donde las ***llamingas*** se habían refugiado junto con los perseguidos, se bajó rápido de su potrillo flaco y cogió las riendas del alazán, impidiéndole la caída al que, ya rodeado de sus asistentes, se retiraba del puesto sinies-

trado. Rabiando, perdidos sólo en segundos de fijar el tiro, los godos aclararon su mente y le pusieron el ojo al poncho colorado. El potrito se asustó y salió en estampida. La arena se arremolinó y se metió en los ojos abiertos y se fue empapando de sangre que luego desapareció entre las olas grises que el viento, una y otra vez, volvía a levantar.

Francisco Cacuango, su compadre, su amigo, esperó. A la noche llegó y desenterró al principal de la ***comuna*** de Carihuairazo, al que la pleamar de la arena ya lo había sepultado. En la angarilla de alisos tiernos lo cargó y fue con él hasta las tierras de la ***comuna.*** Las ***llamingas*** alzaron sus largos cuellos, aún más, al verlo regresar. Lamentos de bocinas y de ***pingullos*** y del ***rondador - cari - huarmi -huahua*** - junto a la arruga en la frente de los cabecillas, de los ***rucus*** que comentaban - ya estará lejos el jefe Alfa-ro - se fue nomás dejando al difunto caído - no te ayudó -no te mandó los soldados liberales para proteger el cuerpi-to muerto -. - Esperar - tenemos que esperar - si es bueno -justo - volverá - cumplirá -. - Pedro Pillajo resucitará -montado en su potrito perdido - Batallón de ***runas*** mandará -. - Capitán de Alfaro - vencedor -.

Las voces que escucha se le van caminando por dentro en ríos, en arroyos, en crecidas de torrenteras con más que agua, con vidas que se le suben al pensamiento, que ya nunca más será seso del Pablo Faicán sólito. ¿Cuántos años anduvo descuajando días, hambres, soledades del cuerpo, buscando, buscándose? Vestía calzón de Salasaca, poncho de Tacunga, alpargatas de Pelileo, camisa de Pin-tag. Sólo la ***cushma*** cañareja con los papeles adentro, venía del comienzo. La piel de la ovejita que le regalaron en Romerillo se quedó en las rodillas del ***rucu*** Andrés,

de cien años, que ya sentía frío.

Lo que estaba metido entre las brumas de la neblina, cuando dejó el ***guando*** de las máquinas que cargaban hacia Cuenca, se le ha vuelto el propio ser. Tiene sus acompañantes que ni le siguen ni le adelantan, que van con él, en él. Rumiñahui del principio, Daquilema alzándose hasta ser rey con capa y corona, Lorenza Avemañay, las mujeres guerreras contra los ***chapetones,*** este presidente Alfaro al que quiere ver, Pedro Pillajo con todos los indios de las ***montoneras,*** los cabecillas de las comunidades, los peones quebrados entre hacienda y ***huasipungo,*** las ***mamas rucas*** que le han dicho hijo, las mujeres multiplicándose en faenas y ***huahuas*** que se les mueren, los niños vencedores de la muerte, bellos hasta que caminan, porque allí comienza su tarea de hombres viejos. Los mil rostros de su pueblo, de su sangre, lo acompañan.

Ya le han llevado y traído recados de la Trini y del hijo que crece. Ya sabe que les pagaron con más plomo en Cuenca a los cargadores de la luz que dicen brilla hermosa allá. Deja su palabra encendiéndose en las chozas, conoce los nombres de .las gentes y de los montes y pueblos donde encontró amigos, ***runas*** iguales, sus semejantes. Más sorprendido que cansado se queda en Machachi. Mira el valle verde, el ganado gordo, las queserías con sus olores de cuajada y fermento, las aguas que borbotean escapándose de los volcanes - como yo Faicán que corro suelto - escapándome también - que no encuentro el volcán del indio -que no sé donde se esconden los daquilemas - las lorenzas -las mañuelas guerreras - los pumas - los alzados - los ***montoneros*** de Alfaro. En sombras todos lo acompañan. Lo que sabe de cierto es que Alfaro ya está en la presidencia. Y es a él al que lo busca.

Entra por Chimbacalle, camina por la Mamacuchara, sigue por Huangacalle, sube las gradas de la Catedral Mayor, desde donde, seguro, lo verá salir de la casa grande que llaman palacio de gobierno. De madrugada pasan los indios hacendosos. Cargan las tiendas de las cajoneras instaladas en los portales y que venden al menudeo bazares enteros. Los indios siguen cargando, piensa. Sin las andas del ***guando,*** sobre maderas que se acomodan a la espalda. Estos con cinchas sobre la cabeza, que es para pensar, siguen cargando. Está cansado. Ya era hora de llegar. Qué de años ha caminado, ha esperado este día. No ha medido el tiempo, no se ha ocupado de sus números, fija la mente en este encuentro.

Se le acalambran las piernas pero se decide. Baja las gradas, llega a la puerta grande de la casa grande y se atreve, sí, se atreve a preguntar al soldado de guardia - por el amo presidente Alfaro -. El soldado junta los pies, baja el fusil, se lo queda mirando, pensando —¿de dónde salió éste, será correo de los conspiradores, será bruto, le mandaré a la cárcel, le daré un puñetazo, le meteré un tiro? No sé—. Parado ante él, sombrero en la mano, el indio quemado de soles y de vientos y de páramos, flaco hasta parecer un fantasma, se está quieto, atento, le aguanta la mirada. Una claridad que él no puede entender sale de esos ojos, los más oscuros que jamás ha visto. —Ya murió, hace años, ¿no sabrás? Ya no es presidente, ya... andando mejor, fuera de aquí, rápido—. Las cornetas suenan, la guardia toda, de todos los lados, de la casa grande, se moviliza. Pablo Faicán indio es estropeado, tirado a la calle.

En las posadas de los indios, que son destartalados galpones en las afueras, en cada boca del pueblo, en los talleres de los carpinteros para los que carga madera, re-

coge, en fragmentos, la historia. - Eternidad ha que lo mataron. Lo trajeron preso, lo dejaron en el panóptico, a él y a sus hermanos, y los capitanes. A todos juntos.
- ¿Quién mató? - ¿quién mismo le mató? -, pregunta Faicán, viejo de muertes más que de años. - El gentío que tomó el panóptico - ¿Y no habían guardias, soldados? -
- Sí había, pero se retiraron, lo dejaron ingrimo. - Aullando los milicos del Gobierno, los alzados vienen, decían. Los ***caranchos*** —palabreados— subieron San Roque, nadie los paró, iban armados. ***Caranchos*** y liberales traidores también, treparon a las celdas. - Toda la cárcel inmensa fue abierta. Dicen que a él, ***mamitico,*** le mataron de un tiro antes de arrastrarlo. No se sabe. Algunos estaban vivos cuando los jalaban como a perros muertos, de las patas, calle abajo. Sonábanles las cabezas en las piedras.
- " ¡Viva el Corazón de Jesús - viva García Moreno - abajo Alfaro - mueran los liberales - viva el Gobierno!" Las beatas llevaron sogas, llevaron leña, llevaron candela. Con las uñas arañaron las caras. Sacaron los ojos. Arrancharon las partes nobles del hombre, las botaron a los perros. Hicieron un fuego grande en El Ejido, los quemaron. Olía a carne chamuscada en toda la ciudad, durante días. Nadie lo defendió. La traición se enroscó en la cobardía. Murió por gusto de los mismos liberales, solo, sólito, hasta ser ceniza

Los papeles del rey de España y las Sicilias se arrugan más, se amarillan más sobre el pecho en hueso puro, en costilla pura, que se sube en acordeón, con sonido de viento en páramo en la sangre del Faicán que llora - no te defendieron como alcaide Pillajo te defendió - Si hubieras sido de los indios - te juro - ***taita*** Alfaro - esta plaza grande se llenaría de ponchos - de más rojo colorado que los gritos que te mataron - de más soles de sangre - de otras can-

délas que ese fuego donde te metieron.

El Pichincha se le vuelve oscuro gavilán de nnedo, de soledad que otra vez se le monta sobre los ijares caminantes, hasta que un día, una boca le habla en algún lado, en secreto. Se siente obligado a seguir más allá, camino al norte, más lejos todavía. Fanegas de años de sufrir lejanías pues no sólo para el pie trotamundos, para el alma apegada a mil caminos humanos, porque ya no es solamente su ***comuna*** lo que le inquieta. Son todos los que sufren los que se le han metido dentro de la carne y lo empujan.

Al pasar por El Ejido encuentra a las cuadrillas de peones que limpian la maleza y siembran árboles. Un jar dinero de los de Calderón, a los que los liberales les conce dieron la gracia de servir de ***capariches*** en Quito, le cuenta mientras le hace compartir el fiambre, que el señor Gobier no ha ordenado hacer un gran parque en ese lugar - para que la gente se olvide de la hoguera - de los aliaros - de las montoneras - y sólo pasee - se divierta - retoce -. Se a- cerca al sitio que el hombre le señala, sitio de la quemazón. Tiembla el que ha soportado siglos de muertes, tiembla. Se pone a hablarle despacito a Alfaro vivo. - Vine a pie del sur azuay para conocerte - para reclamarte tu palabra - difunto alfaro - para reclamarte y pedirte ayuda - pobre patrón bueno - que decimos los indios -. - Se acabó la pala bra - ya no hay palabra que darnos - la palabra tuya - nues tra - se perdió en el arenal -. - Ya no busco gobierno para el reclamo -. - Me golpeo el pecho triste - con los papeles del rey - Lloraremos sangre todos los indios - pero un hombre habrá - para ser dos - no el ***chucaro*** impar que va sufriendo - que soy yo - Faicán sin mujer - sin hijo - sin patria que me retenga -. - Pero qué compañía grande llevo con este gentío adentro - hasta con vos muerto - quemado

adentro - ardiendo vas todavía en mí - en los míos - que pudieron ser tuyos -. - Sacrificado - muerto - ya eres nuestro - Alfaro señor -. - Mejor ***taita*** Alfaro pobrecito - igual que el indio desollado - quemado -. - Hasta las cenizas te han aventado lejos -. - Vamos juntos pues - hasta que llegue otra ***montonera*** - juntos para guerrear -. - Si te han matado - así en martirio - algo bueno - justo tendrías -. - Aunque el indio no haya recibido tu beneficio - su libertad - como dijiste -.

Y siguió sin parar hasta el Cayambe nevado que lo esperaba. Pero éste se reclina, se tiende en la niebla azul de la distancia con actitud de bienvenida de gente que parece aguardarlo, aunque ya cerca siente la ventisca arremolinarse en la noche profunda donde va, busca, pregunta, llama. En vigilia, con el cansancio de los días del otro cargamento - porque lleva encima vidas - muertes - montañas -espera hasta que alumbre con su bullicio de chirotes y gallos, de niños y ovejas, la mañana nueva.

- Vos pareces blanco - le dice al Jesús Gualavisí en cuanto lo ve - pero aquí me mandan - vengo - igual a saludarte -. - Entre compañero - me hablaron de usted - ya le conozco - somos lo mismo - iguales - explotados -. Y comienzan a subir la cuesta de la amistad, en quichua. Durante horas entregándose y recibiéndose, acezando, abriendo las compuertas por donde fluye el gran caudal puro, con su carga de energía acumulada, capaz de darle vuelta al molino de piedra del desalojo, de volverle harina buena a todos los pasos, a todos los ayes, a toda la voluntad que ha resistido, del Pablo Faicán ***comunero,*** del Jesús Gualavisí de los cayambes de Guachalá, perseguido.

Así supo que por allí habían pasado gentes nuevas,

compañeros que decían que la libertad es la tierra, que organizaron las ligas campesinas, que prepararon, de fila en fila, de grupito en grupito, de uno en uno, la hora que no se alcanzó ayer - que está en nosotros - compañerito Faicán - en nuestras manos de trabajadores - alcanzarla -. - Mire cómo en México - no hay gamonal que les pare -cuando los campesinos armados y en ***montonera*** gritan -tierra - ¿Y qué es ese México? - pregunta Faicán - y ¿por qué dices ligas? - ¿qué son ligas? No entiendo - Yo conozco comunidad - indiada - peonada - pueblo de todos los pobres también conozco -.

Jesús busca en la labranza, en el quehacer del peón, en la persecución imparable de los patrones, la razón de esa atadura - de ese unirse en redondo todos - de ser liga sin ruptura - en continuidad de círculo - redondo mundo -como dicen que es la tierra - que habitamos -. Y otra vez Faicán, que necesita estar seguro, ahora que ha encontrado al otro propio que buscaba. - Liga dices de campesinos -pero yo - nosotros somos indios - sólo el indio trabaja -¿dónde está pues el blanco que trabaja? - talvez vos blan-quito que eres - por bueno que pareces - trabajes -. Y Gualavisí, hijo de indios y con abuelo blanco, con bozo rubio que le asoma sobre su cara amasada con tierra rojiza, vuelve a recomenzar la explicación, de la que él mismo aún no está seguro - pero que - los compañeros me dijeron -.

Y pasan días conversando mientras la mujer les pone café y choclos, sopita de habas y ***máchica,*** en la mesa donde los papeles blanquean y que ellos llenan torpemente, tranquilamente. La cabeza le arde al hombre que dirige la comunidad, sin ningún códice a la vista. Piensa que jamás va a asimilar esas explicaciones escritas, que nunca de-

senredará ese tejido sutil que se le complica cada vez más. Recuerda la escuela de los frailes, donde le golpeaban con las reglas en los nudillos tiernos cuando se equivocaba. Ahora hombre que va para viejo, vuelve, retoma la ansiedad del niño al que le hablan en castellano de cosas nunca oídas, jamás conocidas, que debe comprender atragantándose, corriendo con el seso para no quedarse atrás alelado, jadeante, burlado, inútil. Juntos aprenden ahora. Suprimen, aumentan, avanzan.

Ha sudado. Hasta con lágrimas le reconviene a su cabeza dura, para que - entienda que Jesús Gualavisí que es joven - jovencito - también es como su ***taita*** - como su padre - con un dolor de engendramiento que se siente -de esos del pobre después de la cópula - que sabe que algo de sí - que será su hijo - padecerá - desprendido de su árbol - sin su sombra - con su savia vuelta sangre en el otro -. El cuerpo tierno aprenderá también entre dolores, hasta morir como hombre, aunque no viva, aunque no haya vivido como tal. Pero él, Faicán, se duplica también en este mundo nuevo que descubre. Nunca más solo. Compañero le han dicho. Compañero será. Bañado en sudor comprende que se le ha puesto nuevo el entendimiento y se encuentra con que le ha nacido el otro, que le faltaba.

Juntos con Jesús han caminado de noche hasta los ***huasipungos*** de las haciendas que los militares retirados de la guerrilla alfarista manejan, agricultores de paso, ya patrones, después de haber sido guerrilleros. Tímidos rayos de luz salen de la choza del dirigente Ulcuango cuando ladra el ***allcu*** anunciándolos. Hombres y mujeres llaman sin que ni el aire los haya sentido llegar. Pasarán la noche llenándola con su amistad, sus quejas y sus iras. Faicán le ve salir al sol allí adentro. Se quejan es cierto,

hablan de sus sufrimientos es cierto, pero no se quedan' a-11 í. Este es un combate, otra guerra, piensa. Ya están planeando cómo luchar contra el mayordomo, cómo disminuir las horas de la jornada de las mujeres que cuidan el ganado, que exprimen, que hacen los quesos, que tienen que dejar los ***huahuas*** botaditos - huérfanos - ***huacchos*** de toda madre - en las chozas distantes. Siente que las palabras se levantan en instrumento, en pica que abre una trocha por donde pasarán. Seguro encontrarán un día el camino real, camino grande, hasta Quito, donde otros pobres están haciendo lo mismo que ellos, calladitos en la sombra, sembrando.

Cuando Pablo Faicán habla es como si el cerro Narrío entrara con todas sus ***huacas*** llenas de vasijas maternales, de queridos esqueletos, de collares de cuentas de plata, de figuras de oro en serpientes, en alas de ***quinde,*** en cintas entretejidas con metales brillantes. Y más. También en reventazón de Tacuri, en los caídos del cerro, en el Simón Mayancela que le ponía el estribo al patrón y corría junto al caballo sin parar hasta que le dejaron sentadito junto a su María, fluyendo sangre, yéndose en su hipo, acabándose. No aprende todavía a usar la palabra compañeros. Les dice hermanos, ***taitas, mamas,*** sangre mía. Le han aplaudido. El no sabe lo que significa eso de hablar en Asamblea. Pero se levanta. Sube su poncho doblándole en el hombro y alza su mano y jura que será hasta el fin. De pie hombres y mujeres, con pasión de puño cerrado que es también ternura, amor nuevo que se les ha metido en la mitad del pecho, le nombran dirigente del sur, su doble, su delegado, su otro yo en él. Faicán irá a organizar las indiadas primero, para que se salven todos los pobres después. - Ya verás compañerito Faicán - qué lindo va a ser mañana -. Hasta que un día debe partir. Parte.

De nuevo sombra apenas desprendiéndose da la vuelta, ahora con el amanecer que le nace en la frente nombrándolo.

Le esperan los de Chimba y Tierra Nueva para encaminarlo por ocultos senderos - ya que los soldados están caminando aquí - persiguiéndonos - y tienes que largarte por ***chaquiñanes*** chiquitos - escondiéndote -. A la altura de Cayambe ve luces que caminan en las calles. Luego oye el salve, salve gran señora, con música de indio que suspira. Levanta una sola onda afinada hacia el cielo y suena como látigo al bajar cuando se encuentra con la carne doliente y la lastima. Alcanza a distinguir el negro grupo que carga las andas de la Virgen en la procesión de la aurora. Y vuelve a verse entre los desfiladeros llevando las inmensas andas pesadas sin piedad, sin canto, con resuello de pulmones que estallan, que estallaron. Por fin estos aquí no soportan esa carga. Es otra, lo sabe, la que llevan en su mente. Por fin los indios van por los desfiladeros sin ser bestias de carga. Va él, no todos, es cierto, ya será. Ahora lleva su alegría brincándole, subiéndose en lágrima que ya no es de pena, más bien de encuentro, escarcha que humedece la madrugada. Cuando el sol asoma detrás del Cayambe, encendiéndole las nieves, Pablo Faicán lo saluda y lo deja^atrás. Pausadamente se pierde en la cuchilla de los montes camino al sur, la mañana niña sobre los hombros. La luz, ésta y la otra, a cuestas. La montaña inmensa lo traga, una vez más.



*Asustados los peones buscan a patrón Recalde. De lejos, en medio del alborozo de la ciudad, lo vieron grande, cada vez más grande, entre caballeros blancos, gobernadores y obispos. El estribero casi llega al altar de la plaza grande, al pie de los caballos de paso, a los que ya igualaba en la carrera final, pero ahí mismo, en la entrada, lo detienen guardias armados. —No* longo*, vos no pasas. Esta es reunión de señores—.*

## VIII

### NARRIO HUESO ESCONDIDO
### LUMBRE QUE NO CESA

Se han sucedido las siembras, las cosechas, los gobiernos, las generaciones, la vida, la muerte. Todavía camina Pablo Faicán corozo del hombre que fue, que sigue. Intacta su fiebre de entendimiento le zumba adentro — ¡ay moscardón sin salida!—. El tiempo se ha aposentado en su carne igual que en la tierra. Sol que gira, lluvias y vientos danzantes, nocturnos cielos iluminados hasta el milagro de los meteoros huidizos que dejan sus mensajes en las gargantas profundas de la cordillera, o sombra densa, tangible hasta ser piedra que pesa en la mitad del pecho que aun resiste. Mientras sus pies revestidos con su propio leñoso pellejo, ya madura corteza que sangra a veces recordándole que es hijo de mujer, se empecinan en seguir empujados como están por su memoria de regreso, el artesano que Pablo Faicán lleva adentro, y que revive al respirar su aire conocido, prepara sus materiales de trabajo-Transido, en amoroso silencio ante su mundo, devana sus madejas de colores. Ante todo los rojos de fuerza viril que afinan la cabeza del árbol o del hombre en mitad

del fuego del poniente. Cabezas que se vuelven universo entero, época entera, cruz o corona del sueño de los hombres. - Sí, Rumiñahui del anochecer del indio, Daqui-lema que fuiste rey, Alfaro del mediodía, Gualavisí centinela del amanecer.

Hasta cuándo sus manos transformarán en textura gloriosa el manantial de los vellones allá, más lejos aún, cerca a las murallas guerreras del Ingapirca con la misma suerte que ellos, pues sus piedras sagradas han servido de cimiento a la casa rica, de muro a la hacienda ajena, de piso solado, también de testigo y de testimonio, se pregunta Faicán andariego, fatigado ya. En espera, el mínimo devastado desbastador sin vellón, que le camina en la yema de los dedos, suspira. Pasa revista a la policromada superficie de la que es arcilla en movimiento, a la expresión batiente de su pueblo cuando le devuelve a su ceniza su ser original de llama y lo busca en la urdimbre de colores que todo hombre del Ande lleva consigo. Evadido, recuperado, *mitimae* de sí mismo, desterrado de su auténtico ser, el indio persigue la impronta de sus propias huellas antiguas y del mundo que lo aprisiona y protege, para encerrarlo en su quehacer de alfarero, de tejedor, de pendonero en desafío, de músico *en pingullo* de huesos y alas, de danzante atizador de brasas resurrectas. Aparentemente perdido ese mundo, él lo conserva en celosa entraña protectora. Pablo Faicán que lo vuelve a encontrar, viejo por fuera, mozo por dentro, se adelanta al acto por el que se plantará ante su telar viudo, y enamorado de nuevo lo llenará de esos torrentes cálidos, amorosos, que lo agitan. En instantáneo reflejo regresa también a la espalda de la madre, que <« veces lo carga todavía.

A h , *mamapacha* eterna - difunta mama tortolita
-

de alas quebradas en eso de volar entre faena y castigos -no pudiste mismo salvarle al diminuto pastor - perdido entre tormentas de hambre y ríos desbocados - cuando los cerros se le venían encima 7 en tumulto de chozas desgajadas - de animalitos y ***longos*** arrastrados entre ceguera de espanto - y la fuerza de toro - del agua embravecida -. - Siempre lejos tu pecho mío - tu mano hacedora del único tizón que resplandecía en lo oscuro - tu cuerpo casi yesca pronta a prenderse - quemándote por dentro -. - Ay -***mamaquilla*** ausente - te devolveré a mí -. - Serás hilo a hilo el manto de mi cuerpo - color a color el cielo de mi alma -. El desterrado que regresa después de haber vencido las distancias sabe que esa urgencia de reencontrar a la madre, evadida entre afanes que la consumieron, se vuelve fiebre crepitante, igual que el hambre que le agrieta sus muros carcomidos. - Cuánta penuria contada en el telar - se dice Pablo Faicán que deja atrás el azuay-nevado, baja por tres-cruces y se encamina por el culebrillas hacia las estancias pesadas y dulces como ***bungas*** llenas de miel, hacia los valles del pan-sembrar, - cuánta vida mía detenida en mis manos quietas - que se me escapa ahora - al galope -potrito desbocado entre abismos sin rastro de cocuyos -entre cerros sin fin - donde he tocado las quietas luciérnagas de arriba -. - Cuánta fuerza creadora en sus pulsos agitados cuando desciende por los desfiladeros que se tropiezan con las nubes y le dejan ver toda la Sierra iluminada de norte a sur, que cabrillea en el mar de las neblinas azules, tierna y en paz, sin ningún mal rastro, sin ningún grito de muerte perturbándola.

La increíble trabazón de montañas y hondonadas de la cordillera que se entrega y escapa a cada paso, y vuelve a darse, ya lo tiene en deslumhrado vivir y morir, todo al mismo tiempo. Ha visto a la distancia el verdor relampa-

gueante de sus ***chacras*** donde crece el maíz que dio comienzo a su historia de hombre. Precisamente allí algo lo eriza como a zorro inquieto que le presiente cercano al cazador invisible que ahí está. Entre temor y sorpresa del encuentro tiembla ante lo que le es devuelto. Su mundo oculto que lo acompañaba por dentro se le planta afuera. Ya le es lo mismo sentir que ver. En este horizonte está pues su primer espacio advertido, sufrido, gozado, que anda pegado a su costado, urgiéndolo sin pausa, que ahora se desdobla y lo duplica, lo crece tanto que puede aprisionarlo con sólo extender sus brazos poderosos que han vencido a los gigantes blancos dueños de su ser y del frágil tiempo de su ser de ***comunero*** errante. Ya lo tiene en el cuenco de su mano. Ahora sí puede repasar su diminuto tránsito de pichón de indio hasta este empujón de ala de cóndor que lo conmina.

Cobijo de paja y tierra, escozor del humo que lo adormece, compañía chirriante de los ***cuyes*** con hambre, su primer recuerdo. Luego mano de mujer espulgándolo, peinándole su pelo de recia hebra brillante, que se vuelve trenza compacta bajo el diminuto sombrero de lana, al que el viento macho del verano lo convierte en cometa voladora sin hilo, sólo con sus temblorosas y pequeñitas canillas de aprendiz de pastor detrás. Las garúas de hielo lo azotan y los golpes caen igual que sobre todo niño no más grande que las ovejas, sin saber de dónde llegan, ni por qué, ni cómo. Ya ***longuito*** con cicatrices y experiencias, se ve de mano de su ***taita*** —peñón que camina con él a la escuela— a través de improvisados puentes, de distancias de espina y piedra, hasta el pueblo. El hambre se esconde entre pizarrones y tizas, entre jalón de oreja —porque eres ***runa*** bruto no aprendes ***castilla*** —el quichua ***—manavali*** —no sirve en escuela —no es lengua de cristianos—. Y el

castigo en el corredor por donde pasa todo el mundo. Se ve con las largas orejas de burro, asentadas en gorro de papel con la inscripción: "soy bruto, no aprendo", mientras le cuelga el ***guango*** sobre la ***cotona y*** cada escolar se siente en el derecho de halarlo. La vuelta al redil es peor que el castigo, **—*longos*** ariscos peores que conejos en el monte. La letra con sangre entra. Toma, toma para que aprendas lo que el maestro te enseña—. Los nudillos sangran, la regla es compacta y dura y hay obligación de contestar -***dioselopay*** señor - perdone señor -. Esa persecución, esos temores que lo volvían cadavérico, temblor lívido, lo han seguido por todas las estaciones del indio, para el que no rigen las leyes de los otros, libres aunque sean como ellos de pobres, pero que han logrado, a fuerza de renunciarse, disimular esos contornos que son denuncia. Porque eso, los zapatos, el pelo corto, el ternito de tela barata comprada en almacén, los distinguía de quien se llama - para servir a Dios y a su merced - Pablo Faicán - amito -. Su frío de larga edad se arrebuja en las bayetas del telar de los suyos. Por eso quizás su ponchito de colores, casa y refugio, fue tasajeado un día. Lo encontró tras una carrera de alegría ajena y jadeo propio, sobre el espantapájaros del huerto. Remolino de risas lo esperaron, como aquel otro día cuando el alumno blanco, de pelo rubio, se sienta detrás de él y hace de su trenza encintada - mama sacó de su pollera nueva - para amarrarlo - el ceñidor escarlata -un pincel grueso que chorrea tinta espesa mientras la alegría ululante de toda la clase lo zarandea y sus alpargatas, blandas de los pisotones, no saben a qué lado llevarlo. Se ve también entre la pesadilla de los pellizcos y los ***cocachos*** de quienes no lo admiten como compañero. —Porque, como dice mi papá— qué atrevimiento el de estos ***longos*** filáticos, que quieren ser gente—. O, —piojoso indio ***huangudo,*** toma trompón en el hocico—. —Bienhechito

***longo,*** aprende a saludarnos a los niños patrones tuyos que somos—, mientras él, que sangra, no puede, no debe... Algunos tenían hambre como el asustado Faicán bozalón. Se les veían los dedos entumidos en las rotas botas de suela cruda. Pero eran niños, cosa imposible en los indios y hablaban la lengua cruel del maestro. —13, recuerden al conquistador Francisco Pizarro, con 13 bravos españoles cruzó la raya, trazada en la arena para dividir a los valientes de los cobardes, antes de ir al Perú. Siendo todos caballeros, todos los 13 eran valientes, ¿comprenden?—.

El torbellino de nombres, espadas, arcabuces, cascos y acontecimientos de la Colonia, la historia que deben tragar, levanta ríos embravecidos en su pecho, toros de agua, como los que sufrió en las tormentas de los páramos. Se ve, ***longuito*** escolar, que quiere aprender a pesar de todo, con los ojos bien abiertos y la oreja colorada de los jalones que le da el hermanito cristiano, oteador de infieles. —La madre Patria, generosa, les dio idioma y religión, civilizadas costumbres, a los primitivos habitantes sumidos en la barbarie. Ni siquiera tenían nombre hasta que llegó Colón. No, fue Américo Vespucio...— Gira entre reyes y virreyes, gobernadores y obispos, entre santa inquisición salvadora de herejes y aguerridos capitanes castellanos, que vencían siempre a los alzados salvajes, incrédulos, ociosos, que odiaban el obraje y la ***mita,*** las salvadoras instituciones que, con las leyes de Indias... - No quiero recordar más - Gualavisí compañero - no puedo -. Las aspas trituradoras de la gorguera del profesor con sotana son molino. Suda de nuevo, suda sin respiro detrás de la letra. Todavía suda.

Tramas de los grises, de las muertes que ha vivido desde que nació, encenizan su ira plantada en algún cogollo

sagrado de su ser que no se rinde. Porque más que la muerte es negro el oprobio que reciben todos los días, en todo lugar, a través de la pateadura de la boca de los de arriba que mastican con asco la palabra indio, hasta escupirla impaciente de odio, bala disparada con la ancestral mecánica del desprecio, que en ellos, los que nada valen, penetra hasta cortarles en dos, en mil, en infinita astilla. Partido árbol, del propio hueso. ¡Si lo sabrán ellos! Bala de soldado, sable de policía, garrote mayoral implacable, espuela de patrón, abriéndoles cada vez y siempre. Hasta que se precipita en cascada la menguada fuente que circula en nuca de peón, en amoroso brazo labrador que a veces se ha vuelto iracundo redoble del tambor de su propia piel, tendida al sol de seis a seis, en hinchada ingle de estribero - alaú Mayancela del ***guando*** a-sesino - en lomo animal cargador de todo -. - Te recuerdo patroncito Recalde - diputado que caminas en Quito rezando oraciones a la patria - ecuador - hacienda de los patrones Vega -. - Somos, piensa, campo de conquista todavía. Nos deszocan de generación en generación - para que nunca seamos aprendices de gente - peor aspirantes a hombre -. - Nos hunden en cada crecida de sus problemas - Nos desangran como a sus reses en el matadero -. - Qué nos falta pues, se pregunta, para que una vez ganemos nuestra guerra que viene de lejos, desde la crispatura del que armado con honda sintió la pólvora, vio el eclipse y comprendió la razón del despojo, qué sino ser nación otra vez, con historia de hombres, con mezclada convocatoria que llegue en las bocinas antiguas, despertándoles a los que duermen sobre sus propios huesos acumulados en montañas de abono, para que manejen nuevas armas, de brazo y de mente, ¿no es así? - Crujen de nuevo los papeles del rey de la españa y las sicilias, pero ahora acompañados de otros, que le traspasan su candela a pesar de que van dor-

midos en el carril que se fabricó con la piel cita de otra oveja que le regalaron en el cerro, después que se retiró del ***guando.***

Ha llegado al ***hatun-cañar,*** a los ***coyoctores*** de las casas de hacienda que se alzan sobre las piedras labradas de los baños de los antiguos señores naturales de estas tierras, que allí buscaron el agua dulce, la caricia para la piel, el ensueño para la cabeza recostada en las colinas de Sidsid, mientras los ojos se largaban por la curvatura del Ayahuai-co hasta el mar, en medio de los torbellinos de fuego y o-ro de sus nubes cambiantes. Ya no le importa la sed. Tiene tanta alegría como si hubiese bebido el gran pondo de chicha de las fiestas, en su comunidad, sentado bajo a-lero propio, codo a codo con los suyos. El júbilo le apresura el paso. Al fin entra por las abras del Quilloac y se le pega en el tuétano desnudo la gloria del Narrío, que lo espera como doncella engalanada, a la que guardara el Bue-rán celoso. La doncella guarda en su curvado vientre el testimonio de su pueblo y ya no es doncella. Ha comenzado el saqueo de sus entrañas. Los ***huaqueros*** que temen al antimonio dicen que éste se expande en llamitas blan-coazuladas, desde lo profundo, donde el tesoro descansa. Con sus pesadas barras rompen las vasijas dormidas que se despiertan en pedazos, sus recuerdos tiernos esparcidos, su veneranda chicha aún con mareas de espuma desparramándose en el suelo, en el que se riega aguardiente fuerte, abundantemente, para matar los demonios que yacen en las tumbas de los gentiles, en cuyo polvo degradado se hurgan los metales con la desesperada avidez heredada. Sólo el oro y la plata importan. Los ***chazos huaqueros,*** colorados del frío y del trago, escupen sobre los esqueletos en reposo, que se derrumban silenciosos cuando penetra el trombón del aire hasta su antigua quietud inte-

rrumpida. Pablo Faicán mira orgulloso, como si fuera su obra, la colina todavía íntegra, redonda, por el lado norte por donde avanza - tu barriguita Trini cuando esperabas el ***huahua -.*** - Doncella y madre de sus abuelos es el Narrío hermoso - guardador de la otra historia nuestra - la antecedida - la que volverá - te juro narrío que estás lleno de nosotros - los de antes - que te coronaremos de ***huahuas*** felices - tras la pelea grande - que ganaremos -te juro -. De pie, el índice y el pulgar en cruz, jura, ha jurado, jurará cuantas veces sea necesario, hasta la muerte. Tranquilo luego, se sienta al frente, en el cerrito vecino que sube del mismo río Quilloac, después de haberse sumergido en la hondonada donde el agua se apacigua. Al salir con su puñado de cabuya triturada, que le sirvió de jabón, va hasta sus-raídas ropas puestas en la orilla. Las limpia, y cose, con la infinita paciencia de los pobres, más si son indios, mientras conversa - me dio mama Miche Pillaga la aguja y - el ovillo de lana - me dijo hijo - ***huacchi-to*** querido -. - Cierto - ando huérfano - pero ya se acaba el tiempo del ***chucaro -.*** - Ay, manos de mi ***huarmi*** que me hacen falta - en la cabeza alborotada - en la espalda donde el espinazo cruje - en mis piernas agarrotadas -tanta lejanía andada - Reciencito se acogolla de nuevo mi fuerza dé varón - al que purifico - presencia ausente -. - Me subes tu miel por las canillas - hasta el ***shungo*** que repica llamándote -. Amoroso calofrío lo sacude y no sabe si es el agua o su mujer la que le ha dado esa tembladera a su carne. Alza de nuevo sus ojos con llanto al Narrío con el último sol y entra en la gloria de los arcoiris que se plantan de monte a monte, de quebrada a quebrada, desde donde saltan las danzas de colores de su mundo, con sus siete caminos de fuga y encuentro, entre fina lluvia dorada y sol de venados que se ausenta y regresa, en contrapunto sin palabra, en el ir y volver del desamor y

la vida, del amor y la muerte. Los colores que se acurrucan detrás de sus ojos ya secos y abrasados - el llanto del indio - no es lágrima de blanco - que resbala y se pierde -la lágrima del indio es de fuego - deja surcos en las mejillas - en el alma -, defienden porfiadamente su espacio y su forma, su permanencia y su ritmo. Cada uno regresará a su turno, cuando el hombre en el que habitan necesite airear su silencio. Allí están los amarillos de las espigas maduras, bajo los buches de los ***chugos*** brillantes como otros mínimos soles que volaran hasta el oro pajizo de la ***calcha*** adormecida, entre esa claridad casi alba al final de la tarde, cuando los conejos se hunden en su quietud y las ***curiquingas*** se entregan a su desafío ceremonial, en tanto las cornamentas huidizas se pierden en las lejanías ensartándose en los primeros luceros. Qué remolino púrpura lo asalta cuando se acerca por las pampas abiertas del Mashana hacia el pueblo que lo inquieta. Los cárdenas se le enredan como huéspedes infaltables subidos a las ancas que se parten entre ayes violetas y roncos mugidos, a la hora en que se abren desde adentro todas las madres, en su acto propio exclusivo de ellas, cuando desde lo más secreto de su flor se les duplica la vida, que se anuncia en el que gime, como gemiría su hijo. - ¿Hubo - ***iníi*** que te vas - ***mamaquilla*** que asomas - hubo mano para recogerlo - para alzarlo al aire del hombre - único aire por el que sufre el recién nacido? - Serpentina de frío lo azota ante el recuerdo de aquel silencio obligado, negro, en la noche larga en la que se descolgó desafiante la vida, desde el seno perseguido. La ve saltar, otra vez, entre fuego y balas, anticipado río de su sangre repartida, a punto de ahogarlo. Pero ya trisca en sus capullos el hijo que regresa. La boca Faicán, que hace tiempos sopla con todos los ***jahuayes*** vueltos hacia adentro, para que nadie más que el mismo oído Faicán los escuche, en su clamante voz guerre-

ra, se convierte en ocarina con reclamo de tortolita del campo a la hora en que se les llama a los polluelos. También él, en lo profundo de su vientre siente al hijo, más que cercano, cálido como persona cierta que se le ha guarecido bajo el brazo y que hasta acondiciona el joven pie a su marcha de temblorosa pantorrilla acalambrada. Ya sonará en doble partida su voz para el combate cuando la hora sea llegada y truene viento arriba, cordillera y cielo arriba, tierra abajo, llamándole a su pueblo. Con su pichón bajo el ala clueca - Lázaro - devuelto a mi soledad -con camino - invoquemos a los danzantes - que desfilen solemnes - por la mitad de mis sueños - calle de honor les damos -. - Vengan con doble rostro - como solemos vivir nosotros - el propio y la máscara - peón danzante y su rebelión escondida'-. - Sacad chispas al silencio - sembrad candelas -. Tal que si descendieran del pajonal altísimo los ***comuneros*** hermosos, con sus pendones agitados al viento de julio, Faicán sin sombra, Faicán y su lumbre, siente que los ***curacas*** se le acercan, blancos de la nieve del manto que los consagra, en seña de ser los ungidos de la mama tierra que entre ellos respira. Y ve sobre el ala pura en vuelo las banderas de la alegría desplegadas en celestes de aire que se extienden hasta el confín del horizonte. Desfiladero oculto les espera, por el que marcharán un día hacia las ciudades edificadas sobre.sus antiguas viviendas - muros pétreos amasados con sangre - mansiones sobre el cogote roto - en pie de guerra - con labrador brazo armado -, para que no los cacen como a ***chirotes*** asustados, de buche rojo reluciente y todo lo demás gris. Bajarán sí, pero no para quedarse en ellas, muertas por dentro como están, vacías del mensaje del universo. Erguirase su mundo en ***minga*** de generaciones, del ayer al mañana. Sus casas se llenarán de brasas de sol y de aleros con gorriones, que madrugarán con sus niños, al compás de sus

faenas, entre pausa y agitación de pulso ligero, redimido, inembargable. Dueños de su propio ser. y su tierra, allí reunidos, qué vuelo infinito remontándolos hasta las cabeceras de su historia, anticipándolos hasta la espuma de los días que romperán sus olas en la orilla del mar de los pueblos indios, por fin en su auténtico comparecer sin Colonia.

Verdes tiernos anunciadores y verdes oscuros como manto de profetas lo guían. Adentro los capulíes con su vino agreste para la sed y en las gargantas de las quebradas húmedas el diluvio de las ***puca-sisa,*** los cálices entreabiertos en espera, igual que las doncellas de ajustados corales, que nacen de la tostada arcilla inquieta, desde el primer clamor del día hasta su último respiro. Por fin la bandera del indio que es su poncho entra en la contradanza, para manifestar su ira colorada a la que le detiene el ***chumbi*** sostenedor de su cintura, axial de su universo vegetal, eje del metal en que lo transforman. Su entrecejo de porfiado hacedor de todo, que todavía nada puede, se roba la corona que vibra en trémula palpitación de ***quinde*** atrasado, tardío buscador de corolas. Para buscarla llegan también los guerreros que ya no batallan, que danzan sus batallas, que rememoran sus guerras, que las llevan prendidas a su música y sus fiestas, para no olvidarlas, quizás bajo la presión que algún remoto antepasado les fijó en el calcañal que le recuerda. Mientras tanto se untan del sortilegio de su magia celeste, se recubren con los signos prestados, se encorajinan para golpearle al tambor de la tierra, a que sus muertos los oigan y los increpen, df*sde la entraña que los sustenta. Las teas son resinas musicales, de los brujos que espantan los malos aires, para que el júbilo sea completo en sus festividades que se originan en la razón matemática de sus ***intiraymis,*** a la que ellos han agre-

gado ese su hábito fetal de criaturas que duermen en la placenta para no morir. Agua materna de estrellas y soles que desconocen los sostienen, aunque hayan sido pelados en la lejía de los doctrineros negros que los fundieron en el santoral conquistador, a que ni la disminuida alegría sea propia. Crepitan las antorchas brujas y parécele a Faicán perseguido que trazan signos, para guiarles a otros fugitivos distantes. En cada línea de su fuego resuena el acompasado golpe de vara de los ***yumbos.*** La selva ***jíbara*** canta. Reclama su victoria. El cascabel vibra desde el germen de las semillas encerradas con su susurro de agua y viento. Cuando bailan los ***aucas*** poderosos cae sobre el Ande entero un torrente bravio de innúmeros talones rítmicos que se desbordan. En su fluir de batallas ganadas se refugia Faicán peregrino. Les pide su valor para cayado. Aún le falta subir las últimas cuestas para llegar hasta el ¿flíww-pueblo enemigo.

De nuevo siente la fuerza que genera el nervioso movimiento de su pueblo, cuando despierta. La algarabía colectiva que lo acompaña, como si de veras fueran ellos los vencedores y no los cautivos y de veras los saludaran colinas y volcanes, ríos y valles, toda la extensión que ha transitado, hace que el caminante no pare aunque su corazón se lo pida, galopándole en el pecho, ya que sabe que el gavilán y la torcaza se disputan la misma presa. Desde la luz de su ojo impar - porque aún no participo - con mis hermanos - del alma de la letra - Faicán aleccionado, que toca, para darse valor, el oculto tesoro de sus papeles, pero también Faicán ***comunero*** que no se rinde, vuelve a mirar a los luchadores armados con espadas refulgentes, afiladas en piedra ceremonial, que les han sido quitadas a los arcángeles mata-indios, y le da la vuelta completa al solsticio-san-juan. Orladas de relámpagos que estallan

antes de la tempestad ve las nubes en las cumbres altísimas donde sólo pueden palpitar sus dioses, únicos dueños verdaderos de los cielos cargados de secretos fuegos. Petos de oro, escudos de plata - ea - españoles - patrones mestizos o blancos - son nuestros -.

Desde el trono de nieve de los ***guañangas,*** que Faicán viajero conoce, baja Daquilema rey-guerrillero. Lo contempla en lo alto de las cuchillas, uno y múltiple, cabalgándole al viento, descendiendo con antigua garra hasta la pólvora de los soldados republicanos - ¡ay Bolívar! -que asesinan a sus hermanos. Del abismo del mísero dolor de las siervas de los siervos salta el manantial de la más pura y hermosa pasión de amor y de odio, y las mujeres se llenan de extraña vida defendida, rescatada, por fin vengada. La masa roja se hincha, se eleva, fermenta. Leudada masa en desafío, por fin otro volcán sobre los aterrados ejércitos que suplican y piden la bendición divina. Como cada vez y siempre atenuador morado acude al que se les parece, al crucificado, para la pausa que les permitirá el refuerzo antes de la carnicería. Pesada la custodia e inútil, ante ese pueblo que establece en voz alta que allí se encierra su trabajo y es su sudor el que ha aclimatado el trigo extranjero, para que la harina sea así de blanca. Sobre la cara curtida de hambres más que de soles, de Faicán que regresa para avanzar, el ala de la dicha de esa batalla ganada se convierte en acero. Blindado irá hasta cuando su propia alma pueda salir de su cárcel. Marcha solo y puede reir y ríe, por fin alegremente, cuando imagina al Señor de Cacha llevándose corona, manto y cetro del San José de la iglesita del pueblo revuelto. - Es como decir, piensa Faicán contento, que se tomó prestadas las prendas - de un trabajador invalidado - ya en estatua -para vestirlo a uno vivo - además rebelde y justo -. Y pien-

sa también, que para bien de la comarca en donde están las ***comunas,*** aquel que tenía piel de indio, hueso de indio, mente de indio, debajo y por encima carne molida de indio, se puso la corona y empuñó el cetro en señal de poder. José carpintero y la Virgen María, sin manto, quietos en el altar - ¡ay! - rey y reina con mantos ajenos - mejor será sin mantos - sin corona - sin ornamentos de mando -. - Yema fuiste Daquilema - brote regresas - sembrío guerrillero - en el inmenso baldío - del sometimiento -. - E increpa - lo mandaste a matar - cristiano García Moreno -como no pudo ponerse tu banda de presidente - se puso corona - te quitó la corona - santo monarca asesino -. Vuelve a reir en silencio, ya que percibe los ruidos que le llegan envueltos en los olores de esa humanidad, encerrada entre ángulos de piedra y polvo, que conoce, - el desierto - ni un árbol - ni una mata - ni una hierba -del poblado a oscuras.

- No hay luz, se dice, aquí no ha llegado el ***guando -.*** En la cuadrada plaza adoquinada hay portales. Busca un lugar con fácil salida y allí se tiende. Ulula el viento húmedo que trae la lluvia, pero él no tiene frío. La risa le ha dado calor, más que la infinidad de sus pasbs padecidos. Un montoncito de niebla circulante se condensa. Apenas eso es Faicán Gobernador que regresa. La cordillera entera le cae encima sepultándolo en el vacío. No hay un estirón de su cuerpo que lo denuncie. No hay un sueño más en su cabeza. Despierto soñó sus sueños de hombre. A-hora duerme. La sed, el hambre, lo han empequeñecido hasta el límite de lo casi impalpable. Acallado el corazón, su pecho respira suave, tranquilamente.

## IX

## NO HAY ABUELO DORMIDO INCANSABLE AZOR LO REGRESA

Madrugó antes que las campanas, que el reloj de la iglesia. Su comadre María Duchicela tenía casa de adobe y teja, con acequia de abundante agua para el riego de su huerto y sembrados. Decían que ella era noble, de los altos Duchicelas caciques que defendieron con orgullo y astucia sus reconocidos derechos - hasta el rey de España los reconoció - de trato y condición superior. El cacicazgo se redujo. Las comunidades fueron persegui-das, empujadas a los cerros. Esta mujer que conserva los suaves gestos de alguna abuela libre, que tenía mirada directa y franca, le pareció siempre a Faicán, que encerraba en el golfo de su frente toda la sabiduría antigua, de sus padres. Pablo Faicán veía en ella la expresión de un pasado con dignidad, la posible belleza de las hijas de su pueblo, antes de la hora de los trapiches. Mermado el terreno, despojada de su título y propiedad, todavía le queda, en las cabeceras de la parroquia, una heredad de amplio regazo, que le preserva de la miseria y las servidumbres. Como ocurre con las mujeres capaces de amar profundamente y sin egoísmo, liberadas de las angustias elementales del subsistir, emanaba de su ser un calor como de lumbre

encendida siempre, siempre en trance de entrega tierna al que la necesita, en permanente y franco sublevarse contra la injusticia. Crecen más esas antenas anunciadoras si la mujer es india, si tiene largas horas para meditar frente a sus montañas y si a cada pensamiento se le incorpora la mariposa dorada de los sueños propios y ajenos. Cuando llega Pablo Faicán se ve en los ojos de ella, su espejo. Le refleja sus padecimientos y afanes, todo lo que no tenía y no podía dar. Es decir, apenas, junto a las estrellas altas, un puñadito de maíz para el hambre. Junto alas distancias inmensas que dominó en su marcha implacable el condenado, el reclamo del hombre por un mínimo lugar en ese espacio. Y también la soledad parecida a la muerte. Sólo que al revés. El que va muerto camina, ha caminado. Y ahora que se ve en sus ojos, en su gesto de dolor y de asombro, sabe hasta qué punto es su propio fantasma el que está allí y la saluda. Luego lo aquieta el olor del chocolate que ella prepara para su Gobernador Faicán en harapos, y más el aliento tierno que trae el pan que sale del horno hasta llenar de quietud y seguridad la casa. Hay como una religiosa espera. Encuentro sagrado, comunión sin misterio en el ápice de la conversación que se inicia entre lágrimas y explicación de su larga ausencia necesaria y las noticias que ella le da. Cluecas cantadoras empollaron los sucesos de la comunidad para él, porque lo acontecido ya camina solo y está a su alcance. Hasta que llegan a lo inmutable de la tierra que se merma de a poquito, o de a mucho, según convenga a los intereses de la hacienda. Pero también está la dicha de saber que crece derecho el hijo, ya mozo recio. Y la hoguera cierta de su Trini con las miradas puestas en el camino día a día, año tras año. El le habla de sus encuentros que no son sólo de gentes, porque las gentes determinan los hechos y son éstos los que de verdad le dan al ser humano su tamaño.

Así a él la grandeza de sus hermanos le enseñó a comprender la otra manera de vencer a los depredadores. - Ya no más darles el pecho para que nos maten - Tener un fin y una línea - Y llegar con paciencia - ¿No vamos esperando tantísima eternidad? -.

Le explica lo que le han enseñado sobre la organización, la unión de los pobres, de los trabajadores, indios o no. Suena a caída de agua el quichua que se disparan en el afán de juntar los tiempos de la ausencia. Discuten suavemente cada opción, cada compromiso. Pero también convienen en que sus pueblos indios, sus comunidades, cada indio, hijo legítimo de sus padres humillados, tienen el deber de hacer su propia guerra. Entonces, en ese punto, se borra la distancia verdadera y ella le revela la otra faz de su vida, la oculta. Así conoce al otro cacique Duchicela que preparaba el lugar, la hora, los efectivos para la acción de vencer en su desesperación por no ser paja de trilla, vacío contragolpe por cada rebelión aplastada. Juntos pasan revista a sus sueños y sus planes. Ella le abre los graneros donde, entre mazorcas y alfalfas secas, descansan los cajones de madera, ocultos y disimulados, con su carga adentro. El moho los atosiga cuando los abren. Se ha apoderado de los viejos fusiles, casi arcabuces, que allí se han quedado inmóviles sin su flor de fuego que es gloria cuando castiga la injusticia. - Los caciques fallaron -sin entendernos - sin comprender nuestra causa grande -que no es la de los caciques ni señores - Porque al fin - humillados - ofendidos - los caciques - los ***apus*** jefes que negociaron al común de los ***runas*** con los españoles - se quedaron arriba - Debajo de los blancos - los dueños de nosotros todos - pero encima de los ***conciertos*** - de los ***mitayos*** del obraje - de la mina - de los servicios viles -. - Los de abajo - huérfanos hasta de nombre - desnudos - piojosos -

espectros de nosotros - fantasmas del hambre - del desprecio - son nuestros hermanos - tienen el derecho - mayor y más grande - de sacudirse - de ser libres -. - A mi marido Francisco Duchicela - no lo entendieron los otros caciques -. - Murió sin ver nacer el día - que por largo tiempo -habíamos anidado -. Sus palabras, igual que sus sartas de mullos, abrigan su garganta, desatan el nudo de la viudez.

Después de esta confesión, con testigos que aguardan, se sienta sobre una de las cajas y cruza sus manos sobre su regazo. Su falda oscura las realza, vuelve más azuladas sus venas claras, dibuja los nudillos que están engrosando, lo que le reafirma a Faicán la voluntad de acción que ella tiene. No se ha dejado vencer por los rústicos quehaceres, ni por los fracasos comunes con quien ahora, ya difunto, no puede cambiarlos. Ni siquiera por la falta de esa luz que Faicán la vuelve a encender, mientras le habla llevándolo a ese pasado de conspiración que él desconocía. Faicán vuelve a comprender que la fuente de rebelión del comienzo no cesa de fluir y que ella, que asoma como cómplice ardorosa, acaso fue incitación tenaz, todo el tiempo amorosa paloma lista a palomearle al enemigo. Tácito compromiso está sellado. El se arrodilla y le besa las manos, rosa de los vientos que vendrán.

Afuera la majada huele a una mezcla de amancay y placenta recién salida de madre. Suben los tiernos balidos de los terneros hasta su calostro inicial y sus sentidos de pastor alerta quieren integrarlo al mundo por el que ha suspirado con pena. Sabe que esa sería la gloria de ese vigilante que va con él, conminándolo a volver, como si no supieran los dos, veladores de la paz y de la guerra, que no puede, que no podrá jamás pararse. Jamás. No podrá abandonarse tranquilo ni a su propia muerte. Tiene la o-

bligación, impuesta por generaciones de defraudados, de rescatarles el sol. Es decir todo lo que de él depende, desde ese grano de polvo que se le mete en el ojo y lo hace llorar al despedirse, hasta las moles gigantes que se le escapan entre ese mar de espumas de las lejanías, que esconden otros salados mares. Regresa a Gualavisí de Ca-yambe mientras se aleja de quien ya para siempre es compañera, su compañera, la primera que entra con él al nuevo ciclo de la desconquista. Cuando se aleja sabe que a los dos les duele esa materia vegetal de la que están hechos, que busca aposentarse en mínimo terrón y florecer.

Antes del adiós le ha relatado sus sueños deseados, de recogedor del universo del indio, para que nada quede fuera de la red del rescate. - En la explanada del tiempo, le dice por fin, - ve al difunto Duchicela que regresa -a ordenar la estampida de los bravios pumas poderosos -que sobre estas tierras desataban su fuerza -. - Cuando salgan - con sus pezuñas de rayo - Francisco Duchicela no estará más difunto -. Ya verá ella como, a la redonda tierra, preñada eternamente, le coronarán juntos, con la otra luna nueva. Y le devolverán su original aliento puro, para' que les dé su primera espiga de maíz antiguo, su primer fruto libre. Ya verá.

Levanta en su diestra en puño al ***pucará*** convertido en recuerdo e invoca al espíritu de las fortalezas guerreras a que vuelva a latir en los pulsos indios, a darles confianza después de los siglos de vergüenza a que los han sometido. Rebelión repetida piensa en sus padres - pero distinta - inmensa la extensión de pensamiento que nos separa. Reta de nuevo a los señores escondidos en el pueblo, para que abandonen su ciego rastrear en la huella de los

vencidos. - Porque ésta - que comienza - es otra historia -.

Aun le quedan abismos por atravesar. Su tímpano, acostumbrado a los anuncios del silencio, le advierte una cascada lejanísima que se despeña. Desde el ***chaquiñán,*** que corta los campos hacia el camino de salida del pueblo, sin cruzarlo, ve las siluetas con terciado fusil al nombro y un gentío de a caballo y a pie, en estampida. Pero ésta es la del miedo y la violencia, no la que limpia de obstáculos el horizonte. Se esconde entré las cercas de canto rodado, ganadas por la fuerza de las pencas guardianas, que dividen los terrenos con dueños propios, resguardándoles también de los transeúntes que pasan por el camino por el que - no puede ser - van amarrados a las cabalgaduras los presos, malheridos o muertos. Otros corren, halados por betas, detrás de los soldados que gritan sus cara-jos-hijos-de-puta a cada tropezón de los que se caen, no pueden seguir el trote de los animales, acicateados por los jinetes en uniforme, que tienen prisa. Más lejos viene el grueso del pelotón que los resguarda. A campo traviesa las mujeres bajan de los cerros, veloces, tratando de disminuir la distancia que las separa y de llegar a algún atajo para verlos, para hacerle saber al desaparecido que lo sigue, que no lo deja. - ¿Es posible? - ¿Será cierto? - No quiere creerlo, pero el nombre le llegó en ráfaga de bala, en viento de lobos, en queja. - Quiroz - ***taitico...*** - La que lo gritó avanzó un poquito en su carrera. Los pedruzcos con musgo, que resbalaron a su caída amortiguan el golpe y ella queda allí tendida, brazos y piernas abiertos. Nadie más que él, fuera de los soldados, la vio caer. Espera en cuclillas, agazapado entre los pencos espinosos, hasta que la tropa se pierde entre las primeras casas del pueblo. Con infinita precaución de ladrón en pleno día se le va acercando. La mujer parece descansar - pero no -. Se dice

por dentro - que no. - Las mujeres indias no se tienden así, con las piernas desnudas al sol. - ¿Y esa bala que sonó tras el nombre? - No cabía duda. Tenso de rabia, de nuevo en el círculo de la muerte que lo cazaba, ya sin escapatoria posible de su corazón que vuelve a saltar, Faicán atraviesa el claro de la colina y se encuentra con la sangre. Ella respira aun, pero ay, el aliento va y regresa en suspiro, en ola cada vez más lejana que finalmente estalla y vuelve a caer en hondo sacudón de resaca. El estertor, breve y violento, que llega al fin, acaba por silenciarla. Después la quietud, peor que el ay, que el resuello de la agonía, que el sufrimiento del que está solo, otra vez, ante la nube de ceniza que se pasea bajo este cielo del mediodía luminoso, como un desafío. ¿A quién? ¿A qué? La única palabra posible, el alaú indio, va hipando dentro de su garganta que no puede largar su maldición. - Somos dos para el silencio - gime Faicán doliente. Tiernamente junta las piernas de la niña que iba a ser madre, las cubre. Le cruza los brazos sobre los senos redondos, llenos. En los ojos de ella, que parecen mirarlo, un rayo de esa inmensa luz de afuera se mueve, juega a la alegría. No puede soportarlo. Se quita el sombrero liviano de tanto desgaste y le baja los párpados, suave, respetuosamente. Se santigua antes de tender sobre la cara dulce, ya sin ningún destello de afuera, la ***Uiglla*** rosada, con sus florcitas bordadas que ella llevaba. Se levanta y se marcha sabiendo que él, con sus manos, acaba de terminar el acto de la muerte.

Desanda y regresa. La muchacha muerta se le ha atravesado en el camino. Fresco del agua de hierbas aromáticas que María Duchicela le preparó para su cuerpo que se le escapa entre nervadura y hueso, pero sobre todo para su regreso a la dicha de ser tratado como hombre, rescatado con ternura de los días del huracán vacío, y al que

se le reconoce con nombre y destino ciertos, y se le da - un puestito aquí al lado - en la mesa - y ese chorro de aromas que le lavan la máscara de evadido, olor y frescura con los que quería llegar hasta su Trini, no vacila en volver. El pueblo está en la calle. Las sirvientas con los niños en los brazos, los artesanos aun con la postura del trabajo moldeada en el cuerpo y la última herramienta utilizada en la mano, toda la humanidad invisible que existe detrás de los muros y las puertas cerradas de las poblaciones serranas, está allí, en la mitad de la novedad. Los señores parsimoniosos, emponchados también y con la misma curiosidad, que disimulan, forman su círculo aparte. Se ha roto la monotonía cotidiana al fin y se da rienda suelta a la imaginación, al comentario —que venían manadas de indios levantados para entrar al saqueo, —no, que presentaron combate a los soldados en Verdeloma. —¿Como en la época de Sucre? replica entre risas verdaderas el escribano. —Qué va compadre, a punto de matar al sacerdote han estado. —A tiempo los pillaron. —Querían robar la custodia y los vasos sagrados. —Fascinerosos herejes, oro es lo que buscaban. —Malditos indios ladrones. Los que sabían la verdad, las autoridades, los caballeros, se apresuraban a felicitarle al capitán que orgullosamente daba el parte. —Misión cumplida, señor Jefe Político. Todos han sido castigados. Los cabecillas, para escarmiento, han sido traídos. Y para las autopsias de ley. He ordenado que les hagan dar una vuelta. Vale la pena. La gente, en efecto, sigue con la vista el trote de los caballos en los que vienen los presos, muertos o a punto de morir, y a los ***longos*** de a pie que saltan sobre las piedras redondas esparrancados. Todo el mundo está ya en el secreto —son los Quiroz, —los indios ***shuas*** del Buerán.

Pero llega el momento en el que los comentarios ere-

cen en alaridos, en mujeres que se desmayan, se tapan los ojos, se acercan más para gritar más, para de alguna manera dar salida a la lava ardiente que se esconde detrás de los ojos bajos y el eterno sí obediente. Sacudidas interiores innombrables, pasiones que estallan en los más ocultos y prohibidos ápices de la carne que se estremece y quisiera más horror, más cráneo roto, más muerte en más indios lacerados. Pero esto, que se aproxima, es demasiado. La fiebre que desplegaba sus candelas en las entrañas agitadas se detiene, baja a cero, es hielo. Tras los muertos, guindados sobre sus propias cabalgaduras, a las que se los ha a-tado, que bailotean destroncados y cuyos rostros lívidos parecen llevar mortaja, va el más joven de los Quiroz con sus tripas colgantes, que aumentan de tamaño cuando su mano no puede detenerlas. Con la otra mantiene sujeta la brida y sostiene el cuerpo tieso, que parece desafiar. La hemorragia acelera ese hormigueo azulado en el que no quiere entrar. No, hasta que lo rematen. Se le ha caído el sombrero y su largo pelo se destrenza, mojado del dolor que le fluye en salada lluvia desde la frente, que se ve que aun lo guía. Hay una tensión como cuando llega el circo, alguna vez, y se está ansioso del número peligroso, que se anuncia al redoble de tambores. Aquí es el corneta, que llama para que los militares se concentren en la comisaría, el que da la señal. Todos esperan que pida piedad para que se complete el espectáculo. Pero el Juan Quiroz no se mueve. Un silencio peor que aullido cuelga de los belfos curiosos ante el que va precedido de su propia muerte y todavía encuentra la manera de burlarlos. - Juancho Quiroz de los cerros - hijito - ***runa*** querido - en el hostigamiento - en la cacería - ya no van los galgos detrás - vamos los indios -. - Cacería de a pie - no más -. - Cacería de a pie - no más -. - Eso querían -. - Cacería de conejo - en el cogote el golpe - nosotros - ***mitayos*** ciegos - en el hue-

co -. - Siempre a salto de matorral - como propias liebres -entre pajonal y piedra - entre fuga y muerte -. - Qué entero estás - cómo nos creces - creciéndote - mientras mueres -mientras te matan - Ay - te han vaciado - pero sigues entero - hombre grande - poderoso - corazón del indio. No puede gritar su nombre, ayudarle, recibir su alma.

Debe ocultar su ansiedad ese Faicán infeliz, que pasa desapercibido entre tanto tumulto arracimado en las gradas de la iglesia, en los zaguanes, en los umbrales de la comisaría, que comienza a ser despejada.

Hasta las mamas —señoronas de estrado— han salido a los balcones a espiar la procesión, —que nunca se ha visto así, porque es cierto, ciertísimo, que ahora se goza ésta, mejor que la del viernes santo. —El señor dividido, no, el ladrón lanceado, vaciado.qué lindo, qué cerquita está. Parece, mismo, que el tormento sale de uno. —Dios mío, perdónale a esta bruta. —¿Han visto estupidez semejante? —Comparar la pasión de Cristo, Nuestro Señor, con la justicia a los indios. Entra bruta, en castigo no gustarás lo que viene.

Lo que venía, lo que vino fue el sargento empinándose en los estribos, arremetiendo contra Juan Quiroz moribundo, que sigue sentado, aunque su cabeza se haya inclinado y encima de él todas las noches de todos los tiempos se le estén arremolinando. Furioso el sargento repite el golpe y lo derrumba sobre la acera. —Sonó a cántaro quebrado. —No. —Más bien pareció piedra derrumbándose. —Los curiosos afuera, grita el capitán. Metan a los indios para la autopsia. —¿Y el vivo? —¿Qué vivo? Todos son muertos. —Así es mi capitán, con su permiso—, y se cuadra el soldado que lleva el cuerpo.

El médico que ha sido citado mira al hombre tendido sobre el alto banco de madera rústica, que llaman la mesa de autopsia. Los rostros de los soldados se le aproximan. Tiene la impresión de que están sueltos, como desprendidos de su tronco, con insignias de grados y uniformes gastados. Los siente cada vez más cercanos en múltiple tensión amenazadora. Hasta percibe su aliento con tufo a trago barato. De pronto, igual que en los milagros, una voz, baja pero firme, impide el enfrentamiento. - Cristiano es ps - aunque indio -. - Ya le vide - aun no se ha meado -. - Digo - la última agua del hombre antes de ser difunto -. Es el carpintero Francisco Vásquez, que tiene la obligación de ayudar al doctor en estas emergencias. Deja la sierra a un lado y llama al cabo, que le obedece. Para entonces las tripas son una masa verdosa, maloliente, que desprende sus fermentos líquidos de las marismas interiores en busca de su salida. El carpintero espanta a las moscas verdes, gruesas, que ya zumban alrededor y levanta al moribundo por la espalda, mientras el cabo, pálido y a punto de vomitar, se agacha y recoge un poncho caído para luego tirarlo sobre las piernas rígidas, con lo que se ayuda, hasta ponerlo en el suelo sin tocarlo. —Mejor comencemos con los propios muertos. Y trae al Qui-roz mayor, con otros más, pues pesa. Tiene largo y musculado el cuerpo que aparece reventado en redondos cráteres violetas que ya no sangran, que casi no tienen costra. —Se ve que le dieron por el pecho y la espalda, comenta el médico, que más pálido que de costumbre toma su estuche y saca el bisturí con el que traza lo que a los presentes les parece la línea equinoccial, con la que les enseñaban a dividir los hemisferios, nuestro Ecuador, en la escuela. El ayudante le da la sierra. - Como un mate - piensa Francisco Vásquez, que tiene el pulso nervioso, - igualito. - Sólo que esta calabaza tiene sesos. Desprende la mitad

del cráneo, exactamente y retrocede para que el doctor examine y manipule, hasta que el bisturí vuelve a abrir su cauce sanguinolento sobre el esternón. —Ábrale. —¿Y para qué mismo, doctorcito, no ve? Está clarito de lo que falleció. —Es la ley. Prosiga. (Qué faena para el doctor Luis Roberto, el verdadero, que llegó al pueblo en busca de aire puro para sus pulmones que fueron, es cierto, los que lo confinaron. Guayaquil le dio la figura, alta y liviana, las a-ficiones literarias y políticas, el jacobismo jocoso. Soy ***sans-culoííe*** decía, en un divertido juego de palabras y de gestos, que tenían que ver con su magra esbeltez contrastante én el medio, a los que le reprochaban su inasistencia a las ceremonias religiosas. Entre Zola y Montalvo, entre Peralta y Víctor Hugo, entre periódicos y revistas que le llegaban de tarde en tarde y cuya novedad, un tanto ajada, le servía para la tertulia ocasional con los pocos clientes más que amigos, que le quedaban, se iba sumergiendo en el pozo aldeano. Cada vez menos iconoclasta, cada vez menos liberal, aunque su pasión por Peralta le hacía volver al francés del colegio, ya que obras, como el Monaquismo, no estaban traducidas hasta entonces, cada vez menos médico y más, siempre más soñador. Fallido poeta, en cuanto a la publicidad que por ningún lado podía darse el lujo de tenerla, sin auditorio, así fuera de a uno, llegó a desarrollar, en trance de enfrentamiento, la crítica, hasta constituir con'ella una disciplina dolorosísima que lo alejaba —rara avis— del resto de mortales circundantes. Le quedaba, como a buen montalvino, la compasión para el indio. Pero, igual que el otro, esa actitud no daba lugar al juicio de las causas, ni le hacía descender al terreno llano donde transitaban los miserables de acá, no de París. Mas, en el centro de su defraudado amor por la vigencia de ***liberté-égaliié-fraíerniié,*** quedaba vigente su respeto al ser humano). La tarde se puso caliente. El sol directo sobre los

cadáveres en pedazos, exprime sus humores, pone a madu rar las visceras arrancadas de sus cavidades. Todas las in timidades profundas de los hombres han sido violadas. Nada ha quedado secreto. Ni siquiera el arroz de cebada o el mote que comieron. Y nada tampoco es igual a lo que ingirieron, pues el proceso, a la vista, tiene sus miste rios, sus infiernos, sus sagrarios, que cuando son violenta dos generan este horror que clama misericordia. O que, cuando se es un Faicán, uno de ellos, de la misma materia, se exhala, sin parar, todo eso que él conserva y le sobra, ya que asiste al destrozo de los despojos, lo que no sirve, lo último que hace la tierra que los cubre, que no deja ver la miseria del después del cadáver, como ahora, cuando se los desnuda y se los exhibe desde el interior de su ser, en esta carnicería de matadero, entonces, ¿para qué guar dar lo que le queda? Pero él no pide misericordia, como no ha pedido el Juancho Quiroz al que, de lejos, alcanza a mirar, pues el doctor ordenó abrir en grande la puerta principal, por la que, junto al espeso grosor restallante del sol que descarga sus ascuas, entran los ojos en despavorida carrera. Son inútiles los esfuerzos de los guardias por de tener la marea humana que sube y se desborda. Los niños se meten entre las piernas de los mayores que los patean. Los que consiguen burlarlos se agazapan junto a los perros, que también esperan. Llega sin su poncho de castilla el Jefe Político. Su oficial al lado, lo carga orgulloso, como un trofeo, mientras él se pavonea con su vientre imponente orlado de leontina de oro. —Señor doctor, por favor mán deme su informe a la brevedad posible. Le llegarán inme diatamente sus debidos honorarios. Buenas tardes. Gracias a todos por su deber patriótico, tan bien cumpli do—. Se aleja presuroso, mientras le comenta a su acompa ñante —Qué tufo a desposte. No lo puedo soportar. El animal sacrificado, bueno, sirve. Pero esta carroña,

por

Dios, qué asco—. El que va con él, ***cholo*** desteñido, sostiene una corta pero áspera lucha en su mente, hasta que vence la parte ajena que vuelve a traicionar al indio que, desde adentro, le reclama la cobardía. Con mísera aquiescencia insinúa —señor, se necesitarán costales, unos baldes también. —Ah, gracias ***cholito,*** me hiciste acuerdo. Lo manda de inmediato a buscar lo necesario en la bodega grande, donde se guardan aperos y trastos de la hacienda. —Si se requieren más costales, pierde cuidado. Desocupa las papas en el granero. Libre de esta nueva preocupación se encamina a su hogar, en donde ya lo esperan con la contestación telegráfica del señor gobernador de la provincia, sobre sus consultas e informaciones. En cuanto entra pide el frasco de agua de florida y un buen trago doble —porque, le espeta a su mujer, no sabes qué repugnante hedor el de los ***longos.*** Espantoso, peor que el camal. La mugre les entra hasta el alma. Y ahora todavía tengo que ocuparme de los otros ***runas*** mocosos, a los que se los dejó vivos—. —¿Resistieron, le pregunta ella, o Dios los protegió? Visiblemente ofendido, no responde. Cuando termina su doble copa, ya reconfortado, gracias también al auxilio del agua de florida que se ha echado abundantemente por cuello y espalda, y que deja su olor de recámara flotando por toda la casa, vuelve a conversar —Como habrás visto, el gobernador dice que lo mejor es despacharlos a la Colonia Penal de Galápagos. Estos van a pagar por los robos de los ladrones de los Quiroz, que se dieron a muy señores, a muy machos. Piojosos, miserables, ahí están en cuartos, como hicieron con el ganado del Colegio, cuando arrendábamos, ¿te acuerdas? La paz familiar se ha sellado. La señora dispone que un ***huasicama*** acompañe al ayudante, pobre, que va tan cargado. Antes de llegar a la comisaría, toda la carga va sobre el indio ***huasicama.*** El oficial se siente Jefe Político, se siente el patrón. Le in-

forma al médico que ahí quedan costales y ***gangochos*** gruesos dentro de los baldes, y que él se retira. —No se les ocurra darle a este ***longo*** el encargo de la ensacada. Este es de propiedad de la autoridad. Afuera veo indios sueltos—. Y los señala. De a poquito han ido llegando silenciosas las indias de rebozos oscuros, que se los suben hasta los ojos encandelillados. El tormento pasó del límite del llanto. Arde al rojo vivo. Puma agazapado, saltaría sobre soldados y señores, los destriparía igual. En el grupo, con ellas, está Faicán mudo, de pie en el mismo portal donde durmiera la víspera, pero con el peso de una incontable cantidad de tiempo que le ha caído encima, mucho más viejo, gris otra vez, con el corazón redoblándole entero en el tambor mayor, de nuevo. Y como nunca prudente, seguro de que esta cuenta, que va en aumento, imparable cuenta en ascenso, se saldará en largos períodos, en siglos acaso. No importa. La paciencia del indio, paciencia condicionada, que les permite la sobrevivencia, es su arma, aunque no lo parezca. Lo reducen a polvo. Encima van los señores, todos, hasta los mendigos. - El indio - no yo - los difuntos pedaceados - el pueblo de indios - Juancho que aún no mueres - muerto vivo - entero varón - nosotros - el gentío - los ***runas*** te regresaremos -te devolveremos - con ala voladora - a la vida - al Buerán -. Empujando a los curiosos, deseoso de salir del mandado, llega el corneta. —Ordenes son órdenes, mi sargento. —El Jefe dice que los ***runas*** carguen a los muertos. —¿Pero a quién se le ocurre? Dígale que ya regresó el grueso del pelotón, que somos pocos—. Vuela el corneta. Consultas van, consultas vienen. Por fin sacan a los presos recientes, cada guardia cuida a dos. Trabajarán amarrados. Así se está más seguro. —Rápido, rápido, andando, ordena el sargento a su vez. Más tarde, plantado ante los curiosos con sus piernas abiertas y su canana a la vista, abrirá paso

a los guardianes que arrean a los presos y dispondrá cada tarea —hasta que todo esté limpio de esta porquería, ¿oyeron? Asustados, lelos de los golpes y el miedo, los muchachos que fueron sorprendidos en los caminos y ***chacras*** cercanas al sitio de la cacería, miran al pasar a las mujeres, tratan de detenerse, de agarrarse a ellas, madres o no, para que los salven. Entre maldiciones e insultos son finalmente empujados. De rodillas en el suelo, obligados a hundir las manos en esa masa gelatinosa que aun gorgotea, que se hincha y escurre de las arpilleras, con dos naturalezas distintas en el mismo material de la muerte, una que parece miel o goma pegándose con ansiedad a los dedos como si el difunto sintiera, quisiera quedarse. La otra que rechaza todo contacto, seco ramaje calizo en astillas que pinchan y atraviesan la carne del que está ahí amarrado y al que le han vuelto gallinazo tragad-carroña. - Y yo que soy igual - igualito - ya mismo también serruchado -alaú mamita que no oyes al ***longo -*** palomita mama - me quemo - me estoy quemando -. El tirón de la beta al despertarlo le vuelve a la pesadilla, que no es sueño de dormido, ni delirio de la calentura, que es este olor a chiquero y animal podrido, este amontonamiento de huesos rotos, en añicos, que debe recoger la mano del ***runa*** mocito que tiembla y pasa a ser hombre en un instante de esta horrible recolección, de este rastrear animal sobre la cecina de su semejante, y piensa que si fuera al revés, la gusanera no estaría con el fusil. Sabe que parado está el ***chucuri*** caliente. Y es el que va a saltar sobre ellos - amarrados están - lamerán el suelo - sucio del aguadijage humano - has-, ta que quede limpio como dijo el oficial teniente, al que los revueltos intestinos lo sacan a buscar sitio para su alivio.

Después de la tarde soleada el inicio de la noche se hace sentir. De pronto entra el frío con su impertinente

viento helado-cierra-puertas. Les acogota a los que están mezclados con los difuntos, recogiéndolos. Pero de verdad, el viento no viene de afuera, nace del miedo que los hace tiritar hasta la convulsión y les suelta, también a ellos, las agarraderas de sus órganos. Alzan los ojos, implorantes hasta el guardia que los apercolla. —Hediondos, mugrosos, hijos de indias, haciéndose los remilgados aquí, dale, apurando. Baja la voz, —por respeto al doctor no te mando al carajo. Te quejas, te pateo en el culo, indio 'e mierda—. Y lo hace al disimulo. Y si no le da más es porque quiere salir de ese infierno que ya no resiste. —¿Cuántos faltan?— interroga al comisario desde el corredor. Todavía se puede ver. Hay que acabar ya. El doctor no le oye, ha salido por la pequeña puerta trasera que da al patio, a respirar. Cesa el viento. Ha barrido las nubes que amenazaban lluvia. Ese lucero de la tarde que titila sobre el Ayaguaico es su salvación. Siempre, desde que llegó, lo ha enternecido. Ahora le da una escalera para evadirse. Sube hasta el infinito. ¿Qué es el infinito? Una partícula que brilla, arena luminosa es esa estrellita que él ama, su flor, su jazmín necesario como nunca, su orilla, en medio de este mar de mísera agonía repartida. Miseria por partida doble la suya. Está entre los que abren esos espacios del diario vegetar del indio, servidor y obediente, para que se llenen de su salado elemento, sostenedor del mundo donde vive. Pero también está entre los que se ahogan. Si es que hay crimen, él circula en esa entraña. Ah, su humanismo, sus dulces versos sobre la raza vencida, su devoción a Peralta. ¿Dónde queda a la hora de las bestias? Oye que lo llaman. El maestro Vásquez le tiene bisturí y sierra listos sobre el pecho desnudo que lo espera. Comprende lo que se ha decidido. Acepta el reto. Sigue el Juan Quiroz con su gesto de orgulloso desdén, de imparable arrogancia. Ninguno de los castigos ha logrado cambiarle la expresión.

Ni el golpe, ni la caída, ni sus malolientes tripas al aire, que el doctor cubre con su mandil manchado. Suave la cuchilla en la frente tibia desgarra la piel, rompe la enmarañada selva del pelo con más fiereza, traza la corona de sangre, que asoma después. División entre los dos tiempos del hombre. Del que está tendido y del que prepara el camino para la dentada sierra que lo estremece. Ese gesto imborrable desaparece al fin cuando cae al revés la cabeza despellejada tapándolo, haciéndole Juan Quiroz con máscara. Ruido de aserrío que implanta a su alrededor el silencio completo. El migajón cae despacio. El pulso del maestro Francisco Vásquez trastabillea, se detiene, se para. Ha visto al médico cuando recogía partículas del cráneo del Juan Quiroz —que de veras está difunto, aunque parecía con resuello, ahorita nomás, pero no, santo Dios, no puede ser, se mete en la boca, se come el aserrín del muerto. Con los ojos desorbitados sobre el médico, al que considera loco de atar, el carpintero sale despavorido, a zancadas, por encima de perros, niños e indios faeneros. El golpeteo de sus claveteadas botas parte el silencio, que vuelve cuando el doctor coge los instrumentos y sigue en la labor, la que se le facilita en el busto, le cansa en las costillas que hay que romper, lo acongoja cuando inspecciona el corazón casi vivo. Al terminar se dirige al capitán, que nerviosamente entra y sale del despacho del comisario, que también ya no aguanta, está impaciente. —Como explicación le diré que nunca tuve en mis manos naturaleza tan sana, limpia, hermosa en sí y por lo pura...—. El capitán lo interrumpe. —El indio ese estaba destripado, ¿no? ¿Para qué pues abrirle la cabeza?— Meciéndoles a las palabras con su cálido hablar costeño, le contesta el médico, mientras recoge los instrumentos y su sombrero, —No sé si me entenderá, la cabeza del hombre es el miste-

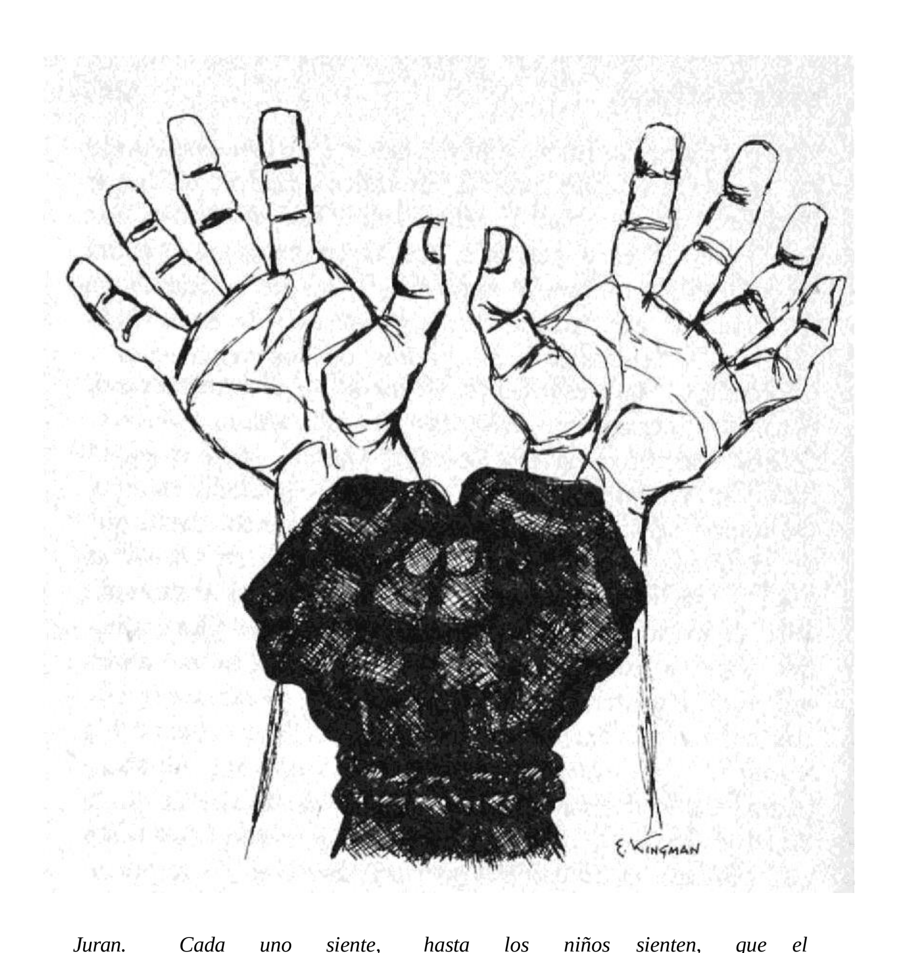
rio. La de éste, además, era perfecta. Y luego, ya lo dije, es la ley—.

Se los llevan a los presos. Los bultos, listos para el transporte, quedan delante de la comisaría. Al pasar por la mitad de la plaza, camino a la cárcel, los guardias advierten —desocupen pronto el sitio, allí quedan—. Se arremolinan los grupitos, las dispersas familias, las mujeres. Se juntan, se meten, más sombra todavía, en la noche. Es como si brotaran de ella misma en el pueblo ajeno, llenándola de otra esencia. Esta, áspera, de cabuya y lana, de penalidades a la vista. Con sogas y carrizos han construido unas angarillas. Asentadas, sobre dos ***chahuarqueros,*** que de algún lado salieron, sirven para llevar los muertos. En tanto los hombres las cruzan y sostienen para que quepan todos, despacio, midiendo cada movimiento para no ofenderlos ni ofenderse, con algún brusco tirón que los ajuste demasiado, las mujeres buscan las tiendas de abarrotes, compran espermas y fósforos, algo de pan. Se reúnen en el barrio llamado El Calvario, donde están abiertas algunas cantinas para ellos. Los cantineros les extienden las botellas con repugnancia, cobran sus sucres y cierran las puertas más que de prisa —no sea que vaya a pasar algo. Más lejos, en el terraplén de una era abandonada, se vuelven a reunir, ahora sin testigos, solos ellos, sin odiosos espías que los juzgan y condenan. Suena el aguaje de las voces roncamente, como cuando viene la tormenta desde arriba de los cerros. Se identifican. Está presente todo el amoroso ramaje del árbol caído, que se llena de quejas sin trinos. Tienen que cortarle la voz a los cantos que sonarían a ***rondador,*** a bocina que se alargaría en las soledades que crecen cada vez más cuanto más cerca transita el roce del murciélago. Mariposa negra que escapa del atadito de ramas secas, que alguna mano más pobre que la de ellos jun-

tó, levanta las compuertas para que el río desbordado pase, por una vez pase libre, torrentoso, violento, en precipitación de sonidos desnudos que pueden, al fin, expresar lo que la palabra ignora y disminuye. Nadie detiene a la calavera, que ya sin blandura de carne, suelta su quebranto. Igual que los que están desnudos de sí mismos dentro del calabozo informe en donde los metieron, los de afuera, en la tiniebla también, se despojan de su propia -envoltura. Ventisca de nudo-azuay, aire y materia dura, hielo en roto hueso es este gemir sin palabra, de todos los convocados por la bala que llegó a traición, en compañía entera de a caballo, con todos los arreos para el gran combate por la patria, hasta encerrarlos en su anillo de bala repetida por cientos de brazos contra apenas esos poquitos indios que los hicieron sudar y saltar como conejos, entre las breñas del cerro Buerán indómito. Poquitos frente al gentío de soldados, pero ahora incontables ante la necesidad de que su valor se repita y se arme de nuevo la mano-Quiroz, que conoció los secretos túneles por donde se escapa el hombre. Sin vocablo pues se cuenta en la noche la historia que desde hace cuatrocientos infiernos se repite. Es tan recia su hondura que el coro agrieta la costra del universo. Coro con todos los sonidos del humano, elemental, sagrado derecho a la ira y el amor, los dos polos de su desventura. El clamor sin voz rueda. Crece en la noche.

Reacciona Faicán que es uno de ellos. Regresan a la voz articulada que trata de asegurarles un mínimo espacio que les ayude a ser, a estar. Ancha mano en el hombro, ramo de mimosas en las rodillas vengadoras de ellas, abrazo y llanto que horada la roca. Convienen en reemprender la marcha hasta llegar a las comunidades donde la tierra los espera con su promesa eterna. Faicán, gobernador de

vara y juramento irá a pedirles, delante de este testimonio de la guerra que les hace la república-ecuador, un hogar para los hijos huérfanos, velará sobre sus años hasta que duren los de él y más allá, con la voluntad que vendrá en sublevado combatirle también a la muerte. - Nada digo del camino - equivocado - no equivocado - de estos ***runas*** valientes - valerosos - vencedores de los vencedores -. - Sólo digo - ante este dolor sin medida - de hombres empacados - mercadería en venta - que necesitamos manos -Quiroz - secreto - Quiroz - coraje - Quiroz - para ir lejos -hasta donde seamos gobierno - y soldado - y fusil y su ley -. De nuevo agilitan el traspaso de cada muerto, de lo que de él queda, a cada parihuela propia. Así se dividen el peso y aseguran el respeto por sus difuntos, que aumenta ante el irrespeto de los buitres. Dos largas filas indias, que irán en aumento hasta el final, protegen las andas que van al centro del camino. En una, de ramas frescas, con su joven cuerpo extendido, está la que cayera en la mañana. - ***Guando*** de la muerte - lo que me faltaba -piensa Pablo Faicán habitante de la sombra, infatigable cazador del día. Casi a la madrugada divisan los alisos que bordean el ***chaquiñán*** que llega hasta el Huairapungo de la leche espumosa y el viento en estampida.




*Juran. Cada uno siente, hasta los niños sienten, que el instante sube en rayo desde el centro de su ser hasta allí donde se encuentra entero el humano tiempo que ha pasado, el que está presente, en pichón que rompe el cascarón ya inútil y engendra, en el mismo acto, al que viene, al que vendrá.*

X

DANZA DEL PERSEGUIDO
INASIBLE BALA SU FLOR

Ha cazado al sol en el arco de sus pasos, desde Huaira-pungo a Sidsid. No hay viento y el aire liviano sube con los olores vegetales húmedos, que han reinado durante la noche. La mañana niña se empina con su lámpara y riega su luz por toda la altiplanicie que no es el valle, pero tampoco la loca escalada y la vuelta entre subida y bajada de cerros y quebradas. Ha pasado por los flancos de las montañas donde la huella del pastor dejó su ***chaqui-ñán*** colgante. Abre sus brazos por debajo del raído poncho negro y le crecen alas. - Puedo volar, piensa, y se quita las alpargatas nuevas que le pusieran arriba las mujeres compadecidas de sus pies con cicatrices de las leguas —inmensidad de leguas— caminadas. Sus plantas mojadas del rocío —que también brilla y es tierna frescura— sienten el impulso que las anima para saltar de una a otra cordillera, hasta encontrar el cuenco de amor acomodado para recibirlo junto con su cabeza en la que viven sus muertos. Le tientan esas hondonadas dulces, como de mujer que lo esperara, porque su cabeza no es tumba para que se consuman en la sombra esos muertos. Los conduce exigentes, agitados por la llama de azogue que se

precipita desde el hueso y con el fuego quiroz crepitando en su tuétano, pidiéndole devolverles a las peleas que faltan, las victoriosas. Pasa por en medio de Ingapirca en donde se siente propiamente como un cóndor que anduviera sólo para darle descanso al aire. Piensa que esos señores incas escogieron bien el lugar para alzar su fortaleza. Ningún enemigo podía esconderse de la vista de quien, como él, estuviese en el lugar que viene a ser el centro de la cruz de las cordilleras repartidas entre los cuatro horizontes, que se contemplan hasta su final, entre azul de niebla iluminada y montañas que emergen custodiándolos. Cercanas mira las chozas solitarias y los caseríos con sus malvas quietas y sus rebaños en movimiento. Le sorprende la tranquilidad de las comunidades por donde pasa. Algunos ovejeros rezagados van hacia el Intihuaico y sus pastizales famosos o bajan hasta los arroyuelos de menta y hierbabuena. Los gajos azafranados de la quinoa se llenan de aromas y la morada flor de las papas se eleva de entre las matas para saludarle al sol que llega como al primer generador de todo ese mundo sensible, que debiera ser enteramente de ellos, y que lo pone a temblar, como si ya una vez recuperado lo fuera a perder. Pablo Faicán vuelve al silencio que lo ha acompañado, que con él ha caminado, para hablarle. ¡Qué paz tras sus correrías de fugitivo al que le caen pesares propios aunque parezcan ajenos! No hay dolor del indio que le sea ajeno, aunque él no comparte motivos ni hechos —otra vez los Quiroz le zumban adentro— le llega igual, es dolor de su yo repartido, de su mente en vigilia.

Hoy es diferente, a pesar de sus temores. Sabe que puede alegrarse de veras, parar un ratito, coger fuerzas para las jornadas de "***concierto*** sin patrón" que le esperan.
Gozos como los de esta hora, en los que su cuerpo se vuel-

ve parte integrante de este remanso con pulsos vegetales, cálidos como si fuesen humanos, lo aquietan. Respira hondo. Dentro le cosquillea el aire con sus alisos y sus lamayes gruesos y gomosos, que revientan sus cortezas con aromas. Hasta las ***chucas*** sacan sus fragancias con ronroneo que llega y miel que asoma. Fundido en el universo al que se integra, puede compartir con el silencio la marcha, bajarlo de la nuca en donde golpea sus tambores sordos, darle el brazo y volverlo alegre compañero que lo escuche. No hay nada que altere esta armonía exultante y única, tal que si fuese él ese maizal de dobles y triples panojas fecundas y no el infeliz zorollo que ha trastabillado tantas veces en busca de su ***huacho*** lejanísimo. Cuando se acercan y ya llegan, ¿por qué pues han de temer? Ninguna señal en su pecho le advierte peligro. Pueden seguir seguros hasta cuando asome ese contorno de seno gigante con su pezón de mama, en cuyo nacimiento se asienta la comunidad de la que es huésped alguien que hace mucho lo espera. Entonces depende de él, Faicán amoroso, lo que suceda. El silencio se quedará esperándolo. En cualquier otro rato, a la vuelta de algún camino, o quién sabe en qué lugar desconocido se volverán a juntar de nuevo. -Vienes conmigo Gualavisí compañero - eres como el silencio -calladito pero a mi lado - juntos como querías - puño cerrado - ***pucará*** secreto -. - Puño cerrado - bala cierta -Jesús - compañero -. -Ya somos tres - seremos muchos -. - El silencio es nuestro capitán mayor - hasta la hora precisa - cuando asomarás - con el sol de Cayambe - y con los sindicatos victoriosos - tierra libre - estrella roja - que dices - que me sigues cantando -.

De pronto el puño se abre en flor de súplica. Un trueno largo descarga su amenaza sobre el hombre que se reduce. Reacciona el aleccionado en tantos años de escurrirse

de la muerte. Un trueno en este ya mediodía de azul glorioso, no puede ser, se dice, cuando resuenan otros entre el estruendo de las bocinas y los ***churos*** de largo clamor -voz del mar llamándolos - a qué - ¿con quién? -. - No es voz de guerra - no es pólvora de guerra -. Y vuelve a sentir que vive. Debe ser una fiesta - ¿cuál será? -. - Desconozco tus movimientos - ***taita inti*** del indio - no te he seguido - en tan largo tiempo ausente - ni sé de las fiestas - de los calendarios blancos - ni de sus santos -. Alza los ojos y justo al frente está el monte con pecho de mujer. - Maldición no ser cóndor verdadero. Tendrá que bajar hasta el cañón del río profundo, saltar entre los pedrejones resbaladizos y vadearlo más lejos peleándole a la corriente, para volver a subir hasta allá donde alcanza a distinguir un gentío de colores, arcoiris caminante, que grita y sopla en los ***pingullos,*** en los ***rondadores,*** en las bocinas y las ***quipas*** que no dejan oído sin su grito, su reclamo, su aliento con saliva antigua y quejas recientes. De verdad no puede más. Se olvida del silencio y de Gualavisí. Está cegado de agua, que se ha puesto a caer despaciosa sobre su cara. Igual cae desde el cuenco de la laguna del Culebrillas, cuando la detenida masa líquida traspone el límite en el que reposa. Ojo húmedo de venado - ***inmaymana*** - espejo del cielo y la tierra, que se le ha metido en su ojo de hombre que con la eternidad regresa. Le crecía en paz, desde que oteó el horizonte de sus abuelos, este sentimiento de a-mor que se le desborda en callada lluvia de verano.

Guerrero sin armas vuelve a sus buenas razones. Le necesitaba como al aire a este regreso. Saca a la luz del día su pozo de origen. Salado pozo, porque en su mundo están las reminiscencias de las guacamayas que los empollaron a los cañaris a la hora del diluvio, y están esas caracolas cuyo rumor de océano no basta, y que se ponen a

convocar, con resuello de indio, no se sabe a qué multitudes calladas, para que se reúnan y hablen. Como todo guerrillero verdadero, que ha sido, es o será, vuelve al agua de la madre, a su matriz, para llenarse de piedad y de paciencia, antes de utilizar el arma, es decir la muerte. Y él, Faicán campesino, solamente quiere salvar la vida. Esta vida que restalla por todos los poros.del espacio y que si tiene su mina de sal no la desperdicia, antes bien con ella le cura al hombre de sus lastimaduras, y le prepara para nuevos combates. Faicán que regresa a su propia piel y a su lágrima, les lava en su mente a sus muertos para que entren purificados al nuevo ciclo fecundo que nace. También regresa al recuerdo de las abluciones sagradas mientras aprisiona en su pecho, antes de verlos, a los que son su verdad más profunda, brotecito de su cogollo de hombre, flor de *cuculí,* amorosa. Los petardos revientan detrás de la quebrada, en el campo abierto donde la escaramuza apresta sus cabriolas. El gentío aumenta y las bocinas ya no truenan, más bien envuelven en sus serpentinas de aire tibio a alguien al que llaman. Faicán con su raído poncho negro, con sus alpargatas sobre el hombro, se quita el sombrero sudado y se limpia con la mano callosa de sus mil oficios de mísero, el sudor que acabó mezclándose con el llanto. Alza su pie izquierdo sobre la piedra .caliente que brilla y se inclina para mirar lo que sucede al otro lado del río. Su mojado pelo cae mustia allí donde las asperezas del sombrero viejo lo han quebrado, pero queda su tronco de gruesa trenza desafiándole al viento que no puede levantarlo. La frente trizada en surcos hondos alza su bóveda hacia algún norte, que se adivina más cuando más se concentra en su pensamiento, que parece subir desde los abismos del silencio del indio hasta esa montaña luminosa en donde ha posado su ala. Montaña que va con él en porte de indeclinable nobleza y a la que la rescata

de todo cataclismo, por encima de la sed y sus soledades. Las anchas cejas se le han caído sobre los párpados, de tanto adivinar distancias a las que ha mirado como misterios. Los misterios se le han ido aclarando con esa luz que se le concentró en la pupila pequeña y oscura, carbunclo antiguo, ascua de carbón encendido. Hirsutas sus ralas barbas, hace rato que no le contrapuntean al rostro, pero le dan algún parecido a esos machos con los que compitió en las .cuestas de los montes desnudos, cuando pata y pie se anudaron sobre los abismos. ¿Macho cabrío? No. Mayor es su parecido al pájaro grande de la cordillera. Cierto, la nariz se le ha curvado y no tiene más sostén que el hueso sobre los labios firmes, de larga arcada en el conjunto de la mandíbula endurecida, casi roca. Pero en medio de ese derrumbe de cara, ya de por sí oval, la quijada sale hacia arriba y establece una sutil armonía con ese otro arco grueso, el del superciliar, que cada día afirma el puente sobre el estribo de sus sienes, para que no sea sólo la desesperada terquedad en la victoria la que la vuelva verdadera. Más bien bajo de estatura, como la mayoría de su pueblo, transporta su poderosa caja toráxica sobre recia arquitectura de costillas y caderas, en donde el amor y el hambre tienen sus terribles dominios. Firmes sus piernas caminantes conjugan haces de nervios y de músculos sobre los incansables pies que no se traban, por pesos y distancias que los acoyunden, bajo la indeclinable decisión del que los maneja y ha resuelto que serán su cimiento hasta el fin. Este es el viajero al que le crujen de nuevo los papeles del rey de las españas y de gualavisí-compañero, bajo la seca piel de la ovejita de los cerros con nieve, que le protege todavía el diafragma cada vez más sensible. Piensa que aun valen los papeles, pero sabe también que ya van ajados y lejanos, más que por el tiempo por la magnitud de las instancias de la historia de ellos, a la que le pespuntea urgencias su firme talón trajinante.

Temeroso de incrustar su cuña de pesadumbres en esa alegría colectiva y más temeroso de sí mismo en ese trance sacudidor, de la vuelta y el encuentro, se queda allí. Cambia pie y postura muchas veces. Entre tanto el sol ha subido y les vuelve resplandecientes haces a las espadas de lata y a los pendones polícromos que son agitados en señal del inminente encuentro. Las escuadras contrarias, de la escaramuza retadora, avanzan y se detienen. Cuando él espera el choque no sabe por qué se inmovilizan los brazos guerreros, que ya debieran culminar el falso combate, en esos a-prestos para algo verdadero, que les viene en la tradición, pero también en la necesidad, piensa, a la que son fieles de alguna manera. Hasta que descubran que esa necesidad de ser hombres les llevará de regreso a las cabeceras de su alma. Los danzantes mantienen su movimiento que abre y cierra círculos solares mientras la alegoría ceremonial se dibuja geométricamente y termina en frontera para el trotecito de la caballería inquieta. La masa se agita, va de uno a otro costado de la pampa verde de la yerba de sus pastos, de donde han sido expulsados borregos y pastores, mira a la distancia, y parece aguardar. Se adivina que la espera la enciende más bajo el calor del día. Agitados ponchos registran las distancias y las mujeres anchas por las varias corolas de sus polleras de fiesta, extienden sus cuellos como si les faltara el aire y giran sus cabezas inquisidoras, angustiosamente. Repiten su resaca con golpe de ola las caracolas rebeldes. En las alturas del peón y el ***comunero,*** las mareas y el alto mar se enancan con el grito de los vencidos. Lo vuelven marejada ronca y profunda. Para Faicán guerrillero, que se mete en los montes, en plan de batallas en las que sueña, la contradanza y la escaramuza, que otra vez palpitan, le parecen las vísperas de su futura guerra verdadera. Entrecierra todavía más sus ojos y le manda a su doble para que dirija el combate. Pero he aquí que no obedecen.

Se detienen y nueva oleada de gente avanza hacia el pezón del monte para volver a la explanada, pero ya el personaje, apenas un puntito que desciende, entra al bosque de los brazos que se alzan saludándolo. ***¿Prioste o*** invitado? se pregunta el ***comunero*** que sigue metido en su ánimo y no deja de preocuparse por lo que sucede allá a donde quería llegar, y que, de contragolpe, lo detiene, obligándole a enfrentarse a este nuevo conflicto. Se interroga acerca del por qué no puede avanzar. Su mente jamás ha estado en contradicción tan ilógica con su ser actuante. Siempre Faicán entero obedeció a su cabeza, la que anduvo manejándole al leñador. Ordenadamente, fríamente, impulsaba el hacha contra el tronco gigante. El tronco ante su ser obstruyéndole el camino y creciendo siempre a su par, desde el primer brote de su coraje, cuando aprendió acerca de las categorías, como quien baja las cuestas a la carrera, porque supo entonces, ya no recuerda el día en que tuvo conciencia de la humillación, que hay la categoría mayor hacia abajo. El no ser, equivalencia del ***ser indio,*** determinó su porte ante la palabra de mando, marcó cada uno de sus gestos, su inclinarse o enderezarse a medias, y sobre todo la contención de sus apetitos. Si algún resquicio quedaba libre, de inmediato le daba paso a la alegría. Al comienzo arremetió contra el destino solamente para asegurarle un mínimo lugar a su cuerpo de pastor y labrador, que aun cuando pequeñito ya era sabio en eso del buen padecer. Permanecer y no troncharse, por grande que sea el sufrimiento, esa la lección aprendida desde antes de nacer. Resistir, resistir siempre, en todas las circunstancias, para que no los desgajen. Porque el hacha, de verdad, la manejan los otros. Amos de todos los tamaños y condiciones montados en el espectro con leyenda - el indio no siente - sirve para todo. Desde el patrón verdadero, dueño del título y la tierra, hasta el sacristán

y el abogado, junto al político y al diezmero, y más el alguacil, qué cantidad increíble de jinetes sobre él. Entre los más crueles están aquellos que tratan de olvidar a la que les anda cosquilleando por ahí en el pasado, desde la raíz. Olvidar, si fuese posible, a esa que entra a su otra historia desde la primera violación —incontables violaciones— del conquistador de acero, indomable por fuera y con su desnudo sexo sin raza por dentro, hosco sexo de animal garañón perseguidor de mujeres puras. Sería bueno, para ellos, poder olvidar también a la que le acogota de nostalgia al nieto que la niega, que negada está la del primer asombro trémulo ante el desconocido goce gozado con el bárbaro extranjero, señor que acaso se rindió, a su tiempo, al contacto de la tersa piel, al trato con la índole discreta de la dulce amante casi vegetal, criatura de arcilla y capulí, que luego iría descubriendo las espantosas oquedades de la España feudal, la antípoda inquisitorial que resecó la dicha, y más la del vientre en su oleaje hacia el encuentro con su pleamar de vida, para ser reemplazada por la reprimida entrega taciturna, cuando el pecado se instaló en los lechos que antes florecían. O quizás está fraccionada en esa raíz del mestizo y se le sube con socarronería a la piel que suda por emblanquecerse, la que comerció' con su cuerpo de pobre ***longa*** venida a menos e instituyó la prostitución junto a la sevicia colonial, entre cabeceras de necesidad urgente y el gusto por la antigua cruz y la nueva espada. Curiosamente la reina de Castilla, a la que su pueblo le canturreaba "monta tanto, tanto monta, Isabel como Fernando", para proteger la decencia castellana, en esos lances de los caballeros descerrumados en el trato con las indianas olorosas a espumas y savias, decretó la supresión del baño en sus dominios de las Amé-ricas, bajo pretexto de preservar la salud de sus subditos. Puede ser que la gran señora creyera, por su propia expe-

rienda, que las abluciones eran cosa del Diablo y que de buena fe trató de impedir el desgaste de la piel indígena por la acción del agua. En guarda de la salud pues prohibió el baño, no la ***mita*** ni la mancebía, no el tormento ni el despojo malditos.

Faicán, indio puro, no tiene nada que disimular. Ya en su larga travesía experimentó los matices del color, que determinaban los cambios en la sufrida violencia, los conflictos bipolares del mestizo, su desesperado refregarse en el indio para limpiarse del indio incómodo y tenaz, que no lo deja. Lo que sí esconde él es su plan de combate, como lo hace todo estratega de verdad. En espera de la hora precisa, para esa batalla por la que resiste, se hace la guerra a sí mismo. Se establece pues la lucha, sin cuartel, entre la planta Faicán que se afinca y quiere avanzar y el pensamiento Faicán temeroso de no poder trasladar el universo de Gualavisí, no hace mucho descubierto, a las órbitas naturales del entendimiento de los otros. Ellos, sus hermanos, su yo traspasado a esa parte de su pueblo que allí cerca vuelve a sus recuerdos ceremoniales, dentro de la protección que les da la neblina de sus cerros húmedos, el vaho de sus animales que los abrigan y con los que conviven, la paciencia copiosa de la que son millonarios y con la que anegan sus sacudidas, abrirán en sus mentes los espacios para la rotación de esas ideas, que ahora crecen redondas en su frente. Está seguro. Lo que le atormenta es que esas rebeliones, también señaladas al ritmo de sus ***chirimías*** y al compás de la punta seca de sus ***oshotas,*** rebeliones con muerte cierta, deben terminar, para dar paso a la preparación de la nueva cosecha imprescindible, la muerte de la guerra verdadera, de la que no se podrá regresar a las madrigueras ocultas para que los vuelvan a cazar, porque ésta - lo he comprendido bien Gualavisí -

capitán - madura dentro de la historia cuando el indio ya pasa a otro campo de sembradío, que se llama organización de los que trabajan - sindicato de los peones - movimiento de los pobres sin más porvenir que el de vencer o sucumbir -. Y le atormenta la angustia de los honestos, que dudan de sí mismos, de sus capacidades. ¿Podrá Fai-cán aprendiz político, que debe ligar hechos y circunstancias, junto a otros sin títulos de letrados señores, humildes como él, levantar el movimiento que genere la aurora mayor en este inmenso baldío que se llama el ecuador-país, el ecuador-nación, ahora cerrado cielo para los que labran el firmamento de la dicha ajena y al que ellos quieren cambiarle en deshojada rosa de sol para todos? ¿Podrá él?

En tanto su corazón busca su orilla, antes de que le llegue la nueva creciente que ya adivina por los repetidos flujos de sangre que le campanean el pecho. Para distraerse se pone a comparar los livianos caballitos del arriero y el trillador, con los poderosos alazanes de las haciendas, de doradas grupas redondas. Magros, de poca alzada, hábiles trepadores de las cordilleras, nada tienen que ver con sus antecesores de herradas pezuñas asesinas, que pisoteaban a los fugitivos atrapados entre la traición y la pólvora, cuándo se les volvió negro el horizonte, y la historia. Esos pequeños torditos enalbardados con cintas de colores, incorporados también a la contradanza de la escaramuza, se han vuelto iguales al indio, cada vez más pequeños, cada vez más oscuros. - Ah, piensa Faicán, -dejaron de ser los conquistadores - fueron conquistados -pero son mucho más que eso - son parte de la existencia del ***comunero*** - gemelos en el hambre y en el esfuerzo -hasta son su riqueza -. Se ríe, al verles desde lejos, cocear ágiles. Los remos de relámpago caracolean como la pierna de los danzantes. Juntos trazan en el aire las figuras del bai-

le. Faicán, comandante sin tropa, le asigna al caballo ***runa,*** potrito que vence abismos, un papel de gloria en la desconquista.

Los niños, como siempre, adelantados de todo lo que acontece, precursores de las buenas nuevas, han llegado. Sombrero diminuto, poncho chiquito, cometas que ascendieron en el hilo del silencio, asoman en las puntas de los cerros. Ya han cruzado invisibles por las cañadas que custodió el centinela guardián de la comarca, Gobernador con rama de aliso por vara, Faicán al que saludan y reconocen sin conocerlo. Aturdido los mira mientras ellos, bandada de gorriones, se posan en la cuchilla del desfiladero y alzan sus manos señalándolo. No satisfechos, bajan cabalgándole al viento hasta cruzar el río y trepan por los matorrales en propio vuelo de desnudo pie, que les sirve de ala.

El ***guando*** camina hacia él. La silla de cuero crudo, sujetada con sogas sobre las que se han trenzado reatas rojas flota sobre el agua que suena contra las piedras y cae hacia el hondo remanso aparente, que gira en remolino tragador de hombres y animales. Despacio el guía hunde el bastón y calcula la profundidad del vado en el que se mete, al tiempo que les indica el largor de la zancada que habrán de dar los cargadores que se han despojado de sus ponchos y vienen ágiles, relucientes en sus camisas blancas bordadas y con sus ***cushmas*** ceñidas por los símbolos que en sus ***chumbis*** se despiertan, al calor de las cinturas movedizas de los hombres en permanente accionar por algo que siempre les empuja, así sea por el breve sorbo de agua para la sed. Sus venados y sus ***curiquingas*** se les adhieren a los ***shungos*** temblorosos del esfuerzo y les ayudan a remontarse a su origen, con simple o arduo traspa-

sarse mutuo, en dulce acto amoroso de pasado a presente. Faicán peregrino, se examina. Qué montoncito de ceniza en pie, sus descoloridas prendas. Qué duro su esqueleto más adentro. Y qué blandas zuread oras ***cuculís*** entre su piel y su hueso. Tierno de esas palomas que empolla en sus tuétanos, justo en esta hora que se le atraganta, mira a los mozos que han ganado ya su orilla y a paso firme suben por el repecho en cuya corona de piedras está posada su planta. Ante él han bajado sus alas los sombreros de lana blanca y dura, - ***íaiíicu*** Faicán - buenas tardes de dios -tiempo que hemos esperado - que estamos esperándote -. Le besan las manos sin anillos, sin prenda de autoridad. Por pura expresión de amoroso respeto se inclinan sobre ese mapa de desgarraduras y ponen sus labios en los nudillos saltamontes que no paran de ese temblor que le traspasa el cuerpo entero. Lloran los ojos ***inmaymanas*** y se detiene el día en cada pupila anegada por este alborozo qué hace que allí les cabrillee la luz rosada del verano que resplandece desde el monte Azuay hasta el otro lado del Bue-rán, que también refulge en su oscura corteza de fundido metal llameante. Hay un duelo de palabras graves, de tiernas súplicas que se repiten, cuando Faicán varón entero se niega a ser llevado en andas. No puede convencerlos porque una determinación más alta ha impuesto la orden que parte de Liberato Tenesaca, el Gobernador-íwrayo-alcalde y principal de la comunidad de Ingapirca, quien lo espera al otro lado del vado por donde han cruzado los que - están para servirle -, fuertes y hermosos adolescentes, todavía con tórtola de madre en la lengua enternecida. Cede Pablo Faicán que no es rey de las sicilias, pero al que lo transportan como si hubiese renacido en él el último noble señor de los cañaris. Asido a los brazos de la silla soporta que lo lleven por encima del agua que cascabelea entre saltos y riberas, un poco sorprendido pe-

ro más que nada inquieto por esa inmovilidad que no lo convence. No, él no es señor, ni siquiera señor cañari, de vuelta. Por eso salta ligero cuando se detienen ante ***taita*** Liberato Tenesaca que lo abraza y le tiende la vara antigua, con puño y anillos de plata, que permanece guardada en algún lugar secreto. Siempre sale del hondo baúl de cuero, o de la alacena con amontonamiento de lanas que le dan calor, o de la bastonera de troncos y carrizos donde los ancianos guardan los puntales que le hacen falta al cuerpo o, lo más probable, del tesoro escondido de las querencias sagradas del indio, que hace de topo con tal de preservar la memoria que circula subterránea. El Gobernador de Ingapirca tiene noble la figura y contempla los surcos profundos en el semblante de Faicán, al que conoció mocito. También él está a punto de llorar pero se detiene y vuelve a abrazarlo, con esa manera tierna y amistosa, jamás grosera, de los indígenas del sur arbolados de gestos antiguos, de comportamientos afinados en su sentimiento natural y en su cultura de viejas tinajas que todavía expanden el espíritu de *su* ***jora*** en fermento. Uno a uno, los mayores que han bajado a recibirlo lo saludan con ese beso de las miradas limpias, y cargadas de mensajes profundos, irreemplazables, cuando de lo que se trata es de decir sin palabras lo que éstas no podrían jamás entregarle al que de pronto sale de la tiniebla y es su ***pacari-na,*** su amanecer, él nacer de otro día, del esperado. - Faicán peregrino - desterrado - vuelves a tu ***llacta -. -*** Con tu pie gastado regresa el primer ***comunero*** disparado a lo ajeno -. - Crueles señores - los que así te quitaron la tierra -última tierra que nos quedaba - que no te queda más -. Aquí te hemos esperado - en la comunidad de todos -de los perseguidos también -. - Eres nuestro - el mejor ***runa ~m -*** ¿Sabes ***taiticu? -*** las voces vinieron - de lejos vinieron - nos contaron - cuan triste fue - tu destierro padecí-

do -. - No nos importa tu pobreza - la gris ceniza posada en tu espalda - el alita partida -. - Importa más tu vida sembradora - tu hombro cargador de montañas - resistidor de penas - grandes como montes -. - Has vencido - victorioso guerrero - solo - solitario cazador -. - Persiguiendo tus huellas - iba el zorro blanco depredador -. - Te vemos el hambre - las ocultas heridas - el alma limpia - que te sale a los ojos -. - Las músicas anuncian la alegría - precursor de la libertad - te dicen -. - De la libertad del indio - decimos nosotros -. - Te aliviaremos los pesares - cargaremos tus balas sin pólvora - les pondremos candela un día -. - Ahora te devolvemos a la tierra paridora - a nosotros que somos más uno - otro Pablo Faicán - a tu propia sangre en Lázaro danzante - a tu descanso con Trini aguaitadora triste - de las distancias - de los años - del silencio tuyo -de la soledad - sin tu calor presente -. - Tus hermanos somos - tu ser recuperado -. Lo han pensado, cierto. Talvez no lo dijeron. Acaso lo han dicho en otras palabras. Quizás en estas mismas incompletas palabras. Los tiernos decires le aprisionan de manera dulce, pero lo aprisionan hasta sobrarle la piel, su cárcel. Lo que quisieron expresar ha sido traspasado. Se reconoce en esa otra su misma entraña. Se reintegra a quienes sienten que ahora van completos, pues andaban con algo del propio cuerpo desprendido y padeciendo. No necesitan pues seguir hablando consigo mismos acerca de la felicidad de volver a caminar enteros. La mutilación ha terminado en el milagro de esta fiesta que estalla desde adentro de la estirpe hasta la pólvora, la del júbilo, que revienta. Van solemnes, a su lado. Lo acompañan como si fueran los dos cabos del mismo a-moroso lazo, comienzo y fin de su renacimiento. Los cohetes estallan sobre la algazara de las ***chirimías*** y las órdenes, cuyo eco les llega.

Las angarillas vacías parecen volar en el viento de las eras. La silla sin nadie ofende al brazo joven que se ha crecido para recompensarle las magulladuras por lo andado. Los mozos de las andas no se atreven a interrumpir a los mayores. Les parece que en largos trechos de silencio, tanto el recién llegado como los que le dan la bienvenida, han establecido un diálogo de pasos iguales. No hablan y la reflexión común los mantiene fundidos dentro de un solo gran caparazón que los hace parar juntos en la escalada dura. La desintegración, para correr en apretada fila india sobre el filo de la quebrada, deja descubierto el flanco vulnerable. Cuesta arriba el resuello del Gobernador Faicán suena a fuelle de herrero cuando éste calienta las tenazas, para el ablandamiento de los metales. Pacientes los ***guanderos*** siguen esperando, ahora con súplica en la mirada. Faicán, que no baja la guardia a pesar de sus ahogos, comprende que los jóvenes serán sus aliados fieles, los necesarios. Se detiene pues entre sonrisa cómplice y verdadero trueno de tormenta en el pecho. Dichosos, ante la aquiescencia tierna de los dirigentes, los mozos lo levantan en vilo, lo acomodan y trepan como pumas que zancajearan en terreno propio. Así lo llevan, con pie liviano y largo estirar de piernas - no pesa el ***guando*** - sin carga vamos - con persona querida - que les honra - que les hace la merced de entregarse - en nuestra débil mano inexperta - felices vamos con él - felices -. El más humilde, el menos poderoso, el que ni siquiera lleva las hermosas prendas bordadas y limpias, que se lucen en días especiales, como éste, es su héroe imbatible, su modelo humano, superior a todos. El halo que hace rato ven alrededor de su gastado sombrero irradia su resplandor sobre la noble cabeza, y es verdadero. Fue levantándose, sin que lo vieran, en el relato de los cargadores que volvieron tras salvarse de la matanza de Cuenca. Creció en las voces chiquitas

de los forasteros que pasaban. Se encendió hasta brillar tras la respuesta de los brujos-hechiceros, que lo invocaron entre sus brumas de hierbas que hacen soñar y sus conjuros contra los espíritus del mal, los que le adivinaron la victoria tras mucho sufrimiento y ante toda la comunidad presente lo nombraron - resurrecto ***apu*** vengador - guía de su pueblo. El tiempo aumentó la claridad que lo acompaña. Ahora sube esa luz del ser casi gris que transportan, que de pronto se vuelve encarnación de los héroes de las viejas leyendas guardadas en secreto. Quizás llevan al señor ***curaca*** Alonso, el primero que, según se cuenta, conspiró para dar muerte a los españoles, en los mismos días en que éstos llegaron a cambiarle el nombre, a asentar sus plantas en las tierras ajenas. Quizás allí va engalanado Cañar-Cápac, hacedor de los ejércitos indómitos. O talvez le transportan a Rumiñahui, que, en esos mismos sitios por donde ahora transitan, descargó su volcán de iras contra el conquistador y le enseñó a su gente la táctica de la guerra de los de a pie. Contra el caballo y su jinete, la trampa y el coraje. Todo por la resistencia, hasta la muerte, menos la sumisión. Pero no. El héroe de carne y hueso, así encenizado, con su ojo de águila, con su risa de bueno, que va allí, es el ***taita*** Faicán perseguido. Sólo les faltará vivir, para ser como él, algún día. Vivir y cargar la montaña hasta después subirse sobre ella, para proclamar la otra edad de la tierra y del indio, la otra edad después del diluvio. Por eso es que su presencia ha dado alegría a la comunidad, ha levantado de sus parvas a las espigas dormidas, ha desgranado las mazorcas harinosas, ha puesto a reir a las piedras, al polvo, a las pencas que ya revientan sus tunas coloradas, buenas para la sed.

Detrás de las andas camina Liberato Tenesaca, poncho rojo y negro, bastón de mando en la mano, firme su

mano de adelantado que ha sacudido, en el Quito lejanísimo, las quejas de su ***ayllu*** Ingapirca. Graves por fuera, alegres por dentro, en su trotecito imparable, caminan los cabecillas grandes, los siguen los ***varayos*** de las parcialidades sueltas y luego los representantes de los peones ***conciertos .*** Termina el cortejo con acompañamiento de ***rondadores,*** acodados con esa facilidad de los musiqueros a la caza de los acontecimientos que los necesitan. Y más ahora cuando la música se instala sólita en el aire.

Llegan por fin a la explanada por el lado en que los bailarines continúan con su danza ritual. Los acompañantes se detienen delante de la litera, sin prisa, pausadamente. Le piden a Faicán, patrón de la fiesta, que les permita detenerse hasta que callen las ***chirimías,*** se aquieten los danzantes, la gente pueda saludarlo. Los mozos, que aprueban la propuesta, aflojan sus pantorrillas, agudizan el ángulo de la corva, descansan. Antes han alzado las andas sobre sus hombros y las aprietan todavía con mano acaracolada, discretamente orgullosos. En cuanto la masa inquieta comienza a moverse, los capitanes del festejo levantan los brazos pidiendo calma. La tranquilidad vuelve.

Recomienzan con la estela que traza el guía con su espejo. A la señal, los danzantes se desplazan. Vuelve la música. La muchedumbre entra en trance dentro de la unidad que se establece tácitamente. Otro prisma desde la mano del ***ñaupador*** crea la presencia celeste detrás del que van los bailarines revestidos de blancas túnicas hasta por debajo de las rodillas, con los albos pantalones ceñidos en los tobillos, en donde los cascabeles suenan a agua que fluyera en cascada rítmica, inquieta, remansada, ídolos sumergidos en otras edades avanzan imponentes

sus rostros. Han desafiado las leyes del tiempo y del infortunio. Se presentan íntegros y altivos a la hora en que se reúnen los antiguos sueños, del ayer al mañana. Es como si la ceremonia se cumpliera antes y no ahora. Sus ademanes parecen juntar cielo y tierra. La punta del pie en el cénit y de regreso la planta sobre la semilla enterrada, el hueso del padre, la humanidad del indio. Se extiende el manto protector acondicionado en siglos de ser urdidera y gusano a la vez, hormiga y miel. Ya no importa quien la disfrute. Se es. Se da.

Sigue el círculo del iris envolviéndolos con la presencia de su mundo germinal hasta que el hombre fusiona sus poderes dentro de su propia voluntad y los desata sobre los elementos. Reina pues. Se convierte en señor y dueño absoluto del medio en que habita. El sortilegio a-prehendido e"n la vigilia pasa a la danza y se produce el encantamiento. Cara a la atmósfera que les trasmite sus eléctricos mensajes, hermosos y puros como al comienzo de la era de la arcilla que vibra en su carne, aseguran su propia piel a la estatua que despierta. Reviven desde la entraña los símbolos abuelos. Sin someterse al tiempo se incorporan al ciclo único de sus vivencias colectivas. Son sus mismos antepasados los que danzan. Ellos, sus propios abuelos jóvenes. Afirman el origen metiéndole la ***quena,*** que nació en el aire de las altas cumbres, dentro de la canilla del pastor, del labrador. Cabrillean los espejos en sus pecheras y los transportan al vaivén de las remotas latitudes marinas, en donde sus primeros padres anduvieron por senderos de agua y se establecieron en sus danzarinas casas remeras. Como ya viven arriba y son los hijos de la montaña, coronan la cabeza con el abanico pajizo de los páramos en el que insertan la fantasía multicolor de las plumas de sus aves, y más arriba de la alta diadema

que sube en arco sobre la frente florece el maíz sagrado, el que a través de los trémulos estambres invoca el anuncio precursor de la lluvia. El arcoiris columpiándose en los espacios es la respuesta. En tanto la fusión se produzca, ellos, representantes del prodigio de la tierra, buscan en el movimiento la proximidad del rocío que embrujará los horizontes. Encuentro humano, cierto hasta el estremecimiento, es el que se produce. La cópula mágica con el seno húmedo de la luz asentada sobre los macizos de la cordillera se da hasta que el espectro solar penetra en la profundidad del horizonte. Baja del cielo la luz. Se desvanece en el gozo. El acto de amor se ha dado, los salva. La dicha sube en la flauta del hueso danzante, igual que en el ***pingullo,*** se expande con los tambores en la ijada donde la pasión llena el vacío que dejan los costillares extendidos hasta ser el puntal de ese universo que los reconoce como sus hijos, y los escucha. Bajará la lluvia, crecerá la mazorca.

De entre los bailarines que se aquietan emerge uno que se separa del grupo. Ingrávida nube nace al conjuro del cascabeleo danzante. Avanza la figura sola entre los círculos solares que traza su pie ligero. La invocación a-graria se refleja en el gesto del cuerpo que se inclina al surco y luego se alza hacia la inmensidad de la atmósfera, los brazos en cruz hasta que el árbol entero de su ser abarca lo inconmensurable. En movimientos de pausado sumergirse en el mensaje el danzante fuga y se adhiere a la luminosidad quieta de la tarde. Todos sienten que el tiempo remanzado se ha detenido en la hora gloriosa de la germinación.

La semilla estalla por fin en la tierra fecunda mientras desciende el arcoiris sobre la criatura vegetal que la mano

del hombre ayudó a gestar. Tenues reflejos celestes ponen sobre el pecho del que danza un arrullo de agua con luna. (Corre el riachuelo profundo en la quebrada con cantera de piedra negra por lecho. Se quiebra la transparencia de la luz en el flujo del agua que tropieza y cae en múltiple, irizada flecha líquida. Plata fosforecente se refleja a sí misma y se alza en coraza que interrumpe la paz de los luceros quietos, el balido de la sombra aromosa que sacude sus redes sobre la gracia de los vellones de espuma, el desnudo testimonio del silencio. Repartido milagro del que camina arriba y busca el oscuro fluyente regazo escondido para su sueño). Cuando el bailarín gira sobre el eje de su cintura se ve a trasluz otro sol que emerge de sus hombros, ya no el sol poniente, sino el verdadero que el indio espera. Ahora lo ve, en la fugacidad de su alegría, por encima de las colinas redondas. Todavía a cada movimiento de las cintas de colores que penden de su cintura se repite el encuentro nupcial de los elementos, mientras las Conchitas nacaradas relampaguean sus ondas marinas sobre el pecho que recibe el último rumor de la música y la palabra, que se consumen suave, pausadamente.

Se callan las ***guipas*** y los caracoles que resonaron desde la punta de los cerros. Se callan las ***chirimías*** y los ***pingullos.*** Se callan las mujeres que le volvieron rosa-clavel y violeta matizado de cardenillo al espacio en donde se reunieron. Se callan los niños que fueron alzados para que miren al hijo del esperado que ahí está ante Fai-cán alto en sus andas con brazos poderosos que lo sostienen y que calla también asombrado. Los caballitos sienten tensas las riendas que se achican ajustándoles la brida y al obedecer se plantan dóciles y ni siquiera cocean. Se callan los cascabeles, grillos brujos. Se callan las mamas ***rucas*** de ojos húmedos y los ***taitas*** que pregonaban sus

hazañas. Se callan los guiadores de la retaguardia. Se calla y queda quieto el viento que movía los pendones y las banderas. Ni sollozos ni vítores. Sólo el silencio redondo, completo, absoluto. El mismo que reina en los dos extremos del ser, cuando asoma y se desvanece, en su principio y su fin, siempre.

El ternerito que llama en busca de su teta, con miedo a la noche que 'se acerca, rompe el encantamiento. El balido deja escapar tras su ruido lo que estaba contenido. Estalla el suspiro, salta la lágrima, corre en remolino de ponchos y rebozos el nombre Faicán, que llega en persona, volando al centro del gentío. Suspendido en el aire otea el espacio, lo escarmena. Arriba de todos, sobre las andas que no bajan, recuerda el mar que conoció un día. Pupilas húmedas que lo miran, olas centelleantes que cabalgaban ayer, gaviotas y espumas esparcidas entre los peces de plata que ahora escapan hacia adentro del pecho que tiene su propio oleaje, y que no necesita orillas que lo detengan ni cabrilleo que los ciegue mientras el alto cóndor desplumado ve por ellos el abismo pero también la flor de los corales que tiemblan en respiración de mujer, implorándole para oír su voz. Sobre los senos estremecidos las gargantillas con sus cuentas rojas y sus mullos dorados vibran tiernas, venciéndole al silencio. Se liberan de la colectiva mudez trémula con el saludo que mezclado como su fluir de tiempo y vida en permanente amenaza y castigo también es romería continua hacia los recónditos refugios donde talvez la suave dicha espera.

- Ay - aquella que se alza - cuello de tórtola real -hasta mi temblorosa viudez - de alejamiento -. - Aire -fuego - agua - trinidad sobre la tierra - Trinidad inmóvil peregrina - como yo - sin caminar con el pie - caminante

por dentro de mi ser - buscadora - que al yacer en la noche conmigo - en la larga noche de mi ausencia - me regresó -. El ojo que alcanza a verlo avizora la dicha, también la del que llega. No puede tocarla pero ya se han fundido, crisol eterno de la pareja única. La mirada de ella ha subido al borde de la tempestad que Faicán detiene. Se esfuerza hasta la parquedad del testigo. Acumula pruebas. Reúne datos. Después, piensa, repasaremos los hilos de esta trama del encuentro. Ah, sí, hasta lo imperceptible, que se le anuda en la nuez restándole saliva y el aire, que entre ellos se detiene.

Comienza a jadear la masa de bayeta sus bendiciones. Tascan sus frenos y golpetean sus cascos los corceles de la escaramuza, briosos por fin. Los ***huahuas*** balbucean sus agús con risa y madre que los mima como nunca. El sol que se va ha empollado los sombreros que suben con sus alas de yeso y alumbre, en pleno vuelo detrás de Faicán que sentado apenas, casi a horcajadas sobre la silla que se bambolea entre la multitud, levanta la mano, pide que lo bajen. La tensión crece. Los brazos que lo aprisionan se tornan irreductible cerco jubiloso. Vuelven a sonar las largas ***quipas*** cantoras en la punta de los cerros. Los ***pingullos*** se alegran y entran en competencia con los agudos violines de tosca caja pajiza. Se encienden los fuegos y el vivaque de la fiesta le cambia de sol a la tarde. Faicán devuelto a su ***oshoía,*** a su tierra cálida de bosta y hierbazales, no puede detenerse. Va de abrazo en abrazo hasta el inmóvil muro claro que lo aguarda. Los danzantes han formado su friso blanco bajo las nubes también con llamaradas. Ahí está el que bailó el ***íushug*** sagrado, Lázaro Faicán. Se reconocen sin voz, sin nombre pronunciado, sin palabra, justo por debajo de la carne, en el hueso, desnudos del material del cuerpo, que sobra.

Como debieron enfrentarse quizás, los primeros que tuvieron conciencia del propio milagro de su sangre que los renacía y los prolongaba, en caída y regreso vital, sin límite. Así se encuentran. Se dan la mano que se encalla en igual arrecife de paz, que será suya, inviolable. La marea humana que va con Faicán los separa de nuevo. Cada uno a su guerra, que es la misma. Cada uno en vigilia, siguiéndole el rastro al otro, sin parar. Están destinados a la misma suerte y el joven Faicán acepta el reto en tanto mira la curvada espalda que se aleja.

Alrededor de la fogata mayor todos se sientan, en círculo cerrado. Pasa el cántaro con la chicha de ***jora.*** Pasan las cazuelas de barro con las papas reventándose de su propio cocimiento. Oloroso a especerías el mínimo empalado que se doró a candela sin humo, se detiene. Cada boca probará su bocado, así sean mil los congregados. Preguntas curiosas, respuestas concisas, zigzaguean sus serpentinas entre el murmullo de las mujeres presurosas que juntan sus vituallas para pasar el hambre y la noche, hasta que llega la hora en que Faicán de pie, con la luz del fuego bailándole sobre la cara, deja de relatar desventuras. Las echa al olvido como inútiles estorbos. Minero, ***mitayo*** mejor, le interesa sacar a la vista el filón precioso que encontró en sus andanzas. En la alta noche continúa la voz reclamada descubriéndoles horizontes desconocidos. Arma la trabazón de la historia makontada, la endereza, la pone a parir urgencias de ahora, sobre el potro de tortura de sus experiencias pasadas. Jesús Gualavisí ausente, le toca el hombro.

Se alimentan las fogatas. Pasan las horas a ras de luceros que se les vienen encima y todavía escuchan. Desfilan los hechos, las gentes con las que aprendió a descubrir

los barrotes de la cárcel en donde los han encerrado hace siglos. Vuelven enteros los guerreros gloriosos que le fajaran rebeldías al que se estaba quieto, acondicionado a la paciencia, los guerrilleros altivos, desnudos o con capas de reyes, que al reclamo por la libertad le juntaron su hambre a la tierra ajena. Faicán que tiene dificultad a admitir los nombres nuevos —sindicato-liga-partido— regresa a construir sus figuras con el barro antiguo del ***ayllu.*** La ***comuna*** es su gemela. Los cabildos y las juntas de indios han sido sus baluartes, parte de la tradición con voces, alcaides orgullosos y corajudos, leyenda con ala. Escuchándolo Liberato Tenesaca siente que el volcán dormido erupciona - ¿Esa ha sido - pues la política? -. Viajero avezado en trato con gobernadores y ministros, recién descubre el triste chapotear de los vencidos. Han sido peones, también en las revoluciones buenas, en las que creían. Han hecho de ***cueníayos.*** Han cuidado, hasta la muerte, el sembrío del amo, que decía buscarles la justicia. Peones en los menesteres duros, tratados como lo que son, peones. En pago les han dado, también como al gañán ***concierto,*** la patada. Recién, Faicán que tose y transpira, les abre el portillo. Salen a campo raso, al aire libre como si respiraran por primera vez. . Son hombres. ¿Alguien puede comprender esa dicha sin ser indio? Son hombres, un pueblo entero que se busca, se interroga, se encuentra.

Irán despacio, en la sombra. Se organizarán - en apretado - puño poderoso -. - Si llega la victoria será la de ellos -. - Despacito - en la sombrita - como pide el - que a-prendió - la lección de liberales - patriotas grandes - a veces hasta buenos - siempre señores ajenos -. - No más catapulta de abogado, de ***quillcas*** y doctores sabios. No más la comparsa, que no es como la que han representado, con el indio a ambos lados. La verdadera, - la comparsa de todos

los días, los tiene siempre del lado de los vencidos. - Nos nombran alcaides - Gobernadores de los ***runas*** - nunca de
los otros - cabecillas de nosotros mismos - presidentes de - Nosotros
- autoridades - somos sirvientes ma-
yores -. - Servidores somos - del que nos roba - del que
nos patea - del que nos mata -.

Comprenden, qué amanecer glorioso, lo que les faltó en los levantamientos con garra, sin itinerario, sin meta fija. Es como si otra sangre, otros humores, entraran en ellos y los fueran armando de coraje con ojo abierto, no ciego, no de muerte. Más bien el rocío de la madrugada que les nace, tierno rocío, les suaviza el lugar por donde va a reventar el brote, el día que están alumbrando. El tesoro que Faicán saca de su buche gigante es increíble, no se agota. Oyéndolo el mundo de su dolor se convierte en mina propia, rica en venero de memorias que regresan armadas de invencibles fortalezas que han permanecido sin olvido, esperándolos en el largo sufrir y el resistir infinito.

Las mujeres recuerdan las leyendas de los tesoros, ocultos en las breñas del Ande para cada generación que las necesita. Piensan que así como a la hora del hambre, del frío, se llenaba la choza con los relámpagos del oro del rescate de Atahualpa, que nunca llegó completo, ni lo encontraron, así ahora Pablo Faicán les devuelve la memoria de su sangre, memoria colectiva de su ser, sin la cual se está huérfano de raíz, de madre. Recogen pues en sus regazos los episodios, los nombres, igual que lo hacen con el maíz, con la cebada, cuyos granos juntan entre los mejores, de uno en uno.

- Será semilla - en el oído chiquito - en el que le cantaré - lo que cuentas - ***taita*** Faicán resucitado - bajado de

*id* cruz - ue ia hacienda - del destierro - de tanta lágrima -en tanto tiempo - que hemos llorado -. La ancha mano labradora de la Tránsito Naula, la más joven madre, sostiene con devoción religiosa, despacito y con cuidado, como si fuese a caérsele la cabeza oscura del recién nacido.

Todavía manotean en las sombras de la opresión acumulada y Faicán anuncia que - recién comenzamos - tenemos papeles nuevos - enterraremos los viejos pergaminos -inútiles en tantos largos años - de no servir - rey de espa-ña -. Saca de su ***cushma*** los cuadernos con las anotaciones de Cayambe. Salen calientes y húmedos de su sudor los papeles de Gualavisí. Tendrán que luchar duro hasta en-:ender esos términos castellanos desconocidos. Y este Jesús Gualavisí que lo apura, metido adentro, sacudiéndolo. - La línea política - compañerito Faicán - no se olvide -la línea del partido - es necesario entender - aplicar - como dicen los dirigentes -. - Y eso - cómo explicar - si casi no entiendo - replica Faicán, nervioso ante el mirar con puma de los jóvenes que se le acercan cada vez más, ante el mar de preguntas de los que vinieron de lejos y dejaron atrás sus conflictos mortales - por la dicha grande - de recibirlo -y sobre todo frente a la Trini para quien lo que él dice es como el aire indispensable que respira , acuclillada en el suelo, casi a sus pies, junto a las otras mujeres de pupilas con tiniebla. Ese laberinto de clavos puntiagudos del que no puede salir su cabeza o quizás mejor ese desbocado caballo de astillas que trota sobre los blandos espacios debajo de su cráneo que estalla, esa línea política que —¿qué mismo quiere?—, camina por fin como culebra en la selva, despacio, sin patas firmes ni caña alta, propiamente como la pesada boa, pero ya se mueve, avanza, sale disparada hacia la garganta del que carga al Cayambe entero, y se vuelve recta final en carrera hacia el derecho,

el gobierno, las leyes, las armas apuntadas desde siempre al pecho infeliz. Más tranquilo, siempre con Gualavisí al lado, reconstruye la armazón en donde se asentaba el mundo que les quitaron. - Lo legítimo, explica - fue prohibido -. - Desde entonces - la peor miseria - el ser mísero hasta el polvo - fuimos nosotros -. - El alma de la tierra -es el polvo - pero así degradados - indio y polvo - somos dolor de la tierra - dolor de su alma - menos que suelo de desierto -. - Más que nosotros - obligados a no ser gentes - sólo la llaga - sólo la muerte -. Les han hecho la guerra. Ellos se han dejado matar. Era natural, como todo lo demás de su vida. A veces murieron matando también. Lo bueno es que el indio ha resistido y todavía existe. Ese es su triunfo. De lo que se trata ahora es de seguir. En el mínimo espacio que les han dejado pondrán el pie que se parará, caminará, dará el salto, marchará hasta llegar a río de brazos que cogerán las armas dormidas María Duchicela, seguro.

- ¿Qué es legal? -. - ¿Digan - hay pues - algo legal -que nosotros indios podamos hacer? -. La pregunta del más viejo de los ***comuneros*** sale de una boca partida por mil senderos de arrugas, por millones de silencios. Los que han oído y callado hablan. Las voces se atropellan porque ya no son la sola voz de Faicán. Son muchas las que brotan, han madurado, se desgranan en incontenible lid. Lo legal es lo contrario de lo prohibido. El despojo es ilegal, no sólo por ellos, también por su ***mamallpa*** herida. Legal es borrar la conquista, volver a ser los dueños de lo que se dice ajeno, pero es propio, de ellos. Expulsarle al ladrón que es el patrón hacendado, patrón gobierno, patrón iglesia. Si hasta al dios que les bajaron del otro cielo enemigo es ajeno. Ni bueno ni malo el amo, siempre igual, es de la raza de los opresores. Caballeros, arcángeles,

depredadores, todos son uno, semejantes, parecidos a los que matan. Depósito de pólvora el pueblo de los ***runas.*** El caballero ordena, el mayordomo saquea, el arcángel maldice al vivo, bendice al muerto. - Tanta carga -***guando*** de siglos - de generaciones - del sufrimiento ajeno -aun del propio - les han puesto - hasta aplastarles - hacerles el gusano de la patria - ecuador -. - Legal - ***taiticu*** viejo -es ser hombres - quitarle la corona al rey -. - No ves pues -que rey de las españas - nos quitó la nuestra - corona de gentes -. - Traspasó la herencia del hurto - les dejó de dueños - de lo robado - a los amos patriotas - de república - donde el indio - igual que antes - es lo sucio - despojo -nada -.

Encuentran las palabras justas, la expresión precisa. No hacen falta las de los códigos innúmeros que hay para comprender el pensamiento con el que vienen peleando Faicán y Gualavisí, al que de gana lo volvieron difícil, extranjero. Ha bastado esa chispa que se prendió en medio de tanto término de camaradas letrados, que ya abrieron los ojos, no están ciegos. Ven, y van con lámpara. Saben por qué cada vez fueron derrotados. La línea es pues esa visión del que traza el camino hasta el final y prepara a los que habrán de cruzarlo para ser relevo, el de abajo que sube, que subirá. Los complejos de la táctica, de la estrategia, por los que hipaban, ante la rústica mesa, los conspiradores campesinos en Cayambe, son pilares luminosos que se alzan delante de los congregados para que edifiquen su morada. De cimiento la planificada organización, que les parece fácil, ajustados como están, desde el primer día, a la rígida disciplina del que sólo debe tener voluntad para la obediencia, no importa qué le pida la cabeza, el cuerpo doliente, el hambre imprudente que reniega en el interior del obligado. Volverse hormigas

hasta organizarse como ellas es ya parte de la sabiduría. Luego está, virgen, el campo de las alianzas. Las definen, encuentran, seleccionan. - El pobre que es una lástima - en la ciudad - ni indio ni blanco - a medias - que trabaja también - hermano es -. - Y el que despierta al dormido - ese que nombran revolucionario -. - Anda haciendo su labor - madrugando - campanero de ideas con más razón hermano es - Pelearán por el gobierno de los pobres junto a ellos - pero irán más lejos -. - En la gran república limpia - entre bolívares y aliaros arrepentidos - vueltos a nacer a la hora de las verdades - no encontraremos un baldío grande - propio - ¿del indio? -. - República de trabajadores - te dijo el de Cayambe -. - ¿Quién trabaja más que el indio?

- Hay algo que los papeles no dicen - un reclamo que no asoma -. - Por algo se puso capa de rey el daquilema -. - No para ser señor rey -. - Por otra razón fue -. - Para tener señorío - derecho a lo suyo - no solamente la comida -el vestido - encima de todo recuperar el ser - eso importa -más que nada -. El señorío de todos no es ser patrones. Es volver a su mundo original, a su dignidad de propietarios de su alma, de su mano creadora, de su ala antigua en vuelo hasta donde el aire nuevo les lleve. Ya les llevó en eternidad de regreso, en escape a la desatada esperanza en donde cabe toda la libertad del hombre.

Cansado, pero solemne como las figuras de barro que salen en la punta del arado debajo de la tierra antigua, así igual, resistidor del hierro, Pablo Faicán, más alto que nunca, les pide el juramento. Otra vez de nuevo la masa leuda, sube de pie en brazo alto y dedos en cruz. Fidelidad sin discurso, verdadera. Juran. Cada uno siente, hasta los niños sienten, que el instante sube en rayo des-

de el centro de su ser hasta allí donde se encuentra entero el humano tiempo que ha pasado, el que está presente, en pichón que rompe el cascarón ya inútil y engendra, en el mismo acto, al que viene, al que vendrá.

Una voz joven se alza, se crece en violenta tempestad de pueblo entero que por él grita -. - Con tu permiso ***taita*** Alfaro - te vamos a hacer la - Nuestra guerra del indio - ¡carajo! -. - Coro de siglos lo acompaña-. - ¡Cara-jo! - ¡Alfaro! - ¡Carajo! -.

Se abrazan de nuevo. Desapareció Faicán recién llegado. Está adentro, con Lázaro detrás. Todos en él. Inéditos, puros, recién salidos del horno donde han ardido. Por primera vez no serán pan para la gula ajena. Metal templado son, listo para la bala. (Ah, ***quillillico*** flecha a-marilla, desde el sol al blanco vas directo, rastreador oji-abierto).

Las fogatas ya no chisporrotean. Se consumen en viva brasa que arde. Igual que ellos bajo la noche profunda, con inquietos meteoros guerrilleros, salteadores, que se escapan calladnos por las quebradas.

*Se juntan las voces Los*
*muertos abren los ojos*

*Herederos del sol en*
*despojos Cargan la montaña*
*son mina*

*Joaquín entre ellos*
*camina Derechos sus pies*
*resucitados*

*El infierno de los Peralta*
*Cielo de los humillados*

*Luciérnaga del*
*alma Funeral de*
*plata*

*Simiente en*
*calma Volcán que*
*salta*

*Cazador con*
*querella Rastro*
*prendido*

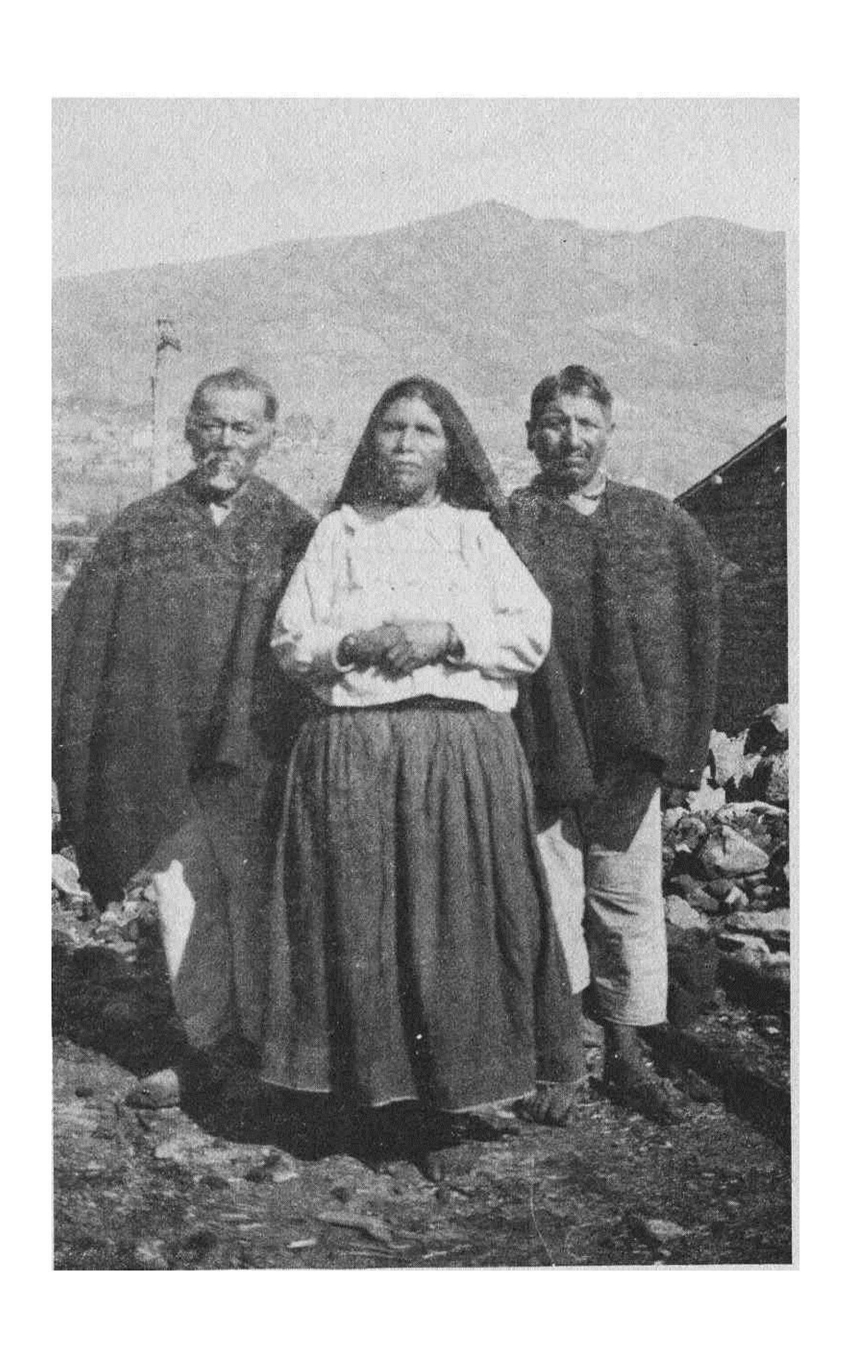
*Narrto escondido*
*Lumbre que no cesa*

*No hay abuelo dormido*
*Incansable azor lo regresa*

*Danza del*
*perseguido Inasible*
*bala su flor.*

A la izquierda Jesús Gualavisí, al centro Dolores Cacuango y a la derecha Juan de Dios Quishpe. Fotografía de 1941.

Poema que se conforma con los títulos de los capítulos de Nela Martínez.



## *VOCABULARIO*

*Alau-.* Ay-ay. Queja profunda.

*Allcu:* Perro.

*Allpa:* Tierra, terruño.

*Amurcar:* Llevar en brazos a una persona.

*Aparima:* Cargador para llevar a cuestas a los niños.

*Apu:* Jefe. Expresa respeto y cariño.

*Ari:* Sí. Aceptación. Confirmación.

*Arishcct:* Acondicionamiento para estrenar. Hacer uso por primera vez.

*Ashanga:* Canasto, espuerta, red de cabuya, que se cuelga.

*Ashco:* Expresión que indica desprecio.

*Aucas-.* Tribu de los Aushiris. Pagano, no bautizado.

*Ayllu:* Célula de la organización socio-económica del Incario.

*Bungas:* Especie de avispa que da miel. Abejorro.

*Calcha:* Caña seca del maíz.

*Capariches:* Los que aseaban la ciudad. Derecho de algunas comunidades al trabajo de limpieza, adquirido con el liberalismo. Los de Calderón.

*Cari:* Varón, macho. Como adjetivo: valiente, enérgico, resuelto.

*Carnaval-sisa:* Flor del carnaval. Bellísima, florece entre febrero y marzo. Llena de color rosado las quebradas.

*Cashasca:* Llovizna helada que hiere como espina. De *casha-.* espina.

*Castilla:* Expresión de la Colonia, que continúa. A lo mejor procedía de Castilla, España. Bayeta de Castilla.

Arroz de Castilla. Lengua de Castilla.

*Cocachos:* Golpe, coscorrón.

*Comuna:* Organización indígena comunitaria, que subsiste a pesar de la Colonia y el feudalismo. Las nuevas modalidades organizativas dadas por la República y el Régimen de Comunas, dictado con arreglo a los intereses gubernamentales y de los grandes propietarios, para su desaparición, no han conseguido anular su natural idiosincracia. Las Comunidades indígenas conservan, a pesar de todas las represiones, sus tradiciones culturales, idiomáticas, familiares. Son los núcleos sociales que han generado la mayor resistencia y lucha en contra de la dominación extranjera.

*Comunero-* Miembro de la Comuna indígena.

*Concertaje:* Sustitución de la *mita.* Aparente derecho de contratación libre, que, en la práctica, establecía la "propiedad" del patrón de la hacienda y la deuda hereditaria, sobre los peones, obligándolos al servicio de por vida, no solamente de una sino de sucesivas generaciones. Sólo en 1918 el Ejecutivo sancionó el Decreto del Congreso de la República y, después de 3 años de discusiones, ordenó su abolición. La cadena de la esclavitud continuó con el sistema feudal de las relaciones de trabajo, el huasipungo, la aparcería, etc.

*Concierto.-* Indígena obligado a trabajar mediante el sistema de concertaje. Disimulada forma de esclavitud.

*Cotona:* Camisa de tela basta, propia para el trabajo.

*Coyoctores:* Lugar junto al río Cañar. Dice Aquiles Pérez: "Del Mocoa coyó, volver a otro camino; tur (u) caña de la que hacen los dardos. Las piedras labradas de sus baños y adoratorios sirvieron de cimientos de las casas de hacienda".

*Cucabi:* Fiambre.

*Cucayo:* Fiambre ligero.

*Cuculí:* Tórtola.

*Cuentayo:* Peón cuidador de las sementeras.

*Curaca:* Cacique.

*Curiquingas:* Ave rapácida. Según la interpretación de Garcilazo de la Vega su nombre vendría de *curi:* oro, e *Inga:* rey; es decir Ave Sagrada del Inca.

*Cushilla:* Caminar o hacer algo con alegría; ligero, contento.

*Cushma-.* Especie de poncho pequeño o camisa sin mangas, de lana, abierta a los costados, que es ceñida a la cintura y permite el movimiento libre de los brazos durante el trabajo.

*Cuy.* Conejillo de Indias, cobayo. Alimento en las fiestas indígenas.

*Cuy era:* Criadero de cuyes. Espacio dentro de la propia cocina o habitación, donde se los cría.

*Chacra-.* Terreno de cultivo, sementera.

*Chagracama:* Cuidador de las chacras, en las haciendas.

*Chagrillo .-* Mezcla de pétalos de flores, que se lanzan en homenaje.

*Chahuarmishque.-* Bebida que se obtiene del agave. Del quichua, *chahuar-,* cabuya, *mishque-.* dulce, pulque.

*Chahuarquero* Madera de la cabuya, tallo largo, que crece antes de su florescencia.

*Chambas:* Terrón. Tierra apelmasada.

*Chamizas:* Paja y hojas secas que sirven para prender las fogatas.

*Chapando* Espiando. Mirar curiosamente, atisbar.

*Chapas:* Del quichua, *chapag,* forma coloquial despectiva con que se designa a los policías. Espía, centinela.

*Chapetones:* Soldados bisónos, nuevos, sin tino, abusivos, a veces brutales.

*Chapula:* Mujer del chapulo. Mujeres que en las montoneras liberales seguían a sus maridos y constituían fuerza de abastecimiento, y en ocasiones refuerzo. Cuidaban las vituallas.

*Chapules:* Unos de los primeros alzados, en el proceso guerrillero de la revolución liberal, fueron los peones de la zona Chapulo propiedad del jefe liberal Nicolás Infante, hacia 18 83, el que —se

cuenta— les invitó a conseguir su libertad ingresando a la guerrilla alfarista. Esa libertad, que tenía que ver con la supresión del concertaje, sólo se dio en 1918. Chapulo, lugar de la provincia de Los Ríos.

*Chaquiñán:* Del quichua, *chaqui:* pie, *ñan-.* camino. Camino de a pie.

*Chazo:* Campesino mestizo o blanco. En el indígena, término de cierto desprecio. Dicen los esposos Costales: "(Voz quichua). Del Colorado *Cha,* verdadero; del Cayapa, *Shuhuano,* quedarse cuando otro se va. Aborigen quiteño que se arraiga. En Cayapa, *Sucu,* corral; *Chasuco,* el que habita junto al corral, el campesino".

*Chasqui:* Corredor, correo. De la "voz quichua que significa recibir. Nació de la expresión que utilizaban los correos, anunciando a la distancia al próximo a recibir... *Chasqui*\... *[chasquü...* Esta advertencia agilitó e hizo célebre al correo indígena, siempre listo a tomar y trasmitir mensajes". Piedad y Alfredo Costales, en El Quishihuar, Tomo II.

*Chicote:* Látigo corto.

*Chicha:* Preparación hecha con maíz germinado (jora) cocido y diluido en agua azucarada o miel de panela. Para tomarla, se espera su fermentación.

*Chifle:* Rodajas de plátano verde, cortadas finamente y fritas. Comida de origen costeño, generalizada en todo el país.

*Chihuiles:* Tamal de maíz con queso, envuelto y cocinado en hojas verdes de la misma planta.

*Chucas:* Planta resinosa que abunda en la sierra. Sirve para alimento del ganado y tiene propiedades medicinales ampliamente utilizadas en el campo.

*Chillo:* Una de las primeras fábricas textiles establecidas en la Colonia, cerca de Quito, fue la de Chillo Jijón, de donde se conoció con ese nombre a uno de sus géneros.

*Chirimía:* Instrumento musical de soplo. Lo trabajan en tronco perforado, de cierta madera que se vacía y produce un sonido vibrante. En las fiestas indígenas de Cañar es indispensable.

*Chirote:* Pájaro de color pardo, oscuro, de pecho rojo.
Silba alegremente en los maizales en sazón, de los que se nutre especialmente.

*Cholo/a:* Mestizo de español e indígena. Puede expresar desprecio o afecto, según el tono de voz y las circunstancias.

*Chucaro:* No domado, montaraz, indómito. Potro cerril.

*Chucuú:* Chucurillo, roedor de color café rojizo. Depredador. Los indígenas y campesinos lo entrampan. Su piel sirve de adorno en las fiestas, para los disfrazados.

*Chucchumamas:* ¿De *chucchuna,* temblar, estremecerse, o de
*chucchu,* planta de flor amarilla, que crece en los terrenos húmedos? Chucchumamas, grandes sapos verde-amarillentos, de croar sonoro.

*Chugo.*- Pájaro amarillo con veteado oscuro, cantor.
Ágil en su vuelo se confunde con el color de los trigales o maizales maduros. Suele alimentarse también de capulíes, en la temporada.

*Chumbis:* Faja tejida de lana de colores, con figuras.
Los esposos Costales piensan que se trata de verdaderos códices. Los chumbis cañaris unen a su fino trabajo en el telar y el hilado, un ex traordinario sentido artístico, que se plasma en sus figuras y trazos geométricos hermosísi mos. Hay varios tipos de chumbis, ya se trate del vestir de los hombres o las mujeres; o de las fajas para los niños.

*Diosolopay* Contracción de la frase: *Dios se lo pague.*

*Enchangamiento:* Viene de *changa,* tierno.

*Entendinguichu:* Nos entenderemos. Entendámonos.

*Gangocho:* Arpillera, tela basta, de cabuya.

*Guaguashuma:* *Huahua,* niño. *Sumac,* hermoso. ¿Pequeño

monte hermoso?

*Guando:* Transporte de grandes cargas en andas sobre

los hombros. Los indígenas han sido los únicos *guanderos* en el país.

*Guango:* Envoltorio de pelo o lana. Trenza envuelta.

*Guamingas:* *Guaminga,* del quichua, significa valiente, her-
moso. Designación que dan los indígenas a quien representa lo mejor y más alto de su pueblo; al que los encabeza y los guía. Según el estudio sobre Fernando Daquilema, el Ultimo Guaminga, hecho por Alfredo Costales, "estas cualidades se atribuían en la antigüedad india, específicamente a la persona del Inca. Aquí el Corregidor de la Villa, Vida y Roldan, está en lo justo al opinar que "los testigos" que oyeron muera el Rey (de España) *mueran todos y viva Gua-minga y otros decían viva don Juan, y he entendido que Guaminga entre estos indios es nombre con que aclamaban al Inga, por lo que he maliciado que los que aclamaban a don Juan, sería por ser el último Emperador Don Juan Atagualpa o Atabalipa".* El último Rey de Cacha, fue ajusticiado, sin obtener ni pedir indulto de García Moreno, igual que Julián Manzano, Manuel León, Francisco Gusñay. Tiene razón Alfredo Costales, cuando señala que en las cró-nicas históricas sobre el período garciano, al anotar las ejecuciones y tormentos ordenados por el gobernante absolutista y tiránico, los escritores liberales no hacen constar el sufrimiento y el asesinato de los rebeldes indígenas. Fernando Daquilema, descendiente de los Du-chiccla, señor de Cacha, sobre cuyo cadalzo se puso la siguiente inscripción, como justificación del crimen: "Fernando Daquilema". "Ajusticiado por el Ministerio de la Ley por haber recibido el calificativo de Rey, y haber sido el Cabecilla Principal de la Sedición de 1871", pasa pues a la memoria colectiva del pueblo indígena. ¿Rey un indio? Imposible. Mejor ser subdito de Bonaparte y aun de España. Las cartas a Trinité y el cadalzo de Daquilema son la misma gloria de García Moreno.

***Guandug o Huanduc:*** Floripondio. Sus hojas y flores son narcóticas.

***Guayaquitct:*** Diminutivo de guayaquileña, nacida en Guayaquil.

***Hatun o Jaturt:*** Grande.

***Huaca:*** Sepultura. La huaca, o guaca, se conoce como sepultura de los antiguos indígenas, en donde se encuentran "tesoros". Se dice en el Diccionario del Folklore Ecuatoriano de Carvalho Neto: "Destaca el padre Vargas que el Sínodo de 1570, celebrado en Quito, se propuso combatir las supersticiones de los indios, mandando poner ***cruces*** en las huacas y en otros sitios". "Una relación anónima de 1573 narra que en las guacas había oro, plata, esmeraldas, chaquira y otras cosas. Los descubridores pagaban a S.M. el quinto y se aprovechaban de lo restante. Nunca los indios los denunciaban...". Desde entonces el saqueo de las huacas es un oficio que aun se da.

***Huaccho :*** Solo, huérfano.

***Huacho:*** Surco.

***Huagra:*** Toro, buey.

***Huagracama-.*** Peón de hacienda que cuida el ganado en el páramo.

***Huahua-.*** Niño, expresión cariñosa, tierna.

***Huallca:*** También se pronuncia guallca. Collares de coral o mullos dorados. Gargantillas que cubren el cuello y parte del pecho de las mujeres. Parte del vestido y el valer social.

***Huallu:*** Vaso, vasija.

***Huambra:*** Jovencito, muchacho.

***Huango:*** Trenza. También copo de hilar, envoltorio.

***Huaquero:*** El que se dedica a buscar y cavar las huacas.

***Huarichas:*** Mujeres que acompañan a la tropa en campaña.

***Huarmi:*** Mujer, hembra. Esposa.

***Huasi:*** Casa, habitación.

***Huasicama:*** Peón que tenía la obligación de servir en la casa de la hacienda. Cuidador de la casa.

***Huasipungo:*** Lugar de la casa! Parcela de tierra de la hacien-

da, prestada al peón, en donde el indígena podía hacer su choza y sus pequeños cultivos.

*Huasipunguero:* Peón indígena que recibió el "derecho" al huasipungo.

*Huicundo:* Guzmania. No es propiamente parásito, "sino simple epífitas", según Luis Cordero. "Guardan en su follaje el agua que han captado de la atmósfera o les ha dado la lluvia. Los viajeros se benefician aliviando su sed, pues el agua se conserva pura y fresca.

*Huiracochas-.* Hombre blanco. Lago de manteca, literal. (Gramática de la Lengua Quichua, R.P. Julio Paris).

*Inmaymana:* "El venado o maná cayapa; la divinidad que llora. Sus ojos inmaymanas significan el germen, el retoño, el brote, el nabi". Pág. 173, Tomo II, El Quishihuar, de Piedad y Alfredo Costales.

*Inti:* Sol, dios o fuerza suprema.

*Intiraymi:* Fiesta del sol. Celebración en las cosechas de algunas fechas del santoral católico, que coinciden con el solsticio de verano, en el que, según Rubio y Costales, se realizaban las fiestas indígenas al sol.

*Jahuay-.* Canto indígena durante las grandes cosechas, especialmente de trigo. El coro cantaba el estribillo del jahuay en tanto el "solo" relataba los acontecimientos del año, denunciaba los maltratos y pedía justicia, en improvisación que, en ocasiones, tenía dramático desenlace colectivo.

*Jora:* Maíz germinado que sirve para hacer la chicha.

*Jíbaros:* Habitantes de la Jibaría, selváticos. En Ecuador, hasta hace poco, nombre genérico de los habitantes de la zona oriental.

*Laichu:* Cholo, mestizo, afuereño.

*Lamay-.* Árbol de las alturas en la cordillera de Cañar, cerca a las quebradas. Sus hojas sirven para las hogueras de San Pedro y San Pablo. Se incendian produciendo ruido de cohetes.

*Longo/a:* Del quichua, *lungu,* muchacho, muchacha.
Expresión despectiva para señalar a los indígenas, los longos.

*Lulos:* *Lulun,* huevos. También *ruro,* en el sur. Voz quichua.

*Liada:* Pequeña patria, tierra de uno, su país.

*Llamingos:* Del quichua, *llama,* mamífero americano. No camina con más carga que aquella que no la estorba. De alto cuello y ojos hermosos, tiene donaire y gracia en su andar despacioso. Come poco, puede pasar sin alimento y sin agua muchos días.

*Lliglla:* Manta pequeña que cubre los hombros de las mujeres y se sujeta con el tupu, o prendedor.

*Llashacos:* ¿De Lázaro, el leproso del Evangelio? Lázaro o enfermo de lepra, forma común de designar a los enfermos de este mal.

*Macana:* Especie de chai, de tejido de algodón, o lana, finamente hilada. Del quichua, golpear, maltratar. Instrumento con el que se golpea.

*Máchica:* Harina de cebada ligeramente tostada. Principal alimento indígena en la región de Cañar.

*Mashando'* Tomando el sol. *Mashana-.* lugar donde se toma el sol.

*Minga:* "El cooperativismo comunal de los grandes pueblos prehispánicos", como dice Darío Guevara, continúa practicándose; en pequeño para la ayuda a un miembro de la comunidad, o no; en mayor medida para obras de la comunidad; desproporcionadamente, como explotación de ese espíritu de ayuda colectiva para las grandes obras municipales y nacionales, como las de regadío, carreteras, desmontes, etc.; obras que casi nunca benefician a los realizadores de la *minga,* o mingueros.

*MJSO-* Mismo. También misi, miso, gato.

*Mita*- Imposición colonial española por la que se le obligaba al indígena a trabajar en las minas, los obrajes, los batanes, los conventos, etc. Dijo Olmedo en las Cortes: "El remedio señor,

es muy simple, y tanto más fácil, cuanto que las Cortes para aplicarlo no necesitan edificar, sino destruir. Este remedio es la abolición de la *Mita,* y de toda servidumbre personal de los indios y la derogación de las Leyes mitales. Que se borre señor ese nombre fatal de nuestro código; y oh, si fuera posible también borrarlo de la memoria de los hombres". La abolición legal, para el reemplazo sustituvo, de mita a concertaje, forma parte de la colonia supervi-viente. El mitayazgo, como institución de la conquista y el feudalismo, hace del indígena el *mitayo.*

*Mitimae-.* Del quichua, *mitmac,* hombre enviado a otra parte. Según Louis Baudin, existía cuatro clases de mitimaes: los puestos militares establecidos por el imperio, para defenderlo, en las fronteras; las colonias de indios enviadas de un país superpoblado a un país despoblado, a fin de ajustar la población a los recursos del territorio; ciertos cambios de población eran o-perados con objeto de obtener una mejor producción, importando entonces más la calidad de los individuos que su cantidad; por último las verdaderas movilizaciones de la población, con objeto político. Desplazaba, en este caso, tribus fieles y las instalaba en los territorios de las tribus turbulentas recientemente conquistadas, a las que enviaba a las provincias de las primeras. Los Zámbizas nuestros, cercanos a Quito, vienen de antepasados aimarás de Boli-via. Los Salasacas descienden de mitimaes. Los Cañaris fueron al Perú.

*Mona:* Sobrenombre con que se conoce en la Sierra a las costeñas. *Mono,* para los hombres.

*Montonera:* Tropa de insurrectos. Alzados en el monte. Guerrilleros. En las luchas de los liberales contra los conservadores, a mediados del siglo pasado, que culminaron con el triunfo de la revolución comandada por Eloy Alfaro, participa-

ron fundamentalmente los campesinos. Sus reivindicaciones para su liberación, en demanda del cambio de relaciones de trabajo con los grandes latifundistas y por su derecho a la propiedad de la tierra, hicieron que en ella se agrupen los campesinos conciertos, especialmente en la costa. Las primeras montoneras liberales surgen hacia 1860 en Manabíy se agrupan en torno a Eloy Alfaro en la lucha "por la libertad" y contra García Moreno. En los momentos más altos de la batalla por el poder, Alfaro y la dirección liberal, tuvieron en las montoneras, vivas aún en la memoria popular, la base para la formación de columnas ("Libertadores", "Colombia", "Seis de Abril", "Pichincha"), su fundamental base de victoria.

*Morlaco.-* Apelativo que se da a los nativos de la provincia del Azuay, especialmente a los de la ciudad de Cuenca, su capital.

*Nina:* Fuego, lumbre. *Ninachina,* hacer fuego, encender la lumbre.

*Ninacuro.-* Gusano de candela o fuego, luciérnaga.

*Ñaña/o-.* Hermana (de hermana). Por extensión también ahora se le dice al hermano, ñaño. Expresión de intimidad al amigo y confidente, el *ñañu* quichua se ha transformado en el indistinto ñaño. El quichua tiene palabras diferentes para señalar el parentesco, dándole sutiles gradaciones de género y procedencia. Así, *Pañi,* de hermana; *ñaña* solamente por hermana de padre o madre; *huauqui,* hermano, *turi,* solamente de padre o madre.

*Ñaupador.-* El que dirige las danzas. Del quichua, *ñaupa-.* el anterior, el primero. Antes, delante, anteriormente.

*Ñucanchic:* Nos, nosotros. *Ñuca,* primer persona, yo. Mío. *Ñucanchic,* nuestro.

*Ñuto:* Del quichua, *ñucto* o *ñutcu,* tuétano, médula, cerebro, sesos. Suave, tierno.

*Oshotas:* Sandalias rústicas, de algodón y soguilla.

*Pacarina:* Amanecer, el alba. Nacer.

*Pacchamama:* Fuente de agua. Madre de la fuente.

*Pacarcar-.* Árbol corpulento del Ande cañari. Da madera estimada para carpintería y construcciones. *Pacarcares:* bosquecillos de *pacarcar.*

*Paramar:* Lloviznar, garuar.

*Paypay:* "Pay, pay se relaciona con magnífico". Del shuaro en Los Cañaris, de Aquiles Pérez.

*Pes:* Deformación por pues.

*Pt chica:* *Pichca* o *Pischca, Pichica,* número cinco. El quinto día en que suelen *lavarse* del muerto.

*Pilche:* La mitad de una calabaza seca, que se usa como jarro o vaso grande. En el pilche se bebe la chicha, generalmente.

*Pingos.-* Cumbrera. Palos delgados que se usan en la construcción.

*Pishcu:* *Pichen o Pishcu,* pájaro.

*Ponga:* *Pungu,* puerta. Indio que hace una semana de servicio, en casa del párroco. (Diccionario qui-chua-español, Julio Paris). Ponga, muchacha obligada a prestar servicios en la casa curial, durante un mes, sin retribución ni pago por sus servicios.

*Prioste:* Nombre que se da a la persona que preside la fiesta y corre con sus gastos, el que convida a los demás.

*ps:* Deformación de la palabra pues.

*Puca:* Rojo, colorado.

*Pucará:* Fortín indígena prehispánico.

*Puca-sisa:* Flor roja.

*Pucarsoles:* "Lugar y caserío; del quichua *puca,* rojo, *sult (u),* aborto". Según los Cañaris, de Aquiles Pérez. Pensamos que es más lógico, conociendo la zona, por su color característico, encontrar la combinación del quichua, rojo, con el castellano, sol. ¿Sol rojo? Pucarsoles, lugar de los soles rojos.

*Puna:* Tierras frías y altas, entre 3 mil y 5 mil metros

de altura.

*Quena:* Flauta indígena de caña.

*Quicuyo:* *Pennistum clandestitnum,* choiv, gramínea que se extiende nocivamente e invade no sólo los campos sino también los alrededores de las viviendas.

*Quillca:* Antiguos personajes del Incario, que trasmitían y cuidaban del cumplimiento de los mandatos del Inca. Conocedores de las leyes devenidos en falsos abogados, en pica-pleitos, tinterillos, con enorme importancia en las comunidades y pueblos. Literalmente, del quichua, letra, carta, escritura, dibujo.

*Quillillico :* Halcón americano, de color amarillo. Del quichua *quilín,* amarillo.

*Quinde:* Colibrí, picaflor.

*Quipa:* Después, postrero. Trompeta de caracol, usada en Cañar para llamar a las grandes concentraciones indígenas, para anunciar sucesos. Se oye a grandes distancias.

*Quipar-.* Tocar la quipa.

*Rae a:* Vulva. Palabra quichua.

*Ricuna-.* Ver, mirar.

*Rinimi:* Despedirse, irse. Del verbo quichua, *riña,* ir.

*Rondador:* Especie de flauta de pan, construida con carrizos de diversos tamaños.

*Ruca/o/u:* En quichua, viejo. Forma vulgar de expresarlo, en cuanto a las mujeres, ya que vieja es *paya, yuyac.* Las cosas viejas se dicen *mauca.*

*Rucucho:* Expresión más tierna de *rucu* o *ruco.*

*Runa:* En quichua, hombre, gente. Al adaptarse al castellano, después de guardar el sentido literal, se ha extendido en la semántica colonial hasta adjetivarse en un peyorativo despectivo.

*gn¡la-* Olleta, vaso, cantarilla de barro cocido.

*Sn¡m¡-* Boca, palabra, lenguaje. Conversador, hablador, locuaz.

*Shimihuambra:* Joven o niño que habla bien.

*Shimuco:* Diminutivo de Simón. Usual en la zona austral.

*Shuas:* Ladrones, depredadores.

*Shulalas:* *Shulalag,* "arbusto escandente llamado shulalag, que trepa arrimado a los árboles de núes-

tras cercas o paredes, las cubre con sendo follaje, suave y algo velloso, y produce una bonita baya oval, de color negro violado, que los chicos del campo comen con gusto, por el sabor agridulce de ella, aunque poco grato para otras personas". Luis Cordero - Enumeración Botánica. Son deliciosas cuando hay sed. Podemos a-firmarlo, con recuerdos de niñez campesina.

*Shumh:* Aguardiente de caña producido en el valle del mismo nombre en Paute, provincia del Azuay.

*Shungo'* Corazón, parte interior del cuerpo. *Y ana-sun-go-*, hígado; *yurac-shungo-*. pulmón; *shungo-tigrana-*. nauseas, vómito. También la palma de la mano se llama: *maqui-shungo.*

*Shuneuito'* Diminutivo de shungo. Corazón tierno.

*Sis-sis'* Planta gramínea que se da en el territorio andi-no. Crece espontánea, sobre todo en los lugares húmedos. Es buen pasto; se cubren las chozas campesinas con su follaje; las indígenas usan sus tallos como husos en los que hilan su lana; sus pomposas panículas sirven también de adorno.

*Soroche:* Malestar producido por la rarificación del airej en las altas travesías de los Andes. Puede producir la muerte.

*Suco:* Pelirrubio, bermejo. Término muy usado en el sur. *Suquito sumac,* niño lindo.

*Supay:* Diablo, demonio.

*Tacunga-.* Latacunga. Según el estudio de los Seudo Pant-saleos, de Pérez, *Latacunqui* o *Tacunqui* tiene origen atacameño y no Quitu ni Cara.

*Taita:* Padre.

*Taitico:* Diminutivo de *taita.* Manera de llamarse entre sí, cariñosamente, los viejos; o los jóvenes a los viejos.

*Tambo:* Del quichua *tampu,* hostería. Lugar de descan-so en los caminos. En la provincia de Cañar, la parroquia El Tambo a 2.960 metros de altura, fue paso obligado del camino hacia Cañar y Cuenca.

*Totuma:* Fruto del pamuco, parecido a la calabaza y cuya corteza, por su consistencia, fue utilizada para cubrir trepanaciones en el Incario. Por extensión y asociación, cabeza.

*Urco:* Cerro, altura. *Urcuyana,* levantarse la tierra en forma de cerro. Por extensión, torcido, jorobado.

*Varayo:* *Varayucs* o Alcaldes, cargo que le dan en las comunas al que eligen para representarlos. En las danzas, designan a los ñaupeadores, o guía-dores, que inician y señalan los pasos de las mismas. Hombres que tienen las varas (bastones), autoridades, investidas de poder y de dignidad. Persona encargada de vigilar el trabajo.

*Yaraví:* Música indígena melancólica, generalmente amorosa, no triste.

*Yumbos:* Nombre de una comunidad o población del O-riente. Cree Andrade Marín que personifican a los pueblos *yungas,* o de los valles de temperatura cálida. González Suárez cree que los antiguos indígenas recordaban en composiciones poéticas, cantares populares o danzas los "sucesos tradicionales de sus tribus". "En una de esas tradiciones se conservaba el recuerdo del país de donde habían venido sus mayores: éstos habían salido de la región amazónica, y por la garganta formada en la cordillera oriental, por el cauce del Pastaza, habían ido ascendiendo a la meseta interandina y ocupando los puntos orientales de la actual provincia del Tungurahua". Costales, según Carva-lho, "presume que los yumbos son una supervivencia folklórica de aquella invasión. Según él (Costales) la mayoría de los indios del Chim-borazo, anualmente, celebran los bailes de los Yumbos, Aucas Runas y *Sacharunas,* llevando la vestimenta ceremonial de los orientales". En muchos lugares la danza de los *yumbos* sigue vigente en las fiestas indígenas. Yumbo es pues también sinónimo de *danzante.*

*Yungas:* Valles cálidos, intermedios entte la cordillera y la costa. También en la región oriental, las estribaciones de la cordillera sitúan los yungas, más o menos bajos, hasta llegar a la gran planicie.

**"Dejo constancia de la utilización de algunos datos de la investigación de los esposos Piedad y Alfredo Costales, Aquiles Pérez y Segundo E. Moreno, a quienes doy las gracias por su empeño en rescatar la cultura y la acción insurgente del pueblo indígena del Ecuador".**

**Nela Martínez**